

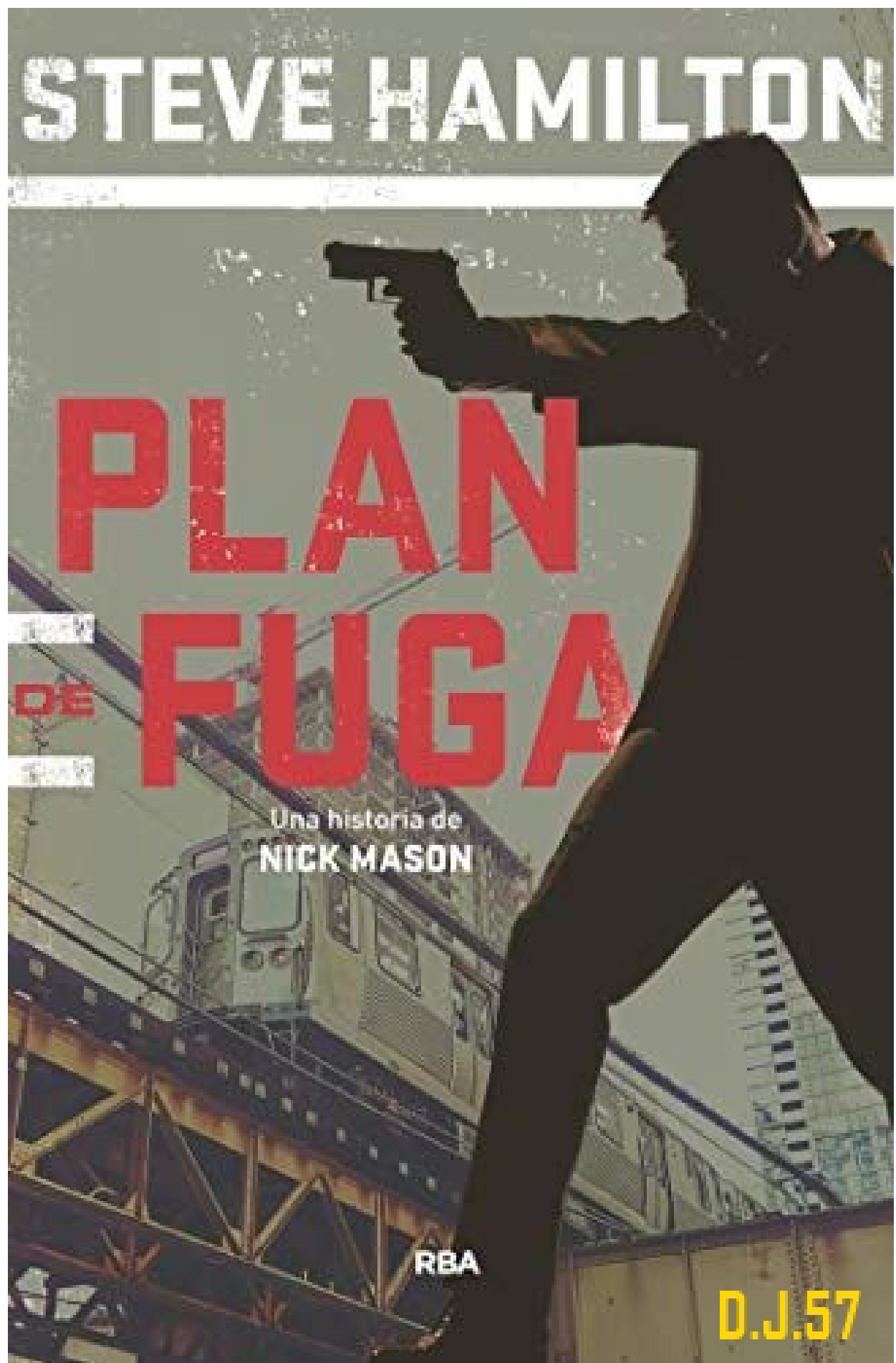
STEVE HAMILTON

PLAN  
FUGA

Una historia de  
NICK MASON

RBA

D.J.57



Título original: *Exit Strategy*

© Cold Day Productions, LLC, 2017.

© de la traducción: Efrén del Valle Peñamil, 2019.

© de esta edición digital: RBA Libros, S.A., 2019.

Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

[www.rbalibros.com](http://www.rbalibros.com)

REF.: ODBO114

ISBN: 9788491875703

Composición digital: Newcomlab, S.L.L.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Todos los derechos reservados.

## Índice

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

Agradecimientos

Notas

PARA JULIA, OTRA VEZ Y SIEMPRE

Matar a una persona te cambia.

Cuando matas a cinco... ya no se trata de cambiar.

Se trata de quién eres.

Quintero lo sabía. Lo había visto en otros hombres. Lo había visto en sí mismo. Estaba viéndolo ahora al observar a Nick Mason preparándose, y al recordar el día en que lo había recogido a la salida de la prisión federal de Terre Haute.

Al recordar el primer trabajo de Mason en la habitación de un motel. Su mirada —inexpresiva, impertérrita— cuando llevó el Mustang al desguace.

Cuando dijo que no lo haría nunca más.

Hasta la siguiente llamada.

Nick Mason había firmado un contrato no escrito de por vida. Recuperaría veinte años de condena a cambio de prestar servicio a Darius Cole. Disponible las veinticuatro horas al día, los siete días a la semana, para hacer lo que le pidieran.

Sin importar lo que fuera.

Mason se quitó la camisa y quedaron a la vista unos músculos torneados y firmes y una piel blanca sin tatuajes.

Pese a haber pasado cinco años y medio entre rejas, había salido sin una sola gota de tinta en el cuerpo. Cole se había cerciorado de que así fuera. Mason se ciñó el chaleco táctico flexible, con grosor suficiente para frenar a una Magnum

.44, y se puso encima un jersey negro de cuello alto. Con los pantalones a juego y los zapatos de suela de goma, era el uniforme de un profesional. Cogió el pasamontañas negro, lo dobló para hacerse un gorro y se cubrió la cabeza con él, que llevaba casi rapada. Después se lo ajustó a los ojos y se miró en el espejo. Una vez satisfecho, volvió a enrollarlo para quitárselo.

Quintero se descolgó del hombro la bolsa de lona negra y la dejó encima de la mesa. Mason abrió la cremallera y miró dentro.

—Todo lo que necesitas está aquí —dijo Quintero—. Recuerda que esa gente cuenta con la última tecnología. Están en plena forma y saben utilizar sus armas.

—¿Cuántos son?

—Entre diez y doce —dijo—. No son suficientes para pararte los pies.

Mason negó con la cabeza mientras se probaba los guantes de submarinista.

—¿Qué es lo más importante que te he dicho? —preguntó Quintero.

—Que ni me acerque a la planta veintiuno —respondió Mason—. A las diez en punto explotará.

—Cuando eso ocurra, podrás salir inmediatamente de allí.

Mason asintió.

—Explícame otra vez el plan —dijo Quintero—. Paso a paso.

—La furgoneta de reparto entra en el aparcamiento exactamente a las nueve y treinta y cinco de la noche...

Nick Mason vio cómo entraba la furgoneta en el aparcamiento desde Columbus Drive. Luego se detuvo frente a la gran puerta metálica y el conductor esperó a que la abriera el hombre situado al otro lado de la ventanilla. Eso le dio a Mason veinte segundos para deslizarse bajo el vehículo, asirse a las abrazaderas del tubo de escape y separar su cuerpo del asfalto con la bolsa de lona pegada a la espalda. Los guantes de submarinismo eran delgados y flexibles, lo cual le proporcionaba una buena adherencia y protegía de huellas cada superficie, incluso los bajos de la furgoneta.

El vehículo recorrió cien metros y se detuvo; luego, la puerta se cerró. Cuando se apagó el motor, Mason se descolgó y permaneció allí con la bolsa junto a él.

Eran las 21.37. La mayoría de las oficinas de la planta baja estaba cerrada y los comensales habían terminado de cenar en los restaurantes. Mason esperó a que el conductor bajara de la furgoneta y lo siguió a unos diez metros de distancia. Se metió dentro del Aqua.

Con sus ochenta y dos plantas, es uno de los edificios más singulares del centro de Chicago. Se encuentra en la zona norte del Loop, con balcones serpenteados que envuelven las cuatro fachadas como si fueran olas. En su interior, la decoración mantiene el mismo estilo, desde la combinación de la gama cromática azul y verde hasta la pecera de agua salada del vestíbulo.

Mason avanzó rápido pero sin precipitarse, ya que conocía la ubicación exacta del montacargas. El objetivo estaba en la planta cuarenta y tres, así que pulsó el botón del piso inferior y desactivó la alarma de incendios para llegar a su destino sin detenerse.

Cuando llegó a la planta cuarenta y dos, salió del ascensor y encontró el vestíbulo vacío. En el suelo vio una bandeja del servicio de habitaciones, la cogió y retiró su contenido, excepto la tapa de plata. Después se dirigió a las escaleras que había al fondo y subió al piso cuarenta y tres.

Mason abrió la puerta y escudriñó el pasillo. El alguacil estaba sentado en una silla siete u ocho puertas más adelante. Era joven, de unos treinta años, bajo y fornido. Parecía más aburrido que atento. Mason abrió la bolsa y sacó la escopeta Mossberg 500. Era un modelo con culata de pistola y cañón corto, y tenía capacidad para seis cartuchos. Iba cargada con lo que el fabricante denominaba muy ingeniosamente «munición de control de multitudes», unos tapones de silicona que, según él, podían provocar «un trauma no letal pero incapacitante».

Trauma incapacitante.

Dicho de otro modo, solo haría que desearas estar muerto.

«—Tienes que superar eso de matar a un hombre y dejar al resto con vida —le

había dicho Quintero.

»Mason no respondió y cargó la escopeta con los tapones.

»—¿Crees que a esa arma que llevas en las manos le importa quién esté al otro lado?

»Mason se lo quedó mirando.

»—Tú tienes que ser igual —añadió Quintero—, o esas chorradas acabarán contigo».

Mason sacó la semiautomática H&K USP de la bolsa y se la metió en el cinturón. El cargador contenía quince balas de nueve milímetros, con una decimosexta en la recámara. Finalmente, sacó la porra aturdidora y se la adosó al cinturón. Cuarenta y cinco centímetros de longitud, un kilo y medio de aluminio reforzado y la misma potencia que las de la policía, doce millones de voltios que inutilizarían todo el sistema neuromuscular de una persona. Un seguro de vida más.

Mason tiró la bolsa vacía al suelo, se introdujo unos tapones en los oídos y se detuvo a respirar y concentrarse en lo que estaba a punto de acontecer, porque, cuando todo empezara, iría muy rápido, una sucesión de movimientos sin margen alguno para la vacilación.

Abrió la puerta de las escaleras y echó a andar por el pasillo. La bandeja del servicio de habitaciones ocultaba la semiautomática que llevaba en el cinturón —ubicada a las once en punto para desenfundar con la mano derecha—, además de la porra y buena parte de la escopeta.

El alguacil se levantó y dijo:

—¡Eh, usted no puede estar aquí!

Cuando se disponía a coger la radio, hubo un momento de indecisión. Mason soltó la bandeja y le apuntó al pecho con la escopeta. Solo tuvo tiempo para ver al joven abrir los ojos como platos y luego apretó el gatillo y el tapón de silicona le impactó en el abdomen, justo por debajo del chaleco táctico.

El alguacil se desplomó y quedó hecho un ovillo. No volvería a levantarse, al menos sin ayuda ni analgésicos para el dolor. Mason se tapó la cara con el



pasamontañas al acercase a él. Desde allí, el hombre parecía aún más joven, un muchacho al que no tenía sentido dejar solo. Mason le metió la mano dentro de la chaqueta y le arrebató la pistola Glock y la radio. Después sacó el bolígrafo del bolsillo. La punta había sido sustituida por un adaptador DC y la caña contenía una placa base que leería el código de treinta y dos bits del hotel y lo retransmitiría al lector de tarjetas en menos de un segundo.

Sabía que el reloj no dejaba de correr. Alguien había oído el disparo y ya estaba llamando a recepción.

«El alguacil que hay en la habitación es el líder del equipo. Es un hombre de hierro. Trabaja ocho horas seguidas y no se separa de su cliente. Ni para dormir, ni para comer ni para utilizar el puto lavabo, a menos que arrastre a su custodiado con él.

»Se toma esto como algo personal y es buen tirador. Alguien consiguió una diana suya del campo de tiro, así que no hagas gilipolleces».

Mason introdujo el bolígrafo en el punto de carga situado debajo del mecanismo de cierre de la puerta y la luz verde se encendió. Entonces empujó la puerta con intención de derribarla de una patada cuando el pasador la dejara trabada, pero esta se abrió sin problemas.

Mason entró pegado a la pared y no detectó movimientos en la habitación. La única iluminación era el brillo ambiental que se colaba por la ventana. Dio unos pasos manteniendo el índice de la mano derecha sobre el gatillo y, después de mirar en la cocina, el dormitorio y el cuarto de baño, le asaltó la realidad:

Allí no había nadie.

Ni alguacil ni objetivo.

La habitación era un señuelo.

«—¿Cómo sabemos que el contable estará allí? Si forma parte del programa de protección de testigos...?»

»—Tenemos a un alguacil infiltrado. McLaren ha sido trasladado a Chicago para prestar declaración antes del juicio.

»Ken McLaren, antiguo jefe de contabilidad de Darius Cole. Exagente del

Servicio de Impuestos Internos, un genio enviando dinero al extranjero, “cambiándolo de domicilio” por medio de inversiones en empresas que, sobre el papel, parecían legales y trayéndolo de vuelta sin pagar impuestos.

»Durante casi una década, hizo ganar a Cole un montón de dinero.

»Entonces, el hijo de McLaren fue descubierto en el campus de la Universidad de Chicago con una bolsa llena de pastillas de éxtasis y presionaron a su padre hasta que aceptó testificar contra Cole.

»—Estás preparándote para la revisión del juicio —dijo Mason.

»—De eso no tienes que preocuparte. Tú solo debes preocuparte de...

»—Lo sé. Me lo cargo y me voy.

»—Ni te plantees lo segundo antes de concluir lo primero».

Mason volvió al pasillo y agarró al alguacil, todavía en posición fetal y cubriéndose el abdomen con las manos. Gritó de dolor cuando lo arrastró a la habitación y cerró la puerta.

—¿Dónde está?

El alguacil no contestó y Mason lo encañonó en la sien.

—Primera oportunidad... ¿Dónde está?

—Que te follen —dijo el alguacil.

Mason apartó el cañón de la sien y apuntó a la pierna, apretó el gatillo y lanzó un tapón de silicona a velocidad supersónica hacia el muslo. El hombre retrocedió por la sacudida y, medio segundo después, el trauma formó un mensaje coherente en su cerebro y se puso a gritar.

Mason le dio unos instantes para que se cansara y volvió a ponerle la pistola en la sien.

—Segunda oportunidad... ¿Dónde está?

—Arriba —respondió el hombre, escupiendo y tratando de recobrar el aliento.

—¿Arriba, dónde?

—Diez plantas. En la cincuenta y tres.

—¿Habitación?

—No lo sé.

Mason apuntó de nuevo a la sien.

—Cinco mil trescientos siete.

Mason le cogió las esposas que llevaba en el cinturón, le puso una en la muñeca derecha y lo arrastró hasta la barra, donde había una antigua barra apoyapiés de latón cerca del nivel del suelo. Una vez allí, sujetó la otra esposa a la barra apoya pies, tomó el teléfono que había en la encimera y lo lanzó al fregadero. Cuando se agachó para requisar el móvil del tipo, se le acercó a la oreja.

—Si no está ahí, desearás que te hubiera matado.

Al salir, Mason cogió la bandeja del servicio de habitaciones, volvió a la escalera, subió los diez tramos que lo separaban de la planta cincuenta y tres, y abrió la puerta del pasillo.

Estaba despejado.

«Que no haya nadie delante de la puerta es otra manera de mantener en secreto la habitación».

Mason avanzó rápidamente hasta la 5307, sacó el bolígrafo y abrió la cerradura. Una vez más, le sorprendió que no hubiera pasador y, cuando se abrió la puerta, apenas si tuvo tiempo de procesar que el alguacil le había tendido una trampa.

—¡Quieto!

Mason se dio la vuelta justo a tiempo para ver el fogonazo de la pistola y notar el impacto en el pecho. El chaleco detuvo la bala, pero su fuerza se propagó por todo el cuerpo como si lo hubiera golpeado un saco de cemento. Al caer apretó el gatillo de la escopeta, pero la bala salió desviada hacia arriba. El alguacil ya estaba acercándose, preparado para el segundo disparo, cuando Mason abrió fuego. Esta vez alcanzó al hombre en la ingle y cayó sobre las piernas de Mason, que se lo quitó de encima.

El hombre era mayor que el otro, con el pelo canoso y la tez castigada.

Probablemente fuera alguacil desde hacía al menos treinta años. Había jurado proteger a los clientes con su vida. Se llevó las manos a la ingle, cerrando fuertemente los ojos, con la mandíbula apretada y respirando entrecortadamente. Mason le quitó la Glock y la radio y lo arrastró hacia el apartamento del otro lado del pasillo.

Apenas había muebles. Un sofá, un televisor, una mesita, mucho espacio vacío y ni un rincón donde esconderse. Fue a la cocina y después a la habitación, donde miró debajo de la cama y en el armario, que estaba vacío. Luego entró en el baño y apartó la cortina de la ducha.

«¿Dónde coño se ha metido McLaren?».

Mason volvió al salón principal, se quedó allí un momento y recordó dónde se encontraba y el rasgo más característico del Aqua: los balcones que llegaban hasta la última planta. Entonces se acercó a la cortina y la apartó.

El contable estaba fuera, pegado a la esquina del pasamanos de hierro. No era como esperaba, un cuervo con un bolígrafo en la mano, sino un hombre que obviamente iba al gimnasio, aunque el bíceps que tensaba la camisa fuese pura presunción. Mason abrió la puerta y notó el aire frío en la cara. Podía oír el tráfico en Columbus, cincuenta y tres pisos más abajo. A lo lejos aulló una sirena, que probablemente se dirigía hacia allí con un millón de luces de la ciudad centelleando a su alrededor. En otras circunstancias habría sido un lugar hermoso.

El contable se irguió y miró a Mason a los ojos mientras este sacaba la semiautomática del cinturón.

La hora de la fuerza no letal se había acabado.

Cuando levantó la semiautomática, vio algo en los ojos de McLaren, se volvió un segundo demasiado tarde y notó el impacto en el brazo derecho. La pistola repiqueteó en el suelo del balcón y alguien le dio una patada. En el instante en que Mason se daba la vuelta, vio al alguacil ya recuperado. «Debería haberme asegurado de que estaba inconsciente», pensó mientras hacía frente a un problema todavía mayor cuando el alguacil le propinó un puñetazo en la

mandíbula. Mason se incorporó, le dio una patada en la ingle con el pie derecho y lo derribó.

Estaba intentando sacar la porra en el momento en que el contable lo agarró por detrás y, debido a la inercia, entraron de nuevo en la habitación. Mason, todavía inmovilizado, cayó sobre la mesita y rompió las patas. Después se dio la vuelta para agarrar al contable por el cuello, pero este estaba ejerciendo una presión de veinte kilos de peso sobre él y había empezado a sacudirle fuertemente la cabeza. Notó que el anillo de boda de McLaren le rasguñaba la cara, recibió otro golpe cerca del ojo y, cuando intentó asestarle un puñetazo en las costillas, soltó un grito de dolor y se llevó la mano al chaleco táctico. Mason, que sostenía aún la porra de metal, le golpeó en la cabeza.

Mason se lo quitó de encima justo a tiempo para ver al alguacil recogiendo la escopeta del suelo. Mason le agarró la mano y se la retorció. Le rompió al menos un dedo y, cuando el arma se disparó, notó el calor a través de los guantes y vio cómo estallaba el televisor. Mason pulsó el botón de la porra, la acercó al cuello del alguacil y descargó doce millones de voltios en su cuerpo. El hombre permaneció inmóvil hasta que Mason apartó la porra, y después le atizó con ella en la cabeza. Su oponente cayó al suelo por última vez.

Mason se levantó, buscó sus armas y se limpió la sangre de la mejilla.

«—Asegúrate de que se entere —le había dicho Quintero—. Que sepa quién te envía.

»—¿Crees que albergará alguna duda?».

—Te pagaré —dijo McLaren, que empezó a ponerse en pie con una mano en la zona de la cabeza donde había recibido el golpe—. Duplicaré lo que te haya ofrecido Cole.

—No siempre es un asunto de dinero —repuso Mason al mismo tiempo que levantaba la semiautomática.

Fue un paso que no tuvo que planear, que no quería planear ni meditar en modo alguno. Sabía que llegaría ese momento, sabía que todo lo demás se desvanecería, que tendría delante el objetivo y apretaría el gatillo y todo se

reduciría a puro tecnicismo: concéntrate en la mira delantera, deja que el objetivo se convierta en un simple borrón. Una respiración más y luego un leve movimiento.

—Por favor —dijo el contable, y Mason apretó tres veces el gatillo.

Pecho, pecho, cabeza.

El cuerpo impactó en el suelo.

Mason consultó el reloj. Eran las 21.57. La habitación señuelo le había hecho perder un tiempo precioso.

Tenía tres minutos para salir de allí antes de que estallara la bomba de Quintero.

Mason dejó al contable muerto en un charco de sangre, pasó por encima del alguacil inconsciente y abrió la puerta. Oyó pasos y voces a su izquierda, así que fue en la dirección opuesta.

Luego abrió la puerta de la escalera y empezó a bajar, cargando con la escopeta y con la semiautomática metida en el cinturón. Aún llevaba puesto el pasamontañas, y lo levantó para poder respirar al descender a toda prisa por los escalones.

Bajó diez pisos. Después veinte. Los números pasaron volando cuando miró el reloj y vio que disponía de menos de dos minutos. Se encontraba en el descansillo de la planta veintisiete e hizo una pausa para recobrar el aliento.

Detrás de la puerta del pasillo oyó el crepitar de una radio, se detuvo unos instantes y, cuando estaba a punto de reanudar la marcha, se abrió la puerta y vio el rostro enmascarado de uno de los alguaciles, que se recuperó al instante de la conmoción y gritó: «¡No te muevas!».

Mason disparó al primer alguacil por debajo del chaleco. El tapón de silicona lo hizo doblarse y soltar la pistola. Mason se protegió con la puerta, niveló la escopeta y con un movimiento fluido abatió al segundo alguacil. Después se escondió de nuevo y al balancear la escopeta reconoció la sutil sensación de un arma vacía.

«Mierda. He utilizado las seis balas».

Parapetado aún, dejó que se acercara el tercer alguacil hasta que pudo ver el cañón de la Glock. Entonces le golpeó los brazos con la puerta, le arrebató la pistola y le atizó con ella en la cara. Cuando consiguió inmovilizarlo, le presionó

la garganta con el antebrazo y le pasó el otro por la nuca. Diez segundos de presión constante en la carótida cortaron el riego sanguíneo. Luego lo dejó caer al suelo y consultó el reloj.

Un minuto.

Volvió a oír voces más arriba. Más pasos. Siguió bajando tramos de escalera hasta que oyó otro grito y, medio segundo después, un disparo y el sonido metálico de una bala rebotando en la barandilla a escasos centímetros de su mano. Se pegó a la pared y sacó la semiautomática del cinturón. No tenía tiempo para pensar en fuerza letal contra fuerza no letal o contra cualquier otra cosa en el mundo, e imaginó qué sucedería a continuación si titubeaba: alguaciles arrinconándolo, ordenándole que soltara el arma, llevándose el esposado, el primer paso de un proceso que ya había experimentado. Pero esta vez acabaría en una celda el resto de sus días.

No lo permitiría, al margen de lo que costara.

Ahora también oía voces más abajo, y eran cada vez más fuertes. Abrió la puerta y echó a correr por el pasillo. No tenía elección.

Había recorrido quince metros cuando se dio cuenta de dónde estaba.

La planta veintiuno.

«—¿Cómo se supone que voy a salir? —le había preguntado a Quintero—. Estas armas no son precisamente silenciosas.

»—Están reformando la planta veintiuno, así que por la noche estará vacía. Hay explosivos en una de las habitaciones y estallarán a las diez en punto. En punto. Asegúrate de que llevas el reloj bien sincronizado.

»—¿Y si me encuentro en esa planta?

»—Hay ochenta y dos en ese edificio, joder. Solo tienes que evitar una. Tú procura estar en movimiento a las diez en punto y podrás salir».

No se molestó en mirar el reloj. Sabía que le quedaban apenas unos segundos.

—¡Suelta el arma!

Mason se volvió y disparó la semiautomática para cubrirse. Pero entonces notó otro impacto, esta vez en el hombro derecho. El dolor era muy distinto del



disparo que lo había alcanzado en el chaleco. Este era agudo en lugar de sordo, y se concentraba en un punto abrasador.

«Me han dado». En el cerebro de Mason, las palabras sonaron vacías y distantes. No era urgente, tan solo información, un problema que todavía no precisaba solucionar. Abrió fuego una vez más y vio al alguacil escondiéndose detrás de la puerta. Después se dio la vuelta justo a tiempo para divisar a otro alguacil que se acercaba en la dirección opuesta.

—¡Al suelo! ¡Al suelo!

Mason disparó al pomo que tenía más cerca, abrió la puerta de una patada y corrió por la habitación vacía. Sin fijarse en el panel de yeso y las latas de pintura, iba disparando a la ventana trasera, que quedó hecha un millón de añicos, salió al balcón y saltó por encima de la barandilla.

Después solo hubo calor, luz y sonido, que anularon todo lo demás. La fuerza de la explosión lo persiguió, tan repentina e inmediata como un animal gigante acechándolo bajo el frío aire nocturno. Se había agarrado a la barandilla con una mano y notó que empezaba a resbalar, la calle esperando a recibir su cuerpo veintiún pisos más abajo.

Una segunda onda expansiva lo golpeó con más fuerza que la primera y tuvo que soltarse. Sintió cómo caía y extendió los brazos por puro instinto hasta que otra barandilla le golpeó el izquierdo y la rodeó con él. Ahora se encontraba un piso por debajo de la explosión y el frío que sentía era como zambullirse en el océano, pero cuando se agarró a la barandilla notó que los dedos volvían a resbalar. Allí colgado, tratando de resistir, oyó el fuego propagándose por el piso de arriba. En ese momento estalló otra ventana. Las sirenas ululaban a lo lejos. Veinte pisos por debajo de él vio las luces azules de los coches patrulla.

Todo parecía muy lejano, excepto el dolor que le atenazaba el hombro derecho y los diez centímetros de frío metal que notaba a través del guante de la mano izquierda, el último anclaje que le impedía caer.

Mason se recompuso e intentó levantar el brazo derecho.

Nada. Era inútil.

Sintió la sangre cayéndole por el brazo. Tenía el guante derecho mojado y la sangre le chorreaba desde la punta de los dedos. La mano izquierda estaba más entumecida a cada segundo que pasaba. Cada vez le costaba más seguir agarrado. Resistiría un minuto más, tal vez dos.

Morir así después de todo lo que había pasado...

Pensó en su hija. Reprodujo mentalmente su rostro y la imaginó corriendo por el campo de fútbol. Dijo su nombre en voz alta —«Adriana»—, desafiando el viento que aullaba a su alrededor y, una vez más, trató de pasar el brazo derecho por encima de la barandilla.

«Ya está».

Ahora tenía la barandilla de hierro debajo de las axilas e intentó apoyar los pies en la repisa. Finalmente consiguió impulsarse y pasar por encima. Se desplomó en el balcón, tumbado boca arriba y respirando hondo. En la calle se oían más sirenas, las de los coches patrulla mezcladas con las notas graves de los camiones de bomberos. En un segundo, el Aqua se había convertido en el centro del mundo. Mason se puso en pie y se tocó el hombro derecho. Con el guante no notó la sangre, pero al quitárselo vio manchas de un rojo intenso.

Probó con la ventana, que estaba abierta. Entró en otro apartamento y hurgó en un cesto de la ropa sucia hasta que encontró una camisa roja. Era de manga corta y tres tallas grande, pero se la puso encima de la camisa negra, cuyo lado derecho estaba empapado en sangre. Se quedó allí quieto durante unos instantes. La cabeza le daba vueltas y tuvo que apoyarse en la pared para mantener el equilibrio. Después salió por la puerta y se mezcló con el caos que reinaba en el pasillo. La alarma contraincendios despedía un sonido atronador y las luces de emergencia parpadeaban a ambos lados. Una docena de personas se dirigía hacia la escalera. Mason se subió el pasamontañas para convertirlo de nuevo en un simple gorro y se unió a ellos, preguntándose si tendría posibilidades de mezclarse con la multitud.

En la escalera había al menos cien personas más, de todas las edades y razas pero con una cosa en común: el pánico ciego frente a algo real. Todos lo sentían.

Aquello no era solo un simulacro de incendio. Unos pisos más arriba, la gente estaba pisoteando a los alguaciles incapacitados, probablemente ocasionando una nueva oleada de pánico que se sumaba a todo lo demás. Pero aquí abajo, en el piso vigésimo era una cuestión de simple supervivencia, de bajar las escaleras y salir a la calle.

Mason siguió a la muchedumbre hasta que tuvo que detenerse un momento y apoyarse en la pared. Cuando una anciana le tocó el brazo y le preguntó si se encontraba bien, él miró hacia otro lado y siguió avanzando. Cada vez había más gente saliendo a las escaleras como si fueran afluentes de un río, hasta que llegaron a la planta baja y ocuparon el vestíbulo.

Mason recordó las instrucciones de Quintero: «Hay una salida justo en frente de esa puerta. Quince metros y estarás fuera».

Mason se quedó quieto y observó la entrada principal a través de la misma. Había media docena de alguaciles, que no daban el alto a nadie pero escrutaban los rostros de todos los que abandonaban el edificio. Después hicieron detenerse a un joven de una edad y envergadura similares a las de Mason, lo cachearon y finalmente lo dejaron marchar.

«Si surge algún problema, tienes otra entrada a la derecha. A treinta metros».

Mason miró en esa dirección y vio a otro grupo de alguaciles vigilando la salida.

«Tu tercera posibilidad es el túnel. Pero, si bajas allí, no te quedarán más opciones».

Mason se volvió hacia las puertas de cristal que conducían a la pasarela subterránea, un enjambre de túneles que recorría casi todo el Loop. En la entrada había un policía local dirigiendo a la gente hacia la puerta principal.

«Utiliza el túnel solo si no queda más remedio».

Cuando Mason se abrió camino hacia el vestíbulo, se quedó pegado a la pared hasta que vio al policía hablando con una pareja de mediana edad. Entonces se puso el pasamontañas y avanzó presuroso hacia la entrada. El policía estaba volviéndose justo cuando Mason llegó hasta él. Apenas tuvo tiempo de levantar

las manos en el momento en que el guardia recibía un gancho de su izquierda. Mason le pasó por encima, abrió la puerta de cristal y bajó al túnel por las escaleras.

«Vete en dirección norte y después oeste. Hay salidas a Water Street, Columbus y Stetson».

Mason notaba un ardor en el hombro y oyó a alguien bajando las escaleras detrás de él.

«Después, gira a la izquierda en cada intersección. Si las cosas se complican mucho, busca el túnel abandonado que hay justo antes de llegar a Michigan Avenue».

Se esforzó en recordar bien las instrucciones, pero la cabeza le daba vueltas y, con ella, también lo hacía el mapa.

Más voces y pisadas cuyo eco resonaba en las paredes de baldosas. Todo estaba teñido de azul por las estridentes luces artificiales y aquel laberinto parecía infestado de policías. Entonces, Mason echó a correr y su corazón empezó a bombear cada vez más sangre, que le empapaba la camisa.

«Me he perdido. No tengo ni puta idea de dónde...

»¡Allí!».

Vio unos tablones de contrachapado tapando la entrada del que en su día había sido un túnel para trenes de mercancías. En los tablones había una puerta cerrada con candado. Mason disparó, pero erró el tiro, así que enfocó la vista y abrió fuego una vez más. Luego empujó la puerta y avanzó entre la oscuridad. Había goteras, ratas merodeando cerca y olor a polvo de otra época. Sacó la porra aturdidora para poder utilizar la linterna que tenía en el extremo, pero se había agotado hacía mucho.

Fue tambaleándose y tropezando por la vieja vía hasta que divisó una tenue luz más adelante. Estaba a una manzana de distancia, pero parecía una estrella distante. Entonces oyó crujir la madera y más voces, y vio un delgado haz de luz buscándolo.

Mason se levantó de nuevo, vio que la intensidad de la luz iba en aumento y

finalmente encontró la escalera de madera. Cuando llegó arriba y apoyó el hombro derecho sin pensar en lo que estaba haciendo, estuvo a punto de desmayarse y sintió náuseas. Después abrió la puerta y el brillo repentino de una farola casi lo ciega.

A partir de entonces, todo estaba borroso. Recorrió la calle, alejándose de las sirenas y las luces centelleantes. Sin saber cómo, encontró su coche, probablemente echando mano de la memoria muscular y de sus agallas. Se sentó al volante, puso en marcha el motor y cuando se incorporó al tráfico, pasó a solo unos centímetros de varios coches.

Y cometió el mayor error de la noche.

Se dirigió hacia el norte.

Cuando Lauren abrió la puerta vio sangre.

Intentó coger a Nick en el momento en que este se desplomaba en el umbral y golpeaba el suelo con fuerza. El perro, encerrado en otra habitación, se puso a ladrar.

—¡Dios mío! ¿Qué ha pasado?

Nick no respondió. Lauren notó que tenía la camisa empapada y vio las gotas de sangre en el suelo de madera. En uno de sus bolsillos sonaba un teléfono móvil. Lauren cerró la puerta, arrastró a Nick y lo apoyó en la pared. Entonces soltó un gemido y ella le quitó la camisa.

—¿Quién te ha hecho esto?

Lauren dejó de hablar al ver el chaleco táctico negro.

La sorpresa duró solo unos instantes antes de convertirse en otra cosa. Siempre supo que llegaría el momento en que Mason se iría y no podría contarle adónde se encaminaba ni qué debía hacer... Lo único que sabía era que Nick lo detestaba. Y ahora, fuera lo que fuera que hubiera hecho aquella noche, iba a morir allí mismo, tirado en el suelo.

—No es tan grave. Estás bien —dijo Lauren.

Sonó a mentira y ruego.

Le desabrochó las tiras de velcro del chaleco y lo apartó lentamente de su cuerpo. Nick gimió de nuevo y Lauren vio la herida en el hombro, un agujero desigual justo encima de la clavícula, cerca del cuello. La sangre volvió a brotar y le resbaló por el pecho. Lauren jadeó y las náuseas y el pánico estuvieron a punto de sobrepasarla, pero hizo de tripas corazón. Después fue corriendo a la

cocina a buscar toallas y el teléfono inalámbrico. De camino resbaló con la sangre, pero no se cayó. Al regresar, presionó la herida con una mano y con la otra marcó el número.

Mason le dio un manotazo al teléfono, que derrapó por el suelo.

—No —dijo. Tenía la voz entrecortada, como si no pudiera respirar—. Nada de llamadas.

—Vas a morir desangrado.

—¡No llames a Urgencias! Déjame...

—¿Estás loco?

Mason la agarró de la muñeca.

—Nick, por favor...

Lauren intentó apartarse, pero Mason resistió. Estaba perdiendo el conocimiento.

Su móvil volvió a sonar. Esta vez, Lauren lo sacó del bolsillo y miró la pantalla.

«número privado».

—¡No lo cojas!

Mason arrastraba las palabras mientras se le cerraban los ojos.

No tocar jamás su teléfono: era una de las condiciones que Lauren le había prometido. Eso y que nunca le preguntaría dónde había estado ni qué había hecho.

—Tengo que contestar —dijo zafándose de él—. Si no lo hago, morirás, y no voy a permitir que eso ocurra.

Mason estaba flotando en un océano de oscuridad, más allá de la luz y del sonido. Cuando se acercó lentamente a la superficie, oyó palabras a lo lejos, palabras que todavía no significaban nada.

«Me llamo Lauren. A Nick le han disparado. Necesita ayuda y no me deja telefonar a Urgencias. ¿Qué hago?».

Mason se alejó de la superficie y se hundió de nuevo en la oscuridad. Se quedó allí un minuto, o una hora, o un día, hasta que notó que volvía a ascender. Unos sonidos —una llamada a la puerta, el ladrido amortiguado de un perro, una mujer gritando— lo atrajeron hacia la superficie. Entonces la atravesó y distinguió una cara.

Quintero estaba arrodillado frente a él con una botella de plástico marrón en la mano. Cuando echó el peróxido en la herida, el dolor volvió a recorrer todo el cuerpo de Mason y los músculos se contrajeron tanto que parecía que tuviese convulsiones.

—¿Qué... estás... haciendo? ¿Cómo... he... llegado... aquí? —preguntó Mason, incapaz de enfocar la vista.

—No lo sé, tío, pero la has cagado.

Quintero vertió un poco de líquido transparente en un cuenco de metal. Las cadenas de oro que llevaba al cuello oscilaban con cada movimiento y los músculos se flexionaban y animaban los tatuajes de ambos brazos.

—Lauren —dijo Mason cuando recobró el conocimiento.

—Estoy aquí.

Su voz llegaba desde atrás e intentó incorporarse para verla, pero Quintero se lo impidió poniéndole una mano en el pecho.

«¿Por qué he venido aquí? —se preguntó Mason—. Porque este lugar es mi refugio. Desde la primera noche que me trajo aquí, este se convirtió en el único lugar al que podía venir y al menos fingir que nadie más llegaría a encontrarme.

»Y ahora lo he destruido».

—Ven aquí. Sostenme esto —dijo Quintero a Lauren tendiéndole una gasa—. Haz presión en el hombro.

Lauren no se movió.

—Se desangrará si no me ayudas —dijo él levantando la voz pero tratando de mantener la calma.

Mason lo vio en los ojos de Lauren: conocía a aquel hombre. Era su pesadilla.



El hombre que seguía a Nick, que le daba órdenes. El obstáculo que les impedía a Nick y a ella tener una vida.

Lauren no se movió.

—No pasa nada —le dijo Mason—. Puedes ayudarlo.

Se concentró en su cara, en sus labios, en sus ojos marrones, ahora llenos de miedo y de preocupación. Fue su pelo castaño corto lo que primero le llamó la atención cuando entró en la tienda de animales a comprar a Max, la juventud e independencia que irradiaba. Una vida despreocupada. Pero fue su honestidad, su bondad natural, lo que acabó atrayendo a Nick; todas esas cosas de ella que parecían representar lo que él no podría alcanzar.

Quintero le ofreció la gasa de algodón.

—Cógela. Presiónala contra el hombro.

Lauren cogió la gasa pero no se agachó. Estaba concentrada en el bulto que sobresalía entre la espalda y la camisa de Quintero, que llevaba por fuera del pantalón. Mason intuyó cómo se formaba la idea en su mente. Lauren no sabía nada de armas. Las odiaba. Pero...

—Haz lo que te diga —insistió Mason.

«Y no intentes ninguna tontería».

El hechizo se había roto y cualquier idea de arrebatarse la pistola a Quintero se esfumó. Lauren se arrodilló y presionó la herida con la gasa. El algodón blanco se tiñó de sangre al instante.

—Más fuerte —le indicó Quintero.

Mason miró por la ventana hacia la oscuridad y en dirección a la única farola encendida que brillaba sobre el pavimento. Una luz azul centelleó en la pared. Era un coche patrulla que circulaba por la calle. Siguiendo la luz, reconstruyó el trayecto desde el Aqua hasta el edificio de apartamentos, situado a la vuelta de la esquina de Wrigley Field.

—Mi coche —dijo Mason—. Seguramente estará destrozado.

Quintero negó con la cabeza.

—Se suponía que debías llevarlo al desguace.

Mason no tenía intención de discutir. Le apartó la mano a Lauren e intentó verse la herida, pero estaba demasiado cerca del cuello.

Lauren tiró al suelo la gasa empapada en sangre y Quintero se la quedó mirando con una expresión fría y amenazante.

—Coge más algodón y vuelve aquí.

—Me pondré bien —dijo Mason—. Tranquila, sabe lo que se trae entre manos.

Quintero vertió más peróxido en el cuenco metálico y hundió en él unas pinzas y un cuchillo X-Acto.

—Tú —dijo, apuntando a Lauren—. Olvídate de las vendas. Tráeme agujas de coser e hilo. Que sea fuerte.

Aquello fue la gota que colmó el vaso. Lauren se puso en pie.

—Esto es absurdo. Voy a llamar a Urgencias.

Se sacó del bolsillo el teléfono de Nick, pero antes de que pudiera pulsar el primer número, Quintero se había levantado.

—Mírame —dijo este, señalándose los ojos—. Puedes ayudar o dejarlo morir en el suelo de tu casa. Eso es cosa tuya. Pero lo que no harás es llamar a una ambulancia, ¿entendido?

Lauren asintió, aunque todavía sujetaba el teléfono en la mano. «Tres dígitos —pensó—. Podría marcarlos con el pulgar. 9-1-»...

Alguien chasqueó los dedos. Cuando Lauren levantó la vista, Quintero estaba apuntándola con una pistola y se le hizo un nudo en la garganta.

Quintero volvió a chasquear los dedos y extendió la mano que tenía libre.

—El teléfono.

—Dáselo —dijo Mason tratando de incorporarse.

Lauren le dio el aparato.

—Aguja e hilo. Ya.

—Nick...

Lauren miró a Mason conteniendo las lágrimas, negándose a ceder ante ellas.

—Dale el hilo —dijo Mason—. Todo saldrá bien.

Lauren negó con la cabeza y salió de la habitación. Cuando se fue, Quintero ayudó a Mason a sentarse y sacó las pinzas del peróxido.

—¿Qué ha pasado? —preguntó a Mason.

—Llegué al objetivo, pero tuve problemas para salir.

—No deberías haber venido aquí.

—No te preocupes por ella. —Mason ni siquiera mencionó su nombre delante de él—. Sácame de aquí.

—Todavía no puedes moverte.

Quintero abrió los laterales de la herida e introdujo las pinzas en el hombro. El dolor volvió a sumir a Mason en la oscuridad. Quintero presionó el omoplato con la mano.

—No hay orificio de salida. La bala sigue ahí dentro. Debió de pararla el chaleco.

—Pues sácala.

—No me digas. ¿Crees que es la primera vez que lo hago? Tú cállate y no te muevas.

Quintero volvió a meter las pinzas en el cuenco.

—Esto te va a doler la hostia.

Mason cerró los ojos y esperó. Después notó el contacto del frío metal y la misma sacudida eléctrica de dolor, que primero se duplicó y luego triplicó. Un hierro de soldadura atravesándole las terminaciones nerviosas y lanzando una lluvia de chispas en todas direcciones.

—No te muevas —susurró Quintero.

Mason no podía oírlo. Mantuvo los ojos cerrados, contando los segundos hasta que el dolor amainó de repente y pudo respirar. Oyó la bala al caer en el cuenco y abrió los ojos.

—Calibre cuarenta —dijo Quintero.

—Necesito un chaleco mejor.

—O no recibir disparos.

—El objetivo no estaba en aquella habitación —dijo Mason. La ira había

reemplazado al dolor más intenso—. La información de tu fuente era incorrecta.

—Y lo solucionaste —dijo Quintero, que cogió el cuchillo XActo.

—¿Qué haces?

—Tengo que limpiar los bordes para poder coserte.

Mason cerró los ojos con fuerza y volvió a sentir la oleada de electricidad mientras Quintero raspaba y cortaba.

Lauren entró en la habitación con un carrete de hilo y varias agujas y se lo dio todo a Quintero.

—Aquí tienes.

Quintero cogió una aguja y puso mala cara.

—¿No tienes nada mejor?

—Yo coso vaqueros rotos, no heridas de bala.

Quintero ignoró el comentario y cortó sesenta centímetros de hilo.

—Será mejor que no mires —le advirtió.

—No pienso irme —repuso Lauren.

Quintero negó con la cabeza, se metió la mano en el bolsillo de la camisa, sacó unas gafas de lectura plegables y se las puso en la punta de la nariz. Mientras enhebraba cuidadosamente la aguja hubo un extraño momento de calma. Allí estaba aquel antiguo pandillero con el tatuaje verde y blanco de «La Raza» en el brazo y tres aros en las orejas guiando el hilo por el ojo de una aguja con la destreza de una costurera.

Mason cerró los ojos una última vez al notar la aguja atravesándole la carne. Intentó no imaginar a Quintero horadando todas las capas de la piel, penetrando en la herida abierta y sacando de nuevo la aguja por el otro lado. Recto, después en diagonal para salir y, otra vez, recto. Sintió el tirón cuando Quintero tensó el hilo y la nueva punzada cuando paró para secar la sangre y rociar la herida con peróxido.

—Necesito que me ayudes otra vez —dijo Quintero a Lauren mientras empezaba a cubrir la herida con vendas—. Rompe ese esparadrapo en tiras de treinta centímetros.

—Lo siento —dijo Mason mirándola.

«Lo siento» nunca había sonado tan inadecuado.

A Mason le pareció ver mil cosas en la expresión de Lauren. Esperaba que el perdón fuera una de ellas.

Cuando Quintero hubo colocado el último trozo de esparadrapo, ayudó a Mason a ponerse en pie y luego pasó el brazo de este por encima de su hombro.

—Ahora, vámonos.

—Esperad —dijo Lauren, que se interpuso entre ellos y la puerta—. ¿Ir adónde?

—A un lugar más seguro.

—¿Más seguro para quién? —preguntó.

—Para todos nosotros. —Miró a Mason—. Andando.

Cuando salieron, Lauren cerró la puerta y observó el sangriento caos en que se había convertido su recibidor. Entonces se desplomó sobre sus rodillas y extendió fuertemente los brazos alrededor de sí misma. La descarga de adrenalina había remitido y se sentía débil. Pero eso no fue lo que la hizo sollozar, sino la idea de que, incluso si Nick Mason sobrevivía...

Tal vez no volviera a verlo nunca más.

Quintero condujo a Mason por el pasillo y bajaron las escaleras. Después echó una ojeada a la calle, abrió la puerta del edificio y fueron a buscar su Escalade negro, aparcado a media manzana de allí.

—Mi coche... —dijo Mason.

—Ya nos hemos ocupado de él.

Quintero se incorporó al tráfico. El todoterreno se detuvo en un semáforo y un coche de policía cruzó silenciosamente la intersección con la luz azul parpadeando.

—La has cagado bien —dijo Quintero al arrancar de nuevo—. Esto tendrá repercusiones para todos.

—¿A qué te refieres con «para todos»? —preguntó Mason.

—Ya conoces las reglas. Aquí todo el mundo se la juega.

Después de lo que había vivido aquella noche, Mason necesitó un momento para asimilarlo.

—Tu trabajo era cargarte al contable —dijo Quintero—. El mío ir a Elmhurst y esperar noticias tuyas... O no.

Mason se irguió en el asiento. Elmhurst significaba dos cosas:

Su exmujer Gina.

Su hija Adriana.

Era una amenaza que Mason había oído antes: si fallas, ellas mueren. La ecuación resultaba sencilla. Pero aquella noche, con la bala que acababan de extraerle del hombro y la sangre derramada por todo el apartamento de Lauren, la amenaza parecía más real. Aquella noche había estado a punto de perder algo más que unos centilitros de sangre.

«Sale de su vehículo —se dijo Mason, que reprodujo toda la escena de golpe—. Se acerca a la puerta principal. Está cerrada, pero eso no es impedimento para él. Le propina una patada justo al lado del cerrojo de seguridad. Cuando todos despiertan, él ya se halla en el piso de arriba. Puede que Brad tenga una pistola y puede que no. Da igual. Por más que quiera proteger a su mujer y su hijastra, no tiene ni idea de cómo defenderse de un hombre como Quintero.

»Recibe el primer disparo en la frente.

»Gina está gritando. En otra habitación, al fondo del pasillo, una habitación que Mason no ha visto nunca, su hija Adriana se ha sentado en la cama.

»¿Está llorando? ¿Intenta esconderse? ¿Salir corriendo?».

Paró la película mental antes de que llegara otro fotograma.

—No vuelvas a amenazar a mi familia —dijo Mason—. ¡Nunca!

—No me des motivos —repuso Quintero sin dejar de mirar al frente— y no me veré obligado a hacerlo.

Desde el momento en que Mason salió de la cárcel, había estado pensando

acerca de lo que iba a necesitar para poder librarse de aquella segunda vida en la que se hallaba inmerso.

Había estado vigilando. Y esperando.

Pero, aquella noche, mientras Quintero lo conducía por las calles oscuras del North Side de Chicago, sabía que la vigilancia y la espera habían terminado.

«Voy a acabar contigo —pensó—. Contigo, con Darius Cole y con todos los que trabajen para él.

»Voy a acabar con todos vosotros».

Transcurridas menos de cinco horas desde que lo despertó una llamada en plena noche, Bruce Harper, miembro del USMS, el Cuerpo de Alguaciles de Estados Unidos, se encontraba a mil cien kilómetros de casa contemplando el mayor fracaso de su vida.

Harper no solo llevaba veintisiete años de servicio, sino que los últimos diez había sido codirector del WITSEC, según lo llamaban en Arlington, el Programa de Protección de Testigos, mientras supervisaba a centenares de alguaciles rasos en noventa y cuatro distritos por todo el país. Antes había trabajado directamente para Gerald Shur, el verdadero fundador del WITSEC, y seguía hablando con él al menos una vez por semana. Ya temía la próxima llamada de Gerald, porque, en casi cincuenta años de existencia del programa, se había protegido a más de mil clientes y ninguno, al menos ninguno que respetara las normas, había sido asesinado.

Hasta ahora.

Su primer testigo asesinado.

Y había ocurrido mientras Harper vigilaba.

En el pasillo de la planta veintiuno del Aqua, que había sido destruida por una bomba incendiaria, la escena parecía salida de una zona de guerra, con las paredes ennegrecidas y tres puertas destrozadas y esparcidas anárquicamente por el suelo, e intentó atar cabos.

Harper entró en la habitación donde habían colocado los artefactos explosivos. Alguien había dejado una docena de latas de pintura cerradas herméticamente y con combustible diésel en su interior. Los alguaciles estaban cooperando con el



FBI en la investigación, e indicaron a Harper que habían encontrado unas imágenes en las cámaras de seguridad en donde aparecían dos pintores llevando las latas. Estaban repasando la lista de subcontratas aprobadas que trabajaban en aquella planta y confeccionando una relación de todos los empleados, pero Harper no abrigaba muchas esperanzas.

Con independencia de quién las hubiera subido hasta allí, las latas se habían amontonado con sumo cuidado para que estallaran en rápida sucesión, con una mecha central activada por un temporizador digital. Harper fue al balcón cuya ventana había estallado veintiún pisos por encima de las calles de Chicago. El tráfico matinal en el Loop era denso. Todo el mundo iba camino del trabajo y ya había olvidado la gran noticia llegada desde el centro la noche anterior...

«Esta no es mi ciudad», pensó. Nunca había vivido allí, nunca había trabajado allí, nunca había pasado más de un día entero allí, aunque tenía la sensación de que eso estaba a punto de cambiar.

«¿Cómo había ocurrido?».

Esa fue la primera pregunta que formuló cuando recibió la llamada, y la pregunta que seguía formulándose desde entonces. Pero ahora que estaba allí para verlo en persona, fue sustituida por otra:

«¿Cómo era posible que ninguno de mis subalternos hubiera muerto?».

Tenía heridos suficientes para llenar todo un pabellón de hospital: cuatro alguaciles con quemaduras de gravedad —cuando se produjo la explosión, casi todos estaban protegidos por las puertas a prueba de incendios—, otros tres incapacitados en el hueco de la escalera, dos de ellos con traumatismo abdominal, y un tercero hallado inconsciente, aparentemente por falta de oxígeno. El joven alguacil de la planta cuarenta y tres, el que estaba apostado frente a la puerta trampa, también había sufrido lesiones abdominales y un traumatismo muscular en el muslo izquierdo. A esa edad, probablemente volviera a caminar en un par de semanas.

«—El tirador llevaba un pasamontañas negro —le había dicho el alguacil.

Antes de ir allí, Harper había pasado por el hospital para entrevistarlo—. Ojos marrones, unos treinta y cinco años. Y era del South Side.

»—¿Cómo lo sabe?

»—He vivido allí toda la vida. Sé reconocer a alguien de la zona cuando lo oigo hablar».

Solo quedaba el alguacil apostado en la propia habitación: Greg Davis, un hombre que llevaba casi tantos años de servicio como Harper. Este le habría confiado sin miramientos el cuidado de sus hijos, además de su fondo de jubilación, pero Davis había sido alcanzado por uno de los seis tapones de silicona recuperados en el edificio. También había sufrido una conmoción y había recibido un golpe en la cabeza con la porra aturdidora que encontraron en el pasillo no muy lejos de la escopeta Mossberg 500.

«Ese tipo no puso reparos en asesinar a McLaren —se dijo Harper, contemplando la semiautomática HK USP de nueve milímetros ennegrecida por el fuego—. Pero se tomó muchas molestias para no matar a nadie más, aunque ello significara llevar armas extra.

»¿Qué clase de hombre hace algo así?».

Harper se moría por atraparlo y poder formularle esa pregunta él mismo. Y lo atraparía. Era solo cuestión de tiempo.

Subió a la planta cincuenta y tres, donde los alguaciles tenían uno de los dos apartamentos secretos. Aquel no lo conocía casi ningún alguacil de la oficina del distrito. A menos que estuvieses custodiando a un cliente muy valioso, no había motivo para que supieras de su existencia.

Entró en la estancia principal del apartamento. Apenas había muebles más allá de las necesidades funcionales inmediatas de un cliente que fuera a pasar una o dos noches allí, una semana a lo sumo. Una pequeña cocina y una mesa para comer. Un televisor conectado a un servicio básico por cable. Un sofá y una mesita, ahora reducida a fragmentos de madera. El alguacil Davis había sido hallado inconsciente cerca de ella. Al otro lado de la habitación, junto al

televisor destrozado, encontraron a Ken McLaren. Le habían disparado tres veces, dos en el pecho y una en la cabeza, con la semiautomática.

A su llegada, Harper pasó junto a una docena de hombres que hacían su trabajo. Federales, investigadores de incendios y más alguaciles del Distrito Norte de Illinois. Pero ahora estaba solo, un oasis de calma en medio del caos de aquella jornada, contemplando el lugar exacto del cual se habían llevado el cuerpo. Una salpicadura de sangre describía un arco en la pared y también había manchas en la alfombra. Cuando se dio la vuelta, le sorprendió ver allí a un hombre. Era unos centímetros más bajo y varios años más joven que él. De tez oscura y ojos vivos. Desprendía una energía tensa aun estando quieto. No era alguacil ni uno de los hombres del FBI a los que Harper había encontrado de camino, pero los zapatos rasguñados y la americana informal de color azul oscuro, a la que le habría venido bien un planchado, denotaban que se trataba de un agente de la ley. A menos que sea un infiltrado de primer orden, un policía solo tiene pinta de una cosa: de policía.

Harper lo miró a los ojos.

—Espero que sea importante, agente...

El hombre sacó la placa.

—Frank Sandoval. Homicidios, zona centro.

—Si ha venido a regodearse en la cagada de los federales, ya ha tenido su oportunidad. La salida es por ahí.

—Le dejé un mensaje hace dos días. Debería haberme devuelto la llamada.

—¿De qué está hablando?

—Intentaba facilitarle una información.

—¿Sobre qué?

—Sobre esto —dijo Sandoval, que descascaró un fragmento de pared—. Este reloj se puso en marcha en cuanto empezó la revisión del juicio de Darius Cole. Me sorprende que hayan tardado tanto.

—Y una mierda. ¿Cómo lo sabe?

—Si hubiera atendido mi llamada, tendría su respuesta.

Harper esperó unos instantes para tranquilizarse.

—El señor McLaren llevaba casi veinte años en el programa. En todo ese tiempo no había mantenido contacto con antiguos socios o...

—Sí, ya sé cómo funciona. Si dejas tu vida atrás y vuelves a empezar de cero en un sitio nuevo nadie te encontrará, ¿verdad?

—Si cumples las normas, no.

Aquella mañana, en el avión, Harper había leído hasta la última palabra del informe sobre McLaren, un hombre que en su día trabajaba como contable forense del Servicio de Impuestos Internos y que más tarde ayudaría a Darius Cole a mover millones de dólares en dinero ilícito entre Estados Unidos y una docena de países sin pagar impuestos. Era el mismo hombre que fue trasladado de Chicago a Asheville, en Carolina del Norte, después de testificar contra Cole en el juicio original. Le consiguieron un apartamento de una habitación y un puesto de trabajo en un centro comercial, donde hacía declaraciones de la renta sin cita previa a gente que no podía esperar a recibir su devolución de doscientos dólares. Siempre había allí un agente de la condicional para cerciorarse de que eso era lo más creativo que hacía McLaren con el dinero ajeno.

—Tú tienes tus normas y Cole, las tuyas —dijo Sandoval—. Daba igual dónde escondieras a tu testigo. Ya estaba desahuciado.

Harper había dedicado toda su vida al programa, a la idea de que cualquier testigo podía ser protegido de cualquiera excepto quizá del mismísimo Dios. «Si haces lo que te dicen, estarás a salvo». Llevaba décadas explicárselo a los testigos y a sus familiares y siempre había creído en ello, porque siempre era verdad.

Siempre.

Pero, ahora, el cuerpo de McLaren representaba una prueba de que ese «siempre» y toda su carrera se había basado en una mentira. Hoy, Bruce Harper estaba experimentando el primer fracaso del programa mediante la sangre que impregnaba la alfombra que tenía bajo los pies.

—Si tienes todas las respuestas, compártelas con el resto de la clase —dijo

Harper—. Darius Cole está en Terre Haute, una de las instalaciones más seguras del país.

—Podría haberlo organizado desde la puta Luna.

Harper negó con la cabeza.

—No es el primer delincuente con contactos en el exterior. ¿Cómo supo que custodiábamos a McLaren? Eso no ocurre jamás, agente.

—Pues es algo que tendrá que averiguar usted —repuso Sandoval—. Yo solo sé que si tienen un alguacil con un punto débil, Cole ya lo ha encontrado.

Harper estaba analizando todas las posibilidades, confeccionando una lista de todos los alguaciles, subalternos, administradores o cualquiera que pudiese tener acceso a aquella información.

La lista no era larga.

A menos que el infiltrado estuviera allí, en Chicago.

Detestaba el mero hecho de pensarlo, pero era inevitable: «Si tuvieras que elegir una ciudad donde buscar al alguacil corrupto, sinceramente, ¿cuál sería?».

—¿Y qué hay del tirador? —preguntó Harper—. ¿Tiene un nombre para mí o ha venido solo a decir «ya se lo advertí»?

—Puedo darle un nombre. O, mejor aún, llevarle hasta su casa.

Harper se lo quedó mirando.

—¿Habla en serio, agente? Porque no estoy para más...

—Sé que ha tenido un mal día —dijo Sandoval—. Pero cuando vea dónde vive ese tío, se le quitarán las ganas de desayunar.

El teléfono de prepago que utilizaría Darius Cole para llamar a Nick Mason aquella mañana había cambiado cinco veces de manos hasta llegar a su celda.

Había iniciado su viaje en un cartón de tabaco que fue depositado en la esquina noroeste del patio por un dron de cuatro hélices después de un vuelo de casi dos kilómetros desde su vehículo de lanzamiento, aparcado a orillas del río Wabash. El cartón contenía ciento setenta gramos de marihuana sin compactar; esa era la tapadera. El guardia que cubría el turno de noche en el puesto perimetral recogió el cartón, sacó la marihuana y la pesó y registró antes de entregársela al equipo de contrabando. Se quedó con el teléfono móvil, los diez billetes de cien dólares y la docena de parches de fentanilo también ocultos dentro del cartón. Metió debajo del asiento de su vehículo patrulla el teléfono, los parches y cinco billetes, y se guardó el resto del dinero en el bolsillo.

El guardia del turno de día encargado del mantenimiento de los coches patrulla cogió los otros cinco billetes de debajo del asiento. Luego metió el teléfono móvil y los parches de fentanilo en un sobre marrón y lo dejó en la caja blanca del correo.

Minutos después, un reo de confianza clasificó las cartas y colocó el sobre debajo del correo destinado a la Unidad de Confinamiento Especial. Pero, antes de abandonar la sala del correo, abrió el sobre y sacó dos parches de fentanilo, que se colocó en la parte interior de los muslos. Los parches le proporcionarían una doble dosis de felicidad opiácea sintética durante setenta y dos horas. Era un pago más que generoso por una entrega adicional.

El preso no podía sentirse mejor cuando llegó a la Unidad de Confinamiento

Especial. Allí se encontraba la mayoría de los reos importantes de Terre Haute, y algunos incluso tenían «necesidades especiales» que eran atendidas: celdas más espaciaosas, luz natural y mejor comida que el resto de los presidiarios; qué carajo, mejor que la de los guardias.

El agradecido preso que recibió el sobre sin distintivos sacó los parches restantes y, como etapa final del viaje, llevó el teléfono a la celda privada de Darius Cole. Este no quería los parches para nada, por supuesto. No necesitaba un colocón químico para escapar de aquella cárcel, al menos mentalmente. El teléfono era el pago del preso a Cole a cambio de su permiso para vender el fentanilo a otros compañeros de la Unidad de Confinamiento Especial.

Cole había utilizado dispositivos móviles en la penitenciaría de Terre Haute desde su llegada en 2005. Pero, cuando el presidente firmó la Ley de Contrabando de Teléfonos Móviles en 2010, algún burócrata consagró su vida a reducir el número de aparatos en la cárcel. Como en cualquier mercado abierto del mundo, lo único que consiguió fue disparar los precios. Ya se trate de las acciones de Wall Street, ya de las drogas en la calle, el principio era el mismo. Dificultando su obtención, no acabas con el problema; tan solo lo haces más rentable.

Cuando otro burócrata decidió centrar sus esfuerzos en la circulación de las drogas ilegales, el mercado se inundó de repente de teléfonos móviles. Cole calculaba que, ese año, la mitad de los hombres de la Unidad de Confinamiento Especial tenía uno. Aunque no fuera así, podías comprar llamadas a un dólar el minuto. Entonces, un pandillero encarcelado en Baltimore fue descubierto ordenando un asesinato con su móvil y, de repente, el mercado volvió a caer. Ni siquiera podía pedirle a un guardia de los que tenía sobornados que le trajera uno del exterior.

Cole inspeccionó el nuevo teléfono y se aseguró de que tuviera cobertura y de que fuera compatible con al menos uno de los cargadores que tenía en su celda. Entonces indicó al preso que se marchara y marcó diez dígitos de memoria.

Quinientos kilómetros más al norte, Diana Rivelli miró al hombre que vivía en su casa sin saber si estaba vivo. Lo encontró pasada la medianoche cuando volvió de trabajar. Estaba tumbado en el sofá, sin camisa y con el cuello y el hombro derecho vendados. Al margen de lo que le hubiera sucedido, su respiración era poco profunda y en la tela blanca se apreciaba una pequeña mancha de sangre.

Seguía allí cuando se levantó por la mañana; no se había movido ni un milímetro. Diana pasó casi dos horas observándolo, esperando a que despertara, preguntándose si podía hacer algo por él. En varias ocasiones, pensó en cómo había acabado allí aquel desconocido que dormía al otro lado de la casa, que cogía su teléfono móvil y luego desaparecía sin mediar palabra.

Diana llevaba su uniforme de trabajo, ya llegaba tarde y no sabía si el personal de Antonia's estaría listo para el ajetreo de la hora del almuerzo. Pero Mason seguía sin moverse. Le puso una mano en el cuello, le buscó el pulso y presionó unos segundos la piel, notando el calor de su cuerpo.

«No quiero saber qué le ha ocurrido», se dijo a sí misma. Era una norma que cumplía, una de tantas que mantenían su vida en orden: «Nunca preguntes adónde va. Nunca preguntes qué hace».

Oyó el teléfono sonando debajo de Mason, que se sobresaltó. Pero, antes de que pudiera abrir los ojos, Diana ya se había ido.

En cuanto Mason levantó la cabeza notó la tirantez de los puntos en el hombro. Se estremeció de dolor, cogió el teléfono y pulsó el botón.

—¿Qué quieres, Quintero?

—¿Ayer noche fuiste igual de chapucero que ahora por teléfono? —preguntó Cole—. Utilizas un nombre y encima te equivocas.

La voz, reconocible al instante, hizo que Mason saltara como un resorte. Estaba en el sofá del comedor; ni siquiera había llegado a acostarse. Eran pasadas las nueve y había dormido unas siete horas.



—¿Qué pasó ayer por la noche? —preguntó Cole. Era la segunda vez que llamaba directamente a Mason—. No me gusta lo que estoy oyendo.

Mason se levantó poco a poco. Le daba vueltas la cabeza y fue al cuarto de baño con el teléfono pegado a la oreja. Se miró el hombro vendado y las tiras multicolores que le subían por el cuello.

—¿Me oyes?

—Estoy aquí.

Mason salió del lavabo y fue a la nevera. Se moría por un zumo de naranja, pero eligió una botella de Goose Island Ale.

—Encontré al objetivo —dijo Mason—. Luego salí. En cuanto me cure, estaré...

—Estás desviándote del problema que has creado.

—¿Te refieres al balazo que recibí? ¿A ese problema?

—¿Qué coño quieres? ¿Un Corazón Púrpura? —preguntó Cole—. A mí me han disparado cuatro veces.

Mason cerró la nevera de doble puerta y abrió la cerveza. La casa adosada estaba en silencio, como casi todas las mañanas. Su compañera Diana probablemente había ido al restaurante y estaría preparándose para la avalancha de clientes de mediodía. No recordaba la última vez que había hablado con ella.

—Hice lo que me pediste —dijo Mason—. ¿Qué quieres?

Salió a la terraza de la cocina y se situó junto a la barandilla. La cámara de vídeo estaba enfocándolo y la luz roja parpadeante era un recordatorio continuo de dónde se encontraba, aunque Mason raras veces pensara en ello. El suave viento que llegaba desde el lago formaba ondas en la superficie de la piscina.

—Te he llamado para explicarte qué debería ocurrir a continuación —dijo Cole.

Ese fue el momento en que Mason debería de haber sabido que algo estaba a punto de torcerse, pero se encontraba distraído mirando a la calle.

Justo debajo de la casa, se hallaba Lincoln Park West y más allá, el parque, con su zoo y sus jardines botánicos. Detrás se extendía el lago Michigan,

refulgendo bajo la luz del sol. Era una escena perfecta de cinco millones de dólares, pero hoy Mason solo veía una cosa:

Una berlina negra aparcada en la calle.

—He tenido bastantes mujeres en mi vida —dijo Cole—, pero solo me han importado de verdad una o dos.

Mason vio que se bajaba la ventanilla y alguien lo miraba sin disimulo.

El hombre que lo había enviado a Terre Haute, que cinco años antes estaba sentado delante de él en el restaurante de Diana y le prometió que volvería a encerrarlo. El mismo que le había arrebatado la memoria USB con información sobre los miembros corruptos de la Sección de Investigaciones Especiales, utilizada para acabar con el grupo al completo y que, aun así, le había jurado que nada cambiaría entre ellos.

El agente Frank Sandoval.

—Los negocios son lo primero, como debe ser.

Sandoval asintió. Estaba hablando con alguien en el coche, un hombre mayor con el rostro curtido de un veterano. Ambos lo observaron a través del parabrisas.

Mason alzó el botellín de cerveza a modo de saludo burlón.

—¿Estás ahí?

—Sí.

Mason dejó la botella y se alejó de la barandilla.

—Yo no te pedí que lo hicieras solo.

Mason se detuvo en seco.

—¿De qué estás hablando?

—Te hablo de un cabo suelto. Hay que eliminarlo.

Todo lo demás pasó a un segundo plano. Solo existía una voz que llegaba a través del aire desde una celda situada en otro estado.

—Ella no tiene nada que ver con esto —dijo Mason—. No va a...

—Fuiste a su apartamento. Le llenaste el suelo de sangre y hoy habrá leído lo que ocurrió en el centro.

Mason agarró el teléfono con más fuerza.

—Escúchame. Sabe que tengo otra vida...

—Si eso es cierto, entonces ya teníamos un problema.

—No sabe nada más —dijo Mason—. No hay razón para...

—Es culpa tuya —repuso Cole—. Lo provocaste tú yendo allí. No lo olvides.

Mason oyó un clic y después un vacío. Marcó rápidamente el número de Lauren. El teléfono sonó varias veces y saltó el contestador.

—Sal de donde estés —dijo Mason—. Ahora mismo. Vete a un lugar seguro. Y llámame.

Mason no sabía si viviría para escuchar el mensaje o si ya estaría muerta. Se vistió precipitadamente y apretó los dientes al pasarse la camisa por el hombro. Luego bajó corriendo al garaje, abrió la puerta y vio..

Nada.

«Mierda».

La noche antes había dejado su coche en casa de Lauren y, tal como prometió Quintero, ya lo habrían troceado en el desguace.

Salió a la calle. «Le pediré a Sandoval que me lleve hasta ella —pensó—. No me importa lo que diga».

Pero la plaza de aparcamiento estaba vacía y vio fugazmente a la berlina negra doblando la esquina. Rastreó la calle en busca de otro coche en movimiento.

Nada.

Mason echó a correr, sintiendo a cada paso el dolor punzante en el hombro. La tienda de animales se encontraba a casi dos kilómetros.

«Por favor, que estés allí —pensó—. Ojalá estés en esa tienda, detrás del mostrador. No has cogido el teléfono porque atendías a un cliente».

Corrió por Lincoln Park West y giró en la esquina. Dos manzanas más adelante vio la tienda de animales. Todo le daba vueltas cuando llegó a la puerta y la abrió.

Había una mujer en el mostrador, pero no era Lauren.

—¿Puedo ayudarlo en algo?

—¿Dónde está? ¿Dónde está Lauren?

—Hoy no ha venido. Me pidió que...

Mason volvió a salir. Vio un taxi acercándose, empezó a correr y estuvo a punto de ser arrollado por un coche que venía en sentido contrario. Ignoró la bocina, paró el taxi y se montó. Luego dio la dirección al conductor y sacó el teléfono móvil.

—Deprisa —indicó al taxista mientras esperaba que le contestaran—. No se pare por nada.

Volvió a saltar el contestador automático. Mason colgó y probó con Quintero. El teléfono sonó, pero no había buzón de voz.

«Mierda. Está allí ahora mismo».

Marcó el número del restaurante y preguntó por Diana, recalcando que se trataba de una emergencia.

—Necesito que vayas a un sitio —le dijo en cuanto se puso al teléfono.

—Nick, estoy trabajando.

—Es importante. Voy a darte una dirección.

Le facilitó el número de Addison Street y le pidió que fuera allí lo antes posible. Después colgó y llamó de nuevo a Lauren. Buzón de voz.

Se imaginó a Quintero en el apartamento. Al igual que la víspera, pero ahora estaba solo con ella.

«Es culpa mía —pensó—. Yo la metí en esta vida. Y ahora su vida ha terminado».

—Más rápido —dijo Mason al conductor—. Le pagaré lo que sea, pero lléveme ahí.

El taxista levantó las manos. Estaba atrapado en un semáforo sin escapatoria posible. Mason hizo el cálculo de cuánto tardaría en llegar corriendo, siempre y cuando no se desmayara. Pero entonces se puso en verde y el taxista reanudó la marcha. Encontraron un tramo despejado en Clark Street y avanzaron bastante hasta que llegó el momento de doblar por Addison. Cuando el coche tuvo que

detenerse de nuevo en un semáforo, Mason echó el dinero por encima del asiento y se bajó del coche antes de que las ruedas dejaran de girar.

Corrió las últimas cuatro manzanas de Addison y atravesó las intersecciones evitando por poco un atropello.

Cuando llegó al edificio, vio el Escalade negro aparcado delante.

«Demasiado tarde».

Utilizó la llave para abrir la puerta principal y subió los escalones de dos en dos. La puerta del apartamento estaba entreabierta y oyó a Max ladrando dentro. Al entrar le llegó el olor a lejía. Mirando el suelo de madera del recibidor, se dio cuenta de que Lauren probablemente se había pasado media noche limpiando la sangre.

El perro no paraba de ladrar. Al mirar hacia el salón, vio que no había nadie.

«¿Dónde están?».

Cuando entró en el dormitorio vio a Quintero sentado en la cama de Lauren. Mason se quedó inmóvil y ambos cruzaron sus miradas. El perro volvió a ladrar y rompió el hechizo. Estaba en la habitación contigua, que Lauren utilizaba como despacho.

—No deberías estar aquí —dijo Quintero.

—No te lo permitiré —repuso Mason.

Era una obscenidad que aquel hombre estuviera en la habitación, tocando su cama.

—Esto no funciona así, Mason. Sabes que es mi obligación.

Mason oyó un ruido en el baño; Lauren había cerrado el grifo de la ducha. Quintero estaba esperándola.

—No mato a mujeres en la ducha —dijo, como si hubiera leído la mente de Mason.

—Hoy no vas a matar a nadie.

Al levantarse, Quintero cogió la pistola que tenía detrás. Era una Sig negra semiautomática con un silenciador enroscado al cañón.

—Ya está hecho —dijo Quintero apuntándole al pecho—. No lo empeores.

—Adelante —contestó Mason—. Mátame a mí también. Entonces podrás proponerle a Cole ocupar mi puesto.

En ese momento se abrió la puerta del baño. Quintero apartó la mirada por un instante, lo suficiente para que Mason agarrara el cañón y tirara de él. La pistola se disparó con un ruido atenuado por el silenciador y la bala atravesó la madera blanda de la puerta del armario. Cuando Quintero cayó hacia atrás, lo arrastró consigo. Mason echó a rodar hacia la cama y oyó el grito de Lauren. Quintero le hundió los dedos en la herida de bala, lo cual le hizo gemir de dolor, pero no soltó el arma.

Ambos siguieron forcejeando por la pistola, pero Mason sabía que no tendría fuerzas para resistir. Ese día, no. Tenía la cara de Quintero encima, el rostro que representaba todo lo que no controlaba en su vida y, ahora, al notar que el arma se le escurría de entre las manos, se preguntó si sería lo último que viera.

Entonces entró en su campo visual otro rostro. Era Lauren, que se había situado detrás de ambos. Llevaba un albornoz blanco y sujetaba algo en la mano, un palo plateado, que blandía como si fuera una espada. Lauren lo levantó por encima de la cabeza y golpeó con fuerza a Quintero, que abrió unos ojos como platos, y, cuando hizo oscilar de nuevo el palo y le alcanzó de lleno en la parte trasera de la cabeza, dejó de respirar.

Mason le arrebató la pistola y se disponía a darle la vuelta cuando el palo descendió una vez más y le dio en el hombro. Estuvo a punto de perder el conocimiento, soltar el arma y echarlo todo a perder, pero resistió y esperó a que se le aclarara la vista.

—Para —dijo a Lauren—. Está bien, lo tengo.

Mason se levantó poco a poco y siguió apuntando a Quintero. Cuando este se movió, le hundió el silenciador en el estómago.

—Te mataré si es necesario —le dijo Mason, e imaginó qué sucedería si apretaba el gatillo, los problemas que resolvería, pero también los que llegarían después.

—Nick... —dijo Lauren. Estaba hiperventilando y apenas podía hablar—.

¿Por qué está aquí otra vez?

La miró solo un instante, el tiempo justo para verla apoyada en la cómoda. Todavía sostenía en la mano izquierda la barra plateada del toallero, ahora doblada. Estaba pálida. Ya no era una guerrera, sino la mujer de la tienda de animales.

—Coge algo de ropa —le dijo Mason—. Todo lo que tengas de valor.

—¿De qué estás hablando? —respondió ella tratando de recuperar el resuello—. ¿Adónde vamos?

—Tú hazlo. Ahora mismo.

—Estás matando a toda la gente a la que quieres —dijo Quintero, que seguía sentado en el suelo. Se llevó una mano a la cabeza y miró si tenía sangre en las manos—. A ella. A tu mujer, a tu hija...

—Pero tú no estarás aquí para verlo.

Mason no apartó la mirada de Quintero mientras Lauren abría los cajones y sacaba su ropa. Cuando fue al baño a cambiarse, Mason continuó.

—Esta es la versión oficial —dijo a Quintero—: viniste aquí y te la llevaste. La mataste y te deshiciste del cuerpo. Nadie lo encontrará jamás. ¿Lo has entendido?

—¿Estás pidiéndome que mienta a Cole?

—No estoy pidiéndotelo.

Vio que Quintero intentaba asimilarlo, hacer cuentas.

—Si la ven en algún sitio...

—No ocurrirá —dijo Mason—. Me aseguraré de ello.

Quintero negó con la cabeza.

—Vas a jodernos a los dos.

Lauren volvió a entrar en la habitación.

—¿Adónde vamos, Nick?

—No tengo tiempo para discutir —dijo Mason—. Prepara la bolsa ahora mismo y coge el transportín de Max. Se va contigo.

—Nick, no iré a...

—Prepara la bolsa —repitió Mason con más firmeza, pero no se dio la vuelta para ver si había surtido efecto.

—No iré a ninguna parte sin ti.

—Prepara-la-bolsa-ahora-mismo.

Lauren tragó con fuerza, pero no se movió.

—Míralo —dijo Mason señalando con la cabeza a Quintero—. ¿A qué crees que ha venido?

—No voy a renunciar a nosotros —dijo ella— solo porque un...

—¿Me estás escuchando o no? —le espetó Mason con un tono amenazante que le sonó extraño incluso a él. Pero tenía que ser así. Había llegado el momento de quemar el puente y la carretera que se extendía a ambos lados de él.

—Nick...

Con la barra del toallero aún en la mano, se la veía desconcertada. Quintero los observó en silencio.

—Estoy salvándote la vida —dijo Mason—. Tienes que irte.

—¿Y nosotros?

—No existe un nosotros —respondió—. Ya, no.

Odiaba decirlo, aborrecía todo lo que estaba ocurriendo casi tanto como odiaba la idea de una bala en la cabeza de Lauren, porque era lo bastante estúpido como para pensar que podrían haber tenido algo, una vida, un futuro juntos.

Las lágrimas surcaron las mejillas de Lauren. Mason apartó la mirada, apuntando a Quintero mientras ella preparaba la bolsa. Minutos después, oyó el timbre de la puerta.

—Es Diana —dijo Mason—. Déjala entrar.

La oyó bajar las escaleras y, al momento, pasos subiendo de nuevo.

—¿Qué está pasando aquí? —dijo Diana al entrar en la habitación y ver a Mason sentado en la cama y a Quintero en el suelo.

A Mason no le hizo falta ver la expresión de Diana. Sabía cuánto despreciaba a Quintero, cuánto le temía.



—Lleva a Lauren al aeropuerto —dijo Mason—. Pasa primero por el restaurante. Hay un sobre con diez mil dólares pegado debajo de tu mesa. Dáselo. Y cuando la hayas dejado, márchate. Cogerá un vuelo y se irá. Ninguno de los dos sabrá nunca adónde. ¿Entendido?

—No —terció Lauren—. Primero me rompes el corazón y ahora...

—Diana —dijo Mason ignorando a Lauren—. ¿Lo has entendido?

—Sí —respondió Diana tras un largo silencio.

—No iré a ninguna parte —dijo Lauren.

—No te muevas —dijo Mason a Quintero.

Luego se levantó y se acercó a Lauren, que aún tenía los ojos enrojecidos. Se enjugó la cara y lo miró.

—No puedes hacerme esto —dijo—. Hemos trabajado mucho para estar juntos.

—Fue un error.

—Escúchame. No soy tonta. Ya sabía que iba a pasar algo así, ¿de acuerdo? Lo asumí hace mucho tiempo, así que no me importa lo que digas. No pienso...

—Ayer por la noche maté a un hombre —confesó Mason.

Lauren se quedó muda, como si acabaran de darle una bofetada.

—Fui a ese edificio del centro —añadió—, donde hubo el incendio. Encontré al hombre que estaba buscando y lo maté.

Lauren siguió mirándolo sin mediar palabra.

—La última vez maté a un policía con una escopeta. Le destrocé el cuerpo. Diana estaba allí. Ella puede confirmarlo. Antes de eso, maté a un hombre con un cuchillo; le corté el cuello y vi cómo moría mientras aún lo tenía agarrado.

A Lauren empezaron a resbalarle de nuevo lágrimas por las mejillas.

—Despierta, Lauren. Me dedico a matar gente. Esa es mi vida. Si te quedas, tú también morirás.

Lauren negó con la cabeza, incapaz de decir nada.

—Diana te llevará. No vuelvas aquí. Jamás.

Lauren se quedó allí quieta hasta que Diana la agarró del brazo y la sacó de la

habitación. Mason la vio recoger el resto de sus cosas, cerrar la maleta y abrir la habitación de invitados para dejar salir a Max. Le puso una correa, pero el perro tiró de ella al ver a Mason en el dormitorio. Estaba a un metro de él cuando Lauren lo obligó a retroceder.

Diana estaba haciendo equilibrios con el abultado transportín en una mano y la maleta en la otra. Lauren se detuvo para mirar a Mason a los ojos por última vez. Abrió la boca con intención de decir unas palabras, pero no le salieron. Luego, ambas se fueron.

Mason se sentó en el borde de la cama y Quintero se quedó en el suelo sin decir nada.

—Tendrás que llevarme a tu taller —dijo Mason a la postre—. Necesito un coche nuevo.

Lauren miró a la mujer que iba al volante. Diana Rivelli. Era la desconocida a la que encontró viviendo con Nick Mason. Tenía el pelo y los ojos oscuros y una belleza intemporal de la que ni siquiera parecía ser consciente. Ahora seguía siendo una desconocida, igual de misteriosa, pese a que Lauren había encontrado una vía de acceso a la vida de Mason.

«Tengo que irme —pensó—. Tengo que abandonar el único lugar que he conocido. ¿Por qué puede quedarse Diane y yo, no?».

—¿Todo eso era verdad? —dijo secándose las lágrimas otra vez—. ¿Lo que me ha contado Nick?

—Todos hacemos lo que tenemos que hacer —respondió Diane sin apartar la vista de la carretera.

—Y yo tengo que irme.

—Tú puedes irte, lo cual te convierte en afortunada.

—¿En qué soy afortunada, Diana? Mi vida entera se ha acabado.

—Tu vida sigue siendo tuya. Me cambiaría por ti sin pensármelo dos veces. El hombre que es propietario de la vida de Nick... también lo es de la mía.

—La gente no puede ser propietaria de otras personas.

—Eso díselo a mi dueño —repuso Diana—. Puede que viva en una jaula bonita, pero aun así soy una esclava.

—No entiendo nada —dijo Lauren.

—No querías verlo, pero tenías que sospechar algo. ¿Qué creías que hacía cuando te dejaba sola? ¿Repartir flores?

Lauren no contestó y siguieron en silencio hasta llegar a O'Hare.

—¿Dónde se supone que debo ir? —preguntó Lauren—. ¿A casa de mis padres?

—No, no vayas allí. Vete a algún sitio donde nadie pueda encontrarte, al menos por ahora.

Lauren se la quedó mirando y negó con la cabeza en señal de incredulidad.

Entonces llegaron a la terminal. El perro iba sentado en el asiento trasero curioseando por la ventanilla.

Lauren salió con la maleta y un agente se acercó para ayudarla con el transportín. Max forcejeó un momento con la correa, pero se rindió y se sentó en el asfalto.

—Prométeme que cuidarás de él —dijo Lauren antes de cerrar la puerta.

—Bastante trabajo tengo con cuidar de mí misma.

Diana la miró fijamente y el coche de atrás hizo sonar la bocina.

—Prométemelo —insistió Lauren.

Diana asintió y Lauren cerró la puerta y se fue.

No tenía ni idea de adónde iría ni tampoco sabía qué pensaba hacer cuando llegara a su destino.

Su única certeza era que no volvería jamás.

Bruce Harper recordaría durante el resto de su vida el rostro que tenía Nick Mason cuando los miró desde su lujosa casa adosada.

Daba igual que hubiera mancillado el historial intachable del programa WITSEC, tampoco importaba que hubiera abochornado a cuatro mil alguaciles de todo el país y que hubiera supuesto un borrón en sus veintisiete años de carrera. Nada de eso importaba.

Lo que importaba era que, si el agente Sandoval estaba en lo cierto, Nick Mason había asesinado a un testigo al que Harper había jurado proteger, además de herir a nueve de sus hombres.

Y Harper no podía hacer nada al respecto.

Al menos, por el momento.

Estaba sentado delante de Rachel Greenwood, una ayudante del fiscal del Distrito Norte de Illinois. De unos cuarenta y cinco años, atractiva y con aire de profesionalidad, el pelo recogido hacia atrás y gafas con montura al aire. Harper se reunía con ella por primera vez e intentó tomarle la medida. Miró la fotografía enmarcada que había encima de la mesa. Cuando se la hicieron, debía de tener unos cuantos años menos y, en ella, su marido lucía una sonrisa y un peinado típicos de abogado, probablemente privado. Con dos hijos adolescentes, chico y chica. Toda la familia llevaba camisa blanca y sonreía a la cámara en un día alegre que en nada se parecía al de hoy.

Harper ya se había personado en la oficina del Cuerpo de Alguaciles en la planta veinticuatro. Le dijeron que una ayudante del fiscal quería verlo

enseguida, así que bajó él mismo al cuarto piso. No iba a poner a nadie a los pies de los caballos. Respondería del fracaso del Servicio.

Mientras bajaba en el ascensor, pensó en cuántos organismos estaban representados en aquella manzana de Dearborn Street —la DEA, el Servicio de Impuestos Internos, dos senadores estadounidenses y Correos—, una de las mayores concentraciones de poder federal fuera de Washington, D.C. La última vez que Harper estuvo allí, le sorprendió lo fácil que resultaría que otro Timothy McVeigh atacara al gobierno federal; solo hacía falta recorrer Dearborn Street en una furgoneta de alquiler cargada con una bomba fertilizante.

Pero ahora solo tenía una cosa en mente.

—Le agradezco que haya reservado tiempo para venir —dijo Greenwood desde el otro lado de la mesa—. Es un honor. El mismísimo subdirector del WITSEC.

Sus palabras rezumaban gentileza, aunque, aquel día, estar al mando del WITSEC era cualquier cosa menos un símbolo de honor, y ella lo sabía. Y sabía que él lo sabía.

—No es un buen día —dijo Harper—. Tengo a nueve alguaciles en el hospital.

—Y a un testigo muerto.

—Es culpa mía. Acepto toda la responsabilidad —se disculpó Harper.

—¿Y de qué me sirve a mí que se responsabilice, señor subdirector?

Harper empezaba a captar el mensaje. Greenwood no quería saldar cuentas. Quería respuestas.

—Nick Mason —respondió.

—¿Se supone que debe decirme algo ese nombre? —inquirió Rachel.

—Trabaja para Darius Cole.

Harper sabía que eso la frenaría, porque, ahora mismo, Darius Cole era la persona más importante en la vida de Greenwood. Fue ella quien ayudó a meterlo para siempre en la cárcel después de ofrecer acuerdos a las dos personas que acabaron testificando contra él. A Harper, que ahora estaba sentado en el despacho de la abogada, no le sorprendió. Había conocido a ayudantes del fiscal

federal por todo el país. Algunos se veían superados por su trabajo; otros eran brillantes y ambiciosos, pero, sin duda, estaban destinados a otra cosa. Y aún los había que nacieron para representar a Estados Unidos en los tribunales, aunque eso significara llevar demasiados casos y trabajar demasiadas madrugadas por un salario insuficiente y ningún reconocimiento. Harper sabía que algunos de los mejores eran mujeres. Tenían un talento especial para exponer los cargos, llegar a un acuerdo y convertir a los condenados en testigos cooperadores sorteando las defensas de la gente, apelando a ella a un nivel primario que se remontaba a la cuna: «Estoy de tu lado. Quiero protegerte».

Había sido segunda abogada en el juicio original y ahora sería primera en la revisión, lo cual significaba que su vida estaba casi tan jodida como la de Harper.

—Mason cumplía condena con Cole en Terre Haute —dijo Harper—. Cole lo sacó de allí.

—Ahora lo recuerdo. Hubo problemas con el testigo original. El agente confesó que...

—Era mentira —repuso Harper—. Cole lo orquestó todo. Quería a Mason fuera a fin de que trabajara para él.

—¿Por trabajar entendemos «matar a testigos»?

—Entre otras cosas.

Greenwood hizo una pausa para procesarlo.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó finalmente.

—Por el agente de homicidios que lo encerró. Frank Sandoval, compañero del policía que reconoció haber manipulado las pruebas. Hace una hora me ha llevado a casa de Mason. Me ayudará a pescarlo. O yo lo ayudaré a él. Francamente, me da igual quién se cuelgue la medalla esta vez.

—¿Sandoval puede relacionar a Mason con lo de ayer por la noche?

—Si pudiera, estaríamos poniéndole las esposas en este preciso instante.

Greenwood anotó el nombre en su cuaderno.

—Nick Mason —dijo—. ¿Es de por aquí?

—Sandoval dice que es de un lugar llamado Canaryville.

Greenwood suspiró y negó con la cabeza.

—No me sorprende.

—Debe de ser una zona pintoresca de la ciudad.

—Mi abuelo era policía en la época de la Prohibición y conoció a todos los gánsteres importantes: Al Capone, Bugs Moran. Cuando era niña, me contaba infinidad de historias sobre ellos. Pero decía que el peor de todos era un hombre llamado Gene Geary. Se trataba del asesino más despiadado que jamás había conocido.

—Déjeme adivinar —dijo Harper—. Canaryville.

—Allí estaban todos los corrales —respondió ella—. Mi abuelo decía que el aire olía a muerte cuando caminabas por la calle.

«Algunas cosas nunca cambian», pensó Harper, pero no iba a decirlo en voz alta, sobre todo a una mujer que había consagrado su vida a intentar cambiarlas.

—Fue un error traer a McLaren a declarar —dijo Greenwood.

El subtexto quedó implícito: «Fue un error dar por hecho que el Servicio podría protegerlo».

—No debería haber sido un error —dijo Harper—. Nada de esto debería haber ocurrido.

—Pero lo fue y ocurrió —repuso ella antes de cambiar de tema—. ¿Todo esto es obra de un solo hombre?

Más subtexto: «¿De un hombre contra cuántos?».

—Eso creemos, sí.

—¿Cómo averiguó dónde tenían escondido a McLaren?

—Todavía no lo sabemos.

Greenwood negó con la cabeza.

—Todo iba bien hasta ese momento.

—¿A qué se...?

Greenwood levantó las manos para interrumpirlo.

—Vamos, ya ha insinuado que Cole llegó a un acuerdo con un agente para

sacar a Mason de la cárcel. Usted y yo sabemos que contactó con alguien del Cuerpo de Alguaciles.

Harper intentó recordar lo que le había dicho su difunta esposa sobre contar hasta tres antes de responder a una pregunta comprometida.

No llegó ni hasta uno.

—No —dijo—, eso no es posible. En mi oficina, no.

—Pues aparentemente, lo es.

Harper no quería decirlo: «La filtración tuvo que ser local. Ha sido la única vez que el Servicio se ha visto en peligro y, por supuesto, fue alguien de la ciudad que convirtió la corrupción en un arte».

—Mire —dijo Harper obligándose a respirar hondo—, estamos en el mismo bando.

—Si está usted más interesado en cubrirle las espaldas al Servicio, no, no lo estamos. Yo solo intento que nos quede al menos un testigo cuando lleguemos a la revisión del juicio.

—¿Cómo demonios consiguió Cole la revisión? Yo pensaba que era casi imposible.

—Debería haberlo sido —dijo Greenwood—, pero Cole hizo algo realmente brillante. Si recuerda el juicio original, solicitamos un jurado anónimo...

—Como en el de Nicky Barnes.

—Barnes fue el primero, sí. Pero los jurados anónimos presentan dos inconvenientes... El primero consiste en que a veces son contraproducentes. Como en el primer juicio de John Gotti...

—No llegó a un veredicto.

—El presidente del jurado mantenía vínculos con la familia. Si ese jurado no hubiera sido anónimo, se habría descubierto la relación y lo habrían echado. Pero el segundo problema es dónde presenta Cole sus alegaciones para la revisión... Porque el Tribunal de apelaciones ya tiene prejuicios contra los jurados anónimos basados en la presunción de culpabilidad, de modo que acaba imponiendo unos criterios de equidad absurdos para las deliberaciones. Son muy



difíciles de cumplir. Es un punto débil que nadie ha explotado nunca, ni siquiera Gotti en esas peticiones de revisión del juicio.

—No lo entiendo —dijo Harper—. Ese juicio se celebró hace doce años. ¿Cómo pudo Cole...?

—De repente, doce años después, uno de los miembros anónimos del jurado original supuestamente da con el abogado de Cole y le cuenta que las deliberaciones fueron inadecuadas —dijo Greenwood—. Repasaron a conciencia todos los detalles del caso en el hotel y dijeron que Cole debía de ser culpable si los tenían encerrados en un lugar secreto. Era una bomba que no podían ignorar.

Harper la miró exasperado.

—No se creerá usted esa mierda...

—Yo no oí la moción —dijo Greenwood—. El Tribunal de apelaciones del Distrito Séptimo, sí.

—Por tanto, el primer paso es conseguir la revisión —apostilló Harper—. Y el segundo...

—Empezar a matar a los testigos clave.

Harper pensó en ello unos instantes.

—Y ahora solo nos queda uno.

«Isaiah Wallace. El amigo de infancia de Darius Cole y su confidente más leal. El hombre que contribuyó en mayor medida al encarcelamiento de Cole. Y el hombre al que más necesitamos si pretendemos que siga entre rejas.

»Suponiendo que podamos mantenerlo con vida».

Una reflexión que anteayer habría sido poco más que un chiste.

—En realidad teníamos un tercer testigo potencial para el juicio original —precisó Greenwood—. No sé si usted estaba al corriente.

—No lo estaba.

—No intentamos que cooperara. Podría haber relacionado a Cole con varios homicidios, pero...

Greenwood negó con la cabeza y su voz se fue apagando.

—¿No habría sido un buen testigo?

—Mi jefe de aquel entonces dijo que no recurriera a él a menos que no quedara más remedio. Desapareció años después y acabó en Nueva York. Lo mataron de un disparo no hace mucho. Si no recuerdo mal, estaba cumpliendo cadena perpetua en Dannemora. Así que quiero asegurarme de que el señor Wallace...

—Vamos a trasladar a Wallace a un lugar secreto del WITSEC —dijo Harper—. Será absolutamente intocable. Entre tanto, puede usted ayudarme a encerrar a Mason. Si necesitamos permiso para pinchar un teléfono o hay que autorizar horas extra...

Era un hecho corriente del orden público moderno: si el fiscal no quería investigar a un sospechoso, no podías acusarlo de un delito federal.

—Estaré encantada de ayudarlo —dijo Greenwood—. Pero, a cambio, necesitaré reunirme con el señor Wallace para prepararlo de cara a la revisión del juicio.

—Lo lamento, pero no.

Greenwood ladeó la cabeza.

—¿Acaba usted de decirme que «no»?

—Puedo organizar una videoconferencia —respondió Harper—. Si el juez accede a ello, Wallace también testificará por ese medio.

—No es suficiente.

—Pues tendrá que serlo.

—Necesito verlo en persona. Es la clave para el resto del proceso y debo tener la certeza de que está preparado.

—¿Quiere que proteja a ese hombre o no? —preguntó Harper—. Ni su propia madre podrá verlo en persona hasta que haya terminado el juicio.

—Yo soy la fiscal que procesará a Darius Cole, no la madre de Isaiah Wallace.

—Lo siento.

—«Lo siento» no me sirve para nada. Mi trabajo ya es bastante difícil, alguacil. Estaría tomando declaración a McLaren ahora mismo si...

«Si el Cuerpo de Alguaciles de Estados Unidos al completo no le hubiera

fallado».

Harper se encogió de hombros, negándose a ceder.

Greenwood se levantó, rodeó la mesa y se sentó en el borde.

—¿De verdad quiere que las agencias compitan entre sí por ver quién la tiene más larga, alguacil? —preguntó Greenwood—. Si cree que ganará solo porque no tengo eso entre las piernas... —Se inclinó hacia delante y cogió el auricular del teléfono—. ¿Qué opina?

—Veré qué puedo hacer —dijo Harper—. Siempre que no le importe desplazarse a donde esté...

—Iré a donde haga falta —respondió ella con una sonrisa forzada—. Incluso llevaré los ojos tapados todo el trayecto.

—Mason no lo encontrará —afirmó Harper—. Nadie lo hará, se lo prometo.

—Sé que han sido unas veinticuatro horas difíciles —dijo Greenwood con otra sonrisa—, así que le dejaré marcharse.

Cuando le estrechó la mano, Harper se alegró de no tener que enfrentarse nunca a ella en un tribunal.

Era un mal día para ser Nick Mason.

La mujer con la que había intentado construir una vida en común había estado a punto de convertirse en una estadística. Una bala en la cabeza, en su propio dormitorio. Uno entre mil casos por resolver en Chicago que apenas si merecerían unas líneas en el periódico matutino. Ahora se había ido con el perro que los uniera.

Y le dolían una barbaridad el cuello y el hombro.

Nick Mason iba conduciendo el coche que le habían dado después de que Quintero se llevara el Pontiac GTO y ordenara a sus hombres que lo destruyeran en el desguace. El sustituto, uno más dentro de la sucesión aparentemente interminable de vehículos que formaban parte de la colección de Darius Cole, era un Jaguar XK8 de 2004, el primero en no ser un modelo clásico. Pero era negro azabache, como todos los de Cole, y, cuando pensó en el año, tenía sentido: en su día, fue el coche personal de Cole, el que comprara nuevo justo antes de ingresar en la cárcel.

Mason salió del taller bajo las sombras vespertinas que proyectaba la prisión del condado de Cook, se saltó dos semáforos en rojo y enfiló California Avenue sintiendo la potencia del motor pero sin tener ni idea de hacia dónde se dirigía.

Hasta que supo adónde tenía que ir. Y quién era la única persona a la que tenía que ver. La única también capaz de recordarle por qué estaba allí, por qué había firmado este contrato y aceptado estas condiciones para obtener una segunda vida.

Mason condujo con cautela por el West Side, mirando con tanta frecuencia los retrovisores como la carretera. Aunque no lo siguiera nadie, se saltaba los semáforos en rojo, enfilaba calles oscuras y daba luego media vuelta, tratando de dejar la violencia y la amenaza que constituían su segunda vida en el límite de la ciudad, justo antes de entrar en Elmhurst, un barrio repleto de arces y césped recién cortado. Con campos de fútbol y un cine restaurado en la avenida principal. Otro mundo.

La hija de Mason tenía cuatro años cuando él se fue y nueve a su regreso. Todavía no había visto la habitación que tenía para ella sola en la segunda planta de aquella casa en Elmhurst. Se la imaginó: con distinciones y trofeos de fútbol en las estanterías, animales de peluche en la cama y pósteres en las paredes.

Estuvo delante de la casa. Una vez. Lo máximo que se había adentrado en su nuevo mundo fueron tres pasos en el vestíbulo.

Algunas noches pasaba por allí en coche, miraba hacia la ventana oscura e imaginaba a su hija durmiendo al otro lado del cristal. Durante la temporada de fútbol asistía a los partidos siempre que podía y la observaba correr detrás del balón. Era rápida, esbelta y alta como su madre. Entonces terminó la temporada y tuvo la sensación de que habían vuelto a arrebatarse a su niña, pues desapareció en la rutina del curso escolar mientras los fines de semana se iba con su madre y su padrastro. Y Mason pasaba otra vez por delante de la casa para cerciorarse de que estuvieran bien.

Hoy necesitaba algo más que distancia.

Mason recorrió North Avenue sabiendo que las clases terminarían pronto. Vio su colegio de primaria, situado junto a Charles Road, un edificio de cristal y ladrillo rodeado por varias hectáreas de césped impoluto. Delante de la escuela había una larga hilera de coches. Eran los padres que iban a recoger a sus hijos, que daban por sentada su vida normal. No tenían ni idea de lo que habría dado Mason por ser uno de ellos.

Dejó el coche en un aparcamiento situado en un lateral del edificio y se dirigió al patio vallado. Algunos padres se bajaron del coche y fueron a llamar a sus

hijos. Mason observó la escena, que curiosamente le recordó a los ajetreados días en el patio de la prisión, cuando todo era igual de luminoso y soleado, y se oía multitud de voces a la vez.

Al verla un segundo después, el mundo entero enmudeció y quedó en un segundo plano.

«Adriana».

Ahora llevaba el pelo más largo, pero todavía aclarado por el sol, al igual que lo estaría el de su madre hasta bien entrado el otoño. Tenía las mejillas sonrosadas y estaba persiguiendo a alguien. Apareció y desapareció por entre la multitud de niños hasta que interceptó a uno agarrándolo del faldón de la camisa. Él se dio la vuelta y la tiró al suelo de un empujón. A Mason se le cortó la respiración y recordó que había tenido la misma reacción cuando la derribaron en el campo de fútbol, pero ahora le pareció algo más automático; estaba a punto de moverse, de proteger a su niña sin pensar en las consecuencias.

Siempre había convivido con la violencia. Era imposible evitarla habiéndose criado en las calles de Canaryville. Pero ahora...

La violencia era Mason.

Suspiró cuando Adriana se puso en pie desternillándose. El chico salió corriendo y ella fue tras él. Mason se volvía de vez en cuando hacia la entrada del colegio a la espera de que apareciese Gina. A menos que fuera a recogerla Brad, pero a aquellas horas de la tarde probablemente estuviera trabajando en un edificio de oficinas del centro.

«No, vendrá Gina. Estará bien verla igualmente a ella».

Por más que le doliera, quería ver su cara, recordar la mejor época de su vida.

Siguió mirando y esperando junto a la valla del patio hasta que cayó en la cuenta de que nadie estaba haciendo nada al respecto. Ningún vigilante de seguridad se le había acercado para preguntarle qué hacía allí. De hecho, no veía vigilantes por ninguna parte.

«Alguien podría ir a su encuentro —pensó—. Cualquiera podría agarrarla, meterla en el coche y llevársela. ¿Quién se lo impediría?».

Mason se dio la vuelta y estudió los vehículos estacionados delante del edificio y en el aparcamiento como si estuviera buscando al hombre que iba a perpetrar el secuestro. Vio un coche negro y clavó la mirada en él. Era una camioneta. Luego vio otro. Un todoterreno Nissan.

Entonces divisó el Escalade negro con las ventanas tintadas y recordó las palabras que había pronunciado Quintero la noche anterior: «Tu trabajo era cargarte al contable. El mío ir a Elmhurst y esperar noticias tuyas... O no».

Mason notó un pánico vivo y ardiente en la garganta. Solo hacía unas horas que se había despedido de Lauren para siempre. Tenía que protegerla.

Y, sin embargo, allí estaba su hija, en Chicago.

En peligro.

—Hola.

La voz de Adriana ahogó todos sus pensamientos, pero se dio cuenta de que la niña no sabía cómo dirigirse a él.

—Llámame Nick. ¿Te parece bien?

—¿Nick? Vale.

Bajó la cabeza y vio a Adriana apoyada en la valla y mirándolo con los ojos entornados para protegerse del sol.

Mason se acercó a la valla e hincó una rodilla en el suelo. Luego miró hacia atrás fugazmente y se volvió hacia su hija.

—Hola, cariño —le dijo con el corazón saliéndosele del pecho.

—¿Cómo es que has venido?

—Quería ver tu colegio.

—Es este —dijo ella señalando con grandilocuencia todo lo que se extendía detrás—. Y esa de ahí es mi profesora, la señora Martin.

Adriana ladeó la cabeza en dirección a la mujer situada junto a la puerta lateral de la escuela. Estaba vigilando a la niña, y también a Mason, un desconocido arrodillado frente a la valla del patio.

«Si quieres peligro de verdad, acércate a ese Escalade», pensó él.

—Echo de menos verte jugar al fútbol —dijo—. Eres muy buena.

—Me gusta más el *softball* —respondió Adriana—. Empezaré a jugar en primavera.

—Podrías jugar a las dos cosas.

Mason se imaginó a sí mismo sentado en las gradas en abril y mayo, otra oportunidad para verla cada semana.

—Sé golpear muy fuerte la bola. Mamá dice que lo he heredado de ti.

—¿Habla de mí? —preguntó Mason intentando ocultar su sorpresa.

—A veces.

Pasaron unos minutos más sin hablar de nada en particular. Mason le preguntó por el chico con el que estaba jugando. Ella también le preguntó por su vida, y Mason se vio obligado a mentir. Odiaba hacerlo, pero no tenía más opción.

Desde atrás, Mason oyó una voz de hombre.

—¿Es tu hija?

Cuando se levantó, ya estaba pensando en las consecuencias de que Quintero se hubiera bajado del coche y estuviera tan cerca de Adriana.

Al darse la vuelta vio que no era él, pero no se alegró tampoco al mirar en el interior de los ojos oscuros del agente Frank Sandoval.

—¿Ese Jaguar de ahí es tuyo? —Sandoval señaló el aparcamiento—. Supone un gran cambio para ti.

Mason no respondió. Regla número tres: «Ante la duda, mantén la boca cerrada».

—Cuesta llevar la cuenta de los coches que tienes.

Mason ignoró el comentario y se volvió hacia su hija.

—Tenemos que hablar, Mason.

Este negó con la cabeza.

—¿Quién eres? —preguntó Adriana, que miró alternativamente a ambos desde el otro lado de la valla.

—Soy amigo de tu padre —dijo Sandoval, que se agachó para hablar con ella—. Tú debes de ser Adriana. He oído hablar mucho de ti.

—No eres amigo suyo —dijo la niña mirándolo con los ojos entornados—.



Eres policía.

Sandoval sonrió.

—¿Cómo lo sabes?

Adriana se dio unas palmadas en la cadera derecha y señaló.

—He visto la pistola.

Sandoval se abotonó la americana.

—Tu hija es inteligente —le dijo a Mason.

—Y tú estás interrumpiendo.

—No era mi intención entrometerme —dijo Sandoval—. Yo solo quería hacerte una pregunta sobre lo que me diste...

No hacía falta que concretara más. Mason solo le había dado una cosa: una memoria USB con información extraída del portátil de un traficante que bastó para acabar con el grupo de la Sección de Investigaciones Especiales al completo. No se lo había entregado a Sandoval porque quisiera ayudarlo profesionalmente, sino porque sabía que era el único policía lo bastante honrado y testarudo como para no echar tierra sobre el asunto.

—¿Qué pasa? —preguntó Mason.

—¿Se lo contaste a alguien más?

—Si otros policías desconfían de ti, no es mi problema.

Sandoval lo miró un buen rato, asintió e hizo ademán de darse la vuelta. Entonces esbozó una sonrisa.

—Sigue hablando con tu hija, pero no hemos terminado —señaló su coche y se despidió de Adriana—. Me alegro de haberte conocido.

Adriana no le correspondió.

Sandoval negó con la cabeza y volvió al coche. Mason lo vio sentarse al volante y se percató de que ahora estaba solo. Quienquiera que lo acompañara aquella mañana se había esfumado.

—Nos vamos a Denver —dijo Adriana.

Mason se arrodilló de nuevo.

—¿Cuándo?

—¡Pronto! Mamá dice que a lo mejor viviremos allí.

Mason tuvo que ocultar de nuevo su sorpresa, pero esta vez fue mucho más difícil.

—¿Y el colegio? —preguntó Mason—. ¿Y el fútbol? ¿Y...?

—Allí tienen todo eso —respondió Adriana—. Pero yo no quiero irme. ¡Quiero quedarme aquí!

«Yo también quiero que te quedes», pensó Mason, pero no podía decirlo en voz alta.

—¡Adriana!

En la voz de Gina se percibía cierto alarmismo. Su expresión era una mezcla de preocupación y enfado.

Mason la vio acercarse con excesiva rapidez para ser una mujer que iba solo a recoger a su hija a la escuela. Llevaba un corte de pelo caro, propio de las mujeres de Elmhurst, como también lo eran la ropa y los pendientes de diamantes, pero intuyó a la chica de Canaryville de la que se había enamorado, la chica por la que lo había dejado todo: primero, sus actividades como ladrón de coches y, más tarde, aniquilando a traficantes y perpetrando robos. Había renunciado a todo por ella y después reconstruyó una casa en la calle Cuarenta y siete. Reconstruyó su vida entera. E incluso cuando cometió el mayor error de su vida y acabó perdiéndolo todo...

Lo hizo por Gina y Adriana.

O, al menos, eso se decía a sí mismo.

Gina se encontraba al otro lado de la valla y, fuera ese el mensaje que quería transmitirle o no, la simple geometría de la situación expresaba algo importante: «Nosotras estamos a este lado y tú, al otro. Esta valla metálica nos mantiene a salvo de ti, con o sin el alambre de espino arriba».

—Pasaba por aquí y quería ver el colegio de Adriana —dijo Mason.

—¿Puede venir a casa? —preguntó la niña a su madre—. Quiero enseñarle la bicicleta nueva.

—Hoy no nos va bien —respondió Gina—. Tenemos que hacer la maleta,

¿recuerdas?

—¿Qué es eso de que os vais a Denver? —dijo Mason.

—Es por Brad... —dijo, y luego titubeó—. Ha recibido una oferta laboral que no puede rechazar.

—Eso está muy lejos de Chicago.

No quería demostrarle lo mucho que le dolía la idea de que su hija viviera a casi dos mil kilómetros de distancia. No quería discutir con ella. Allí, no. Delante de su hija, no.

—Todavía no lo hemos decidido, Nick. Te llamaremos para decirte algo.

«A mí me parece que ya está más que decidido», pensó Mason.

—¿Puedes venir con nosotros? —preguntó Adriana.

Gina le indicó a Mason con disimulo que no con la cabeza, mientras este volvía a apoyar una rodilla en el suelo.

—No puedo —dijo—. Pero, cuando vuelvas...

No encontraba las palabras adecuadas.

—Quiero venir a visitarte —dijo—. ¡Quiero ver dónde vives!

Mason miró a Gina.

—Ya lo hablaremos —dijo esta a la niña—. Ahora tenemos que irnos.

—Sé de sobra qué significa «ya lo hablaremos» —repuso Adriana—. Significa que no lo hablaremos.

Mason no quería poner a Adriana en contra de su madre, pero sí pasar tiempo con ella. Mientras existiera la posibilidad, deseaba pasar solo un día con ella.

Vio que Gina estaba meditándolo, la guerra interna entre la mujer con la que se había casado, que sabía lo que significaba Adriana para él, y la mamá osa que mataría a una docena de hombres y renunciaría a su vida por protegerla.

Cuando lo miró a través de la valla, por un instante todos los años y cuanto había ocurrido entre ellos se desvaneció de pronto y volvió a ser la Gina Sullivan Mason de Canaryville, una mujer que sabía lo mucho que Mason anhelaba pasar tiempo con la niña.

—Podemos hacer eso —dijo finalmente—. En cuanto volvamos, ¿de acuerdo?

Ahora tenemos que irnos.

Adriana se puso a dar brincos y se despidió de Mason mientras se alejaba con su madre. Deseaba con todas sus fuerzas darle un abrazo, pero la valla se interponía entre ellos y no quería tentar a la suerte pasando al otro lado. Al final se conformó con la promesa de que Gina lo llamaría en cuanto volvieran de Denver.

Mason observó a Adriana montarse en la furgoneta y la despidió de nuevo justo antes de que se cerrara la puerta y el vehículo emprendiera la marcha. Mientras seguía la furgoneta con la mirada, intentó encontrarle un sentido a todo aquello.

«Incluso un día que debería ser bueno, un día en que consigo ver a mi hija, descubro que se irá a dos mil kilómetros de aquí».

No le apetecía enfrentarse a Sandoval en aquel momento, pero pensar que podría ignorarlo con la esperanza de que lo dejara en paz no iba a funcionar. Ya lo había intentado. Era como una mosca chocando contra una ventana, convencida de que la próxima vez el cristal no estaría allí.

Mason se apoyó en la puerta del conductor.

—¿Qué quieres?

Sandoval lo miró fijamente y señaló el esparadrapo blanco que le asomaba por el cuello de la camisa.

—¿Qué es eso?

—Me corté afeitándome.

—Adriana es una niña muy guapa. Y lista.

—¿Qué pretendes? —dijo Mason, que empezaba a perder la paciencia.

—Antes creía que tú también eras listo, pero ya no estoy tan seguro.

—Vas a herir mis sentimientos.

Sandoval sonrió.

—Has tenido una vida afortunada, Mason. Estuviste a punto de agotar tu suerte en el Aqua, pero esa no es la razón por la que he venido.

Nick no dijo nada y esperó a que continuara.

—Quiero a Cole.

Mason lo ignoró y dijo:

—Hemos terminado.

Luego dio unos pasos hacia el Jaguar.

—Intento salvarte la vida, Mason. Y puede que a tu hija, también.

Mason dio media vuelta y se acercó a él.

—Si tienes algo que decir, suéltalo.

—Ya te lo dije una vez —respondió Sandoval—. Cambiaría a doce de vosotros por llegar hasta tu jefe.

—¿Qué tiene que ver esto con mi hija?

—McLaren, el tipo al que te cargaste en el Aqua, no era un puto traficante ni un poli corrupto. Ahora tu jefe te envía a cazar testigos protegidos por los federales. —Mason se obligó a no reaccionar—. McLaren era el contable de Darius Cole y uno de los dos testigos estrella en su juicio.

Mason apartó la mirada. Él solo tenía ganas de montarse en el coche e irse de allí a toda velocidad.

—Si no te importa tu vida, es cosa tuya —añadió Sandoval—. Pero piensa en tu niña y en tu ex.

—¿Adónde quieres llegar, Sandoval?

—Si tu vida ahora te parece una mierda, ¿cómo será si Darius Cole sale a la calle? Ya sabes qué pasa con los cabos sueltos de Cole. En cuanto lo pongan en libertad, para él serás igual de peligroso que McLaren. Qué coño, aún más.

La cruda verdad, venga de quien venga, siempre hace mella. Pero, en el fondo, Mason lo sabía antes de que el policía dijera una palabra.

Sandoval siguió hablando.

—¿Crees que el tío que venga a limpiarlo todo después de ti utilizará cargas no letales contra transeúntes inocentes? No, Mason. Aquí la única pregunta es si te matará antes a ti que a tu familia.

Mason ya había oído suficiente. Se dio la vuelta y se alejó del coche de Sandoval sintiendo un calor debajo de la piel. Al otro lado del aparcamiento, vio

la luz del sol reflejándose en las ventanillas tintadas del Escalade. Entonces, el coche arrancó.

Durante un segundo horrible, pensó que iba a seguir a la furgoneta de Gina, pero dio media vuelta y se fue en la dirección opuesta.

Mason se montó en el coche y lo puso en marcha. Tardó dos minutos en distinguir otro vehículo detrás. Siempre había sospechado que alguien más pudiera seguirlo, al menos parte del tiempo, porque ni siquiera un hombre como Quintero era capaz de hacerlo veinticuatro horas al día los siete días de la semana.

«Otro miembro de la organización de Cole —se dijo—. Alguien a quien todavía no conozco. Quizá sea el hombre del que hablaba Sandoval, el hombre al que mandarían atar el cabo suelto de Darius Cole».

Tuvo la tentación de pisar el freno al llegar a la siguiente intersección concurrida, bajarse del coche y presentarse de pronto, pero se le ocurrió una idea mejor.

Sacó el teléfono móvil y llamó al único hombre que podría ayudarlo a darle la vuelta a aquel día.

—Sandoval es un problema.

Quintero se encontraba detrás del cristal tintado de su vehículo, hablando por teléfono y observando al agente Sandoval acercarse a Mason junto a la valla del patio del colegio. El lenguaje corporal de Mason dejaba entrever la tensión que debía de atenazarlo teniendo a su hija a solo unos metros.

—Nada de nombres —dijo Cole.

—Esto está encriptado, ¿verdad?

—Nada de nombres —insistió Cole—. Y tenemos problemas más acuciantes que el policía.

—¿Como cuál?

—Nuestro segundo objetivo se mudará en breve.

—¿Adónde? —preguntó Quintero.

—Cuando lo sepa, te lo diré. Debes estar preparado.

Quintero siguió vigilando a Sandoval mientras regresaba a su coche. Ahora, la exmujer de Mason estaba detrás de la niña. Era una reunión familiar al uso.

—¿Te ocupaste de la mujer tal como te pedí? —dijo Cole.

Quintero se apartó un momento el teléfono de la oreja. Llevaba dieciocho años trabajando para Darius Cole y no le había mentado jamás. Porque, para empezar, no era un mentiroso. Y, además, si tuviera que elegir al primer hombre al que mentir, no iba a ser Darius Cole.

Pero la verdad sería peor: decirle que había ignorado una orden, que no había matado a la novia de Mason ni se había deshecho del cuerpo.

—¿Sigues ahí? —preguntó Cole—. ¿Te ocupaste de ella o no?

—Está hecho.

A Quintero le costó tragar saliva cuando imaginó a Cole decidiendo si le creía o no.

—¿Y qué hay de nuestro tercer objetivo? —preguntó cambiando de tema—. Puedo contactar con una persona en Nueva York.

—Ese problema quedará resuelto hoy.

—Resolver tus problemas es mi trabajo —dijo Quintero.

—Ese hombre está a mil trescientos kilómetros de aquí.

—Ya te dije que tengo un contacto dentro.

—Creo que yo tengo unos cuantos más —replicó Cole—. Tu trabajo consiste en solucionar los problemas que yo te pida que soluciones. No te preocupes de nada.

Quintero miró de nuevo a Mason y a las otras dos personas que algún día podrían convertirse en un problema que Cole le ordenara solucionar.

—Aclárate las ideas —dijo Cole leyendo la mente de su empleado desde una celda situada quinientos kilómetros más al sur—. Ocúpate de tus asuntos y yo me encargaré del resto.

El resto de los asuntos de aquel día estaban a punto de resolverse a mil trescientos kilómetros en dirección al este justo cuando Cole colgó el teléfono. El autobús del Departamento de Prisiones atravesó el puente de tres carriles que unía el barrio de Queens con Rikers Island, traqueteando sobre la estrecha franja metálica mientras los aviones sobrevolaban el agua rumbo al aeropuerto LaGuardia, situado en la otra orilla del río Este.

En la primera fila viajaba un hombre llamado Sean Burke. Era el único de los setenta y un pasajeros que tenía un banco para él solo. El guardia que estaba al otro lado de la rejilla no le quitaba el ojo de encima, como si esperara que hiciese algo interesante. Pero la cara pálida y pecosa de Burke transmitía aburrimiento y somnolencia, y allí, rodeado de varias docenas de hombres que



parecían defensas de rugby o pesos pesados, nadie habría sospechado que era el hombre más peligroso del autobús.

Burke nació en 1977 en Crossmaglen, una ciudad de la Irlanda del Norte ocupada. Cuando tenía cinco años, vio cómo se llevaban de casa a su padre en represalia por el ataque de un francotirador contra unos soldados británicos. Su padre murió en la cárcel poco después y Burke juró ocupar su sitio en la lucha permanente. No le interesaba una Irlanda unida o cualquier otro principio por el que combatiera el IRA. Su máxima e irrefrenable motivación era la venganza. Años más tarde, cuando Burke demostró ser un asesino intrépido y despiadado, la muerte se convirtió en lo único que conocía.

Después del alto el fuego de 1999 estuvo a punto de ser arrestado por la Gendarmería Real del Ulster y huyó a Chicago, donde un primo suyo tenía un bar en una esquina de Beverly, un barrio del South Side con numerosa población irlandesa. Cuando caducó su visado, Burke pasó a la clandestinidad y realizó varios trabajos sin contrato. A la postre demostró que era tan intrépido y despiadado como lo había sido en Irlanda del Norte, e igual de valioso para las organizaciones que traficaban con la violencia.

Burke no parecía agresivo, ni entonces ni ahora viajando en el autobús de regreso a Rikers tras la vista judicial para el traslado. Con su delgadez, su cabello pelirrojo, su cara pecosa y su actitud desinteresada, era un hombre que pasaba desapercibido. Pero debajo del uniforme carcelario latían unos músculos marcados. Sin un gramo de grasa, cada centímetro de su cuerpo y de su alma estaban consagrados a una sola cosa: la destrucción. Burke era un león disfrazado de gato doméstico.

Subestimarle había sido el error cometido por su compañero de celda en Dannemora. Burke había cumplido tres años de cadena perpetua cuando el nuevo, que ocupaba la litera de arriba, desoyó las advertencias e intentó arrebatarse la manta en una fría noche en el norte de Nueva York. El resultado inmediato supuso una nueva serie de cargos contra Burke y un traslado a la cárcel de máxima seguridad de Southport, en Nueva York. Apenas le quedaban

tres días en Rikers, donde vivía en la Unidad Central de Segregación Punitiva, una torre gris de cinco plantas con celdas solitarias de dos metros y medio por tres que albergaban a quinientos de los reos más peligrosos de la isla. No había televisión ni teléfono y tenían por ventana una diminuta abertura en lo alto de la pared. Salían una hora al día a pasear con grilletes por un pequeño patio mientras contemplaban los aviones que sobrevolaban la isla.

Burke siempre había sido seguidor de Johnny Cash. Las casetes desgastadas eran su único contacto físico con su padre y el sonido, su único recuerdo de tiempos mejores. Ahora reproducía mentalmente las canciones de Cash, una banda sonora para sus días en Dannemora; el volumen resultaba aún más fuerte en Rikers. *Folsom Prison Blues* era su favorita, y ahora entendía mejor que nunca por qué un hombre podía oír un tren y pensar en la gente que iba dentro, al igual que él pensaba en las personas que viajaban en aquellos aviones que aterrizaban y despegaban de LaGuardia.

Pero él no iba a agachar la cabeza y echarse a llorar.

Cuando el autobús se detuvo frente a la torre, Burke se levantó y salió con el resto de los prisioneros, que llevaban esposas y grilletes en los tobillos. Los condujeron a la zona de procesamiento y los fueron metiendo de seis en seis en un ascensor con un guardia vigilando mientras subían a sus respectivas plantas. En aquel ascensor no había botones que pulsar; todo era controlado a distancia.

Burke entró con otros cinco hombres. Todos iban al quinto piso. Las puertas se cerraron y empezaron a subir.

—¿Qué haces en el Bing, blanquito?

Fue uno de los tres negros corpulentos el que hizo la pregunta utilizando el título no oficial de la Unidad Central de Segregación Punitiva. Burke había oído a varios guardias llamar «Bing» a aquella torre. Por lo que sabía, *bing* era el sonido que emitía un hombre al perder la cabeza después de veintitrés horas al día aislado en una celda.

Burke miró al hombre y después a un blanco aún más corpulento que tenía al lado.

—¿Vas a permitir que me hable así?

El blanco se lo quedó mirando y sonrió. Mofándose del acento irlandés de Burke, repitió la pregunta, se rio y dijo con un marcado acento neoyorquino:

—A ver si lo adivino: tú también eres seguidor de los putos Red Sox.

Burke lo miró a los ojos.

—Odio todos los deportes estadounidenses —repuso—. Y nunca he estado en Boston, ignorante de mierda.

El hombre esbozó una sonrisa aún más amplia y fue entonces cuando Burke supo que algo iba muy mal. En circunstancias normales, aquello sería un desafío, pero allí y en ese momento...

Burke echó un vistazo rápido al ascensor y se percató de algo que debería haberle llamado la atención de inmediato: no había guardia, tan solo los cinco hombres corpulentos: tres negros, un latino y su nuevo amigo blanco. Todos llevaban esposas y grilletes.

El ascensor se detuvo entre dos pisos.

—Parece que estamos atrapados —dijo el blanco.

«Es una trampa —pensó Burke—. Pero han cometido un error: vamos todos esposados. Ni siquiera es una pelea justa».

Burke no dudó. Si fuera la clase de hombre que espera a que el enemigo haga el primer movimiento, lo habrían enterrado en un cementerio de Crossmaglen hacía años.

Extendió las manos y rodeó el cuello del hombre blanco con los antebrazos, aprovechando su altura para darse ventaja. Era fuerte y no podía derribarlo, pero Burke ya contaba con ello. Aprovechando la resistencia de su oponente, Burke giró los pies y dio una patada en la garganta al negro que se encontraba en la parte trasera del ascensor. El hombre se desplomó, intentando respirar y agarrándose el cuello.

Para Burke, todo se ralentizó ahora que la pelea estaba en marcha. Utilizando aún al hombre blanco para impulsarse, asestó una patada en los testículos a uno de los negros. La resistencia del blanco disminuyó, perdió el equilibrio y arrastró

a Burke con él. Aprovechando la inercia, golpeó con ambas piernas la rodilla izquierda del latino. Algo crujió y su oponente cayó de costado, agarrándose la pierna y maldiciendo en español.

Burke se protegió justo antes de pisar el suelo, se arrodilló y apretó con fuerza las esposas contra el cuello del hombre blanco. El último que quedaba en el ascensor, el tercer negro, ya se disponía a patear a Burke. Fue un momento elaborado y lento que Burke no tuvo problemas en ver venir, de modo que se parapetó tras la cabeza del hombre blanco como si fuera un escudo. El zapato negro acertó su objetivo y le partió la nariz, lo cual, como Burke sabía, activaría sus lagrimales y lo relegaría al final de la lista.

El tercer negro, el único que quedaba en pie, estaba a punto de propinarle otra patada. No había aprendido la lección. Burke la esquivó con facilidad y lo derribó de un barrido. El hombre impactó duramente contra el suelo del ascensor, cortándole la respiración. Después, Burke le clavó varias veces el codo en la garganta.

El hombre al que había pateado la entrepierna estaba de vuelta y golpeó con ambas manos a Burke en un lado de la cabeza. Cuando volvió a atacar, Burke se agachó, levantó el hombro y lo inmovilizó. Luego le agarró la entrepierna ya dolorida con ambas manos y tiró de ella. El hombre se desplomó, vomitando y retorciéndose de dolor.

Recuento rápido: dos muertos. Tres moviéndose, pero no por mucho tiempo. Burke se volvió hacia el latino que tenía la rodilla destrozada, separó las manos tanto como pudo y le golpeó la cabeza contra la pared. La parte delgada del cráneo impactó tan fuerte que perdió el conocimiento. Actuando sistemáticamente, Burke lo estranguló primero a él y luego al tercer negro, apretándoles el cuello hasta romperles la tráquea y conseguir de este modo que se les llenara la garganta de sangre. Solo quedaba uno vivo en medio de los vómitos y la carnicería.

Burke se arrodilló al lado del hombre blanco, que tenía la cara llena de mocos y sangre y la nariz fracturada.

—¿Quién ha organizado esta fiesta, tío?

—Que te jodan —respondió antes de escupir sangre a la cara de Burke.

Este se la limpió tranquilamente, le cogió la mano derecha y le dobló el dedo meñique hasta rompérselo. El hombre se puso a gritar.

Los dedos eran muy oportunos en una situación como aquella. Se rompían con facilidad, pero había muchas terminaciones nerviosas conectadas al cerebro.

—No te he oído —dijo Burke—. ¿Quién ha sido?

Empezó con el siguiente dedo, que dobló hacia atrás hasta que se partió. El hombre volvió a gritar.

—Creo que no fue uno de los Gambino —dijo Burke—. No contratarían a las putas Naciones Unidas al completo para esto.

Le rompió un tercer dedo.

—¡No! —gritó el hombre, negando con la cabeza—. ¡No, no!

Le rompió otro. Ahora, cuatro dedos de la mano derecha estaban doblados hacia atrás formando ángulos poco naturales. Burke le agarró todos los dedos con una mano, los estrujó y cogió el pulgar con la otra. El hombre gritó aún más fuerte.

—Creo que sé quién es —dijo Burke—, pero quería oírte pronunciar su nombre de todos modos.

Cuando Burke llegó a Chicago, acabó trabajando para un longevo gánster del South Side hasta que se fijó en él una figura emergente del mundo del crimen, un hombre que estaba actuando para consolidar sus operaciones financieras en toda la ciudad. El anciano se negó a cooperar y enviaron a un representante a mantener una conversación con él. Burke intervino y mató al representante y también al siguiente emisario. El hombre que los envió ya había demostrado su destreza para saber cuándo hacer amigos en lugar de enemigos y cuándo, empleados. Acababa de contratar los servicios de un miembro de la banda «La Raza» llamado Quintero y decidió hacer lo mismo con Burke. En vez de ir a muerte contra aquel chico, lo ficharía. El primer trabajo de Burke consistió en matar al gánster al que protegía.

Burke siguió trabajando para su nuevo jefe y recibía los encargos a través de Quintero. Acabó matando a tantos hombres que era incapaz de contarlos, hasta que finalmente le dieron una orden que no quiso obedecer. Después de seguir a un traficante rival cuarenta y ocho horas seguidas durante las cuales solo consumió café y tabaco, Quintero lo llamó y le dijo que se retirara, pero Burke lo mató igualmente para no malgastar por completo dos días de su vida. Cuando Quintero le recordó el precio a pagar por su desobediencia, Burke respondió: «Ya sabes dónde encontrarme». Cole le envió media docena de hombres y Burke se los devolvió muertos.

Poco después, abandonó Chicago y se fue a Nueva York, donde encontró trabajo en una versión reinventada de los Westies, la infame banda de Hell's Kitchen financiada y protegida por la familia Gambino. Pero se trataba de una nueva generación de criminales nacida y criada en Nueva York y, aunque todos tenían apellidos irlandeses, Burke no encontraba afinidades con ellos. Les interesaba más comprar ropa y acostarse con mujeres y, cuando Burke mató a un lugarteniente de los Gambino por llamarlo «irlandés de mierda» por enésima vez, no solo no lo protegieron, sino que lo entregaron a la policía. Por primera vez en su vida, Burke fue enviado a prisión.

Y ahora, tres años después, esperaba oír el nombre de la única persona que podía llegar hasta él en una torre fortificada en medio de una isla del río Este.

—Cole —dijo el hombre entre grito y grito—. Fue Cole, fue Cole.

—Pues claro —respondió Burke, que le retorció el pulgar y le separó la articulación de la palma de la mano por pura diversión. El hombre se desmayó de dolor y cayó de espaldas.

Burke se levantó y desempolvó la ropa lo mejor que pudo con las manos esposadas. Luego situó un pie a cada lado de la cabeza del hombre y le presionó el cuello con los grilletes.

El ascensor se puso en marcha con una sacudida y empezó a subir de nuevo. Burke escuchó sin inmutarse los gorgoteos provenientes de la garganta del hombre blanco hasta que cesaron. Cuando el ascensor llegó al quinto piso, pasó

por encima del cadáver y cayó en brazos de una docena de carceleros que lo esperaban con porras y espray pimienta.

—Esto sí es una fiesta como Dios manda —dijo asintiendo en señal de aprobación—. Me siento como en casa.

Mientras los guardias le daban su merecido y el espray le colapsaba ojos y garganta, Burke no dejaba de formularse las mismas dos preguntas:

«Después de todo este tiempo, ¿por qué vuelve Cole a por mí?».

«¿Y qué voy a hacer al respecto?».

Mason ignoró la quemazón que sentía en el hombro derecho al apuntar con el rifle de francotirador. Estaba totalmente concentrado en la mira y en su respiración cuando apretó el gatillo y la culata lo golpeó en ese mismo hombro. Tuvo que cerrar los ojos unos segundos para gestionar el dolor, encajarlo, aceptarlo. Luego los abrió y se quitó los protectores de los oídos.

—Bajo. Bajo. Bajo. Todos los disparos han salido bajos —dijo Eddie.

—No —contestó Mason, que dejó el rifle en el banco—. Es exactamente donde estoy apuntando.

Se encontraban en un campo de tiro al aire libre en Joliet, a pocos kilómetros de Chicago. Había otros más cercanos, pero Eddie propuso ir allí, y a Mason le gustaba el hecho de que se distinguiera claramente el campo desde el aparcamiento. Cuando entró con el Jaguar, la berlina gris que los había seguido desde el colegio de Adriana desapareció. Pero, al mirar de nuevo, Mason reconoció el Escalade negro de Quintero en una esquina, al fondo del aparcamiento. No estaba especialmente preocupado. Quintero solo vería a Mason practicando sus aptitudes y recibiendo consejos de un viejo amigo que resultaba ser un exfrancotirador del ejército. No había razón alguna para que se hiciera preguntas.

—Mira mi blanco —dijo Eddie ladeando la cabeza hacia su «botella», la masa central más la cabeza. Si el objetivo hubiera sido humano, habría recibido todos

los balazos en el esternón—. Ahora, mira el tuyo —añadió señalando los disparos a la altura de la cintura—. ¿Qué pretendes? ¿Darle en los putos bolsillos?

Mason no contestó, porque eso era exactamente lo que intentaba hacer. Era lo que había hecho en el Aqua y lo que quería seguir haciendo. Habría sido difícil explicárselo a Eddie, porque, aunque Mason mataba a gente, a completos desconocidos, se regía por un código: nada de víctimas inocentes.

Pero Eddie no había terminado.

—Cada metro que añades a un disparo amplifica el conjunto de factores que lo afectan. Viento, caída y todo lo demás. La masa central, Nick. La masa central. Cada vez que intentas disparar en plan Hollywood, pones tu vida en peligro.

«Habla igual que Quintero —pensó Mason—. Y tengo un agujero en el hombro que demuestra que ambos están en lo cierto».

Mason sabía que Eddie trataba de protegerlo. Eddie Cochrane, que parecía un carro de combate, era su mejor amigo siendo ya unos críos que correteaban por Canaryville. Eddie era el único del grupo con unos padres de verdad, y lo enviaron al ejército cuando tenía veintidós años. Volvió un año después, identificado como un francotirador nato, pero fue expulsado porque no soportaba a los sargentos gilipollas que le decían qué debía hacer a cada rato. Con un buen rifle, una buena mira telescópica y un minuto para prepararse, aún era capaz de alcanzar cualquier objetivo a mil metros de distancia.

Hoy tan solo estaban agujereando un papel utilizando rifles y un par de pistolas semiautomáticas que Eddie había llevado consigo. A Mason no se le pasó por alto la ironía: ni siquiera tenía pistola, porque, cada vez que utilizaba una, se la dejaba en el lugar de los hechos. Si quería practicar, necesitaba pedírsela prestada a Eddie.

Cuando acabaron, este le puso en la mano una Browning 1911.

—Llévatela a casa.

—No la necesito. Cuando me encargan un trabajo, me facilitan el material.



—No es para un trabajo —dijo Eddie—. Es para ti.

Mason sostuvo la pistola en la mano y pensó en lo que le había dicho Eddie.

«Tiene razón. Puede que la necesite».

—Te agradezco que hayas venido —dijo—. ¿Qué le has contado a tu mujer?

—Le he dicho que iba a disparar —contestó Eddie mientras cerraba la funda del rifle—. Sabe que es mi manera de relajarme.

—¿Le dijiste que yo estaría?

Eddie titubeó e intentó contener una media sonrisa.

—Descuida —dijo Mason—. Me lo figuraba.

Ahora, Eddie vivía en una pequeña casa en Bridgeport. Entre los barrios del South Side, estaba un escalafón por encima de Canaryville. Desde el garaje regentaba un pequeño negocio de reparación de ordenadores. Tenía unos gemelos de tres años y una mujer, Sandra —«No me llames Sandy»—, que no ocultaba su opinión sobre Nick Mason, el viejo amigo de Eddie. Al parecer, el hecho de que Mason hubiese sido el chivo expiatorio por el trabajo en el puerto y de que Eddie no hubiera cumplido un solo día de condena en una prisión federal no contaba.

—Escúchame, voy a explicarte por qué estamos aquí en realidad —dijo Mason.

—Empezaba a preguntarme cuándo lo harías.

—Necesito tu ayuda de nuevo —añadió Mason, que echó un vistazo rápido al aparcamiento para tener controlado a Quintero—. Estoy dispuesto a pagarte.

—Sé lo que hiciste por mí, Mason. No es necesario.

—Tengo una caja fuerte en el First Chicago de Western Avenue —dijo Mason—. El primer día de cada mes hay en ella diez mil dólares.

—¿Quién los ingresa?

—Eso es lo primero que quiero que averigües. Mañana es día de entrega. Necesito que vigiles el banco y descubras quién deja el dinero, y que lo sigas adonde vaya.

—¿Cómo sabré a quién debo seguir?

—Echa mano de tu instinto —dijo Mason—. Esa persona es miembro del equipo de Darius Cole. Ni siquiera sé de qué color será, pero un profesional es un profesional.

—Un profesional haciendo un trabajo. Mantendré los ojos bien abiertos.

—Haz fotos —dijo Mason—. Vayas adonde vayas, anota la dirección. Tengo que empezar a recabar información.

—Ningún problema —respondió Eddie—. ¿Es gente para la que trabajas ahora mismo?

Mason asintió.

—Vamos a hacer contraespionaje en toda la organización, a todos cuantos podamos identificar. Utilizaremos contra ellos ese dinero que me entregan cada mes. También te pagaré con él.

—Ya te lo he dicho, Nick. No es preciso que...

—Será un trabajo a tiempo completo, Eddie. Tendrás que dar explicaciones a tu mujer.

Eddie pensó en ello unos instantes.

—Puedo no contarle nada.

—Trabajas en el garaje. ¿Cómo coño vas a justificar tus salidas constantes?

—Le diré que tengo un nuevo trabajo arreglando ordenadores en distintos puntos de la ciudad.

—Y otra cosa —dijo Mason—. No mires ahora, pero hay un Escalade negro al fondo del aparcamiento. Quiero que lo sigas cuando se vaya. Averigua dónde vive el conductor.

—Hecho.

—Y, por último —añadió Mason—, la próxima vez que tenga que irme por trabajo...

—¿Sí?

—Te llamaré. Quiero que vayas a Elmhurst y vigiles la casa de Gina. Si no te llamo a una hora determinada, significará que estoy muerto. Lo cual significará también que debes hacer una última cosa por mí —Eddie asintió a la espera de

más información—. Ir en busca de ese Escalade negro, acercarte a la ventanilla y meterle un balazo en la cabeza al conductor.

El agente Frank Sandoval estaba solo. Una vez más.

Salía de Homan Square, el bloque de ladrillo que ocupaba una manzana entera entre Fillmore Street y las vías del tren. En su día había sido un almacén abandonado de Sears y ahora pertenecía a la policía de Chicago. Albergaba el Departamento de Pruebas y Propiedades Recuperadas, y Sandoval se dirigió allí para dejar la bolsa de ropa que había encontrado en la casa de la calle Dieciséis.

«Homan», como lo denominaba la mayoría de los agentes, también daba cobijo a la Oficina del Crimen Organizado, el laboratorio de balística y la unidad de los SWAT. Antaño se encontraba allí la Sección de Investigaciones Especiales, o SIE, un grupo de élite integrado por policías estrella que habían recibido un cheque en blanco para sacar armas y drogas de la calle utilizando los medios que fueran necesarios.

Un mes antes, Sandoval habría tenido que abrirse paso entre una multitud congregada a las puertas de Homan Square. Eran manifestantes con pancartas que clamaban «Basta de terror policial» y «No queremos un Guantánamo en Chicago». La prensa había publicado que, durante la última década, miles de sospechosos fueron retenidos allí, se les negó el acceso a un abogado y no podían contactar con su familia. Algunos, según los periódicos, habían sido torturados como si aquello fuera una especie de dictadura del Tercer Mundo.

Al entrar con el coche, Sandoval sabía perfectamente adónde se habían trasladado los manifestantes. Estaban en otras zonas de la ciudad, incluso delante de la casa del alcalde, protestando por la muerte de otro negro desarmado a manos de la policía. Sandoval ya no vestía uniforme, pero siempre que se

identificaba como miembro del Departamento de Policía de Chicago intuía el mensaje no verbal: «Eres el enemigo».

Aquella era una ciudad que había pagado más de quinientos mil millones de dólares a los familiares de víctimas asesinadas por la policía, una ciudad en donde la mayoría de los agentes en activo ya no veía razón alguna para no limitarse a cubrir el expediente: atiende llamadas de emergencia, pero no practiques detenciones por tu cuenta ni te metas en una situación que pueda hacerte perder el trabajo. O la vida.

Sandoval aparcó y entró. La ventanilla de pruebas policiales se encontraba en la primera planta. Antes, la Sección de Investigaciones Especiales ocupaba las oficinas del piso superior, que gozaban de vistas a toda la ciudad. Después de la información de Sandoval que acabó con la existencia de la SIE, estaban vacías y siete de sus miembros, en la cárcel.

La identidad de Sandoval como verdugo de la SIE nunca fue revelada oficialmente. No hubo medallas ni fotos en el periódico estrechando la mano del alcalde. Sandoval se cuestionaba cuánto duraría el anonimato, y ya empezaba a sentir un frío intenso en la espalda ante la posibilidad de que otros policías estuvieran vigilándolo. Por eso preguntó a Mason, el único hombre que sabía de dónde había salido aquella información. Porque los policías caminan por la cuerda floja. Si le preguntas a cualquier agente qué opina de los policías corruptos, te dirá que deberían ir a la silla eléctrica. Pero, si delatas a un compañero, por corrupto que sea, por mucha sangre que tenga en las manos, eres un chivato. Y, para muchos policías, un chivato es peor que cualquiera a quien haya delatado.

Mientras iba avanzando por el pasillo, a Sandoval le corroía algo por dentro, algo que le había pasado por alto pero que era incapaz de identificar. Repasó todo cuanto había hecho a lo largo de la jornada: ir al Aqua, reunirse con el alguacil Harper y conversar con Mason en la escuela. Y, finalmente, su trabajo real.

Hubo planes de trasladarlo al turno de día, pero todavía había algo en el

segundo turno que le atraía. Aunque hubiera precipitado el fin de su matrimonio, aunque le fuera prácticamente imposible ver a sus hijos entre semana, Sandoval se alegró en secreto cuando el cambio quedó en suspenso. Tenía las mañanas libres para controlar a Nick Mason. Luego iba a trabajar y el sol se ponía a mitad del turno o ya había oscurecido si era pleno invierno. La ciudad despertaba por segunda vez con energías renovadas, los últimos rayos de sol se reflejaban en los edificios de cristal y las farolas empezaban a brillar en los puentes que cruzaban el río.

Aquella era su Chicago, una ciudad que ese año sería testigo de más de cuatro mil tiroteos y más de setecientos asesinatos, más que Los Ángeles y Nueva York juntas.

La ciudad más hermosa, jodida y desgarradora del mundo.

Observó al técnico forense mientras examinaba con guantes la ropa de Derrick Moss. Era el principal sospechoso de la brutal violación y asesinato de una adolescente, pero, cuando Sandoval fue a ejecutar la orden de arresto, se había esfumado, aunque se dejara la ropa que llevaba la noche anterior. Vaqueros azules, camiseta y calcetines de deporte blancos y unas Air Jordan nuevas a juego.

—Siempre tienen dinero para unas Jordan, ¿eh?

El técnico sonrió en espera de reconocimiento por su comentario sociológico. Sandoval se lo quedó mirando y entonces cayó en la cuenta:

Las zapatillas.

No las llevaba puestas porque todavía estaba en la casa.

Sandoval salió corriendo en busca del coche y, camino de la calle Dieciséis, llamó a su nuevo compañero, Tony Alonso, un agente con veinte años de experiencia que vestía mejor, era más atractivo y hablaba con más soltura que cualquier otro en el Área Central. Sandoval no estaba convencido de que fuera ni la mitad de buen policía de lo que se consideraba a sí mismo, o ni siquiera una cuarta parte, pero ahora mismo lo necesitaba.

Aparcó de nuevo delante de la casa, un edificio de una sola planta en una

ciudad en la que apenas había sitio para él. Luego cogió la radio y llamó a Alonso, pero por toda respuesta no oyó más que silencio, así que contactó con la coordinadora de Emergencias, solicitó refuerzos y le dio la dirección.

«Hay una puerta trasera que da al callejón», pensó mientras reconstruía mentalmente el interior de la casa. Era un callejón que discurría en paralelo a la calle, al igual que otros miles en toda la ciudad.

Vio que se abría la puerta principal un momento. Un rostro joven lo miró y volvió a cerrarla de golpe.

«Mierda».

Sandoval cruzó la calle y desenfundó la Glock 27. Hacía muchos años que no llevaba una radio prendida al cinturón y un micrófono encima del hombro. Tenía la esperanza de que alguien estuviera de camino. Enfiló el angosto callejón que pasaba por entre la casa de Moss y la contigua, se encaramó a dos papeleras y siguió adelante. Cuando volvió al callejón, miró hacia el este y no vio nada. Al oeste divisó fugazmente a alguien doblando una esquina.

«Deja que se marche. No puedes hacer esto solo». Era la voz de la razón desde las profundidades de su cerebro, pero la ignoró y siguió corriendo.

Cuando llegó al final del callejón, encontró a un pequeño grupo de hombres. Negros. Ninguno de ellos era Derrick Moss.

—¿Por dónde ha ido? —preguntó Sandoval.

Todos se lo quedaron mirando en silencio. La vieja norma de Chicago, reforzada por los acontecimientos recientes y más categórica que nunca: no le digas nada a un policía. Jamás. Ni siquiera se apartaron para ceder el paso.

Sandoval cruzó la calle hasta llegar a una iglesia situada en la esquina, sacó el teléfono y marcó el número de su compañero.

—¿Dónde estás? —preguntó en cuanto descolgó.

—Hay otra unidad en la calle. Debo de encontrarme justo detrás de ellos.

—Yo, en la iglesia de la Quince con Austin. El sospechoso está dentro.

«Ahora espera tú», pensó Sandoval. Bordeó la iglesia vigilando al hombre por si otra vez decidía echar a correr. Cuando se encontraba debajo de una ventana

abierta del segundo piso, oyó la voz de un anciano. No entendía lo que decía, pero se le notaba que estaba asustado.

Sandoval miró a ambos lados de la calle, maldijo entre dientes y se dirigió a la puerta trasera, que permanecía abierta.

Se hallaba en una zona que hacía las veces de almacén tenuemente iluminada por el sol de última hora de la tarde, cuyos rayos se colaban por una ventana alta. Vio sillas y equipos de música. Al otro lado, había una puerta. Cruzó la habitación, pegó la oreja y oyó la voz del hombre.

—No tienes por qué hacer esto —dijo temeroso el anciano. Probablemente fuera el pastor de la iglesia—. Déjame ayudarte.

Sandoval abrió la puerta un centímetro y vio la parte trasera de un atril y unos bancos de madera donde debía de sentarse el coro durante el oficio. La voz sonaba con más fuerza, pero no veía quién hablaba.

—No lo hagas, Derrick. Tienes la oportunidad de que las cosas sean diferentes esta vez.

«Lo conoce. Está razonando con él».

Sandoval abrió la puerta del todo y entró en el santuario. Empuñaba la Glock con ambas manos, moviéndose en perfecta sincronía con su campo visual. «¿Dónde se han metido?». Al orientar la pistola a la derecha, los vio: un hombre mayor con camisa negra y alzacuellos y uno más joven sentado al borde del primer banco.

Derrick Moss.

—¡Manos arriba! —gritó Sandoval.

Moss se puso en pie y echó a correr pegado a la pared hacia la parte trasera del santuario. Apuntándolo con el arma, Sandoval avanzó por el pasillo central para cortar el paso.

—¡Al suelo, Derrick! ¡Al suelo!

Moss impactó contra la puerta trasera y retrocedió. Estaba cerrada.

—¡Al suelo, ya!

Los segundos posteriores duraron una eternidad. El joven se volvió hacia él



con los ojos como platos, llevándose la mano al bolsillo trasero.

—¡Derrick!

En la cabeza de Sandoval se agolparon dos posibles visiones del futuro: por un lado, sus dos hijos viendo cómo descendía un ataúd oscuro hacia el fondo de la tierra junto a agentes uniformados disparando una salva y, por otro, un segundo ataúd enterrado en la otra punta de la ciudad mientras las calles ardían debido a otro negro abatido por la policía, esta vez en una iglesia.

En una iglesia.

La mano derecha del chico se alejó del bolsillo. Mientras Sandoval presionaba lentamente el gatillo, le vinieron a la mente las palabras que había pronunciado la madre de Moss aquel mismo día: «No lleva pistola. Por favor, no permita que le disparen». Y algo en aquel rostro, la mirada vacía de desesperación y temor...

—¡Es solo un teléfono! —exclamó—. ¡Es solo un teléfono!

Moss lo dejó caer y se arrodilló. Sandoval respiró aliviado y se acercó a él, le presionó el pecho contra el suelo y le puso las esposas. Luego se quedó de rodillas, con una mano sobre la espalda del muchacho, y notó sus propios latidos en el pecho.

«Estarías muerto —se dijo—. Si hubiera sido una pistola, estarías muerto».

Sandoval permaneció inmóvil unos segundos mientras el pastor se sentaba en el último banco y Derrick Moss mantenía la frente pegada al suelo.

Finalmente oyó unos pasos en el pasillo. Entonces, alguien empujó la puerta con brusquedad y, cuando cedió la cerradura, la madera se quebró. Irrumpió en la sala media docena de hombres uniformados empuñando sus armas. Hubo otro segundo aterrador en el momento en que Sandoval miró a través del oscuro cañón de la pistola de otro agente.

—¡Todo en orden! —exclamó.

El policía bajó el arma y dos compañeros sacaron a Moss de allí. Otros dos atendieron al pastor, le hicieron preguntas y le ofrecieron solicitar una ambulancia. Nadie dijo ni una palabra a Sandoval.

Ni una sola palabra.

Salió al exterior, respiró el aire fresco y vio a Alonso subiendo las escaleras. Parecía que hubiera hecho un alto en el camino para que le plancharan el traje y otro para que le abrillantaran los zapatos mientras le cortaban el pelo.

—¿Por qué coño habéis tardado tanto? —preguntó Sandoval, que soltó por fin toda la adrenalina—. ¿Tienes idea de lo que podría haber pasado ahí dentro?

—Sí, la tengo —respondió Alonso, que se acercó a Sandoval y lo miró a los ojos—. Deberías andarte con cuidado cuando entres solo. Esas gilipolleces de superpoli acabarán contigo.

—¿De qué cojones estás hablando?

Alonso negó con la cabeza y empezó a darse la vuelta, pero Sandoval lo agarró de las solapas de la americana.

—Eh, te estoy hablando.

—No necesitamos vaqueros en esta unidad —dijo Alonso.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Significa lo que significa —contestó Alonso aguantándole la mirada—. No estamos seguros si tú no nos cubres las espaldas y tú tampoco si nosotros no te cubrimos la tuya.

Alonso se dio la vuelta y, esta vez, Sandoval no se lo impidió.

«Lo sabe —pensó—. Lo cual quiere decir que lo sabe todo el mundo. Hay doce mil policías en Chicago. La SIE era una vergüenza para todos los agentes que han servido a esta ciudad, así que algunos me estrecharán la mano. Otros me invitarán a una copa. O me ignorarán. Los habrá incluso que se pregunten si los vigilo demasiado de cerca.

»Pero los únicos a los que tendré en cuenta son los que quieran meterme un balazo por la espalda».

Al ver a Tony Alonso montarse en el coche, se fijó por primera vez en lo reluciente que estaba, a juego con el traje a medida y el corte de pelo perfecto.

«¿Cuántos policías han estado a punto de convertirse en estrellas de la SIE, contando los días hasta que recibieron esa llamada de Homan Square?».

Horas después, cuando anocheció y hubo concluido su turno, Frank Sandoval se sentó en el porche de sus difuntos padres en Avondale, la casa donde se había criado y soñado que algún día sería policía al igual que su progenitor. La casa a la que se mudaría cuando acabó su matrimonio, como un hombre que retrocede en el tiempo.

Tenía una botella de Dewar's sobre la mesita, junto a la silla de madera, y estaba bebiendo solo.

Cuando entró, se tumbó en la cama y se quedó mirando el techo hasta conciliar el sueño. Todavía sentía en su interior ese momento de la verdad en el que tanto podría haber matado a un hombre como morir...

Y, ahora que le habían colgado el sambenito de chivato por acabar con la SIE, no sabía si le aguardaba una represalia en el siguiente callejón sin salida o en la próxima esquina oscura. Aun así, aquella noche solo podía pensar en otro hombre, el tipo que estaba sentado a menos de ocho kilómetros en una casa de Lincoln Park, contemplando el lago Michigan desde la terraza. El hombre que viviría en su cabeza mientras siguiera libre: Nick Mason.

En la otra punta de la ciudad, Eddie estaba vigilando desde su Jeep una casa situada en un barrio llamado La Villita.

Delante había un Escalade negro. Eddie lo había seguido desde el campo de tiro, manteniéndose justo por detrás del horizonte hasta que se adentraron en la zona norte de Chicago.

Había visto a aquel hombre seguir a Mason hasta que el Jaguar entró en el garaje de la casa de Lincoln Park West. Después, el Escalade estacionó en la calle.

Eddie observó durante cuatro horas, preguntándose cómo demonios podía aguantar tanto tiempo. «Deben de pagarle generosamente», pensó. Al fin, cuando empezó a anochecer, vio una berlina gris enfilando la calle. El conductor del Escalade se apeó y Eddie pudo verlo bien por primera vez: un tipo de

mediana edad, latino y en camiseta a pesar del frío. Llevaba tatuajes descoloridos en los brazos. Se acercó al coche y se situó junto a la ventanilla del conductor. Los dos hombres intercambiaron unas palabras y luego volvió a su coche, rodeó la casa y dejó que la berlina ocupara su puesto. Eddie siguió al Escalade, que cruzó el río y puso rumbo al Lower West Side, donde el español era cada vez más prominente en los carteles, y luego hacia South Lawndale. Se trataba de una casita modesta con un columpio en el patio.

Eddie anotó la dirección.

Eran los primeros datos que recababa para que Nick Mason encontrara una salida.

Aunque Mason esperaba que todo saliera bien, había algo que necesitaba con urgencia: una casa para él solo, fuera del alcance de Sandoval, Quintero e incluso Diana. Una casa en la que nadie pudiera tocarlo, ni siquiera Darius Cole.

—Tengo cinco apartamentos a los que puede echar un vistazo —dijo la mujer mientras recogía un sobre que había encima de un cojín. Se llamaba Alexa y estaba sentada delante de Mason en la parte trasera del restaurante. Con el pelo decolorado y el blanqueamiento dental, era obvio que se esforzaba demasiado en aparentar veinte años menos—. Todos cumplen sus requisitos y están dentro de...

—Fantástico —dijo Mason haciendo rodar la botella de Goose Island Ale entre las manos—. Elija usted.

—Pero, señor...

—Me fío de su criterio. Recibiré el dinero en su oficina esta misma tarde.

—Por mí, de acuerdo —dijo Alexa, que brindó con su *dirty martini*—. Solo tiene que cumplimentar la documentación y...

—Le agradecería que usted se ocupara también de eso. Y recuerde, todo a su nombre.

Por primera vez desde su llegada, la falsa sonrisa de Alexa se desvaneció, pero Mason volvió a avivarla.

—Por descontado, habrá un extra en efectivo para usted.

Mientras Alexa pedía otro martini a la camarera, Mason reconoció a Diana mirándolo desde un rincón oscuro. No era la primera vez que le asombraba la belleza que irradiaba esa mujer de la manera más natural que hubiera visto nunca. Desde ese primer momento en la casa, un día después de su salida de la

cárcel, había sido la única persona que podía entender la vida que le esperaba, porque ella misma estaba viviendo su propia versión de los hechos.

Mason había notado algo más en ella: no sonreía nunca, al menos con sinceridad. Incluso ahora, observando la mesa de Mason, parecía igual de misteriosa que las sombras que la envolvían.

Al cabo de un rato, Alexa se puso más borracha y coqueta mientras calculaba el dinero que le supondría aquel acuerdo inesperado.

—¿Seguro que no quieres visitar los apartamentos? Podríamos probar uno para ver si el suelo del dormitorio es resistente.

Mason iba mirando de reojo a Diana y habría jurado que su expresión era la de una mujer celosa. «Qué raro —pensó—. Nunca vi esa mirada cuando estaba con Lauren. Ni una sola vez».

—Un poco mayor para ti —dijo Diana, que no se acercó a la mesa hasta que Alexa se hubo marchado.

—Negocios.

—¿Qué clase de negocios?

—Asuntos personales.

Diana parecía ofendida. Era la primera vez que Mason veía algo así. Se trataba de un día extraño.

—Si no te conociera, juraría que estabas celosa.

—Puede que lo esté, pero no de esa mujer —dijo Diana—, sino de tu libertad. Tú puedes ir de un lado a otro y hacer lo que te dé la gana.

—Movilidad y libertad son dos cosas diferentes.

—Y yo no tengo ninguna de las dos. Estoy atada a una cadena que me permite viajar entre la casa y este restaurante. Eso es todo.

—Escúchame —dijo Mason, que puso la mano encima de la de ella.

No estaba seguro de cuánto podía contarle en ese momento. El apartamento secreto, el proyecto con Eddie... Todavía no era un plan perfectamente delimitado, con una trayectoria clara. Era más bien un mapa rudimentario con un punto de partida en una esquina y una gran X que marcaba un lugar situado al

otro lado de las montañas, un lugar que significaba la auténtica libertad para Mason y, por extensión, para Diana. Porque salvar su vida también significaba salvar la de ella.

Pero aún no quería darle esperanzas. Llevaba doce años viviendo en aquella jaula, muchos más que él. Probablemente fuera incapaz de contar las falsas esperanzas que había albergado hasta entonces.

Diana le miró la mano. Era un gesto más íntimo de lo que Mason pretendía, pero ella no apartó la suya. Notó el calor de su piel.

—Ten paciencia —dijo Mason—. Esto no durará para siempre.

—Debo volver al trabajo.

Diana apartó la mano, aunque sin brusquedad. Era tan solo el movimiento de una mujer que vuelve a centrarse en su vida profesional.

Mason la observó decantar una botella de vino al otro lado del restaurante con el cuidado y la precisión que aplicaba a las tareas más nimias. La encantadora máscara que lucía delante de sus clientes era muy distinta de la que Mason veía en casa, y no era la primera vez que se preguntaba: «¿Hasta qué punto la conozco?».

Mientras Eddie esperaba a que abriera el banco, pensó en cómo se comportaría alguien que debe guardar diez mil dólares en una caja de seguridad.

Eddie vio al primer cliente del día, un hombre de mediana edad con traje gris, franqueando la puerta del First Chicago Bank de Western Avenue. Él fue el segundo en entrar. Se detuvo unos instantes en el vestíbulo y miró al empleado que atendía una de las cajas. Un compañero suyo vio a Eddie y le preguntó si podía ayudarlo.

—Estoy pensando en contratar una caja fuerte —respondió.

El cajero llamó a una subdirectora, que explicó el proceso a Eddie, le mostró la sala y le explicó que podría acceder al contenido de la caja con una privacidad absoluta. Eddie le dio las gracias y dijo que se lo pensaría.

Luego pasó dos horas más vigilando la entrada a través del parabrisas del Jeep y esperando a que alguien cruzara el vestíbulo hasta la mesa de la subdirectora. En ese rato vio a tres hombres dirigirse a la zona de las cajas de seguridad. Uno llegó con las manos vacías y salió con un pequeño maletín negro. Otro tenía al menos noventa años, estaba encorvado y se ayudaba de un bastón; era un candidato improbable. El tercero le pareció prometedor: un hombre con chaqueta de cuero, calvo como una bola de billar y con un pendiente de aro. Eddie entró en el vestíbulo y lo observó atentamente, pero su impresión cambió cuando el desconocido se sentó delante de la subdirectora y habló con ella diez minutos seguidos. Tenía una bolsa bandolera de lona al lado y entró en la sala de las cajas fuertes el tiempo justo para dejar algo y marcharse. Aunque sus ganas de hablar no encajaban.

«Tal como dijo Nick, será un profesional. Entrará y saldrá. Directo al grano».

Eddie no quería levantar sospechas pasando demasiado tiempo en el vestíbulo, así que volvió al Jeep y se mantuvo alerta.

Treinta minutos después supo que tenía a su hombre.

Delante del banco se detuvo una berlina gris. Eddie estaba seguro de que era la misma que estaba aparcada la noche anterior frente a la casa de Mason. Recordó que, cuando bajó la ventanilla, había visto a un hombre blanco al volante, y al apearse del coche le pareció la misma cara. El tipo llevaba un traje gris hecho a medida para dar cabida a su enorme cuerpo y el pelo tan rapado que su cabeza parecía una pelota de tenis sucia. Eddie cogió la cámara réflex digital con un objetivo de 300 mm y empezó a sacar fotos.

El hombre entró en el banco con una bolsa de piel. Luego se abrió la puerta derecha y salió su acompañante. Era negro y calvo y llevaba gafas oscuras y un traje de un tono gris más claro. Eddie hizo más fotografías mientras el hombre esperaba en la acera, mirando a un lado y otro de la calle.

El primero salió del banco ocho minutos después. Ambos regresaron al coche y se fueron. Eddie se incorporó al tráfico de última hora de la tarde y cruzó la



ciudad de norte a sur hasta que salieron de la autopista Skyway y se dirigieron al oeste.

Al cabo de unos minutos, había aparcado justo delante de la terminal ferroviaria de Bedford Park, la más grande de la ciudad y una de las más grandes del país. Había miles de vagones de toda Norteamérica, con grúas elevándose por encima de ellos y una imponente torre en forma de portilla en el centro. Eddie los siguió hasta la cara norte de la terminal e hizo más fotografías cuando accedieron a la oficina de International Exposition Services, salieron minutos después y se encaminaron a una entrada de mercancías que había contigua a un almacén, donde esperaba una furgoneta grande con elevador incorporado. El conductor se bajó y cargó varios cajones de gran tamaño mientras su acompañante se limitó a quedarse plantado y observar; su traje caro desentonaba en medio del ruido y el polvo de la terminal.

Cuando la furgoneta estuvo cargada, el conductor se quedó dentro y el segundo hombre se puso al volante de la berlina. Salieron uno detrás del otro de la terminal ferroviaria y Eddie los siguió de nuevo hacia el sur, hasta que finalmente aparcaron detrás de una tienda de la calle Ciento once. Eddie se mantuvo a una manzana de distancia, esperó unos minutos y aparcó el Jeep. Después sacó más fotos, centrándose primero en el cartel que había colgado junto a la puerta:

«Importación/ Exportación Imperial, LLC».

Tomó instantáneas de todos los vehículos que vio en el aparcamiento. Además de la furgoneta y la berlina, había un Porsche Panamera plateado. «Alguien se ha gastado al menos ochenta de los grandes —pensó—. No es lo que uno espera ver al lado de una empresa anónima en el culo del mundo».

Eddie se quedó allí a vigilar una hora más. No vio a nadie entrando o saliendo, así que decidió echar un vistazo más de cerca. Dejó la voluminosa cámara y el largo objetivo en el suelo del coche. Si tenía que moverse con rapidez, no podía llevar una cámara colgada del cuello y, en caso de que necesitara más fotos, echaría mano del teléfono móvil.

Se bajó del Jeep, dio la vuelta a la manzana y se acercó por un callejón situado junto a una tienda de bufandas. Ahora tenía la entrada de mercancías delante. Una de las puertas estaba abierta, pero no vio a nadie dentro. Al aproximarse, buscó cámaras de seguridad. Se detuvo en el umbral, sacó el teléfono móvil e hizo fotos de los cajones que acababan de descargar. Intentó enfocar las etiquetas de envío, pero se encontraba demasiado lejos, así que trepó a la plataforma de carga.

Eddie rodeó los contenedores tomando fotos hasta que llegó a uno que ya estaba abierto, levantó la tapa y vio unas cajas de filtros de aire para automóviles.

No era consciente de lo mucho que se había adentrado en el muelle de carga. «Mala idea», pensó justo cuando oyó unas voces.

Eddie se agachó al lado de las cajas cuando los dos hombres a los que había seguido entraron en la plataforma, carcajeándose de alguna broma privada, mientras el hombre blanco saltaba del muelle y salía. Después, el negro bajó el portón con gran estrépito. Eddie estaba encerrado.

Oyó el motor de la furgoneta. Eso significaba que dentro solo había un hombre. Si se daban las circunstancias, al menos sería un enfrentamiento igualado. Eddie esperó hasta que oyó pasos alejándose y estuvo razonablemente seguro de que el hombre había vuelto al interior del edificio.

«¿Y ahora, qué?».

Levantar la puerta no resultaba factible. El ruido del acero corrugado sería tal que todos los ocupantes del edificio, fueran quienes fueran, lo oirían seguro. La otra opción más viable era quedarse allí hasta que todos se hubieran ido, pero podían pasar horas.

«A la mierda».

Eddie se levantó, fue hacia el pasillo y se pegó a la pared cuando oyó una voz. Al cabo de unos segundos siguió avanzando. Notaba el sudor pegándole la camisa a la espalda. Entonces llegó a una puerta. La voz sonaba cada vez más fuerte. Se asomó al umbral y vio a otro hombre sentado en una silla de oficina

rodeado por una pantalla de ordenador y varios monitores de vídeo. Era un joven blanco vestido más informalmente con vaqueros y sudadera, y estaba distraído hablando por teléfono y mirando el techo en lugar de los monitores.

Estudiando los ángulos, Eddie se cercioró de que ningún reflejo lo delatara en el momento en que cruzase el umbral y se alejara de la sala de control por el pasillo. Antes de continuar, miró por última vez al hombre que hablaba por teléfono y fue entonces cuando se fijó en las pantallas, que mostraban algo que le era familiar: la casa de Nick Mason. El porche trasero, la cocina y su dormitorio.

Eddie sabía ya que había cámaras en la casa adosada. No estaban ocultas, y Nick le había preguntado incluso si sería fácil inutilizarlas, en caso de necesidad, o cómo podrían dar con las personas que observaban desde el otro lado.

«Está todo aquí —se dijo Eddie—. Esto es el centro de mando. Puedo acceder a su zona de puertos seguros al igual que si pinchara un teléfono y ver qué se traen entre manos. Pero primero necesito salir de aquí».

Eddie agachó la cabeza, cruzó el umbral y enfiló el pasillo. No respiró aliviado hasta que hubo dado veinte pasos. Oyó pisadas y se quedó quieto. Eran cada vez más fuertes, así que se coló por la primera puerta que halló a la izquierda. Era un cuarto de baño con anticuadas baldosas blancas y negras, dos compartimentos cerrados y un gran urinario de porcelana, y se quedó escuchando detrás de la puerta. El ruido de los zapatos repiqueteando en el terrazo iba en aumento y los pasos se detuvieron delante del lavabo.

«¡Mierda!».

La puerta se abrió unos centímetros. Eddie se movió lo más silenciosamente que pudo, parapetándose con la puerta hasta que el hombre hubiera entrado. Sintió que se le acumulaba la adrenalina. Tenía la boca como de algodón y notó palpitaciones. Cuando se abrió la puerta, se preparó para derribar al hombre.

—Eh, Quintero está al teléfono —gritó una voz desde el pasillo—. Quiere hablar contigo ahora mismo.

Era el hombre blanco de la sala de control.

—Tengo que mear.

—¿Quieres que le diga eso?

—No, joder.

La puerta del lavabo se cerró.

Eddie oyó pasos alejándose en dirección a la sala de control y esperó un momento antes de abrir la puerta un par de dedos. El camino estaba despejado y salió del edificio sin toparse con nadie más.

Luego se montó en el Jeep y arrancó. Cuando estuvo seguro de que no lo seguían, hizo una parada para llamar a Mason.

Casi dos mil kilómetros más al sur, Bruce Harper miró al que en su día fuera el lugarteniente de una de las mayores organizaciones criminales del país, y vio una cosa y solo una:

Un intenso miedo animal.

Estaba sentado ante una pequeña mesa de comedor en un apartamento de una habitación en la ciudad de Liberty, situada a las afueras de Houston, en Texas. Lo acompañaba Rachel Greenwood, y al otro lado de la mesa estaba Isaiah Wallace, que había envejecido al igual que lo haría un defensa de la NFL. Antaño, alto y forzado, ahora necesitaba un bastón para caminar tras una dura vida protegiendo su esquina. Luego fue el máximo responsable de custodiar a Darius Cole en su ascenso al poder y, finalmente, un hombre a la fuga preguntándose siempre si una llamada a la puerta o un giro de la llave del coche sería el último sonido que oyera. Ahora respondía al nombre de Harold Douglas. La mayoría de los clientes del WITSEC conservaba su nombre de pila o sus iniciales, pero Isaiah Wallace no era como ellos.

—Siempre supe que llegaría este día —dijo Wallace.

Permanecía agarrado al borde de la mesa, como si se hallara asomado al abismo a pesar de que su residencia estuviera rodeada por seis alguaciles

fuertemente armados, sin contar la presencia de un subdirector del Cuerpo de Alguaciles y de una ayudante del fiscal federal.

—Sé que debería intentar disimular —dijo Wallace, cuya voz parecía tan agotada como su semblante—, mostrar frialdad, pero soy demasiado viejo para mentir sobre esta mierda. He pasado demasiadas noches esperando.

—Señor Wallace —dijo Greenwood—, es posible que sea usted el hombre más protegido de Estados Unidos después del presidente.

Mientras iban hacia allí, Harper y Greenwood habían debatido los pros y los contras de contarle a Wallace que Ken McLaren había sido tiroteado en Chicago, en tanto sopesaban el riesgo que entrañaba asustarlo y qué ocurriría si descubría que habían intentado ocultárselo.

—¿No cree que se enterará por el periódico? —había dicho Greenwood.

—La última vez que lo vi, no tenía pinta de leer la prensa.

—No importa si lee la prensa o no. Si tiene acceso a Internet, ya se habrá enterado de lo de McLaren.

Harper sabía que Greenwood tenía razón. Internet era uno de sus mayores dolores de cabeza y un peligro que su viejo amigo, el director Shur, no podía imaginar cuando fundó el WITSEC, y hacía que aislar a los testigos fuera cien veces más difícil.

—Además —añadió—, sabrá que algo se cuece cuando vea a seis alguaciles apostados frente a su casa.

Que fue exactamente lo que ocurrió. Harper lo percibió en la cara de Wallace en cuanto abrió la puerta. Era la primera vez que lo veía desmoronarse desde que empezó su nueva vida doce años atrás.

Harper no participó en el juicio original —Wallace era un testigo cooperador más de los centenares que entraban cada año en el programa—, pero la historia de Greenwood le hizo desear haber estado en la oficina de Chicago el día que decidió colaborar. Ya tenían a McLaren y estaban utilizándolo contra Wallace. «Pueden caer usted y Cole, señor Wallace, o solo Cole. Está en sus manos y, sinceramente, a nosotros nos da igual».

Era la línea de ataque estándar del fiscal federal, y casi siempre funcionaba. Pero, con Isaiah Wallace, el hombre que había sido el máximo confidente de Cole desde que ambos tenían quince años y frecuentaban una esquina de Englewood, no resultó. Cole poseía cerebro y visión de futuro para entrever algo mucho más grande. Wallace tenía músculo, al menos cuando era joven, y estaba dispuesto a hacer lo que fuera a fin de proteger su territorio. Además, creía tanto en su amigo Darius Cole que lo acompañaría allá donde fuese.

Esa creencia le fue más recompensada de lo que habría podido imaginar jamás. Wallace amasaba tanto poder y dinero como cualquier *capo bastone* de las Cinco Familias.

Después de que lo arrestaran y le leyeran una lista de cargos suficiente para encerrarlo de por vida en una cárcel que, para acabar de joderlo, estaría en la punta opuesta del país con respecto a la de Cole, le pusieron un recopilatorio con lo mejor de las grabaciones que habían recabado. Eran conversaciones que Cole y Wallace creían encriptadas, y en ellas daban detalles concretos sobre cargamentos de droga, transferencias de dinero y ataques a miembros clave de organizaciones rivales.

Wallace ni se inmutó hasta que alguien le reprodujo accidentalmente diez segundos de una conversación que ni siquiera había sido identificada como prueba. Era Darius Cole hablando con una mujer a la que denominaba «pastelito». En la conversación le proponía reunirse la noche del viernes y le insinuaba de forma poco sutil lo que le esperaba.

Esos diez segundos accidentales hicieron que Isaiah Wallace cambiara de bando, porque «pastelito» era nada menos que Cheryl Wallace, su mujer.

Wallace testificó en el juicio, mirando directamente a Cole desde el estrado. Este recibió una doble cadena perpetua en Terre Haute, y Wallace, tras algunas dudas iniciales, aceptó entrar en el WITSEC. Fue entonces cuando Bruce Harper lo conoció como cliente de máxima prioridad, y lo primero que hizo fue pedirle una lista con los cinco lugares adonde más le gustaría que lo trasladaran. Harper escuchó las cinco opciones y las tachó de inmediato: Las Vegas, la península de

Monterrey... Si anhelaba vivir en uno de esos lugares, probablemente se lo hubiera contado a alguien. Harper quería asegurarse de que fuera destinado a un lugar donde nadie se planteara buscarlo.

Así fue cómo Wallace pasó los últimos doce años de su vida en un apartamento roñoso en la abrasadora mancha de petróleo que era el sur de Texas. Divorciado hacía mucho de su «pastelito» y sin hijos, llevaba una existencia solitaria haciendo el turno de noche como reponedor en el Walmart de su localidad. No era una gran vida, pero resultaba mucho mejor que la prisión federal y ligeramente más agradable que estar muerto. Por otro lado, acababan de ascenderlo a supervisor por cincuenta centavos más la hora.

—Da igual a cuántos hombres pongan delante de casa —les dijo Wallace—. Fuera, dentro. Pueden meter a dos alguaciles a dormir conmigo cada noche, pero me quiere muerto...

—Si eso fuera cierto —respondió Harper—, ¿no cree que ya habría sucedido? Wallace soltó un suspiro.

—Antes no necesitaba liquidarme. Ahora, sí.

—Lo trasladarán al lugar más seguro que tenemos —dijo Harper—. Será intocable.

—¿Y dónde está?

—Eso no se lo diremos, y tampoco cuándo se producirá el traslado. No queremos filtraciones.

—Aun así, tendré que asistir al juicio.

—Presentaré una solicitud para que preste declaración a distancia —terció Greenwood—. Lo hará por videoconferencia alejado de Chicago.

—Debe saber que no volverá nunca aquí —añadió Harper—. Por motivos de seguridad, lo reubicaremos después de la revisión del juicio.

—Y ahora, si no le importa —dijo Greenwood, que sacó una libreta del maletín—, me gustaría repasar con usted algunas cosas que podrían salir a relucir en los tribunales...

Wallace negó con la cabeza y esbozó una sonrisa burlona y cansada.

—Mire —dijo Harper—, sé que se ha labrado una vida aquí...

—Amontono cajas en el puto Walmart a las dos de la madrugada —replicó Wallace—, y cuando llego a casa, me encuentro una cama vacía. Eso no es vida.

—Tal vez esto sea lo que necesita —dijo Greenwood—. Allá donde vaya ahora, puede...

—Siguen sin entenderlo —interrumpió Wallace—. No habrá un «después del juicio». Y no «saldrá nada a relucir en los tribunales» porque yo no estaré allí, ni siquiera en una pantalla de vídeo.

—Señor Wallace, le garantizo...

—Conozco a Darius Cole desde hace cuarenta años —dijo Wallace, que dejó de hablar y cerró los ojos como si estuviera rememorándolo todo, hasta el último de esos años.

Greenwood dejó la libreta encima de la mesa y ella y Harper esperaron a oír el resto.

—¿Saben qué me dijo una vez? Acababa de colgar el teléfono a un irlandés chiflado que trabajaba para él por aquel entonces y me soltó: «Yo no tengo que ser el ángel de la muerte, Isaiah. Solo necesito tenerlo en nómina». —Wallace abrió más los ojos—. Lo cual significa que ni el mismísimo Dios podrá salvarme.

Mientras las sombras se alargaban en La Villita, Marcos Quintero estaba sentado en el porche de casa con su hija Gabriela en brazos. La niña llevaba un llamativo vestido de flores rojas, amarillas y naranjas y acababa de cumplir dieciocho meses.

Cuando vio que se quedaba dormida, supo que su mujer se enfadaría. «Si duerme ahora, no lo hará a su hora». Pero Quintero vivía para aquello, cada día, aquel simple acto de sostener a su hija en brazos y notar su diminuto peso. De todos sus hermanos de La Raza, ¿cuántos estaban muertos? ¿Cómo demonios pudo sobrevivir él solo y encontrar una escapatoria a aquella vida? ¿Cómo había



acabado en aquel porche, disfrutando de la última oportunidad que le quedaba de formar una familia a sus cuarenta y tres años?

Era un milagro.

No miró al coche que pasaba por la calle, pero entró en su radar. Era una de las muchas razones que explicaban esa supervivencia milagrosa, su instinto animal siempre alerta ante lo que sucedía a su alrededor. Al levantar la vista vio una furgoneta grande. Esperó a que se alejara y, cuando lo hizo, había una figura al otro lado de la calle. Observándolo.

Nick Mason.

Quintero se levantó rápidamente, entró en casa y dejó a la niña con Rosa, su mujer. Luego agarró de detrás de la puerta la Nighthawk Custom 1911, una semiautomática imbatible que le había arrebatado a un miembro de los Latin Kings sabía Dios hacía cuánto; sin embargo, era la única arma en la que confiaba, y se la metió en la parte trasera del cinturón.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, pero Quintero no respondió.

En lugar de eso, abrió la puerta, bajó la escalera y se detuvo en el camino. Mason seguía al otro lado de la calle.

Ambos se miraron, inmóviles, durante un minuto. Entonces pasó entre ellos otra furgoneta y Mason cruzó.

Quintero lo recibió al final del camino de entrada.

—¿Qué coño crees que estás haciendo aquí?

—Poniéndote delante un espejo de mi vida —dijo Mason.

—Y eso, ¿qué significa?

—Significa que quiero que sepas cómo me siento cada vez que te acercas a mi familia.

—Lárgate ahora mismo. Y, si vuelves a acercarte a esta casa...

—Volveré mañana. Y pasado mañana.

—Te mataré. Lo juro por Dios.

—No es la primera vez que dices eso, y sigo esperando.

Quintero se le acercó hasta que estuvieron a solo unos centímetros.

—Date la vuelta y márchate.

Mason se mantuvo firme y miró fijamente a Quintero.

—Hago todo lo que me piden —dijo—. Ahora necesito algo a cambio: lo mismo que tú tienes. Tiempo con mi familia. A solas. Sin ti ni nadie más vigilándome.

—No podrás cambiar las reglas —respondió Quintero, que se sacó la Nighthawk del cinturón—. Nadie puede.

—Tu mujer y tu hija están mirando —dijo Mason ladeando la cabeza hacia la ventana de la casa—. Pero, si realmente quieres matarme ahora mismo, adelante.

—*Yo mierda en la leche de tu puta madre*<sup>1</sup> —dijo Quintero entre dientes.

—No es un insulto si no entiendo qué cojones estás diciendo.

Quintero volvió a guardarse el arma.

—Ahora tenemos un nuevo acuerdo —dijo Mason—. Lo entiendes, ¿verdad?

Quintero negó con la cabeza casi sonriendo.

—¿Crees que no sé qué se siente, Mason? ¿Crees que Cole no sabe dónde encontrarnos? ¿Qué crees que le pasará a mi familia si no hago lo que me ordenan?

—Entonces, a lo mejor tenemos que dejarlo los dos —dijo Mason.

«Era una pésima idea expresarlo en voz alta, pero quizá merecía la pena intentarlo».

—¿Crees que es tan fácil?

—Hablaba por hablar.

—Es una mala costumbre.

—Tú dejaste La Raza, ¿no?

Quintero se echó a reír, pero era una risa sin alegría.

—Nadie deja La Raza. Cole me compró. Es mi propietario al igual que lo es de tu persona.

—Mañana por la tarde no lo será —repuso Mason—. Voy a ver a mi hija y tú no estarás allí. ¿Trato hecho?

Quintero miró hacia la casa e indicó a su mujer que se apartara de la ventana y dejara de preocuparse por aquel desconocido.

—Puedes disfrutar de un día con tu hija —dijo Quintero al darse la vuelta—.

Uno. Eso es todo.

Mason miró a Quintero a los ojos y vio que estaba dándole su palabra. Luego asintió y volvió al Jaguar.

Cuando se hubo marchado, Rosa salió al camino con Gabriela en brazos. La niña seguía dormida con la cabeza apoyada en el hombro de su madre.

—¿Quién era ese?

—Nadie —respondió Quintero.

Pero en realidad estaba pensando otra cosa: «El ángel de la muerte».

Cuando Mason despertó aquel sábado por la mañana, sabía que sería un día distinto con respecto a todos los que había vivido desde que salió de la cárcel. Era la clase de día en la que pensaba constantemente mientras miraba las paredes grises de su celda hora tras hora durante cinco años y medio, la clase de día que no creía que volviera a disfrutar.

No le pareció que lo siguieran cuando se detuvo delante de la casa de Elmhurst. No solo Gina había cumplido su promesa, sino también Quintero. Intentó no creerse demasiado que había vendido su alma al diablo por algo que estaba a punto de ocurrir: un día a solas con su hija.

Llegaba con unos minutos de antelación, pero se dirigió al porche, llamó al timbre y esperó. Abrió la puerta Gina, mirándolo como si buscara la manera de cambiar de opinión.

Pero Mason intentó obviar su ambivalencia y retroceder en el tiempo para ver a la chica alta y esbelta de la que se había enamorado profunda y estúpidamente, la mujer con la que había deseado estar para siempre.

«¿Seguía viva su Gina en el interior de aquella hermosa ama de casa de las afueras? ¿Había sobrevivido a todo cuanto le hizo pasar? ¿O se la había tragado para siempre la vida en el país de las casas grandes y los monovolúmenes?».

—Adriana estará a salvo conmigo —dijo Mason—. La traeré de vuelta a las tres en punto.

—A la una en punto.

Conocía aquella voz y sabía que sería inútil discutir con su exmujer. Si lo intentaba, tendría que dejarla en casa a las doce.

—¿Dónde está Brad?

—Ya está en Denver. Nos vamos dentro de un par de días.

—¿De verdad os mudáis allí?

—Así es.

—Sigue siendo mi hija —dijo, aun sabiendo que era mala idea—. Legalmente, ni siquiera soy un exconvicto.

Fue entonces cuando reapareció la chica de Canaryville que estaba buscando.

—No intentarás impedirlo —dijo con un tono de voz distinto.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque es lo mejor para tu hija. —Extendió el brazo y le pasó la mano por el pelo—. Y porque sé que sigues siendo un buen hombre.

Representaba un gesto íntimo que hizo que Mason se olvidara de todo por un momento. Aquello iba más allá del sexo; una breve conexión entre dos personas que se conocían mejor mutuamente que a cualquier otra en el mundo.

Entonces llegó una voz desde atrás.

—¿Es él?

Era Adriana, vestida con unos vaqueros azules y una camiseta naranja. No llevaba la coleta que Mason veía siempre en el campo de fútbol y el pelo le caía por encima de los hombros. Estaba increíblemente mayor para tener nueve años, para ser la niña de Mason.

—Hola —dijo con repentina timidez la pequeña que había desenmascarado al policía en el patio del colegio.

Gina se agachó, le dio un fuerte abrazo y le dijo que se portara bien y que la vería a la una.

—¿Puedo quedarme un rato más?

—La próxima vez, ¿vale? —respondió Gina.

—¡Si existe una próxima vez!

—Vete —dijo su madre, que se levantó y le dedicó a Mason otra dolorosa mirada de duda y arrepentimiento.

—Volveremos pronto —dijo él—. Gracias.

Gina asintió y los observó mientras se dirigían al coche. Cuando se alejaban, Mason miró por el retrovisor y allí estaba ella, en el umbral, hasta que los perdió de vista.

Aunque estaba cumpliendo su sueño, un rato a solas con la hija que creía haber perdido para siempre, le asaltaron las dudas.

«¿Realmente estará a salvo conmigo?

»¿A quién quiero engañar?

»Conmigo no existe seguridad alguna.

»No durará. Es imposible».

—¿Qué coche más bonito! —exclamó Adriana, que lo devolvió al presente—.

¿Cuándo lo compraste?

—Lo estrené el día que me viste en el colegio.

—¿De verdad? ¿Qué le pasó al otro que tenías?

Mason ni siquiera estaba seguro de qué coche había visto Adriana, pero no importaba, porque la respuesta era la misma: Quintero ordenó a sus hombres que lo destruyeran, como si nunca hubiera existido.

—Me gusta más este —dijo Mason mientras pisaba el acelerador y se alejaba de la señal de Stop.

Su hija se echó a reír.

«Esto es lo único que necesito en la vida —se dijo a sí mismo—. Ese sonido».

—¿Dónde quieres ir? ¿Te apetece un helado?

—No puedo comer helado antes de almorzar.

—Entonces ¿qué te parece si almorzamos y luego tomamos un helado?

—Quiero ver dónde vives —dijo Adriana—. Podríamos comer allí.

Mason la imaginó en la casa. Le habría encantado, por supuesto, sobre todo la piscina, pero entonces pensó en las cámaras de seguridad e imaginó a alguien sentado en una habitación en la otra punta de la ciudad, justo como Eddie lo había descrito, pero ahora esa persona vería a Adriana en la pantalla.

No podía soportar la idea.

—Es un coche muy bonito —dijo—. ¿Y si damos una vuelta? Puedo llevarte a la playa.

—Mamá dice que vives cerca del zoo.

«Estoy acorralado», pensó Mason, pero entonces se le ocurrió una respuesta.

—Tengo una idea —respondió—. Pero tienes que prometerme una cosa.

—¿Qué es?

—No puedes contarle a nadie adónde voy a llevarte.

Adriana se lo pensó un poco.

—¿Ni a mamá?

—Ni a mamá —dijo Mason—. Nadie lo sabrá nunca excepto tú y yo.

—¡De acuerdo, vamos! —exclamó Adriana, que volvió a reírse justo cuando Mason aceleraba.

El edificio de apartamentos se encontraba al sur del Loop y a una manzana de Michigan Avenue. Mason dio tres vueltas al bloque vigilando atentamente el tráfico para cerciorarse de que nadie los seguía. Después aparcó el coche y él y su hija subieron en ascensor hasta la planta doce.

Era la primera vez que veía aquel piso franco. Ni siquiera se lo había mencionado aún a Eddie. Alexa, la agente inmobiliaria, había enviado al restaurante un sobre con la dirección y un juego de llaves.

—¡No hay muebles! —dijo Adriana, que entró corriendo en el salón y fue hacia los dos dormitorios, también vacíos.

Mason se acercó a la ventana y miró el lago. A través de una rendija que se abría entre dos edificios pudo ver una esquina de Soldier Field.

—Ahí es donde juegan los Bears —dijo Adriana, que se situó debajo de Mason y pegó la nariz al cristal.

—Exacto.

—Papá dice que este año son de pena.

A Mason se le cortó la respiración.

—Lo siento —dijo la niña—. Me he acostumbrado a llamarle «papá».

—No pasa nada. Me alegra que cuide de ti.

Mirando aún por la ventana, Mason le acarició el pelo y ella lo abrazó. De repente, todas las dudas sobre aquel día se disiparon.

Adriana se lo quedó mirando.

—Si de verdad vives cerca del zoo, ¿puedes oír a los animales?

—A veces, sobre todo por la noche.

—Me encantaría. Pero ¿por qué necesitas también este piso?

—Para tener otro sitio adonde ir. ¿Nunca has querido algo así, una especie de habitación secreta en casa?

Adriana lo soltó, se alejó de la ventana e hizo una cabriola rápida encima de la moqueta.

—¿Cuánto hace que vives aquí?

—Es la primera vez que vengo.

A la niña se le iluminaron los ojos.

—¿En serio?

—Sí. Recuerda lo que te he dicho. Será nuestro secreto, ¿vale?

—Trato hecho.

Mason se sentó en el suelo y la vio hacer dos volteretas laterales más. Luego, Adriana se sentó delante de él, nuevamente con semblante tímido.

—¿Qué te parece eso de mudarte? —preguntó Mason.

—No quiero dejar a mis amigos, pero mamá dice que tenemos que irnos.

«El motivo soy yo —pensó Mason—. Acepté este pacto para poder verla otra vez. Y ahora estoy apartándola. Pero aquí está mi niña, hablando conmigo».

—Denver está en las montañas Rocosas. Mamá dice que nieva al igual que aquí, pero que la nieve es diferente.

—Eso he oído.

—Tengo una idea —dijo Adriana.

—¿Qué?



—En lugar de tener una habitación secreta aquí, podrías tenerla en Denver.

Un apartamento en Denver parecía imposible, pero aquel era el único día en que Mason podía imaginárselo.

Entonces sonó su teléfono móvil.

«Tienes que estar de coña», se dijo al mirar la pantalla. Aquel repentino acto de violencia, que destrozó el día entero y lo devolvió a su vida cotidiana, era peor que un puñetazo, peor que un disparo.

«número privado».

Quintero.

Deslizó el dedo por la pantalla y se llevó el teléfono a la oreja.

—¿Qué quieres?

—Estoy en tu casa —dijo Quintero—. ¿Y tú?

Mason dudó.

—He salido.

—Pues vuelve aquí.

—Teníamos un trato, Quintero. Me diste tu palabra.

—Mi palabra no es la última, Mason. Lo sabes. Voy a llevarte al aeropuerto, así que ven dentro de treinta minutos.

Mason hizo unos cálculos rápidos y se dio cuenta de dos cosas: de que tardaría una hora en llegar a Elmhurst y volver a la casa, y de que, hiciera lo que hiciera, no permitiría que Adriana y Quintero se viesen.

Solo le quedaba una posibilidad. El restaurante de Diana estaba en Rush Street, a solo unas manzanas, camino de la casa adosada.

—Allí estaré —dijo antes de colgar.

—¿Quién era? —preguntó Adriana.

—Un compañero de trabajo. Lo siento, cariño, pero tengo que irme.

—¡Pero si acabamos de llegar!

—Lo sé. Lo siento mucho —contestó Mason.

—¿Dónde trabajas?

Mason se levantó del suelo.

—Te lo contaré en el coche.

Bajaron en el ascensor y se montaron en el Jaguar.

—Trabajo en un restaurante —dijo cuando entraron en Michigan Avenue—.

He pensado que podríamos ir.

—¿Eres chef?

—No, solo ayudo.

—¿Haciendo qué?

«Haciendo nada. Ni siquiera voy, pero percibo un salario para que el Servicio de Impuestos Internos no se pregunte por qué vivo en una casa en Lincoln Park y me paseo en coches antiguos restaurados».

—Haciendo lo que me pidan —dijo Mason—. Es bastante aburrido. Pero justo ahora tengo que ir a ocuparme de una cosa. Se trata de una emergencia del restaurante, así que tendré que dejarte allí un rato. Tu madre vendrá a recogerte.

—Pero yo no tengo que volver hasta la una. Lo ha dicho mamá.

—Lo sé —respondió Mason—. Pero volveremos a hacer esto en cuanto pueda.

—No podremos —dijo Adriana cruzándose de brazos y mirando por la ventana—. Me voy a Denver.

Se impuso un silencio incómodo en el coche. Adriana se había sumido nuevamente en su timidez, a la que añadió unas dosis de decepción. A Mason le dolía mirarla, consciente de que probablemente hubiera retrocedido hasta el último centímetro que había avanzado desde que salió en libertad. Cogió el teléfono móvil y marcó el número de Gina, intentando encontrar las palabras adecuadas para explicarle lo que estaba a punto de hacer.

No había palabras para explicárselo a Adriana.

Cuando Mason entró en Antonia's, estaban en pleno ajetreo de mediodía. Un centenar de comensales, la mayoría de ellos hombres y mujeres trajeados, ocupaba todas las mesas disponibles y una docena de camareros corría de un

lado a otro. Mason preguntó al *maître* por Diana y le dijo que estaba tan ocupada que no tenía ni un minuto.

—Dígale que soy Nick. Es una emergencia.

Adriana estaba a su lado contemplando el caos.

—¿De verdad trabajas aquí?

—No vengo cada día, pero es bonito, ¿verdad? Te traeré algún día.

«Otra promesa que tal vez no llegaría a cumplir».

Creía que, en cualquier momento, Adriana le respondería que iba a mudarse a Denver, pero no ocurrió.

—¿Qué pasa, Nick?

Diana había salido de la cocina secándose las manos en una toalla. Llevaba su uniforme diario, un traje oscuro combinado con una blusa de color llamativo. Hoy era rosa coral.

—Me gustaría presentarte a mi hija Adriana —dijo Mason.

El rostro de Diana era inescrutable. Mason vio muchas cosas en él — confusión, envidia y dolor—, pero todo se desvaneció en un instante cuando miró hacia abajo y vio a Adriana.

—Es un placer conocerte —dijo agachándose lo suficiente para estrecharle la mano—. He oído hablar mucho de ti.

—¿Eres la jefa de mi padre?

Diana se echó a reír.

—No, trabajamos juntos y vivimos en la misma casa.

Ahora era la expresión de Adriana la que resultaba difícil de interpretar.

—¿Vives con mi padre?

—Ah, no —dijo Diana sonrojándose—. Es decir, no vivimos juntos.

—Qué lástima —respondió Adriana—. Eres muy guapa.

—Gracias —dijo Diana, sonrojándose aún más.

Parecía haberse quedado sin palabras. La mujer que gestionaba aquel bullicioso negocio de repente se había puesto tímida ante una niña de nueve años.

Diana miró finalmente a Mason.

—Y bien, ¿qué pasa?

—Necesito pedirte un favor. Su madre viene hacia aquí, pero tengo que irme ya.

—Nick, ¿estás de broma? Es la hora de las comidas.

—No tengo otra opción.

—¿Qué es eso tan importante que tienes que...? —Diana se calló al ver los ojos de Mason—. De acuerdo. Me ocuparé de ella.

—Gracias. Te debo una.

—Ya me la debías, ¿recuerdas?

Mason apoyó una rodilla en el suelo y abrazó a Adriana con fuerza. Quería que todo se detuviera y quedarse allí mismo, en el suelo del restaurante, pero se obligó a marcharse.

—Ven conmigo —dijo Diana a la niña—. Te enseñaré la cocina y le pediré al chef que te prepare tu comida favorita. ¿Qué es lo que más te gusta en el mundo?

—Los *nuggets* de pollo.

—Veremos qué puede hacer —respondió Diana, que la cogió de la mano y se la llevó.

Mason se quedó allí observándola. Adriana no le dijo adiós; tan solo se despidió con la mano y se dio la vuelta.

Minutos después, guardó el coche en el garaje y salió a la calle, donde estaba esperándolo Quintero.

—Llegas tarde, Mason —dijo cuando se montó en el Escalade—. Corren los minutos para el siguiente objetivo. Es posible que ya...

—Me importa una mierda. Sabes que estaba con...

Mason no acabó la frase. Ni siquiera quería hablar de ella, pronunciar su nombre en presencia de aquel hombre.

—Los billetes de avión —dijo Quintero, que le entregó un sobre cuando se

pusieron en marcha—. Y un carné de conducir y una tarjeta de crédito a otro nombre. Aterrizarás en Atlanta, irás a este hotel de carretera y te registrarás con ese mismo nombre.

—¿Qué hay en Atlanta?

—Todo lo que necesitas lo hallarás en la caja fuerte del hotel. La combinación está ahí.

Mason guardó silencio mientras Quintero esquivaba el tráfico para incorporarse a la autopista Kennedy y pisaba el acelerador a fondo hasta llegar a O'Hare.

Cuando se detuvieron delante de la terminal Delta, dijo:

—¿Cole cree realmente que eliminará a todos los testigos que puedan testificar contra él?

—Tu trabajo no consiste en preocuparte por eso, Mason.

—Sabes que no pienso acercarme a menos de treinta metros de ese tío, ¿verdad? Tendrá a una docena de alguaciles a su alrededor cada puto minuto.

—Si es así, apáñatelas —dijo Quintero—. Y ahora sal del coche. Tu avión está a punto de despegar.

Cuando Mason abrió la puerta notó en el antebrazo la mano de Quintero impidiéndole salir.

—Procura que no te maten —dijo mirándolo a los ojos—. No sería bueno para ninguno de los dos.

—No sabía que te importara —repuso Mason.

—Vete a la mierda.

Quintero arrancó en cuanto se cerró la puerta. A Mason se le ocurrió que algo había cambiado, un aspecto fundamental en la relación entre él y el hombre que le hacía los encargos, el hombre que había jurado matar a su exmujer y su hija si fallaba alguna vez.

Pero no había tiempo para pensar en ello. Tenía un avión que coger y otro objetivo que matar.

Nick Mason se bajó del avión en Atlanta utilizando el nombre James L. Wilson, alquiló un gran todoterreno Ford Expedition y se dirigió a un hotel situado a cinco kilómetros del aeropuerto para recoger el material que necesitaba para aquel encargo.

Cuando entró en la habitación, abrió la puerta del armario y luego la caja fuerte incrustada en la pared. Lo primero que sacó parecía una mochila negra. Cuando la dejó sobre la cama y la abrió, vio los componentes de un rifle de cerrojo Remington Defense con cañón de fibra de carbono y silenciador. Montó el rifle y abrió la mira telescópica. Al sopesarla, el arma le pareció increíblemente ligera, pero sabía que Eddie podría atravesar una moneda de veinticinco centavos con un cartucho 7,62 mm OTAN a trescientos metros de distancia. Mason, tal vez, a doscientos.

El siguiente objeto era una funda más pequeña que contenía una semiautomática H&K USP táctica con balas de nueve milímetros. Era el mismo modelo que había utilizado en su última misión en el Aqua; la pistola que había usado para matar a Ken McLaren.

Mason sacó los dos últimos objetos: unos prismáticos Leica de dos mil metros de alcance y un gran sobre con varios documentos, que extendió encima de la cama junto al rifle de francotirador.

El primero era una gran fotografía policial de un negro corpulento cuya mirada expresaba una mezcla de disgusto y hastío ante el mundo. Delante de él sostenía una placa con su nombre escrito en letras blancas sobre un fondo negro: «Isaiah Jeremiah Wallace».

Había también varias fotografías de mala calidad tomadas desde ángulos descuidados, probablemente con un teléfono móvil. Al examinar las imágenes, vio que se trataba de un itinerario detallado con una lista de destinos y paradas, todos ellos programados al minuto.

Un mapa mostraba una ruta que discurría casi exclusivamente por carreteras secundarias desde una pequeña población a las afueras de Houston, en Texas, hasta un lugar en los montes Apalaches situado unos cien kilómetros al norte de Atlanta. Mason repasó el itinerario y buscó el destino final.

Luego tiró el mapa encima de la cama y miró por la ventana.

—Hijo de puta.

Cuando puso rumbo al norte, Mason cogió el teléfono y marcó.

Quintero respondió al primer tono.

—¿Qué pasa?

—Dime que esto es una broma. ¿Un campamento de *rangers* del ejército?

—¿Por teléfono? ¿Qué problema tienes? —dijo Quintero.

—Mi problema es que no sé cómo entrar en un campamento de tropas de asalto.

—No tienes que hacerlo —respondió Quintero—. Te hemos facilitado la ruta y atacarás antes de que lleguen.

—¿Cómo la habéis conseguido?

Mason repasó el itinerario con la mano que tenía libre.

—Esa es una información que no tienes por qué conocer. Tú límitate a hacer tu trabajo.

—Si llegan a ese campamento estoy jodido, y lo sabes —dijo Mason.

—Lo sé, sí —repuso Quintero—. Y sabes que, si no quieres que te jodan, debes evitar que se te caiga la pastilla de jabón.

La llamada finalizó antes de que Mason pudiera abrir la boca, así que lanzó el teléfono al asiento del acompañante y siguió conduciendo. Cuando consultó el

reloj, sumó una hora por el cambio de huso. Disponía de cinco horas, y los segundos transcurrían ruidosamente en su cabeza.

Quinientos kilómetros al sudoeste, un pequeño convoy de vehículos estaba atravesando el estado de Alabama. Bruce Harper iba en el asiento del acompañante de una furgoneta Chevy Express sin distintivos y especialmente modificada para el Cuerpo de Alguaciles con un motor turbodiésel V-8 y ventanas tintadas a prueba de balas.

Lo acompañaban otros cuatro alguaciles. Isaiah Wallace iba sentado en la fila central con un militar a cada lado. Los conductores hacían rotaciones cada cuatro horas para descansar. Pasarían quince horas en la carretera, con un todoterreno ocupado por dos alguaciles circulando delante de la furgoneta y otro detrás con otros tantos agentes.

Por si los hombres de Darius Cole estaban al acecho, Harper había adoptado la inusual precaución de trasladar a la Costa Oeste a un falso prisionero, que en realidad era un alguacil retirado que se parecía a Isaiah Wallace. «¿Funcionaría?». Harper no estaba seguro, pero haría todo lo que fuera necesario para reducir el riesgo de que el verdadero Wallace se convirtiera en la segunda víctima del programa WITSEC en menos de una semana.

No era la primera vez que Harper se ponía creativo en su carrera profesional. Ignoraba cuántas veces había trasladado a testigos importantes a los juzgados utilizando furgonetas de reparto de periódicos y comida, cualquier cosa que no pareciese un vehículo federal oficial.

Pero ahora se la jugaba más que nunca y, cuando contactó con el personal de Arlington, les pidió que buscaran el mejor lugar posible para alojar a Isaiah Wallace hasta que concluyera la revisión del juicio. Uno de sus administradores llamó una hora después para proponerle una idea.

El hombre había sido *ranger* del ejército antes de incorporarse al Servicio y explicó a Harper el programa de instrucción intensiva de sesenta y un días al que



había sido sometido, consistente en circuitos de obstáculos y patrullas nocturnas en Fort Benning. Luego tuvo que descender montañas en Camp Merrill, en los Apalaches, y saltar en paracaídas sobre Camp Rudder, en Florida, para nadar en la ciénaga con los caimanes y las serpientes.

—Aquella fase montañosa en Camp Merrill... —dijo el administrador—. Recuerdo que me pareció uno de los lugares más aislados que había visto nunca. Allí solo había comandos entrenándose y dos pequeñas casas de huéspedes.

Harper había instalado a clientes de alto riesgo en bases militares, pero nunca antes en un lugar como aquel. En cuanto oyó la propuesta, supo adónde llevaría a Isaiah Wallace.

Harper consultó el reloj.

Cinco horas más y podría relajarse.

Mason tomó la autopista del condado en una pequeña ciudad llamada Dahlonge y se desvió por una carretera sinuosa que llevaba a las montañas. Pasó por delante de un puesto que vendía cacahuets hervidos y, después, los árboles se unieron formando un túnel natural. Encendió los faros y siguió conduciendo contra reloj. Aún no sabía cómo atacaría a un convoy de tres vehículos que, según los documentos, transportaba a ocho alguaciles que protegían a Wallace y al subdirector del WITSEC, un hombre llamado Bruce Harper.

Al avanzar, la elevación de la carretera se acentuó. Mason vio un cartel que indicaba que Camp Merrill estaba a dos kilómetros. Después llegó a una intersección. Avanzando en línea recta, se distinguía la entrada del campamento y divisó un camión de transporte con un hombre a cada lado. La parte trasera estaba ocupada por *rangers* del ejército, algunos de los cuales se volvieron hacia él cuando viró bruscamente a la derecha y siguió montaña arriba. Cuatrocientos metros más adelante, la carretera se bifurcaba de nuevo y Mason se detuvo.

Cogió los prismáticos y caminó por entre los árboles y la maleza hasta un lugar con vistas al campamento, que se encontraba medio oculto justo debajo y

con la montaña elevándose abruptamente al otro lado. El camión de transporte había entrado en el campamento y los dos centinelas volvieron a la caseta. Mason siguió el perímetro de la valla y vio cuatro barracones largos dispuestos en paralelo, una docena de edificaciones, un pequeño claro con un helicóptero estacionado y un solitario depósito de agua que se erguía sobre el campamento. En la puerta de lo que probablemente fuera la cantina, había una larga hilera de tropas de asalto vestidas de camuflaje.

Todo ello confirmaba lo que ya sabía: «Si Wallace llega a este campamento, perderé mi oportunidad».

Mason volvió al todoterreno y sacó el mapa y el itinerario. No tenía mucho tiempo y necesitaba un lugar desde donde tender una emboscada al convoy, así que intentó ponerse en la piel de los alguaciles. Entonces cayó en la cuenta.

«Cualquier emboscada debería producirse entre ellos y la base.

»Esperarán un ataque frontal.

»No estarán pensando en una ofensiva por la retaguardia».

Examinó el mapa y encontró un tramo de carretera en forma de ese que podía resultar adecuado. Luego consultó el reloj y se dirigió a la zona elegida. No era perfecta —la carretera resultaba demasiado ancha, los giros no eran lo bastante cerrados ni las pendientes, suficientemente pronunciadas—, pero serviría. La ventaja residía en que el lugar aparecía jalonado de árboles y cuesta arriba, en dirección al campamento. Tendrían que aminorar la marcha y estarían concentrados en la carretera y la base, en vez de en lo que viniera por detrás. O eso esperaba.

Había llegado el momento de ir al encuentro del convoy.

Ya había oscurecido cuando el convoy llegó a la pequeña localidad de Dahlonega, el último puesto de avanzada antes del largo ascenso por la carretera serpenteante hasta Camp Merrill. Después de conducir mil trescientos kilómetros

desde Houston, apenas quedaban treinta para llegar. Harper debería haberse sentido aliviado por hallarse tan cerca.

Pero no sentía ningún alivio.

Desde su partida aquella mañana, había pensado en ello: «Ese policía estaba bastante convencido de que fue Nick Mason quien mató a McLaren en Chicago... Pero ¿cómo sabía Mason dónde encontrarlo?».

Harper seguía intuyendo que se trataba de una brecha en la seguridad local, de un alguacil de Chicago que mencionó algo equivocado a la persona equivocada. O tal vez, hubiera sido pura suerte. Alguien de su antigua vida, de su antigua ciudad, que lo vio entrar en aquel edificio. Esas eran las explicaciones que Harper se daba a sí mismo sobre el primer y único desastre habido en la historia del Servicio.

Pero ¿y si se equivocaba? ¿Y si había sido una violación interna, tal vez en su propia oficina? Días atrás le habría parecido una idea rocambolesca. Por eso había pergeñado la elaborada farsa con el señuelo. Pero ahora...

«Puede que esté aquí, en Georgia —se dijo—. A lo mejor, está esperándonos. Y, si es así...».

Volvió a mirar el mapa.

«Nos atacaría aquí. Aquí mismo, en la carretera que lleva a la montaña».

—Verá una granja a su izquierda —dijo al conductor mientras consultaba el mapa—. Quiero que se desvíe por ahí.

—¿Habla en serio? Ya casi hemos llegado al campamento.

«Está aquí —pensó Harper—. Mason está aquí. Lo presiento».

—Es una orden —dijo con firmeza al mismo tiempo que cogía la radio para alertar al vehículo que iba en cabeza—. Voy a llamar al comandante para pedirle un favor.

Mason pasó junto al convoy al dirigirse hacia el sur por la autopista 400. Los tres vehículos quedaron iluminados momentáneamente por sus faros: dos

todoterrenos y una gran furgoneta con pasajeros en medio. Justo lo que especificaban los documentos. Avanzó ochocientos metros más hasta que los perdió de vista y luego aminoró la marcha e hizo un cambio de sentido.

Mason aceleró para acortar la distancia a unos cuatrocientos metros y repasó mentalmente los movimientos: «Sacar de la carretera al vehículo que viajaba detrás antes de que la furgoneta tuviera tiempo de reaccionar». Aunque el conductor pisara el acelerador, el vehículo que iba en cabeza no podría actuar con tanta rapidez. En una carretera tan estrecha, la furgoneta no tendría adónde ir. El primer vehículo probablemente se detuviera, pero Mason ya habría salido del coche. En ese momento, solo necesitaría sembrar el pánico y suerte.

Era su única opción.

El convoy se encontraba en la carretera que llevaba al campamento y avanzaba rápido pero sin ser temerario. Mason se acercó, esperando a que pasaran por delante de la granja y volvieran a adentrarse en el denso bosque justo antes de aminorar para tomar la curva. Era el momento de actuar.

Pisó a fondo el pedal del acelerador para reducir distancias.

«Cuatrocientos metros del objetivo.

»Cien metros».

Entonces vio las luces de freno en la oscuridad.

«¿Qué diablos hacen?».

Los tres vehículos se desviaron de la carretera y tomaron el largo camino de entrada a la granja. Al fondo, había varios edificios: un gran establo, dos cobertizos de metal y una casa con una luz cálida en su interior. Mason no tenía más opción que continuar, así que dejó atrás la granja y siguió la carretera en dirección a la arboleda.

«Se suponía que esta no era su ruta —se dijo—. ¿Me habrán descubierto?».

Avanzó ochocientos metros más, se detuvo y dio media vuelta en una angosta abertura entre los árboles. Después desanduvo el camino con los faros apagados y tan silenciosamente como pudo. Cuando ya casi había llegado a la granja, paró en el arcén. Luego cogió el rifle, se bajó, cerró la puerta y avanzó por entre los

gruesos árboles y la maleza. Todo estaba a oscuras y las ramas y las zarzas le rasguñaban la cara. Entonces, divisó la granja.

Los tres vehículos permanecían aparcados con las luces apagadas y las puertas cerradas.

«Trescientos metros —pensó—. Puede que más». Era difícil calcular la distancia en la oscuridad.

Mason se quedó arrodillado al final del bosque. El aire nocturno era cada vez más frío, los mosquitos le zumbaban alrededor de las orejas y la humedad del suelo le empapaba la pernera del pantalón. Esperó.

Y entonces oyó el sonido.

Al principio era tenue, un rumor lejano, pero fue intensificándose, un tamborileo grave que se convirtió en el violento y ensordecedor ruido de unas hélices batiendo el aire y levantando polvo, guijarros y ramas caídas.

Un helicóptero.

«Hijo de puta».

Dos minutos después, inició el aterrizaje. No era un helicóptero cualquiera, sino un enorme Black Hawk que iluminó el cielo y al descender dirigió el haz de luz hacia el suelo. Mason apoyó el cañón del rifle en una rama cercana y lo mantuvo nivelado, respirando hondo y observando a través de la mira telescópica. Al escrutar el largo chasis del helicóptero, vio cuatro ventanillas y un número indeterminado de asientos, pero había espacio más que suficiente para los pasajeros de los tres vehículos.

En ese momento, se abrieron las puertas de uno de los todoterrenos. Dos hombres enfundados en cortavientos negros echaron a correr hacia el helicóptero con la cabeza gacha para protegerse del torbellino de polvo que levantaban las aspas. Al rato, se abrieron las puertas de la furgoneta y esta vez salieron cinco hombres. Mason los vio avanzar hacia el helicóptero, iluminados por el foco, y los estudió uno a uno con la mira telescópica. Un cortavientos, otro cortavientos.

Y luego, él. Wallace. El hombre más corpulento, el hombre que no se movía

con la seguridad de un alguacil, sino como un animal acorralado que huye a un lugar seguro.

Mason lo enfocó con la mira telescópica, moviéndola de izquierda a derecha, y empezó a apretar el gatillo.

Y, entonces, el objetivo desapareció. «¿Qué coño...?». Por encima de la mira telescópica vio a Wallace montarse en el helicóptero por la puerta del otro lado.

Del tercer vehículo salieron corriendo dos alguaciles más. En cuanto embarcaran, el helicóptero despegaría, y el siguiente paso que daría Wallace en tierra firme sucedería dentro de los confines del campamento. Aunque Mason no lo vería, porque cuando volviera a su vehículo y enfilara la carretera, los alguaciles tendrían a Wallace en el interior de uno de los edificios.

Observó con impotencia cómo el helicóptero se balanceaba lentamente sobre el suelo. Estaba ascendiendo.

Mientras apuntaba a la parte trasera del aparato —no veía la hélice de cola y solo podía intuir su ubicación—, oyó la voz de Eddie en su cabeza.

«La masa central. La masa central.

»Cada vez que intentas disparar en plan Hollywood, pones tu vida en peligro».

Y aquello era algo más que un disparo en plan Hollywood. La zona de confort de Mason abarcaba doscientos metros a plena luz del día y apuntando a objetivos estáticos de papel con el rifle de Eddie. La hélice de cola estaba virando de un lado a otro a más de trescientos metros de allí y en plena oscuridad.

Siguiendo la línea del fuselaje y apuntando más arriba para tener en cuenta la caída, disparó una bala, cuyo sonido fue amortiguado parcialmente por el cañón. ¿Bastaban las aspas para ahogar el ruido de todo lo demás?

Cuando Mason accionó la palanca del cerrojo y disparó de nuevo, le pareció ver una pequeña chispa. ¿Había alcanzado a la hélice? Tiró de nuevo de la palanca y disparó una vez. Y luego, otra. Los casquillos cayeron entre la maleza, pero no había necesidad de recogerlos, ya que no eran rastreables. El helicóptero, cuyos patines se encontraban a solo unos metros del suelo, dejó de ascender. De repente, parecía inestable y la cola se bamboleó bruscamente de

izquierda a derecha. Mason contuvo la respiración y observó hasta que el aparato volvió a tocar tierra. Los dos motores se apagaron, pero las aspas seguían girando.

Mason esperó, pero no hubo movimientos. «Es lo más inteligente —pensó—. Esperar dentro del helicóptero y pedir refuerzos. Todos los comandos de ese campamento acudirán en tropel a la carretera. Encontrarán las rodadas y luego, a mí».

Mason apuntó de nuevo al lateral del helicóptero, justo por encima de las ventanillas, y disparó una bala tras otra, tirando del cerrojo lo más rápido que pudo. Quería provocar un estruendo dentro del aparato, un impacto retumbante tras otro, que los ocupantes supieran que estaban siendo atacados, tal vez por varios tiradores.

Cualquier cosa para que se movieran.

Disparó tres veces más. Entonces, las luces exteriores del helicóptero se apagaron. Ahora tenía dificultades para ver en medio de la oscuridad. Un delgado rayo de Luna se filtraba por una abertura entre las nubes. Dos sombras fueron desde el helicóptero hasta uno de los todoterrenos. Mason vio la luz interior encendiéndose un instante. No sabía quién quedaba dentro, pero no importaba. No quería que el vehículo se moviera, al menos de inmediato, así que apuntó al neumático delantero derecho. Un disparo bastó para ver la explosión de aire y goma.

El vehículo echó a rodar por la hierba con las tres ruedas que conservaba. Ahora, Mason tenía en el punto de mira el neumático trasero derecho del segundo todoterreno, abrió fuego y vio otro estallido. Solo quedaba la furgoneta, pero como no tenía ninguna rueda a tiro, esperó su siguiente movimiento. Del helicóptero salieron más sombras. Resultaba imposible distinguir quién era un alguacil, quién, un *ranger* y quién, Isaiah Wallace. El vehículo se puso en marcha y Mason apuntó en dirección a la carretera, dando por sentado que se dirigirían hacia allí, pero volvieron al helicóptero. Tardó un poco en darse cuenta de que estaban acercando la furgoneta para subir a Wallace; no querían que

quedara desprotegido ni un segundo. «Ha sido un error», pensó, porque ahora tenía a tiro los neumáticos. Apuntó y abrió fuego, pero no le dio al blanco. Luego tiró del cerrojo una vez más y disparó a la rueda trasera justo cuando la furgoneta estaba a punto de desaparecer detrás del helicóptero.

«Volví a fallar».

Mason estaba cansado y tenía hambre y frío. Apuntando a un objetivo en movimiento, todo jugaba en su contra, especialmente la mala iluminación. Se concentró y cerró los ojos un momento. Después tiró del cerrojo y oyó el ruido sordo de la recámara vacía.

No tuvo tiempo de maldecirse a sí mismo, ya que la furgoneta se había puesto en marcha. Oyó los neumáticos girando sobre la tierra y la hierba, y luego vio cómo el vehículo ganaba velocidad al pisar el camino asfaltado. Mason estaba de pie cuando llegaron a la carretera, giraron a la derecha y se alejaron del campamento. El conductor volvió por donde habían venido.

Mason se abrió paso a través del bosque con las ramas golpeándole la cara por más que intentara protegerse. Cada segundo le parecía una eternidad. Tropezó, se levantó de nuevo y fue hacia el todoterreno, que esperaba aparcado en la cuneta. Cuando abrió la puerta del lado del conductor y se montó en el coche, calculó que la furgoneta ya habría recorrido varios kilómetros.

Luego pisó el acelerador e inició la persecución.

Conducía Harper. Ahora que estaba en juego la seguridad de otro testigo, no confiaba en nadie más.

Había sido decisión suya salir corriendo cuando las balas impactaron en el chasis del helicóptero y no tenía ni idea de dónde venían. Aunque parecía que en el exterior hubiera estallado una guerra total, su instinto le decía que era obra de Nick Mason, pero no podía descartar que esta vez hubiera un cómplice o dos, o Dios sabía cuántos, y tal vez las balas fueran solo fuego de cobertura para inmovilizarlos mientras se acercaba el resto del equipo.



No iba a esperar a que llegaran más tropas de asalto desde el campamento. Metería a Wallace en aquella furgoneta y pondría pies en polvorosa.

Ahora avanzaba por la larga y serpenteante carretera, desandando la ruta e intentado recordar cuántos kilómetros faltaban para llegar a la ciudad. Entró rápido en una curva cerrada, notó la fuerza centrípeta y pisó demasiado el freno. Al mirar por el espejo retrovisor, vio el terror animal dibujado en el rostro de Isaiah Wallace.

—Nadie le hará daño —dijo Harper sin volver la cabeza.

Wallace no respondió.

Al llegar a una recta, aceleró a fondo. La furgoneta tenía un motor potente, pero era muy pesada, y Harper empezaba a arrepentirse de haber llevado consigo a tantos hombres: cuatro alguaciles y un capitán de los *rangers*.

Miró por el retrovisor al entrar en otra curva, pero no parecía que nadie estuviera siguiéndolos.

Otra recta.

Fue entonces cuando vio los faros.

Mason pisó a fondo el acelerador, apurando en todas las curvas y rozando los árboles. Había huido de la policía entre las calles de Chicago, normalmente en un coche robado, pero eso fue hace años, siendo joven y lo bastante tonto como para creerse que podría sobrevivir a cualquier cosa. Hoy sabía que no era así. Una curva demasiado cerrada o una mancha de aceite en la carretera y chocaría de frente contra un árbol a ciento veinte o ciento treinta kilómetros por hora.

Pero también sabía que, cuando llegaran a la ciudad, sus posibilidades se reducirían de una entre un millón a cero. Tenía que darles alcance ahora.

Aceleró más, notando cómo se bamboleaba el coche al entrar en otra curva. Recuperó la adherencia, corrigió excesivamente y necesitó varios golpes de volante para enderezar el vehículo.

En una recta le pareció ver un pequeño destello rojo, pisó el acelerador y tomó

una curva cerrada a gran velocidad.

Hasta que vio los faros traseros a cuatrocientos metros.

Mason aceleró aún más, olvidándose por completo de la precaución. Calculó que se encontraba a unos tres kilómetros del último claro del bosque antes de la intersección situada a la entrada del pueblo.

Cuando la furgoneta tomó otra curva, se encendieron las luces de frenado. Mason también aminoró durante un milisegundo y al salir de la curva, había ganado bastante terreno. Ahora iba doscientos metros por detrás y aprovechó la oportunidad que le brindaba otra recta para coger la semiautomática del asiento del acompañante.

Otra curva y mayor terreno ganado. Una más y estaría lo suficientemente cerca. Cuando pulsó los botones para bajar las dos ventanillas delanteras, el aire de la noche entró en la cabina y se arremolinó alrededor de la cabeza de Mason como un huracán.

Estaban llegando a una gran curva a la derecha, lo cual significaba que la furgoneta oscilaría hacia el lado contrario y que Mason podría cogerla más cerrada y acercar el morro al lado derecho del otro vehículo. Se pegó a la cuneta y los árboles golpearon el marco de la ventanilla y lo rociaron de ramitas y hojas. Al salir de la curva, agarró con fuerza el volante para mantener el todoterreno en el carril interior y se situó en paralelo a la furgoneta.

Esta volvió al centro de la carretera y golpeó la parte izquierda del parachoques frontal de Mason, que tuvo dificultades para mantener el control y seguir en línea recta hasta que pudo coger la pistola con la mano izquierda.

«Un puto disparo con la zurda», pensó cuando apuntó al neumático trasero de la furgoneta y falló. Pero, entonces, el vehículo viró a la derecha y volvió a impactar contra el todoterreno. Mason notó que empezaba a derrapar. Redujo la marcha y golpeó fuertemente a la furgoneta con un espantoso crujido del metal, pero el choque lo hizo retroceder y le dio otra oportunidad para disparar a la rueda. El tiempo se ralentizó cuando la bala destrozó el neumático y, en un instante, el conductor de la furgoneta perdió el control y se cruzó en la

trayectoria de Mason, que notó otro impacto. Pero esta vez fue suficiente para que soltara el volante. Entonces vio los bajos de la furgoneta, que no dejaba de dar vueltas de campana mientras él pisaba el freno y la seguía en dirección a los árboles.

La primera en chocar fue la furgoneta, y después Mason. Se abrió el airbag, que le golpeó el rostro como lo haría un gancho de derecha de un peso pesado.

Luego, todo se detuvo.

Por un momento, no hubo más en derredor que un negro silencio. Entonces se oyó un zumbido y vio dos delgadas haces de luz que acabaron fundiéndose en uno solo y se concentró en la luminosidad que había junto al parasol. Luego sacudió la cabeza y esperó a que llegara la oleada de dolor. Pero, cuando se examinó el cuerpo, vio que seguía conservando las cuatro extremidades. Su corazón latía. Respiraba. Intentó abrir la puerta, pero no lo consiguió, así que, a pesar del mareo, se retorció con mucho esfuerzo hasta que encontró un punto de apoyo y pudo abrirla de una patada.

Mason salió del vehículo y observó la furgoneta volcada, una de cuyas ruedas seguía girando. Luego se metió en el todoterreno y cogió la semiautomática. Al aproximarse al otro vehículo, sacó el pasamontañas del bolsillo trasero y se lo puso.

No sabía cuánto tiempo había permanecido inconsciente ni qué encontraría cuando se arrodillara y mirara dentro de la furgoneta. A través de la ventanilla rota, vio varios cuerpos amontonados y sangre, pero ninguna herida obvia. No sabía si estaban vivos o muertos y no tenía tiempo para comprobarlo.

Contó a seis hombres, cinco de ellos con cortavientos del Cuerpo de Alguaciles y uno vestido de camuflaje del ejército.

Nadie más.

Mason se levantó y rodeó el vehículo. Al otro lado, la ventanilla había desaparecido por completo y era lo bastante grande para que un hombre pudiera

salir por ella. Al acercarse más al suelo, vio una gota de sangre que reflejaba la luz de la Luna.

«Wallace salió.

»Ha conseguido escapar».

Cuando Harper abrió los ojos, intentó moverse, pero no pudo. Se hallaba atrapado boca abajo contra el volante. A su lado estaba el *ranger*, que mantenía los ojos cerrados.

—Capitán —dijo, pero no obtuvo respuesta.

Harper le buscó el pulso en el cuello. Seguía vivo.

—¿Quién más está aquí? —preguntó Harper—. ¿Alguien puede oírme?

Nada. Volvió la cabeza y contó los cuerpos. Faltaba alguien.

Wallace. «Mierda».

Harper volvió a intentar escurrirse por debajo del volante. Entonces oyó pasos y se quedó quieto mientras el hombre rodeaba la furgoneta. Segundos después vio sus zapatos y sus pantalones. Cuando el atacante se agachó a mirar por la ventanilla, vio también el cañón de una pistola. Harper permaneció inmóvil y vio fugazmente su cara, pero la llevaba tapada con un pasamontañas.

«Mason —pensó—. Lo sé».

Harper esperó a que se alejara de la furgoneta e intentó liberarse otra vez sin demasiado éxito. El siguiente desafío consistía en alcanzar su móvil. Le pareció una eternidad, pero al final pudo sacarlo del bolsillo aunque se le cayó al suelo. Otra eternidad para llegar hasta él. Cuando lo tuvo en las manos, marcó el número de Emergencias del Cuerpo de Alguaciles. Era mejor que el 911, porque sabía que no solo enviarían coches de policía y ambulancias, sino que también llamarían a Camp Merrill. Ya habían mandado un camión lleno de tropas de asalto para recuperar el helicóptero. Ahora todos los ocupantes del campamento se despertarían y saldrían en busca de Nick Mason.

Serían varios centenares de *rangers* sumamente preparados, a los cuales

habrían arrebatado sus preciadas horas de sueño, e irrumpirían en el bosque de muy mal humor. Esta vez no sería un ejercicio de instrucción, sino un enemigo de verdad.

«Mason no tiene escapatoria —se dijo Harper—. Solo espero que lo encuentren antes de que él dé con Wallace».

Cuando empezaba a zafarse del volante, le vino una idea a la mente:

«Después de todo, la filtración no pudo llegar de Chicago. Tengo un alguacil corrupto en mi unidad».

Mason sacó la linterna de bolsillo y siguió el rastro de sangre. No conocía la gravedad de las heridas de Wallace ni lo rápido que podría moverse, pero oyó las sirenas a lo lejos. Se le acababa el tiempo.

Se adentró cien metros en el bosque, que era cada vez más oscuro y ominoso, y se detuvo unos instantes a escuchar. Oyó algo más adelante, así que reanudó la marcha y vio indicios de que alguien había atravesado aquella maleza momentos antes que él. Había más sangre en el suelo.

«Está cerca. Tengo que...».

Notó el impacto antes de que pudiera concluir su pensamiento, algo duro en la nuca que lo hizo desplomarse. Se le cayó la pistola de la mano y se dio la vuelta justo a tiempo para ver algo descendiendo hacia su pecho, pero consiguió ladearse y recibió el golpe en las costillas. Después vio una enorme figura que tapaba la luz de la Luna.

Mason le agarró la pierna y notó una prenda de tela y el peso de los músculos y el hueso. Cuando su atacante volvió a blandir la rama, le tiró de la pierna y cayó de espaldas con un grito de dolor. Mason se puso de rodillas y le golpeó en la cara. Luego le propinó dos puñetazos más por si acaso. Encontró la linterna al lado del hombre y la utilizó para buscar la pistola.

Cuando dio con ella, la desempolvó y apuntó a su oponente, que se había incorporado. Era Isaiah Wallace.

—Déjame verte la cara —dijo, y Mason se levantó el pasamontañas—. ¿Por qué el ángel de la muerte tiene que ser siempre un chico blanco?

—Ya sabes quién me envía —respondió Mason.

Wallace asintió.

—Sí, lo sé.

Su tono denotaba una especie de alivio y suspiró aparatosamente.

—Si tienes que hacerlo, chico blanco, hazlo ya. Si no, puedo encontrar otro sitio para...

Mason le descerrajó dos disparos en el pecho y otros dos en la cabeza. Después, se metió la pistola en el cinturón y echó a andar.

Cien metros más adelante, oyó movimientos en el bosque. Llegaban desde atrás y de la derecha. De repente, estaba rodeado.

Apretó el paso e intentó recordar el camino hacia la carretera.

«Si te pierdes aquí —pensó—, pasarás la noche deambulando.

»A menos que te encuentren primero».

Intentó seguir el rastro de sangre, pero no quería encender la linterna por miedo a delatarse. Recordaba que la carretera discurría más o menos de sudoeste a noreste, y a través de los huecos en las nubes pudo encontrar la Estrella Polar y orientarse. Continuó avanzando en la que creía que era la dirección correcta, prestando atención a posibles pisadas e intentando no hacer ruido.

Mason llegó a un barranco empinado y estuvo a punto de resbalar con la arena que había en el borde. Fue entonces cuando oyó algo peligrosamente cerca y descendió hasta una pequeña depresión cubierta por unas ramas de árbol. Desde allí oyó el inconfundible sonido de un hombre caminando.

Mason esperó un minuto hasta que todo estuvo en silencio otra vez y continuó bajando hasta el fondo de la quebrada, por donde pasaba un pequeño riachuelo que vadeó lentamente para no salpicar. Trepó por el lado opuesto del barranco y continuó su avance hacia lo que esperaba que fuese una carretera.

Entonces oyó más pasos a su alrededor. Los hombres se movían sin hablar ni

utilizar luces artificiales, como si Mason fuera la presa de unos animales silenciosos.

En ese momento fue consciente de la realidad, de una idea básica que pudo sentir en los huesos: «El primer *ranger* que me vea, me matará».

Un policía está entrenado para desarmar al sospechoso, detenerlo y traerlo de vuelta vivo a menos que sea absolutamente necesario emplear una fuerza letal. Pero los que deambulaban por el bosque no eran policías, sino militares cabreados a los que habían sacado de la cama para perseguir a un enemigo desconocido. No importaba que aquello fuera Georgia en vez de Irak o Afganistán. Mason iba vestido de negro y no de verde. Eso bastaría.

Siguió avanzando hacia la carretera. Cada tres o cuatro pasos se detenía a escuchar. Luego se encaramó a un árbol para arrancar una gruesa rama y aguantó la respiración un largo minuto mientras pasaba por debajo un *ranger*. Estaba tan cerca que podría haberlo tocado con solo extender el brazo.

Cuando bajó de nuevo, tuvo que esconderse entre la maleza hasta que pasaron otros dos hombres.

Pensó en Adriana y recordó el abrazo que se dieron antes de montarse en el avión para venir a este lugar. Según el reloj, hacía solo unas horas, pero le parecía una vida entera.

«Tengo que salir de aquí —se dijo—. No voy a morir de esta manera».

Mason siguió avanzando, parándose a escuchar y reanudando la marcha hasta que finalmente llegó a la carretera. Entonces pasaron por delante unos faros y se escondió detrás de un árbol. Cuando el vehículo se hubo alejado, echó a andar por el arcén sin saber si se encontraba al norte o al sur de la furgoneta volcada y de su todoterreno. La pregunta halló respuesta al cabo de un rato, cuando divisó ambos vehículos y dos ambulancias. Una de ellas se puso en marcha, seguida de la otra poco después. Durante un minuto todo permaneció en silencio y Mason esperó, ignorando si estaba realmente solo. Cuando se disponía a salir del bosque, oyó el rumor de otro vehículo. Un Jeep tomó la curva y se detuvo en seco, y de él se apeó un *ranger* que contempló el caos que tenía ante él.

Mason se movió con rapidez y tan silenciosamente como pudo. El *ranger* estaba a punto de darse la vuelta cuando lo encañonó en la nuca.

—Si no te mueves, no tendré que matarte —dijo Mason.

—La llave está en el contacto —respondió el *ranger*—, pero no llegarás muy lejos.

Mason le golpeó con la pistola con suficiente fuerza para dejarlo inconsciente al menos un par de minutos. Luego se montó en el Jeep y salió a toda prisa.

Pasó junto a un grupo de hombres y los oyó gritar. Luego se encontró con otro grupo y a punto estuvo de atropellar a uno de sus integrantes, que tardó demasiado en apartarse. Mason sabía que tendría que deshacerse del coche lo antes posible, así que, al aproximarse a la ciudad, se adentró por el primer acceso que encontró y dejó el Jeep detrás de un garaje.

Salvo por la luz del porche, la casa se hallaba a oscuras. Mason intentó abrir la puerta, pero como estaba cerrada, le propinó una patada y entró. Su siguiente obstáculo potencial era que el propietario bajara las escaleras con una escopeta cargada. Pero, como sabe cualquier ladrón de coches experimentado, a menudo hay un juego de llaves al lado de la puerta. Al adentrarse en la silenciosa casa, las vio colgadas de un gancho en la cocina; después salió por la puerta trasera y se encontró en el garaje con un anodino Toyota Camry plateado, de esos como hay tantos. Luego abrió la puerta y se marchó, dejando en su lugar el Jeep.

Mientras avanzaba por las oscuras calles de Dahlonga estuvo alerta y, al llegar a la autopista puso rumbo al norte, pero no hacia el aeropuerto de Atlanta, ya que sabía que pronto denunciarían el robo del coche y alguien podría buscarlo allí. Eran once horas de trayecto hasta Chicago, lo último que le apetecía en aquel momento, pero era la única opción inteligente.

Cuando la adrenalina empezó a remitir y su ritmo cardiaco volvió a la normalidad, notó los dolorosos rasguños ensangrentados en los brazos y la cara, y la quemazón en el cuello y el hombro, donde aún sanaba la herida de bala. Además, tenía un zumbido en el oído y se sentía mareado por el impacto de la colisión.



Pero estaba esperando otra cosa, esa sensación habitual después de un trabajo, después de encontrarse delante de otro hombre con una pistola en la mano y con todo desactivado: cada emoción, cada interruptor de su humanidad, el tiempo suficiente para apretar el gatillo. Siempre llegaba ese momento inevitable en que todo, la conciencia de cuanto acababa de hacer, se volvía a reactivar a la vez para golpearlo de repente.

Mason condujo toda la noche. Condujo y esperó.

Pero aquella sensación nunca llegó.

Por segunda vez en su carrera, Rachel Greenwood tuvo que contenerse para no abofetear a un hombre.

El hombre en cuestión era Jay Starr, un cotizado abogado defensor de Nueva York, un hombre que había conseguido que Bruce Cutler, el portavoz de John Gotti, pareciese Clarence Darrow.

—Su señoría —dijo Starr—, puede que le hayan hecho creer que Darius Cole fue el responsable del asesinato de esos dos testigos a pesar de llevar doce años en una cárcel federal.

Estaban hablando *in camera*, es decir, en privado en el despacho de la jueza, situado en la planta veintiuno del edificio federal y en el extremo opuesto a la Sala de Audiencias. Para Greenwood, la ayudante del fiscal, ir al juzgado federal significaba subir diecisiete plantas en ascensor, pero hoy lo había hecho flanqueada por dos alguaciles.

No era la primera vez que ocurría; proteger a funcionarios del tribunal federal era uno de los principales cometidos del Servicio. Por la noche tenía delante de casa un coche con dos alguaciles. Pero aquello era diferente. Frente al bufete de abogados de su marido, habían apostado a un alguacil. Su hijastro tenía a otro siguiéndolo mientras hacía la ronda de visitas como residente de un hospital. Delante de la clase de su hijastra en DePaul, había otro.

Y, por primera vez en la carrera de Greenwood, nada de aquello parecía una formalidad o una reacción excesiva. De hecho, resultaba necesario para ella y su familia.

—Estaba previsto que McLaren y Wallace testificaran en la revisión del juicio

de Cole —dijo la jueza Oakley—. Si tiene otra explicación, me encantaría oírla.

Oakley, una mujer negra criada en Chicago, había tenido que hacerse fuerte ante los rumores de haber recibido un trato preferente desde que se licenció como primera de su promoción en la Escuela de Derecho de Northwestern. Pero Greenwood se alegró mucho cuando supo que presidiría la revisión del juicio, no porque dudara del desenlace final —seguía creyendo, aun con dos testigos muertos, que podría ganar esgrimiendo solo las pruebas físicas recabadas para el juicio original—, sino porque ya estaba imaginándose la escena cuando hubiera terminado el proceso y Oakley tuviera la oportunidad de hablar directamente con Darius Cole. Tras haber crecido en Chicago rodeada de pandilleros, drogas y violencia callejera, tenía la célebre costumbre de destripar a cualquier líder de banda o traficante que pasara por sus juzgados. Si temblaban las paredes mientras condenaba a un *latin king* de nivel medio a veinte años de cárcel, ¿qué no haría con un hombre como Darius Cole, antes de mandarlo de vuelta a la prisión federal para el resto de sus días?

—McLaren y Wallace son delincuentes profesionales —dijo Starr después de tomarse unos instantes para formular su respuesta—. Finalmente, sus actos han acabado pasándoles factura.

Starr estaba muy lejos de su oficina de Manhattan, lo cual, en lugar de un viaje en ascensor, significaba una limusina hasta el aeropuerto, un billete en primera clase y otra limusina hasta el centro.

Y no necesitaba la protección de ningún alguacil.

—Los dos —dijo Greenwood—. La misma semana. Justo antes de la revisión del juicio de Cole...

—Menuda coincidencia —terció la jueza.

—Si la señora Greenwood poseyera información que pueda relacionar esos delitos con mi cliente, ya la habría dado a conocer —aseguró Starr—. Y, conociendo como conozco sus tendencias un tanto agresivas, ya habría presentado nuevos cargos contra él. Teniendo en cuenta que no ha hecho ninguna

de ambas cosas, propongo que realice su exposición o que se calle. El próximo sonido que oirá será su silencio atronador.

—Ya basta —le espetó la jueza—. Estamos en mi despacho, abogado, no en la Sala de Audiencias.

—Me siento un poco acosado aquí —dijo Starr enderezándose la corbata—. Tendrán que disculparme.

—Estoy segura de que no es la primera vez. Pero, permítame recordarle, señor Starr, que es usted un empleado de este Tribunal, y si está al corriente de sobornos, intimidaciones o asesinatos de testigos...

—Por supuesto que no —interrumpió—. Y, francamente, la insinuación se me antoja injuriosa.

—Ya ha visto a esos alguaciles delante de mi despacho —dijo la jueza—. Están aquí por la abogada Greenwood. El mío ha ido a buscar café al fondo del pasillo. Es un bonito detalle, pero no creo que compense el hecho de que repentinamente tengo la sensación de hallarme en México preparándome para presidir el juicio de algún jefe de cártel.

—Me hago cargo —respondió Starr—, pero le aseguro que mi cliente no tiene nada que ver con esos sucesos.

—Y Al Capone tampoco tuvo nada que ver con la matanza de San Valentín —intervino Greenwood.

—¡Señoría! —exclamó Starr.

Greenwood vio que la jueza contenía una sonrisa.

—Voy a solicitar un aplazamiento de al menos cuatro semanas —dijo Greenwood.

La media sonrisa de la jueza desapareció, y Greenwood sabía por qué. Para ella, al igual que para la propia Greenwood, un aplazamiento de cuatro semanas significaba otro mes viviendo con alguaciles vigilando cada uno de sus movimientos, acompañándola al coche y poniéndolo en marcha por ella.

Otro mes viviendo con miedo.

—A mí se me ha ocurrido algo aún mejor —dijo Starr—. Solicitaré que se

retiren todos los cargos de inmediato.

—Oh, siga adelante —terció la jueza—. Este Tribunal podría desternillarse de risa hoy.

—Mire —dijo Starr, que se enderezó de nuevo la corbata—, sé que este juicio está rodeado de unas circunstancias extraordinarias...

—¿Tenemos algo más pendiente? —preguntó la jueza, que ya estaba mirando hacia la puerta por la cual saldría en breve.

Starr se aclaró la garganta y entregó una hoja a Oakley y una copia a Greenwood.

—Añadiremos otro nombre a la lista de testigos de la defensa.

Greenwood leyó el nombre y tardó un momento en procesarlo; hacía trece años que no tenía noticias de él.

Al verlo otra vez, el resultado de la revisión del juicio de repente no le parecía tan claro.

En 2003, Rachel Greenwood acababa de incorporarse a la oficina del fiscal federal en el Distrito Norte de Illinois después de ocho años trabajando con el procurador estatal del condado de Cook. El salto al ámbito federal fue un gran paso.

Tenía treinta y dos años y seguía soltera. Si era necesario, estaba dispuesta a trabajar dieciséis horas al día para convertirse en ayudante del fiscal. Una noche de sábado le tocó cubrir un turno de veinticuatro horas. Era lo peor del trabajo, sobre todo cuando le caía en una de esas noches en que todo el mundo estaba en casa o disfrutando del fin de semana. Pero estar cubiertos en todo momento suponía una necesidad absoluta, ya que pueden presentarse cargos federales las veinticuatro horas del día, siete días a la semana, y en cualquier detención que conlleve dichos cargos, el agente del orden público debe llamar a la oficina del fiscal federal para que sean aprobados antes de seguir adelante. Si ocurre de madrugada, el ayudante del fiscal que esté de servicio consultará los últimos

criterios de declinación y aprobará o rechazará los cargos. Cuantos más casos llevara la oficina en aquel momento, más estrictos solían ser los criterios. Un sospechoso podía ser acusado por posesión de seiscientos gramos de marihuana un mes y al siguiente, salir en libertad con una multa por delito menor, todo ello basado en el tiempo del que dispusieran los atareados ayudantes del fiscal.

Los agentes federales de la ciudad —FBI, ATF, DEA— conocían aquella rutina, pero incluso los policías locales tenían que llamar por teléfono si querían presentar cargos. Ese era el motivo por el que muy pocos se tomaban la molestia.

Pero fue un policía de Chicago quien la llamó aquel sábado por la noche, un agente de lo que se conocía como «Área 5» antes de que todas las zonas fueran unificadas en los distritos Norte, Central y Sur. Había detenido a Sean Burke, un norirlandés que había emigrado recientemente, después de que atacara a tres personas en un restaurante del South Side.

—A mí no me parece un asunto federal —le dijo Greenwood.

—Algo pasa con este tipo —respondió el agente—. Algo gordo, pero no consigo que las víctimas cooperen. Las tres fueron trasladadas al hospital, pero nadie está dispuesto a hablar.

—¿Hubo testigos?

—Un restaurante entero, pero nadie abre la boca.

—Mire, agente, lo siento por usted, pero sigo sin entender por qué...

—He encontrado un rifle de asalto en su vehículo. Quiero acusarlo de eso para poder retenerlo esta noche.

—No me necesita a mí para hacerlo.

—Sí, sí que la necesito. El gilipollas del sargento quiere que lo suelte, pero si puedo conseguir una acusación federal...

Esto fue un año antes de que el Congreso dejara expirar la Prohibición Federal de Armas de Asalto y por entonces la posesión de ciertos tipos de rifles seguía siendo delito. Pero, aquella noche, Greenwood debía ceñirse a unos criterios de declinación especialmente estrictos y sabía lo que le ocurriría si permitía al

policía presentar una acusación federal por un arma hallada en el asiento trasero del coche.

—¿Ha utilizado esa arma para cometer un crimen? —preguntó.

—Que yo sepa, ni siquiera se había disparado aún. Pero llevo mucho tiempo en esto, señora, y he aprendido a confiar en mi estómago, y mi estómago está dando voces.

—Según me han dicho, la Buscapina va muy bien.

Greenwood oyó al agente reírse al otro lado de la línea, lo cual le hizo parecer más real, un hombre que intentaba hacer su trabajo.

—Se imaginará la patada en el culo que le dará su sargento cuando descubra que ha actuado a sus espaldas, ¿no? —dijo Greenwood—. Espero que le queden fuerzas para asestarme también una a mí. Adelante, presente los cargos.

Al día siguiente, Greenwood descubrió que la castigarían por aprobar una acusación simple de posesión de armas durante el mes más ajetreado del año asignándole el caso a ella sola, a lo que había que sumar todo cuanto ya tenía encima de la mesa. No había tiempo para protestar, porque sabía que el reloj seguía corriendo, así que llamó al agente del Área 5 para hacer un seguimiento de la detención.

—Burke saldrá en libertad —anunció con una voz desprovista de la convicción que mostraba la noche anterior—. Siento las molestias ocasionadas.

—Espere un momento —respondió Greenwood—. Creía que había dicho...

—Olvídelo, abogada. Ha sido un error.

El agente colgó. Greenwood se quedó pensando en la súbita revocación y en qué pudo haberla motivado hasta que finalmente se levantó y salió del despacho. No podía pasarse la mitad del día esquivando el tráfico hasta la comisaría del Área 5, pero tenía que ver a aquel policía cara a cara. Y, si era posible, quería ver a Sean Burke antes de que saliera en libertad.

Facilitó el nombre del agente al sargento de recepción y este le indicó que se había tomado el día libre.

—Asuntos personales —precisó, y eso fue todo.

Hasta que salió a la calle y vio a un hombre.

Era delgado, con la tez áspera y llena de cicatrices y el cabello pelirrojo y desaliñado. Parecía demasiado menudo y flaco para dejar a tres personas postradas en una cama de hospital. El hombre vio que estaba observándolo y esbozó una leve sonrisa. Greenwood supo que era Sean Burke.

En aquel momento llegó un Escalade negro y Burke abrió la puerta del acompañante. Antes de montarse, se volvió hacia Greenwood y asintió.

Aquella noche, la abogada tomó una copa con un agente del FBI llamado Tim Flaherty. Quedaba con él de vez en cuando, nada serio. Salían después de trabajar, hasta que una noche Flaherty durmió en su casa y se fue a primera hora de la mañana sin dejar una nota, lo cual significaba que habían terminado oficialmente y a ella le pareció bien, porque no tenía tiempo para aquello. Pero quería hacerle unas preguntas sobre Sean Burke.

Él prometió que lo investigaría y le diría algo.

Al día siguiente, Flaherty la llamó para contarle que se había pasado toda la mañana indagando sobre Burke.

—Ha parecido otro nombre un par de veces —dijo—. Es como si estuviera tocando un cable eléctrico.

—¿Qué nombre es ese?

—Darius Cole. ¿Te suena de algo?

—La verdad es que no.

—Tiene antecedentes de cuando era menor de edad, pero luego desaparece completamente del mapa. Sigo investigando y te cuento esta noche. ¿Cenamos donde siempre?

Cuando Greenwood llegó al restaurante, pasó media hora esperando en la barra. Flaherty no se presentó. Finalmente se le acercó un hombre vestido de traje. Era alto, con ojos oscuros y un bigote poblado que debería haberse jubilado al mismo tiempo que Burt Reynolds.

—¿Greenwood?

—¿Quién es usted?



—El agente Flaherty desea disculparse. No podrá venir a cenar esta noche.

—¿De qué habla? ¿Qué está pasando aquí?

—Le han encargado un caso importante. Ya se ha ido.

—¿Irse adónde?

—Me temo que no puedo divulgar esa información.

—No se iría sin decírmelo —repuso Greenwood.

Algo en aquel hombre la inquietaba, al igual que le había ocurrido con Burke.

—Voy a darle mi tarjeta —dijo metiéndose la mano en el bolsillo de la americana—. Si tiene alguna otra pregunta sobre Sean Burke o Darius Cole, le agradecería que me la hiciera directamente a mí. ¿De acuerdo?

Greenwood cogió la tarjeta. «Stanley Horton, FBI». Debajo figuraban la dirección y el número de teléfono de la oficina de Roosevelt.

—Que tenga buenas noches —dijo el agente, cuyo bigote se curvó al esbozar una tímida sonrisa.

Rachel Greenwood se quedó en la barra para terminarse la copa y siguió mirando la tarjeta. Y haciéndose preguntas.

No volvió a ver nunca más a Tim Flaherty, que no regresó a Chicago. Y cuando llamó a la oficina una semana después, le dijeron que había dejado el FBI.

Aquel mismo día, cogió la tarjeta del agente Horton y la pegó en la pizarra de su despacho. Después anotó el nombre de Sean Burke y encima, el de Darius Cole.

En los seis meses posteriores fue añadiendo más nombres. El de Burke quedó desplazado a un lateral, pero el de Cole permaneció en el centro, un astro alrededor del cual giraba todo un sistema solar.

Greenwood se pasaba el día entero pensando en Darius Cole e incurriendo en interferencias procesales en nombre del pequeño equipo de agentes de la DEA que trabajaba en el caso. Escuchas telefónicas, vigilancia en audio y vídeo, registros de basura: Cole era un hombre cuidadoso y poseía una extraordinaria habilidad para no aparecer en los informes. Greenwood era igual de minuciosa;

llevaba la investigación en secreto y dictó órdenes estrictas para que todos los implicados fuesen especialmente diligentes ante cualquier posible interacción con el FBI. Incluso entonces, cuando fueron acumulándose poco a poco las pruebas, quedó claro que en última instancia sería un caso de «cooperadores», construido casi enteramente sobre el testimonio directo de al menos dos y –de ser posible– tres testigos a los que podría convencerse de que prestaran declaración contra él.

El primero fue Ken McLaren y el segundo, Isaiah Wallace. Uno conocía mejor que nadie las finanzas de Cole y el otro lo había tratado personalmente desde la infancia. Sean Burke fue considerado brevemente como tercer testigo, pero el jefe de Greenwood en aquel momento, el fiscal que dirigía el caso contra Cole, estaba seguro de que el testimonio de McLaren y Wallace sería más que suficiente. Y tenía razón.

En el otoño de 2005, Darius Cole fue hallado culpable según el Estatuto de Actividades Delictivas Permanentes, también conocido como «Estatuto Kingpin», por traficar con drogas a escala internacional, además de por conspirar para blanquear dinero, evadir impuestos y cometer asesinatos. El juez original impuso dos cadenas perpetuas consecutivas y la Agencia Federal de Prisiones trasladó a Cole a Terre Haute, donde permanecía encerrado desde entonces.

Ahora, doce años después, Rachel Greenwood se encontraba en el despacho de la jueza Oakley repasando la lista de testigos de la defensa que prestarían declaración en el proceso de Darius Cole y se fijó en un nombre que acababan de añadir:

Stan Horton, agente retirado del FBI.

La sorpresa duró tres segundos y rápidamente se vio reemplazada por la ira. «Que maten a testigos no es de extrañar —pensó—, pero ¿qué puñetas es esto?».

Y luego la ira fue sustituida por una determinación absoluta. «Si ellos añaden a un testigo, nosotros también». Greenwood bajó a su despacho y cogió el

teléfono. A los diez minutos, había localizado a Sean Burke en Rikers Island. Al cabo de doce, sabía no solo que Burke había asesinado a su compañero de celda en Dannemora, sino que recientemente había matado a otros cinco presos que esperaban una revisión de su condena en Rikers. Además, en breve había de ser trasladado a Southport.

«Esto se pone cada vez más interesante —pensó al mismo tiempo que buscaba el número del fiscal del Distrito Sur de Nueva York—. Pero al menos contamos con cierta ventaja. No saldrá airoso de seis homicidios, pero podemos ofrecerle un lugar mucho más agradable que Southport».

«Tenemos que proteger a ese hombre —pensó Greenwood mientras esperaba a que sonara el teléfono—. Mantenerlo apartado de la población general de reclusos y trasladarlo a la Unidad de Custodia Preventiva».

Ya estaba imaginando la cara de petulante que pondría Jay Starr y cómo cambiaría su expresión en cuanto viera su última incorporación a la lista de testigos.

«Exacto, abogado. Sean Burke.

»Sí, es un asesino. Un asesino testificando contra otro y ayudándome a conseguir que Darius Cole continúe encerrado para siempre».

El domingo, tras once horas seguidas conduciendo de noche por Appalachia y las extensas llanuras de Indiana, Nick Mason cruzó el puente Skyway y divisó su ciudad natal bañada por la luz del sol. No pudo evitar recordar el día en que salió de la cárcel después de cinco años y medio de encierro mientras circulaba por ese mismo puente. En aquel momento no tenía ni idea de cómo sería su nueva vida. Unos meses después, lo sabía de sobra.

«¿Volvería a hacerlo?».

No tenía respuesta, pero tampoco importaba. No había vuelta atrás.

Estaba cerca del campus de la Universidad Estatal de Chicago. Encontró un aparcamiento abarrotado y abandonó allí el Camry de color plata. Después se montó en la línea roja y se dirigió al norte de la ciudad, bajó en la parada Clark/Division y fue caminando hasta la casa de Lincoln Park West. Necesitaba una ducha, una cama y una Goose Island fría, sin importarle en qué orden. Pero, cuando llegó a la puerta y subió las escaleras de madera pulida, Diana estaba esperándolo. Llevaba puesto el uniforme de trabajo, como siempre, pero había algo distinto en ella que Mason percibió a pesar del agotamiento, algo en sus ojos que lo hizo detenerse en seco.

—Tenemos que hablar —dijo.

En ocho años de matrimonio con Gina Sullivan Mason, aquella era la combinación de palabras que menos le gustaba.

—¿Qué te parece si hablamos más tarde?

—¿Qué te parece si hablamos ahora?

—Mira —dijo Mason—. Siento lo de...

—Dejaste a tu hija de nueve años en el restaurante —interrumpió Diana—. A la hora de la comida.

—No tenía elección.

—La última vez que me hiciste eso, tuve que acudir para rescatar a Lauren y mandarla sabe Dios adónde. ¿Tienes idea de lo que le hiciste a esa pobre mujer? No podrá volver aquí nunca más, Nick. Nunca más.

—Fue un error estar con ella, lo sé.

—¡Si lo supieras, no lo habrías hecho!

—Escúchame —dijo Mason, que intentó calmarse un momento—. Acabo de conducir once horas seguidas, y si tuvieras idea de lo que he pasado allí...

—No quiero saber dónde estabas —respondió ella—, ni lo que estuvieras haciendo.

—Sabes exactamente qué estaba haciendo.

—Cállate —dijo, y volvió la cabeza—. Te he dicho que no quiero saberlo.

—Es mi trabajo, Diana. Ya sabes a qué me dedico. Los dos trabajamos para el mismo hombre.

—No trabajamos para él, Nick.

Mason esperó a que continuara, pero se había quedado sin fuerzas, al menos por el momento. Cuando Diana se dio la vuelta, Mason oyó su respiración e intuyó los latidos de su corazón a dos metros de distancia.

Mason se acercó a ella y le puso una mano en el hombro. Notó que ella se encogía al notar el contacto, pero no se apartó.

—¿Qué te pasa? —preguntó Mason.

—Está aquí.

—¿De qué estás hablando?

—Darius está aquí, en Chicago. Lo han traído para el nuevo juicio.

—¿Cómo lo sabes?

—Me llamó una persona de la Agencia Federal de Prisiones. Supongo que se lo pidió Darius, pero no importa. Creo que ya lo sabía en cuanto me he levantado esta mañana.

—Diana...

Mason le puso la otra mano en el hombro e intentó mirarla a los ojos, pero ella seguía con la cabeza gacha.

—Noto su presencia en esta ciudad —dijo.

—¿Dónde lo tienen encerrado?

—En el centro.

Se refería al Centro Correccional Metropolitano de la calle Van Buren. Mason acababa de pasar por allí con la línea roja del metro. Se trataba de un extraño edificio triangular con aberturas estrechas en unos muros grises por lo demás homogéneos y desentonaba con otros edificios altos que lo rodeaban. En 2012, dos ladrones de bancos fabricaron una cuerda con sábanas, como en las películas antiguas, y descendieron diecisiete plantas. Una cámara de seguridad los grabó metiéndose en un taxi. Uno de ellos fue apresado siete días después y el otro pasó dos semanas huido. Nadie había escapado antes de aquel edificio, ni tampoco después.

Pero, por supuesto, Darius Cole no se descolgaría nunca por la fachada de un edificio. No era su estilo. Darius Cole encontraría la manera de que el juicio le fuese favorable y luego saldría por la puerta principal como un hombre libre.

—Estás ayudándolo —dijo Diana como si le hubiera leído la mente—. Sé que esos han sido tus encargos. Ese hombre que murió en el centro hace unas semanas... Antes trabajaba para Darius.

—Creía que no querías saber nada del tema.

—¿A cuántos alguaciles mataste, Nick?

—A ninguno. ¿No viste las noticias?

Mason empezaba a enojarse. Para evitar cobrarse más vidas de las necesarias, había recibido a cambio un balazo en el hombro que no lo mató por unos centímetros.

—Darius saldrá por esa puerta —dijo Diana mirando en dirección a las escaleras—. Siempre supe que lo haría, dijeran lo que dijeran, y tú serás el responsable.

—No soy el único...

—Llevo doce años sola, Nick. Ese restaurante no era más que una tapadera para blanquear el dinero de Darius y se ha convertido en el mejor de la ciudad. Lo hice todo yo, mi vida ha girado en torno a él. Y ahora, se irá al garete.

—Diana, todavía no ha salido. Tenemos tiempo para pensar en ello.

—Yo ya lo he hecho. Me voy.

—No, no te vas. Todavía, no.

Mason la agarró con más fuerza de los hombros.

—Tu hija me contó que tu exmujer se la lleva a Denver. ¿Es eso cierto?

—Sí.

—Conque se marchan. Ya enviaste a Lauren a otro lugar. Incluso al perro. ¿Por qué yo soy la única que tiene que quedarse?

—Porque eres la única que eligió esto —repuso él—. Hiciste un pacto con el diablo, al igual que yo.

—No, Nick. No es lo mismo. Tu pacto no incluye acostarte con él.

Mason prefirió no responder.

—Si nos quedamos, no habrá escapatoria —añadió Diana.

—No podemos huir —dijo él—. ¿Conoces algún sitio donde no pueda encontrarnos ni hacernos nada?

—¿En qué momento hemos pasado a hablar de nosotros?

—No puedes hacer esto sola —dijo Mason, que le dio la vuelta y le puso las manos en las caderas. Nunca había estado tan cerca de ella. Nunca la había abrazado. A pesar del pánico de Diana y el agotamiento de Mason, hubo emoción—. Diana, estoy trabajando en esto a diario, intentando encontrar una salida.

—Ya he hecho la maleta.

—Pues deshazla ahora mismo.

—¿Por qué? ¿Qué crees que...?

—Tienes que confiar en mí —dijo Mason—. Encontraremos la manera.

—¿Por qué debería confiar en ti, Nick? No eres más que un... —Diana titubeó,

como si estuviera buscando las palabras adecuadas—. Asesino a sueldo.

—No digas eso.

—No voy a quedarme aquí esperando. Llevo doce años sola. Soy una prisionera confinada. Él me hizo esto, Nick. Darius me hizo esto. Y ahora... — Volvió a buscar las palabras correctas—. No puedo ser lo que él quiere que sea. Ya, no. Nunca más. Cuando él salga estaré a dos mil kilómetros de aquí.

Diana se zafó de las garras de Mason y fue hacia la puerta, pero él dio un paso al lado para impedirselo.

—No funcionará —dijo—. Y lo sabes.

—Apártate, Nick.

Mason no se movió. Al mirarla a los ojos, recordó la primera vez que la vio. Fue en su cuarto de baño. Él estaba en la ducha y ella apareció de la nada con una toalla en la mano. En aquel momento no sabía que Diana formaría parte de su vida cotidiana, pero sin dejar que se acercara a ella. Era una desconocida íntima.

Algunas noches le asaltaban las dudas cuando ella dormía sola en su cama en el otro extremo de la casa...

Entonces sonó el teléfono y rompió el hechizo.

Mason se apartó para contestar, pero ella no hizo ademán de irse.

—¿Qué pasa ahora?

—Esto no ha acabado aún —dijo Quintero—. Estaré ahí dentro de cinco minutos para llevarte otra vez al aeropuerto. Te vas a Nueva York.

Mil trescientos kilómetros más al este, Sean Burke se había puesto en marcha. Pero eso era todo cuanto sabía. Ignoraba en qué tipo de vehículo viajaba y cuántos hombres lo acompañaban. Por descontado, ignoraba adónde iba o cuánto tardaría en llegar allí, porque llevaba una venda en los ojos como si fuera un puñetero terrorista en la bahía de Guantánamo.



Unos cuarenta y cinco minutos después, el vehículo se detuvo. Incluso con tráfico, habían dado un gran rodeo para tratarse de Rikers Island. Burke oyó que se abría la puerta y notó cuatro manos agarrándolo de los brazos y obligándolo a salir.

Llevaba las manos esposadas a la espalda, pero no le pusieron grilletes en las piernas. Al bajar no sabía a cuánta altura se encontraba y estuvo a punto de perder el equilibrio cuando tocó el suelo.

—Tened cuidado —oyó decir a un hombre con brusquedad—. No quisiera que nuestro amiguito se lastimara.

Burke sintió el aire frío en la cara y oyó el rumor lejano del tráfico. Lo llevaron por una superficie de cemento y notó que levantaba hojas al caminar. Una corriente las arremolinó y le provocó un escalofrío en la espalda.

«Estoy lejos de las carreteras principales —pensó—. En la ciudad o cerca de ella. A lo mejor me han traído aquí para matarme...».

Burke consideraba a aquellos guardias capaces de cualquier cosa. Le meterían una bala en la cabeza allí mismo y dirían a sus supervisores que había tratado de escapar. No le entró el pánico, porque el pánico no resultaba útil. Tenía que resistir, ver dónde lo llevaba todo aquello. Necesitaba aguzar los cinco sentidos.

Siguió avanzando por la superficie de cemento, pisó un tramo de hierba y volvió al cemento. Era un camino. ¿Un parque, tal vez? No era Central Park. Oiría a más gente a su alrededor.

Cuando hubo recorrido otros cien metros, una mano le tocó el pecho y le impidió avanzar. Entonces oyó una llave entrando en una cerradura y una puerta abriéndose. Lo empujaron de nuevo y al entrar percibió un aire diferente. Emanaba un olor rancio y aséptico que lo transportó a un lugar que conocía desde hacía mucho tiempo. ¿Una escuela? ¿Un museo?

Oyó una puerta de ascensor y pasos, y contó otros dos hombres uniéndose a ellos.

—Si intentas algo, recibirás una descarga —dijo el que tenía a su izquierda.

Burke sonrió y se imaginó a sí mismo arrebatándole la pistola Taser y

metiéndosela por el culo. «¿Podemos considerar que esto es intentar algo?».

Notó que el ascensor descendía. Estaban bajo tierra. Cuando llegaron lo hicieron salir y esperaron un momento a que se abriera otra puerta. Burke sintió el vacío del aire al entrar en un espacio cerrado. Oyó voces. Debía de haber media docena de hombres allí.

—¿Es él? —oyó decir a uno de ellos—. Ha de tratarse de una broma.

Echaron a andar por un suelo de baldosas hasta que se detuvieron una vez más y le quitaron la venda de los ojos.

—No te muevas —le dijo alguien—. No te des la vuelta.

Burke parpadeó bajo la intensa luz artificial. Se encontraba delante de la puerta metálica de una celda con la habitual abertura para pasar las comidas y esposar a los presos. La puerta estaba abierta y lo empujaron adentro. Había una cama con un colchón delgado y un inodoro y un lavamanos de acero. En lo alto de la pared de cemento había también una pequeña rejilla de ventilación y la estancia no tenía ventanas.

Había visto cosas peores, mucho peores.

Luego cerraron la puerta y oyó que echaban el cerrojo. Cuando abrieron la ranura no hizo falta que le dijeran que debía retroceder y extender los brazos hacia atrás para que le quitaran las esposas.

—Bienvenido al búnker —dijo el hombre.

Entonces, la portezuela de acceso se cerró y Burke se quedó solo.

Delante de la terminal United del aeropuerto LaGuardia, Mason vio el Subaru oxidado esperando en la cola de recogidas. Mason no se movió, así que el vehículo fue a su encuentro. El conductor tenía unos cincuenta años y un pelo ralo con el que intentaba taparse la calva. Tenía la cara roja a causa del clima, la edad, el alcohol y sabía Dios qué más. Llevaba un chubasquero marrón e iba mirando al frente hasta que abrió la puerta del acompañante.

—¿Esperas una invitación?

Mason vio el maletín en el asiento trasero y cerró la puerta. Luego abrió la de atrás y se montó en el coche.

—¿Ahora soy un puto chófer?

Pero, en cuanto Mason cerró la puerta, metió primera y arrancó sin mediar palabra.

El coche olía a tabaco. Mason estudió al hombre, que conducía sin volver la cabeza.

«Es alguacil —le había dicho Quintero—. Lleva treinta y dos años en la profesión. Ha dejado el WITSEC. Quiere retirarse, pero ciertos hábitos se lo han impedido. Está motivado a ayudarnos».

No quería saber de qué hábitos se trataba ni en qué sentido estaba motivado. Mientras el hombre conducía, Mason se fijó en el maletín. Había dos cierres con combinación, uno a cada lado. Después de introducir los números correctos, pulsó los botones y levantó la tapa.

—Madre mía del amor hermoso —dijo en voz alta al ver una carabina M4A1 totalmente automática con tres cargadores de gran capacidad y un chaleco táctico negro con seis granadas adosadas. Había tres granadas redondas de fragmentación a un lado y tres aturdidoras en forma de cilindro al otro.

Para el último encargo, le habían facilitado un rifle de francotirador con mira telescópica, un arma hábil y precisa.

En esta ocasión, le brindaban las herramientas necesarias para convertirse en un ejército de un solo hombre.

—¿Adónde me llevas? —preguntó Mason al cerrar el maletín.

—Bajo tierra —dijo el hombre, que se giró para ver el contenido del maletín y negó con la cabeza—. De un modo u otro.

Burke escuchó con atención los sonidos que llegaban desde el otro lado de la puerta. Había separado las voces y contabilizó cinco o seis en total. Añadió esa información al mapa mental que había construido: unos diez pasos desde el

ascensor hasta la puerta interior y otros treinta hasta la puerta de la celda con un giro a la izquierda aproximadamente a mitad de camino.

Unas tres horas después de su llegada, se abrió la portezuela y alguien introdujo una bandeja de comida. Era un bocadillo de pavo de Subway, una bolsa de patatas chips y una Coca-Cola. No era comida propia de una cárcel, de lo cual dedujo que no había muchos más prisioneros allí. De hecho, era posible que fuese el único, cosa que acrecentaba el misterio de por qué lo habían trasladado a aquel lugar.

Le quitó la cebolla al bocadillo y no pudo evitar pensar que, ya que debían salir a comprar comida, podrían haberle traído una Guinness en lugar de una Coca-Cola aguada. Pero lo más interesante de todo era la bandeja. Nunca había visto una así en una cárcel normal. Para empezar era metálica y, al presionar un borde, vio que empezaba a doblarse.

«Esto me vendrá estupendamente».

Cuando abrieron la portezuela de acceso minutos después, Burke deslizó la bandeja y apoyó una rodilla en el suelo para mirar por la abertura. Vio el cinturón del hombre que se llevaba la bandeja y, detrás de él, una pared con taquillas y un banco de madera.

Seguía sin tener ni idea de dónde se encontraba, pero, una hora después, la portezuela se abrió de nuevo y le ordenaron que se diera la vuelta para ponerle las esposas. Burke obedeció, pero, en lugar de sacarlo de la celda, le indicaron que se pegara a la pared del fondo de espaldas a la puerta. La puerta se abrió y oyó a alguien entrar.

—Ya puede darse la vuelta.

No había oído nunca aquella voz.

Cuando se volvió vio a un hombre de mediana edad que llevaba un cortavientos oscuro con la insignia del Cuerpo de Alguaciles en el pecho. Sostenía una silla plegable en la mano izquierda, ya que llevaba el otro brazo en cabestrillo. Encima del ojo izquierdo llevaba una venda blanca.

—Voy a quitarle las esposas para que podamos hablar como hombres —le dijo

mostrándole la llave con la mano izquierda.

Burke se dio la vuelta para que le quitara las esposas. Con el brazo inmovilizado tardó más de lo normal, pero no era la primera vez que lo hacía.

—Siéntese, por favor —dijo el hombre, que se guardó las esposas y la llave en el bolsillo.

Burke se sentó en la cama y observó mientras el hombre desplegaba la silla y se situaba a un metro de él.

—Soy el alguacil Bruce Harper —anunció—. Estoy al mando del programa WITSEC. ¿Sabe qué es?

—Protección de testigos.

Harper asintió.

—Técnicamente, solo me encargo de clientes que no se hallan en el sistema de prisiones. Un caso como el suyo correspondería a la Agencia Federal de Prisiones.

—¿Dónde estoy?

Vio que Harper se pensaba la respuesta.

—Se encuentra en una Unidad de Custodia Preventiva —respondió—. De hecho, es la más segura que se ha construido hasta la fecha. Es usted el primero en venir aquí.

—¿Debo considerarlo un honor?

—Según tengo entendido, asesinó a cinco hombres en Rikers.

—Eran ellos o yo.

—También tengo entendido que antes trabajaba usted para Darius Cole.

Burke se lo quedó mirando. Aquel nombre le quemaba por dentro desde que aquellos reos habían intentado matarlo en el ascensor.

—La revisión del juicio de Cole se celebrará dentro de dos días —dijo Harper.

La información golpeó a Burke con más fuerza que la pistola Taser de un guardia.

—¿Volverán a juzgarlo?

—¿Por qué iba a estar usted aquí, si no?

—Intuyo que está a punto de decírmelo.

—No sé si está al corriente —continuó Harper—, pero la oficina del fiscal federal tenía pensado pedirle que testificara en el juicio original.

Aquella sorpresa era aún mayor.

—Nadie me lo mencionó. Si me lo hubieran pedido, habría dicho que no.

—Pueden resultar convincentes a propósito de estas cuestiones.

—No soy un chivato.

—Por lo visto, Cole no está tan seguro de ello.

—¿Sabe cuáles son las dos cosas más feas que puede llamarle a un irlandés? —preguntó Burke—. La primera es «inglés». La segunda, «informante».

—¿Cómo puso fin a su relación con Cole? Imagino que no hubo ninguna fiesta de jubilación. ¿Le regalaron un reloj de oro?

«Envió a media docena de hombres a buscarme —pensó Burke—. Los maté a todos. Pero aun así, no habría testificado. De haberlo hecho, mi padre se habría levantado de la tumba solo para degollarme».

—Quiero hacerle una pregunta —dijo Harper—. Porque los dos hombres que sí testificaron contra él... están muertos.

El panorama era cada vez más claro. Burke se inclinó para escuchar al hombre que tenía delante y absorber cada una de sus palabras.

—El segundo ataque se produjo ayer por la noche —dijo Harper—. Yo estaba allí.

Burke sonrió y ladeó la cabeza en dirección al cabestrillo que sostenía el brazo derecho de Harper.

—¿Conoce a un hombre llamado Nick Mason?

La sonrisa de Burke se esfumó al repasar mentalmente el nombre. Dedujo que era importante para su interlocutor y no le gustaba el hecho de que fuera un desconocido.

—No —repuso—. No me suena.

—Pero sabe a qué clase de hombre contrataría Cole para hacer algo así.

—Cole no «contrata» a nadie —dijo Burke—. Se queda con la gente. Se

convierte en su propietario. Para siempre. O al menos, él lo ve así.

—¿Sería acertado afirmar que ese hombre ocupó su lugar como asesino personal de Cole?

—No sé si alguien podría ocupar mi lugar —dijo Burke—, pero parece que ese tal Nick Mason está haciendo todo lo que puede.

Harper lo miró con un grado de incomodidad que no había mostrado desde que entró en la celda.

«Seguramente está dudando de si ha sido buena idea quitarme las esposas», pensó Burke.

—No me tenga en cuenta este alarde —añadió Burke—. Es cosa del pasado.

—En Rikers no lo fue —respondió Harper—, pero lo que a mí me interesa ahora es este nuevo hombre, Nick Mason, y saber qué cree usted que hará a continuación.

—Fácil. Yo soy el siguiente en la lista...

—Aquí no puede hacerle nada.

—Probablemente pensarán lo mismo acerca de los otros dos.

—Creo que no entiende dónde está justo ahora —dijo Harper—. Nadie puede encontrar este lugar. Nadie. Y, aunque lo encontraran, no podrían llegar hasta aquí. Y, si lo hicieran, seis hombres armados vigilan la puerta.

«Seis hombres armados —pensó Burke—. Gracias por la información».

—Cuando Napoleón fue exiliado a Santa Helena, pasó el resto de sus días en una pequeña isla en mitad del océano Atlántico, una travesía de cinco días desde África, con quinientos soldados británicos vigilándolo, cosa que probablemente lo convierta en el prisionero mejor custodiado de la historia. —Harper se recostó en la silla—. Hasta ahora.

Burke esperó a que continuara. Sabía que faltaba algo más.

—Así que, ahora que sabe que está a salvo, quiero hacerle una pregunta —añadió Harper—. ¿Qué piensa hacer con Cole?

Burke no contestó.

—Si testifica en el juicio, velaremos por su seguridad. Para siempre.

—¿Piensan retenerme aquí? —preguntó Burke señalando con la cabeza los muros de la celda.

—Cuando encerremos para siempre a Cole, lo trasladaremos a otra Unidad de Custodia Preventiva, un lugar bastante más agradable que este y mucho mejor que el módulo de presos comunes de Southport.

—Pero pasaré toda mi vida en la cárcel.

—Es mejor que estar muerto.

—Se nota que nunca ha estado encerrado —repuso Burke—. Necesito tiempo para pensármelo.

—Que no sea mucho —dijo Harper al levantarse—. El nuevo juicio se celebrará dentro de dos días, recuerde. Y necesitarán tiempo para preparar su declaración.

Burke se puso en pie y esperó la reacción de Harper. Cualquier funcionario de prisiones le habría ordenado que siguiera sentado hasta que cerrara la puerta, pero Harper no era un funcionario de prisiones.

—Pasaré aquí todo el día —dijo Harper—. Cuando esté listo para terminar esta conversación, hágaselo saber a los guardias.

Burke observó a Harper acercarse a la puerta y golpearla tres veces con los nudillos. Cuando se abrió, pudo ver mejor la sala, las taquillas y lo que parecía el borde de un mueble montado en la pared.

Era un armero.

«No sé dónde estoy —pensó—, pero cuando construyeron este lugar, obviamente estaban pensando en una sola cosa: en cómo impedir que entrara alguien, no en evitar que saliera».

Dos horas más tarde, Burke lo había aclarado todo basándose en un par de hechos incontestables.

El primero era que, fuese quien fuese ese tal Nick Mason, iba a por él. Daba



igual que estuviera en un submarino en el fondo del océano. Mason iba hacia allí.

Y el segundo, que no iba a quedarse de brazos cruzados.

Cuando llegó la bandeja de la cena, Burke la devoró apresuradamente. No tenía hambre en aquel momento, pero ignoraba si después podría volver a comer, así que era mejor ingerir calorías para mantener la energía y la claridad mental. Una vez que hubo terminado, pisó un borde de la bandeja para aplanarlo y luego lo presionó contra el cemento, utilizando la pared exterior para minimizar el ruido que pudiera propagarse al resto del búnker.

Después llamó a la puerta. No podía esperar a que le pidieran que devolviese la bandeja. Tenía que ser ya.

—Traiga al alguacil Harper —dijo cuando abrieron la portezuela—. Quiero llegar a un acuerdo con él.

Se alegró de no oír al guardia pedirle que se diera la vuelta para ponerle las esposas. Harper debía de haber impuesto una nueva ley, cosa que probablemente cabreó a los vigilantes. Pero, para Burke, tan solo suponía un obstáculo menos.

Oyó pasos y la puerta abriéndose.

Había llegado el momento.

Mientras estudiaba los planos del búnker subterráneo, Mason repasó cien detalles diferentes intentando convertirlos en algo que no equivaliera a una misión suicida.

El coche estaba en el viejo parque de atracciones de Flushing Meadows, en un aparcamiento vacío que daba al gigantesco Unisphere. Este se elevaba más de treinta metros, una esfera vacía y gris rodeada por el lecho seco de la fuente. Detrás se encontraba el pabellón abandonado, que parecía la respuesta neoyorquina a las ruinas del Coliseo romano, y al lado las dos torres, que se erguían como si estuvieran fundidas en un abrazo. La más alta medía casi ochenta metros. Arriba había un mirador circular que parecía un gigantesco platillo volante averiado y abandonado.

Mason examinó los planos una vez más y luego se concentró en la ficha policial de Sean Burke. Era pálido y delgado y costaba imaginarlo como una máquina de matar. Pero precisamente Mason sabía que el talento para matar podía aflorar en los lugares más insospechados.

«Se trata del hombre que en su día hacía mi trabajo —pensó—. No sé cómo, pero salió vivo. Es una lástima que no vaya a tener la oportunidad de preguntarle de qué manera lo logró».

Mason guardó de nuevo el informe de Burke en el maletín. Después consultó los planos y siguió la ruta del conducto de aire, que se elevaba desde el lado opuesto del búnker, a quince metros de la entrada, pero no se indicaba el tamaño de la abertura. Era algo que tendría que averiguar sobre la marcha.

Se enfundó los guantes negros y enrolló el pasamontañas, que llevaba como

un gorro. Luego sacó el chaleco táctico del maletín y se lo puso. La sensación de tener granadas colgando del cuerpo, como si fuera un terrorista suicida acercándose a un control enemigo, resultaba nueva e inquietante.

Aunque tal vez fuera exactamente eso: un terrorista suicida.

Insertó un cargador en la M4 y guardó otros dos en los bolsillos laterales del chaleco. El alguacil estaba en el asiento del conductor fumando un cigarrillo en silencio y contemplando las hojas que volaban por el aparcamiento vacío.

—¿Cuántos son? —le preguntó Mason.

—¿Y yo qué coño sé?

—Entonces ¿qué sabes?

—La ubicación del lugar, capullo.

Mason intentó mirarlo a los ojos, pero el alguacil lo evitó.

—Antes era un refugio antiaéreo —dijo en un tono de voz más suave—. Ahora es una Unidad de Custodia Preventiva altamente secreta. Solo conocen su existencia unos pocos miembros de la Agencia Federal de Prisiones y aún menos alguaciles. —Dio una amarga calada al pitillo—. Solo aquellos alguaciles en los que confían de verdad —añadió mirando por la ventana—. Como yo.

Mason esperó a que siguiera hablando y sintió el impulso de arrancarle el cigarrillo de los labios de un manotazo.

—Es la última vez que hago esto —dijo el alguacil—. Ya puedes comunicárselo a tu jefe.

Después, bajó la ventanilla y entró una racha de viento justo cuando tiraba el cigarrillo, que lo roció de chispas. Maldijo y se sacudió las ascuas del abrigo.

—Esto no funciona así —respondió Mason—. Pero, si quieres decírselo tú mismo, adelante.

El alguacil se volvió hacia él.

—¿Te crees mejor que yo? Eres tú el que está a punto de matar a hombres buenos en ese búnker.

—Cierra la puta boca y enséñame dónde está.

—Ahí —dijo señalando a través del parabrisas el sendero que llevaba al

parque de atracciones—. Sigue el camino de ladrillos amarillos.

—El túnel de ventilación se encuentra a quince metros de la entrada. ¿Dónde está?

—¿Sabes qué? He terminado. Te lo advertí. Ya tengo suficiente sangre en las manos.

Mason sopesó las opciones. Aunque lo sacara a rastras del coche, no sería más que un lastre. Pero, si lo dejaba allí...

—Dame las llaves del coche —dijo.

—¿Para qué?

—Para que sigas aquí cuando haya terminado.

—No pienso darte las llaves.

Mason suspiró, negó con la cabeza y hundió el cañón de la M4 en las costillas del alguacil, que rebuscó un momento en los bolsillos y le entregó las llaves.

—Y ahora, la entrada... —ordenó Mason.

—Es una de esas dos torres de ahí.

—Eso ya lo he visto en los planos. ¿Cuál de las dos?

—No lo sé, prueba suerte. Tienes un cincuenta por ciento de posibilidades.

Mason maldijo entre dientes al bajarse del coche.

—Quítate el abrigo —dijo mientras abría la puerta del conductor.

Al ver que el alguacil titubeaba, Mason lo agarró de la nuca y lo sacó del coche.

—Es mi abrigo bueno —dijo el alguacil al quitarse el Mackintosh de color gris—. Procura que no lo cosan a balazos.

—Quédate ahí hasta que yo vuelva —le indicó Mason poniéndose el abrigo encima del chaleco—. Si huyes, te encontraré.

El alguacil se puso a temblar de frío, se montó en el coche y cerró la puerta. «Está apostando que no volveré —pensó Mason al cruzar el aparcamiento—. Ahora mismo está inventándose que lo obligué a que me trajera aquí».

Mason desterró al alguacil de sus pensamientos, se metió la M4 debajo del abrigo y se concentró en lo que lo rodeaba. No vio a nadie; aquella zona del

parque se encontraba prácticamente abandonada y nadie iría por allí en un día gris y ventoso. Pero, así y todo, se sentía desprotegido a cielo abierto y el viento formó un pequeño huracán de hojas muertas a su alrededor.

«Pase lo que pase —se dijo— esto va a convertirse en alguna versión de una pesadilla».

En todas las demás misiones, había hecho cuanto estaba en su mano por no matar a nadie salvo al objetivo. Incluso ahora seguía avanzando con un recordatorio, la herida de bala que todavía sanaba en el hombro, de lo mucho que había arriesgado para evitar cobrarse una vida inocente.

Al aproximarse a las imponentes torres cargado con más armas que un soldado de Operaciones Especiales, sabía que ese código personal suyo estaba a punto de desaparecer para siempre. Si salía con vida de allí, sería un hombre diferente.

«No hay otra forma de sobrevivir. O mato a todo el mundo o ellos me quitan de en medio a mí».

Mason se detuvo junto al gran Unisphere, cuyo globo se elevaba sobre el lecho de cemento seco de la fuente. Las torres se encontraban a doscientos metros, y encima de la más alta centelleaba una luz como aviso para los aviones que sobrevolaban el lugar. Por lo demás, parecían estar completamente desiertas.

Mason sabía que no había manera de acercarse a las torres sin ser visto por las cámaras de vigilancia. Y tenía que haberlas. En ese instante se preguntó si podría haber utilizado un disfraz más adecuado, por ejemplo, algo que le hiciera parecer un vagabundo deambulando por la zona con un carro de supermercado para ocultar las armas.

Volvió la cabeza hacia el coche, pero decidió seguir adelante con las cartas que le habían repartido. Avanzando rápidamente y muy atento a cualquier movimiento o sonido que pudiera indicar una reacción de los hombres del búnker, caminó hacia las torres.

«A quince metros de la entrada principal. Ni siquiera sé qué aspecto tiene la salida de ventilación o cómo será de grande la abertura».

Mason rodeó las torres examinando el suelo y finalmente la encontró al otro lado. Era una tubería situada a algo más de un metro de altura y con unos veinte centímetros de diámetro. Encima había un protector para impedir que se colara la lluvia y la suciedad, y se sostenía sobre una placa metálica con un diámetro ligeramente mayor.

«No quepo ahí dentro y, si intento hacer la abertura más grande, será como si llamara al timbre».

Solo le quedaba el plan B. Cuando volvió a la torre más grande, encontró unas puertas de cristal y al otro lado vio una puerta de ascensor y los primeros escalones de una larga escalera en espiral que supuestamente subía hasta lo más alto del edificio. No detectó ninguna cámara de vigilancia, pero, cuando agarró el tirador de la puerta, esta no se movió.

Luego se dirigió a la otra torre, que era un poco más baja, y se detuvo frente a la papelera situada al lado de la puerta. Al mirar dentro, vio una docena de bolsas de comida rápida y vasos de café. Metió la mano y sacó el que quedaba más cerca del borde. A pesar de llevar guantes, notó que seguía caliente.

Aquella era la torre.

Mason pegó la espalda a la pared para permanecer oculto el máximo tiempo posible. Esperó y escuchó, pero solo oyó el viento y las hojas. Entonces se tapó la cara con el pasamontañas y se puso en movimiento.

Tal como en la primera torre, había otra doble puerta de cristal, un ascensor y unas escaleras similares. Pero en esta ocasión, pudo ver la cámara de vigilancia encima del ascensor. La luz roja estaba encendida. Si había alguien mirando una pantalla de vídeo en el búnker, estaría viéndolo.

«Da igual —pensó—. Solo hay una manera de entrar en este sitio y de salir. Pase lo que pase, tendré que luchar palmo a palmo».

Mason intentó abrir la puerta, pero no se movió. No quería estar allí los dos o tres minutos que tardaría en forzar la cerradura, así que rompió el cristal con la culata de la M4, metió el brazo y abrió el pasador. Cuando estuvo debajo de la cámara, se quitó el abrigo del alguacil. Ya no había necesidad de esconderse y

solo le supondría un obstáculo. Permaneció allí un momento a la espera de oír alguna respuesta a su entrada.

Nada.

Volvió a repasar mentalmente los planos. El ascensor, que el noventa y nueve coma nueve por ciento de las veces se utilizaba para subir al mirador, también tenía la capacidad secreta de bajar al búnker, una capacidad a la que solo podía accederse con una llave especial. El alguacil corrupto no le había conseguido una copia, pero, aunque lo hubiera hecho, no podría bajar en ascensor y esperar a que se abrieran las puertas frente a quien estuviera esperándolo. Los planos mostraban unas escaleras alternativas de la época en que el lugar fue un refugio antiaéreo. Mason vio la puerta pintada del mismo tono verde institucional de mediados de siglo, probó con el tirador y notó que había un candado, así que dio un paso atrás y la abrió de una patada.

Cuando sus ojos se adaptaron a la oscuridad, distinguió varias cajas de fusibles, disyuntores y un panel de control del ascensor.

Ni rastro de las escaleras.

No había visto ninguna otra puerta en el vestíbulo. Aquella sala que albergaba los cuadros eléctricos era la única posibilidad. A menos que...

Lentamente, dio unos pasos atrás y al tercero notó que el grado de resistencia era levemente distinto. Mason clavó una rodilla en el suelo, lo examinó y levantó la trampilla. Había encontrado la salida de emergencia secreta del búnker.

Mason bajó los oscuros escalones de cemento empuñando la M4 y divisó una luz cada vez más intensa a medida que avanzaba. Al doblar la última esquina, vio un pequeño hueco con la puerta del ascensor incrustada junto a la abertura que daba acceso a las escaleras y, en la pared opuesta, una puerta metálica que debía de conducir al resto del búnker y una ventana de seguridad con un cristal grueso.

Encima de la puerta había otra cámara de vigilancia. Otra luz roja parpadeante y una nueva oportunidad para que lo viera quienquiera que hubiese dentro.

«Si me habéis descubierto —pensó—, ¿por qué habéis permitido que llegara

hasta aquí?».

Mason encontró la respuesta inmediatamente.

«Porque este hueco es la sala de la muerte. En cuanto dé un paso, la puerta se abrirá y me acribillarán a balazos».

Era el momento de luchar o huir: o seguía adelante o se largaba de allí y se enfrentaba a las consecuencias de fracasar por primera vez en su misión.

Mason desconectó su cerebro, metió hasta el último gramo de humanidad que albergaba en una caja negra y la cerró.

Entonces sacó del chaleco una granada de fragmentación, quitó la anilla y la lanzó hacia la puerta. Luego se parapetó tras la escalera de cemento y se tapó los oídos.

La explosión fue la más potente que hubiera experimentado nunca, mucho más que la del Aqua. El ruido y el calor eran abrumadores e inundaron el lugar de una repentina luz cegadora mientras le trepanaban los tímpanos como si fueran agujas. Volaban fragmentos de metal por todas partes; algunos se incrustaron en la esquina en la que se hallaba oculto y agujerearon el cemento a solo unos centímetros. Mason se metió por el hueco con la M4 en posición de disparar.

El humo era muy denso y lo atravesó hasta el lugar donde antes se encontraba la puerta metálica, que había salido despedida hacia el interior de la sala contigua. Al pasar por encima de la puerta, vio al primer hombre. Mason le apuntó, pero no era necesario. Tenía el cuerpo destrozado desde el abdomen hasta el pecho, la cabeza retorcida en un ángulo imposible y mucha sangre alrededor. La humanidad que Mason había encerrado estaba intentando forzar la tapa de la caja, pero consiguió mantenerla a buen recaudo.

Se quedó agachado esperando algún movimiento y sin saber si volvían a funcionarle los oídos. Cuando avanzó unos pasos por el pasillo, el humo empezó a disiparse y vio el segundo cuerpo. Estaba al doble de distancia de la explosión, pero igual de destrozado que el primero y con la misma cantidad de sangre derramada.



Algo iba mal. Aquello no encajaba.

Mason dio dos pasos más y llegó a un umbral situado a la izquierda. Al asomarse, vio la sala de control del búnker con las dos pantallas de vídeo conectadas a las cámaras de vigilancia que había en la entrada y en la ventana que daba al hueco del ascensor. Un tercer hombre yacía en medio de otro charco de sangre y a pocos centímetros de su mano derecha había una pistola.

«La explosión no ha llegado hasta esta habitación...».

Siguió avanzando por el pasillo hasta la sala más grande del búnker. Alrededor de una mesa ubicada en el centro, vio cuatro sillas plegables volcadas y tres cadáveres más en el suelo.

Mason escrutó el resto de la sala y reconoció unas taquillas en la pared y un armero con las puertas abiertas en la otra. Tenía capacidad para ocho armas y Mason vio siete escopetas y rifles de asalto. Había un hueco.

Entonces se percató de otro detalle extraño: en el suelo había una bandeja metálica con uno de los bordes manchado de sangre.

Mason oyó un ruido a su izquierda, se volvió apuntando con la M4 y distinguió la puerta de metal entreabierta y dos piernas en el suelo de la sala contigua. Se acercó a la puerta y la empujó cuidadosamente con el pie, listo para disparar a cualquier cosa que se moviera.

Era una celda improvisada con una cama, un lavamanos y un retrete de acero inoxidable. El hombre estaba tumbado boca arriba con los ojos cerrados. Mason se acercó sin perder de vista sus manos. Llevaba un cortavientos negro con la insignia del Cuerpo de Alguaciles en el pecho. Uno de los brazos le colgaba de un cabestrillo y llevaba una venda en la cabeza apenas sujeta por un trozo de esparadrapo. Un rasguño fresco le cruzaba toda la frente.

Mason se agachó y le puso la mano en el cuello. Seguía con vida.

Al levantarse, reconstruyó la secuencia de acontecimientos reproduciéndola a la inversa. El alguacil estaba allí solo con Burke. Cuando se abrió la puerta, este sorprendió al alguacil y lo incapacitó golpeándole la cabeza contra la pared. También era posible que primero dejara inconsciente al alguacil y luego llamara

a la puerta. Sea como fuere, sorprendió al hombre que estaba al otro lado, el mismo tipo que, junto a otros cinco guardias, se mostraba tan preocupado por la amenaza que venía del exterior del búnker que se había vuelto complaciente con la que acechaba dentro.

Burke había degollado al guardia con la bandeja, había salido corriendo en dirección al armero y probablemente les hubiera cortado el cuello a uno o dos guardias más mientras se encaminaban hacia allí. En cuanto sostuvo el arma en las manos, la guerra prácticamente había terminado. Los mató a todos cuando se dirigía a la salida. Solo quedaba vivo aquel alguacil que yacía en el suelo junto a Mason.

En el momento en que volvió a mirar hacia abajo, vio que tenía los ojos abiertos. Mason retrocedió y le apuntó al pecho con la M4.

—¿Dónde está? —preguntó el hombre entrecortadamente. Mason negó con la cabeza—. Los otros...

El alguacil intentó incorporarse, pero se llevó la mano a la cabeza y volvió a tumbarse en el suelo de cemento.

—Ayúdelos, por favor —pidió.

Mason no se molestó en explicarle que ya no era posible. Pronto lo descubriría por sí mismo.

—No se mueva —le dijo Mason—. Llamaré a alguien en cuanto me vaya.

Al alejarse, notó que el alguacil extendía el brazo y lo agarraba del tobillo con la mano izquierda. Mason se detuvo y se lo quedó mirando.

—Es Mason —dijo.

No respondió. Cuando el alguacil lo soltó, salió de la celda, pasó por encima de los cadáveres y subió las escaleras.

Al llegar a la planta baja, salió de la torre y respiró hondo con la esperanza de que eso le despejara la cabeza.

«Esos hombres no llevan mucho tiempo muertos —pensó—, y el alguacil acaba de volver en sí.

»Eso significa que Burke se me ha escapado por... ¿Cinco minutos? ¿Diez?».

Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo al preguntarse qué habría ocurrido si hubiera llegado a tiempo de enfrentarse con él.

Camino del coche, Mason sacó las llaves del bolsillo. Cuando estaba a cien metros, vio la puerta del conductor abierta. A diez metros descubrió al alguacil desplomado sobre el volante con un agujero de bala en la cabeza.

«Burke quería este coche», se dijo, y escudriñó el horizonte buscando algún rastro de él, pero alrededor no había más que un parque abandonado. Mason apartó al alguacil del volante y lo dejó sobre el cemento mirando al cielo con unos ojos que no parpadeaban mientras el viento soplaba hojas muertas sobre su rostro.

Cuando cerró la puerta, vio la carpeta en el asiento del acompañante y la fotografía de la ficha policial de Burke encima. Ahora este sabía con absoluta certeza que habían enviado a alguien para acabar con él.

«Ignoro qué sabe de mí —pensó Mason al poner en marcha el coche y meter primera—. Pero conoce quién me ha enviado y de dónde vengo, lo cual solo puede significar una cosa.

»Que se dirige a Chicago».

Eddie había vuelto a su trabajo supervisando las operaciones de Cole frente al establecimiento de la calle Ciento once y recabando más información para el plan de fuga de Nick Mason.

La berlina gris salió del aparcamiento y Eddie la siguió hasta el barrio irlandés de Beverly, situado en el extremo sudoeste de la ciudad. Vio a los dos hombres aparcar y luego entrar en uno de esos lugares que ni siquiera necesitan un cartel, tan solo un trébol de neón encendido en una ventana, para que los habituales sepan dónde encontrarlo y nadie más, en cualquier caso, tenga ninguna razón de estar allí.

Esperó un momento y entró. Era un local de otra época, mal iluminado y con una gramola en una esquina y una mesa de billar en medio, ambas en desuso. Desperdigados por las mesas había una docena de borrachos y los dos hombres a los que seguía estaban acodados en la barra. Con sus trajes caros parecían extraterrestres. El camarero apoyaba los antebrazos tatuados encima de la barra.

Eddie se acercó al camarero, un hombre de unos sesenta años con el pelo blanco encrespado y los ojos rojos. Parecía distraído y de mal humor mientras le servía una pinta como si intentara recordar cómo se hacía algo que había repetido diez mil veces. Cuando dejó el vaso encima de la barra, Eddie le deslizó un billete de veinte y le dijo que se quedara con el cambio. El camarero ni pestañeó.

Los dos hombres lanzaron a Eddie una mirada fría y paciente, y él asintió y se sentó a una mesa. No alcanzaba a oír su conversación y, al cabo de unos

minutos, uno de ellos se llevó al camarero a la cocina. El otro se quedó en la barra y anunció que el establecimiento acababa de cerrar.

Eddie se fue con todos los demás, volvió al Jeep y siguió vigilando. Había transcurrido una hora cuando finalmente salieron los dos hombres, se montaron en la berlina y se alejaron. Eddie esperó un minuto y, a continuación, volvió a entrar. La puerta seguía abierta.

Bordeó la barra y, al empujar la puerta de la cocina con el hombro, vio la salpicadura de sangre en el suelo y un lago rojo rodeando al camarero, cuyos ojos inertes estaban mirándolo. Tenía quemaduras en la cara y le faltaban los dedos. Eddie había visto cadáveres en el ejército y unos cuantos más a través de la mira telescópica cuando cubrió a Nick en la cantera, pero aquello...

Eddie cerró la puerta, cogió una toalla de la barra, volvió a la mesa y limpió su vaso. Luego descolgó el teléfono, sosteniéndolo con la toalla, llamó a Emergencias y facilitó a la operadora la dirección del bar y le dijo que se había producido un asesinato. Cuando le preguntó su nombre, colgó.

Después fue corriendo hacia el Jeep, con la intención de poner tanta distancia como pudiera entre él y el camarero muerto.

Apenas había llegado al puente Skyway, cuando vio las luces de la policía detrás.

Horas después de haber dejado el coche del alguacil en el aparcamiento de estancias largas de LaGuardia, Mason recorrió el aeropuerto O'Hare. Era la primera vez que realizaba un encargo sin mancharse de sangre las manos. Debería haber sido un alivio para él, pero lo interpretó como un fracaso.

Y algo más. Como si fuera un hombre distinto al desembarcar del avión, un hombre que habría hecho lo impensable si le hubieran dado la oportunidad.

El hecho de que no hubiera tenido esa oportunidad no le sentó bien a Quintero cuando lo llamó desde Nueva York, pero Mason se lo había dejado claro: «No puedes cargarte a un hombre si no está allí para que lo maten».

Ahora caminaba por el largo pasillo de la terminal rodeado de otros viajeros con una vida corriente e intentó llamar a Eddie, pero saltaba continuamente el contestador.

«Tú siempre lo coges —pensó Mason—. ¿Dónde coño estás ahora?».

Mason colgó y siguió andando hasta que llegó al Control de Seguridad. Había una hilera de media docena de chóferes sosteniendo carteles con nombres escritos y, al final de ella, vio al agente Frank Sandoval. Él no llevaba ningún cartel, pero Mason sabía exactamente a quién estaba esperando.

Mason y Sandoval se sentaron frente a frente ante una pequeña mesa en el bar del aeropuerto. Ninguno de los dos pidió nada para beber.

—Si estás intentando localizar a tu amigo Eddie —dijo el policía—, lo he detenido hace un par de horas por un presunto asesinato en primer grado.

A Mason la noticia le cayó como un jarro de agua fría.

—¿Qué cojones estás diciendo?

—La víctima era el propietario de un bar de Beverly. Eddie fue el último en marcharse y, cuando entré, hallé al hombre muerto en la cocina.

Mason se lo quedó mirando sin saber qué decir.

—Se llamaba Eamon Burke. Era primo de Sean Burke, el hombre que acaba de fugarse de su Unidad de Custodia Preventiva en Nueva York hace apenas cinco horas. Pero eso es algo que ya sabías.

—Eddie no tiene nada que ver con todo esto.

—Eso mismo ha dicho su mujer. Será duro para ella y los niños. Los cargos, el juicio... Pero puedo relacionar a Eddie contigo y a ti, con Cole.

Mason lo fulminó con la mirada.

—¿Por qué haces esto, hijo de puta?

—Ayúdame y me aseguraré de que tu amigo vuelva a casa esta noche.

—¿Cómo?

—Ven conmigo y proporcióname declaraciones juradas de todo lo que hayas

hecho para Cole.

—¿Por qué no haces tu puto trabajo y atrapas a Cole tú mismo? Quienquiera que se haya cargado a tu víctima, no se trata de Eddie.

Sandoval se inclinó hacia delante en su silla mientras negaba con la cabeza.

—Me da igual —dijo—. Cole saldrá en libertad porque te cargaste a dos testigos clave, y el tercero acaba de huir y ha matado a seis guardias. Si no, ¿por qué crees que eligió el día de hoy para escapar? Conoce lo de los otros dos testigos, y sabe que él es el siguiente y que vas a por él. En lugar de esperar, ha decidido salir a buscarte. Imagino que Cole también estará bastante nervioso, lo cual explicaría el ataque al primo de Burke.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

—Porque se te echarán encima y yo represento tu única escapatoria —respondió Sandoval—. Ni siquiera puedes contar ya con Eddie.

Mason sacudió la cabeza, esforzándose por no perder el control.

—Ese tío destruirá tu vida entera —añadió Sandoval—. Se moverá cuando tú te muevas e irá adonde tú vayas. Tal vez, a casa de tu exmujer o puede que al próximo partido de fútbol de tu hija.

Mason cerró los puños al pensarlo e imaginó a Adriana al otro lado de la valla del patio y recordó que tuvo la sensación de que cualquiera podría llegar hasta ella.

Cualquiera.

—Incluso esa mujer con la que vives ahora —prosiguió Sandoval—. Todo el mundo corre peligro, y tú eres el tipo que lo trajo aquí.

Mason pasó por alto el comentario.

—Si cazamos vivo a Burke —prosiguió—, quizá podamos lograr que colabore. Por eso estaba allí.

—Acaba de matar a seis guardias. ¿Piensas hacer tratos con él?

—Sammy el Toro mató a diecinueve personas y los federales le concedieron inmunidad absoluta. Imagínate las ganas que tendrían de capturar a John Gotti. E

imagínate las que tengo yo de cazar a Cole. Personalmente, creo que tú serías mejor testigo, pero no puedo ayudarte si no me dejas.

Mason respiró hondo recordando a los guardias muertos que había visto en el búnker, los cuerpos destrozados por un rifle de asalto y las gargantas rajadas con el borde afilado de una bandeja de metal.

Aquel era el hombre que iba camino de Chicago.

—Plena inmunidad a cambio de tu testimonio en el juicio —dijo Sandoval—. Protección total para tu familia...

—¿El WITSEC?

—Tenemos un programa propio en Illinois. No es federal. Contactaré cada día con tu familia para cerciorarme de que estén bien. En esta vida no tengo nada más que el trabajo, Mason. Si parte de ese trabajo consiste en proteger a tu exmujer y tu hija...

Sandoval dejó la frase en el aire. Otra cosa que Mason debía meditar, una oportunidad real para que Gina y Adriana estuvieran a salvo.

«No podré protegerlas si estoy muerto», pensó.

Sandoval sacó una tarjeta de visita del bolsillo y se la dejó encima de la mesa.

—El tiempo se acaba —dijo al levantarse—. Si Burke está ya en la carretera, llegará dentro de siete horas.



Rachel Greenwood fue trasladada a la otra punta de la ciudad flanqueada por dos alguaciles con el objetivo de hacer algo que técnicamente podía inhabilitarla profesionalmente. Pero hoy no tenía más opciones. Era su última oportunidad para poder pararle los pies al hombre que estaba a punto de torpedear el caso Estados Unidos contra Darius Cole.

Encontró el despacho en el segundo piso de un anodino edificio situado en Roosevelt, en la misma calle que las oficinas del FBI. El cartel de la puerta rezaba: «Stanley Horton, seguridad privada». La recepcionista le pidió que se sentara y le indicó que solo tardaría un momento. Pasaron treinta minutos.

Cuando por fin llegó, Greenwood a duras penas reconoció al hombre que se le había acercado en aquel restaurante trece años antes. El pelo y el bigote a lo Burt Reynolds habían desaparecido, y la americana tenía que dar cabida como mínimo a treinta kilos más. Lo único que mantenía era la altura y esa media sonrisa condescendiente que a Greenwood le gustaría borrarle del rostro de una bofetada.

—Abogada Greenwood —dijo el agente retirado—. Menuda sorpresa.

—Esto también lo es —respondió ella sosteniendo en alto su declaración jurada.

La había recibido hacía una hora. Era la declaración extraoficial que había sido entregada en mano al Tribunal por Jay Starr, junto con una petición formal para que se retiraran todos los cargos federales contra Darius Cole.

Por fin, el plan legal de este quedaba al descubierto:

Soborno al jurado con carácter retroactivo para ganar la revisión del juicio.

Luego, el asesinato de cada testigo clave.

Y ahora, esto.

—¿Qué es esta mierda? —preguntó Greenwood ondeando la declaración jurada—. ¿McLaren y Wallace eran ambos informantes?

En su declaración, Horton había hecho la asombrosa afirmación de que, en 2004, el FBI ya investigaba a Darius Cole antes de que intervinieran Greenwood y la DEA. Contenía, asimismo, una aseveración aún más increíble: Ken McLaren e Isaiah Wallace no solo colaboraban con el FBI, sino que eran informantes de primer rango, lo cual significaba que su identidad estaba protegida por los protocolos más estrictos de la agencia. Únicamente Stan Horton, el policía del FBI al mando de la investigación, y Jonathan Lancer, su supervisor inmediato, se hallaban al corriente de la participación de McLaren y Wallace en el caso.

—¿Ha esperado todo este tiempo para sacarlo a relucir? —preguntó Greenwood.

—Lancer tenía miedo de que la acusación original se fuera al garete. Lo ocultó, aunque sabía que estuviera mal. Ahora que ha muerto, tenía que contarlo. Es mi última oportunidad para explicar la verdad.

Greenwood lo miró con incredulidad.

—¿Recuerda el juramento que hizo, lo de «proceder con absoluta buena fe»? Horton se enderezó la corbata.

—Creo que debería marcharse, abogada.

—Ya sabe cómo afectará esto a la revisión del juicio —dijo—. Supone una repetición de la «Defensa Scarpa».

Había sido bautizada así por Greg Scarpa, el «Ángel exterminador» de la vieja familia Colombo, un informante del FBI que durante treinta años había mantenido relación con un agente, mediante la cual destruyó quince casos por lo demás irrefutables contra otros miembros de la familia. Cientos de años de prisión tirados por el retrete por el sencillo principio de que, a ojos de la ley, un

informante que trabaje eficazmente para el gobierno se convierte en un agente del mismo y cuanto haga deberá seguir las mismas normas probatorias.

En otras palabras, si tu informante sigue cometiendo actos delictivos, tales como transferir dinero al extranjero para evadir impuestos o coordinar la entrega de narcóticos ilegales, incluso habiendo firmado un acuerdo de testigo cooperante, toda la información que recabe para ti no sirve de nada.

Una montaña de pruebas convertida repentinamente en un montón de mierda.

Todo sucedió antes de que Greenwood fuera a la Facultad de Derecho, pero la «Defensa Scarpa» había provocado escalofríos a los fiscales federales desde entonces, y ahora un agente retirado estaba a punto de utilizarla para hacer saltar por los aires la revisión del juicio.

—Hace trece años intentó desviar mi atención de Cole —explicó Greenwood—. Así que, contésteme a una pregunta: ¿cuánto tiempo lleva en nómina?

Finalmente, la media sonrisa condescendiente se disipó.

—Buena suerte en el juicio —respondió.

—Puedo ayudarle —dijo Greenwood—. ¿Con qué le chantajea?

Horton negó con la cabeza sin mediar palabra y se dio la vuelta.

—Horton —dijo ella—, estoy echándole un cable. Cójalo antes de que se hunda y no pueda volver nunca más a la superficie.

—Llega tarde —repuso Horton, que cerró la puerta al salir.

Greenwood se quedó allí un minuto para tranquilizarse. Camino de la puerta, activó el sonido del teléfono y vio que había recibido una llamada de Harper. Se la devolvió mientras iba al encuentro de los dos alguaciles que la esperaban junto al coche.

—Necesitamos a Burke. Es nuestra última oportunidad.

Greenwood escuchó atentamente las palabras de Harper. Cuando finalizó la llamada y se sentó al volante, fue consciente de la nauseabunda realidad que se abría paso.

«Darius Cole saldrá en libertad».

Había oscurecido cuando Mason volvió a la casa después de un largo trayecto en taxi por toda la ciudad, durante el cual aprovechó para observar las calles y pensar en todo lo que le había dicho Sandoval.

Una vez dentro, fue a su habitación y cogió la funda de debajo de la cama, sacó la Browning Black Label 1911, la cargó con balas del calibre .45 ACP y se la metió en el cinturón.

Luego fue a buscar una Goose Island a la nevera y salió a la terraza. La piscina estaba iluminada y la superficie, de un llamativo tono aguamarina, emanaba vapor debido al frío aire nocturno. Mason se acercó a la barandilla y contempló el sur de la ciudad y el oscuro horizonte del lago Michigan, situado al este. Encima de él parpadeaban las luces rojas de las dos cámaras de vigilancia.

Al mirar a la calle notó el peso del arma. «Una vez que encuentre un vehículo, hay doce horas de Nueva York a Chicago.

«Sandoval tenía razón. No tardará en llegar».

Mason se sentó en una silla para protegerse del viento. Minutos después, la puerta se abrió y salió Diana. Llevaba el uniforme oscuro y estaba finalizando su propia versión de lo que consideraba una larga jornada de trabajo. Se acercó a la barandilla y, temblando de frío, miró el lago al igual que había hecho Mason, que rompió el silencio.

—Tengo que preguntarte una cosa.

—¿Qué?

—¿Conoces a un hombre llamado Sean Burke?

Cuando Diana se dio la vuelta, a pesar de la tenue luz que proyectaba la piscina, Mason percibió pánico, primero en sus ojos y luego por todo su cuerpo.

—¿Dónde has oído ese nombre? —preguntó ella con voz quebradiza. Mason no respondió—. Trabajaba para Darius y luego desapareció. ¿Por qué?

—Ha vuelto.

Diana se quedó paralizada. Cuando entró de nuevo en la casa, el pánico que Mason había detectado se convirtió en otra cosa, en algo más parecido a una súbita y resuelta determinación.

Mason la siguió y ya estaba en su dormitorio cuando le dio alcance.

—¡Diana, espera!

—No —dijo ella asiendo el pomo de la puerta—. Me voy.

—Debemos permanecer juntos —respondió Mason, que le agarró la muñeca—. Es la única manera de que sigas a salvo.

—Lo estaba antes de que tú llegaras, Nick. Ahora, ya no.

Se hallaban tan cerca el uno del otro que Mason notó su aliento en la mejilla. El corazón le latía con fuerza.

—Estoy buscando una salida —dijo—. Para los dos.

—¿Para los dos? No necesito tu ayuda, Nick, ni tu protección. No necesito nada de ti.

Diana se zafó y abrió la puerta del dormitorio. Él la cogió de los brazos y le dio la vuelta.

—Me haces daño —replicó Diana.

Mason la soltó, pero no se fue. Era la primera vez que veía su habitación, donde había una cama con dosel, un tocador y una silla con una lámpara de lectura. Todo era elegante y funcional, bello en su modestia.

Al igual que ella.

—Estoy asustada, Nick.

—Lo sé... —Mason dudó antes de continuar, porque era algo que no quería reconocer, ni siquiera a sí mismo—. Yo también.

—Tengo que irme de aquí. No lo aguanto más.

Mason la miró de nuevo y dijo:

—Vámonos.

Mason abrió la puerta del apartamento. Era la segunda vez que iba allí. Diana pasó junto a él y contempló las paredes desnudas, las luces de la calle y el tráfico nocturno que circulaba doce pisos más abajo.

—¿Qué es esto? —dijo.

—Un lugar para escapar de todo.

Cuando se dio la vuelta, Mason vio que estaba temblando.

—¿Qué te ocurre?

—Vas a matarme —dijo ella—. Por eso me has traído hasta aquí. Tienes una pistola en el cinturón. Nunca habías llevado una.

—Porque Sean Burke nunca había ido a por mí. —Mason dio un paso adelante y la miró a los ojos—. Yo nunca te haría daño. Mataría a quien lo intentara.

Luego le susurró al oído:

—Los dos sabemos a qué me dedico, pero todavía sé lo que no haría jamás. Si alguna vez me pidieran que te liquidara... mataría a quien fuera necesario, incluido a mí mismo. Te lo juro.

Diana dejó de temblar y se acercó a él. Mason notó que la tensión se evaporaba de su cuerpo. Por un momento, Diana intentó apartarse, pero él seguía abrazándola y mirándola a los ojos. La luz de la ciudad le permitió ver las lágrimas que le surcaban las mejillas.

—No quiero que Cole me toque —dijo ella con voz casi imperceptible.

—No lo permitiré.

—¿Y qué vas a hacer, Nick? No puedes impedírselo.

Era algo que Mason había pensado por primera vez cuando recorrió aquel pasillo después de asesinar a McLaren y que cobró forma mientras cruzaba el bosque con todo un pelotón de *rangers* del ejército persiguiéndolo. La idea se afianzó en cuanto se metió en aquel búnker, vio media docena de cadáveres y se dio cuenta de que la sangre que había en el suelo debía de haber sido la suya.

Era una idea directa y simple y resonaba en su mente con tanta claridad como la campana de la iglesia de San Gabriel:

«En cuanto Darius Cole salga de la cárcel.

»En veinticuatro horas.

»Aunque eso signifique acabar entre rejas...».

—Lo mataré —dijo Mason.

Por su mirada, Diana parecía estar sintiendo una docena de emociones a la vez: conmoción, horror y un momento de esperanza que al instante trocó de nuevo en horror. Luego negó con la cabeza e intentó apartarse de él.

Pero habían llegado demasiado lejos juntos y ya estaban demasiado cerca el uno del otro para separarse. No había marcha atrás, y cuando Mason acercó el cuerpo de ella hacia sí, Diana no se resistió. Su boca estaba tan cerca de la de ella que sus alientos se mezclaron, su pecho pegado al de ella mientras sus corazones latían a contrapunto. Diana le apoyó una mano en el pecho, no para apartarlo de sí, sino para bajarlo al suelo. Él le puso las suyas en los hombros y la hizo deslizarse con él.

Finalmente se besaron, con timidez al principio, y luego cada vez con más pasión, hasta que empezaron a arrancarse la ropa el uno al otro. Diana le clavó las uñas en la espalda. Todo el miedo y la tensión desaparecieron, pues ambos deseaban sentir otra cosa, algo real, inmediato y bueno, al menos durante esos breves momentos bajo la luz mortecina.

Más tarde, Diana perfiló con el dedo las vendas que Mason llevaba en el hombro y el cuello. Él miró al techo y no rompió el silencio, no quiso enturbiar aquel momento de plenitud que no imaginaba que experimentaría ese día.

—Tiene que haber otra manera —dijo Diana—. ¿Y si...? —Se incorporó, apoyándose en un codo para poder ver el rostro de Mason—. ¿Y si no eres capaz? ¿Qué será de ti? ¿Y de mí?

—No fallaré.

—Déjame ayudarte —dijo.

—No. Tengo que hacerlo yo solo.

Diana se tumbó con la cabeza apoyada en el hombro de Mason mientras la ciudad de Chicago, hermosa y temible al mismo tiempo, los esperaba al otro lado de la ventana del piso doce. Mason sabía que solo podrían seguir escondidos unas horas.

«Nadie puede ayudarme».

Las palabras se repetían en su cerebro. Una y otra vez, chocaban entre sí y

finalmente conectaron con algo más. Por primera vez desde que había salido de la cárcel, Nick Mason alcanzó a visualizar la única manera de conocer la libertad.

«Nadie puede ayudarme.

»Excepto un hombre.

»Sean Burke».



No hay muchos hombres que puedan cambiar la vida de una ciudad entera.

El presidente. El papa. Cuando vienen de visita, todo se detiene, todo el mundo lo sabe. Cuanto existe es distinto por unas horas. Después, el hombre se marcha y todo vuelve a la normalidad.

Cuando Sean Burke regresó a Chicago, solo conocía su nombre un puñado de residentes. Menos aún quienes eran conscientes del caos que estaba a punto de traer consigo.

Pero, para esa gente, Burke cambiaría la ciudad para siempre.

A Sean Burke le importaba una mierda Chicago, su vieja ciudad natal, o lo mucho que pudiera cambiar ese día. Él solo quería una cosa: a un hombre llamado Nick Mason.

En La Villita, Marcos Quintero cerró la maleta que contenía la ropa de su hija Gabriela. Rosa, su mujer, tenía una vieja amiga en la iglesia de la calle Veintiocho. Ahora vivía al otro lado de la frontera, en Hammond, Indiana, y era allí adonde las llevaría hasta que supiera a ciencia cierta que estaban a salvo.

Cuando las ayudó a cargar las maletas en el coche, Quintero miró a un lado y otro de la calle. Desde que Mason había aparecido por allí sabía lo vulnerable que era su familia, lo fácil que sería encontrarlas.

En especial, para el hombre a quien en su día había transmitido las órdenes de Darius Cole, el antecesor de Nick Mason, el tipo que marcaría la pauta de cada asesino al que contratara su jefe en adelante.

Sean Burke era el verdadero Ángel de la Muerte.

En Lincoln Park, el agente Frank Sandoval aparcó detrás de Nick Mason y lo siguió calle abajo. Sean Burke llevaba dieciséis horas fuera de la Unidad de Custodia Preventiva y Chicago estaba a doce de Nueva York. Ese fue el cálculo que hizo pensar a Sandoval que había llegado la gran ocasión en que debía tomarse un tiempo para él. El sargento que lideraba su equipo de seis hombres no se lo tomó nada bien. Últimamente, el sargento no se tomaba bien demasiadas cosas.

Sandoval tampoco. Para ser sinceros, no sabía cómo podría seguir haciendo su trabajo.

Pero hoy todo pasaba a un segundo plano ante lo más importante: no perder nunca de vista a Nick Mason.

El alguacil Bruce Harper había pedido el alta en el hospital Forest Hills, desoyendo los consejos de los médicos. Llevaba la cabeza recién vendada y tenía una contusión de grado tres, lo cual le provocaba náuseas intermitentes y visión borrosa. Pero se encontraba mucho mejor que los seis funcionarios de prisiones que yacían en las mesas de metal del sótano.

Travis Claiborne. Así se llamaba el alguacil al que habían encontrado con un disparo en la cabeza en el aparcamiento situado frente al búnker.

El puto Travis Claiborne, un hombre al que Harper había apartado del WITSEC hacía meses, para luego enterrarlo en Operaciones con Prisioneros. Su intuición sobre la integridad básica de aquel hombre había sido acertada, pero no sobre su capacidad para irrumpir en su antigua oficina.

Harper maldijo por enésima vez mientras se vestía, y tuvo que agarrarse a la barra de la cama un minuto entero hasta que pudo empezar a caminar. Cuando lo

hizo, fue a la planta baja, se montó en un taxi y se dirigió al aeropuerto para embarcar en el vuelo de las 11:43 rumbo a Chicago.

La ayudante del fiscal Rachel Greenwood miró las cajas que se amontonaban en la sala de reuniones más grande de su oficina. La vista estaba programada para la mañana siguiente, cuando la petición de retirar todos los cargos contra Darius Cole sería valorada por la jueza Oakley. Eso daba a Greenwood un día entero para repasar las pruebas del juicio original.

«Si la “Defensa Scarpa” de Starr funciona y casi todo queda excluido, ¿qué me queda?», se preguntó.

Miró el contenido de la primera caja. Historial de detenciones. Atestados. Sacó una fotografía de la ficha policial. Un rostro delgado con cicatrices. El rostro de un animal hambriento.

Sean Burke. Era su última oportunidad para poner a un testigo en contra de Cole.

«No tengo nada. Esto va a acabar en un baño de sangre».

Darius Cole despertó a diecisiete pisos de altura. Por la pequeña ranura de la pared se filtraba un delgado rayo de sol. Doce años después del largo viaje a Terre Haute, estaba de vuelta en Chicago, la ciudad de la que seguía siendo su dueño.

Debería de haberse sentido bien aquella mañana. Podía mirar atrás y reconocer, uno tras otro, los sucesivos pasos triunfales desde que empezó a trazar un plan leyendo publicaciones de Derecho en la biblioteca de la cárcel, hasta que encontró el único vacío legal de sus juicios, dirimidos por jurados anónimos. Entonces se dio cuenta de que, en algún lugar de Chicago, uno de los doce miembros del jurado debía de haber comentado el caso con la persona equivocada, en el sitio y momento equivocados.

Esa era la idea que lo había echado todo a rodar, y esa mañana tenía a uno de los mejores abogados del país dirigiéndose a la vista armado hasta los dientes para presentar batalla...

Cole hizo un cálculo mental rápido: si todo salía tal como lo había orquestado, sumando la duración del proceso podría suceder que saliera en libertad en unas treinta horas. No era seguro todavía, pero cabía la posibilidad de acometer otros movimientos si aquel no se saldaba con un jaque mate.

Porque, si eres Darius Cole, siempre existen otros movimientos, otras piezas sobre el tablero que mover.

La única pieza que le inquietaba aquella mañana era Sean Burke. Había sido un error no atacarlo más duramente cuando abandonó Chicago. Debería de haber enviado a todo un ejército en su busca. Lo que hubiera sido necesario.

Cole miró por la rendija de la pared, pero solo alcanzaba a ver el edificio de enfrente y parte de la calzada si se ponía de puntillas. Sean Burke había salido del búnker. Era la pieza solitaria que avanzaba por el tablero. Y, para Cole, no había duda alguna de dónde acabaría.

Al cruzar el puente Skyway, Sean Burke vio a lo lejos los cuernos diabólicos que formaban las torres Sears. La última vez que pasó por allí iba en dirección contraria para salir de Chicago. Fue la jornada en que puso rumbo al este para empezar una nueva vida en Nueva York y dejar atrás el único hogar que había conocido desde su llegada a Estados Unidos.

No creía que fuera a tener motivos para regresar algún día. Cuando lo enviaron a Dannemora, se convirtió en un imposible. No volvería a ver Chicago nunca más. Pero allí estaba, circulando sobre el río Calumet con una camioneta Ram 1500 y unas ropas que en su día habían pertenecido al empleado de la gasolinera de Flushing Meadows.

Nada más entrar en la ciudad, se dirigió al oeste hasta llegar a Beverly, su antiguo barrio irlandés. Reconocía la mayoría de los edificios, lo cual no le sorprendió. Era una zona a la que no le gustaban los cambios, precisamente.

Detuvo la camioneta a media manzana del bar de la esquina, se apeó y recorrió la vieja acera. Cuando estuvo delante del edificio, vio las ventanas oscuras y el precinto policial en la puerta. Era la casa de su primo Eamon, el hombre que lo acogió cuando tuvo que huir de Crossmaglen, quien le permitió dormir en la habitación libre del piso de arriba y le presentó a ciertas personas del barrio. Aquella mañana, Eamon debería de haber estado cocinando huevos para los pintores y fontaneros, y sirviendo las primeras copas del día a los que no podían o no querían trabajar. Sin embargo, el local aparecía cerrado a cal y canto. Cuando Burke se disponía a cruzar la calle, pasó un coche patrulla y estacionó en el aparcamiento.

No le hizo falta ver nada más para saber que Eamon estaba muerto.

Burke volvió a la camioneta y cruzó la ciudad apretando los dientes y asiendo con fuerza el volante. El rifle que había traído del búnker descansaba en el asiento del acompañante y, al mirarlo, intentó calcular cuántos cartuchos le quedarían.

«No quiero utilizar un arma. No quiero que sea rápido».

Burke recordaba la ubicación de la oficina en Canal Street, cerca del río Chicago. Se encontraba entre varias fábricas en un parque industrial donde el tráfico era poco denso. Recordó también que allí se descargaban y abrían cajas; algunas se tiraban y otras se enviaban a distintos lugares de los cuales Burke no sabía nada. No era responsabilidad suya y pensó que tampoco estaba previsto que conociera la existencia de aquel lugar. Pero ya no importaba, porque al llegar vio que había una empresa de refrigeración en el viejo edificio. No se molestó en bajar de la camioneta a preguntar si alguien sabía adónde se había trasladado el negocio de importaciones y exportaciones. Estaba seguro de que se hallaría a buen recaudo en otro rincón olvidado de la ciudad.

«Cole es demasiado inteligente para mantener su oficina por mucho tiempo en

el mismo lugar —pensó para sí—. Pero ¿cuántos de ellos seguirán vivos, trabajando para él y quién podría conducirme hasta Nick Mason?».

Burke se dirigió a La Villita, en dirección al oeste. Giró por Trumbull, pasó frente a la vieja casa ubicada en mitad de la manzana, aparcó y buscó algún rastro de Quintero. En su celda había pasado muchas noches pensando en rendir cuentas con ese cabrón, el hombre que lo llamaba de madrugada para darle órdenes como si fuera un maldito esclavo blanco. Burke no sabía qué haría falta para que Quintero delatara a Mason, pero tenía la esperanza de que fuera testarudo, de que fuera necesario torturarlo a él y quizá también a su familia hasta arrancarle la información.

Siguió esperando, pero no había signos de vida y no podía preguntar a los vecinos si Marco Quintero vivía aún allí. En un barrio como aquel no le dirían absolutamente nada a un desconocido pelirrojo.

Camino del restaurante de Rush Street, cada manzana parecía traerle recuerdos de diferentes trabajos que había realizado, primero para el anciano que regentaba la casa de apuestas y luego para Cole, que le pagaba mucho mejor pero mostró reparos cuando canceló el asesinato de un traficante rival y Burke lo ejecutó de todos modos. Él mismo llegó a creer que la guerra había terminado hasta que, después de tantos años, Cole envió a aquellos hombres para que lo mataran en el ascensor.

«¿De verdad pensabas que me iría de la lengua?», le preguntó mentalmente Burke.

Durante el trayecto, intentó recordar el nombre del restaurante aquel donde Cole blanqueaba gran parte de su dinero. Empezaba por «a»...

«Antonia's. Eso es».

El lugar tenía mejor aspecto del que recordaba. Ahora había toldos rojos en las ventanas y otro encima de la puerta. Burke aparcó la camioneta y entró por la puerta principal. Se preguntaba si Cole seguiría utilizando el local para blanquear dinero y dar a sus empleados especiales un puesto de trabajo al que ni siquiera tenían que comparecer. Solo había una manera de averiguarlo.

—Buenos días, señor —dijo el *maître* en un tono que denotaba cualquier cosa menos eso—. ¿Tiene reserva para comer?

Burke se miró y cayó en la cuenta de que todavía llevaba la camisa de trabajo y los vaqueros del dependiente de la gasolinera. Era el típico esnob estadounidense que creía que un traje caro lo convertía en un ser superior.

—Me temo que no.

—Lamentablemente, lo tenemos todo reservado esta tarde.

Burke estaba mirando en dirección a la cocina diáfana y vio a la mujer. Diana. La chica de Cole. Estaba tan guapa como recordaba. Era lo mejor que había visto en mucho tiempo.

—¿Le importa que utilice el meadero? —preguntó Burke.

—¿Disculpe?

—El baño. El lavabo.

Al *maître* pareció no gustarle la idea, pero le indicó el camino de todos modos. Burke le dio las gracias y fue hacia el baño evitando entrar en el campo visual de Diana. Cuando encontró la puerta de la oficina, miró un momento a su alrededor y la abrió.

Estaba dispuesto a forzar la puerta del archivador si era necesario, pero la encontró abierta, su primer golpe de suerte desde que le habían llevado la bandeja metálica a la celda del búnker. Al llegar a la letra «m», buscó la dirección de Nicholas Mason.

No se lo podía creer.

La que Burke esperaba que fuese su última parada no quedaba lejos de allí. Ya se encontraba al norte del Loop siguiendo la línea de la costa. North Avenue Beach estaba casi vacía y el viento proveniente del lago formaba olas espumosas. Burke entró en Lincoln Park West y aminoró la marcha al acercarse a la casa. Después dio dos vueltas a la manzana y se detuvo cerca de la entrada del zoo, desde donde podía avistar su objetivo.

Ver la casa adosada le trajo el recuerdo de la única vez que le permitieron entrar y subir las escaleras de madera hasta los aposentos del gran Darius Cole; la magnífica cocina con encimera de granito verde y la isla central, más espaciosa que la habitación que compartía con su hermano, los lujosos sofás de piel, la televisión gigantesca y la zona de la piscina en la terraza. «¿Quién cojones construye una piscina a dos pisos de altura?». No le habría importado pasar más tiempo allí.

A Burke le sorprendió un poco el repentino ataque de celos que sentía crecer dentro de él. Cuando trabajaba para Cole le pagaban bien, eso era indiscutible. Pero no lo invitaron nunca a vivir en el palacio con la reina como sí había ocurrido con Mason. Burke ocupaba aquel apartamento de mierda encima del bar de Beverly, donde no había una cocina grande, ni una piscina a dos pisos de altura ni vistas al lago. Y en lugar de encontrarse cada noche con una mujer como Diana, veía a Eamon, su primo borracho.

Pensar en él lo devolvió al presente y sopló un poco de viento fresco sobre la hoguera que ardía en su interior. Se quedó en la camioneta observando la casa hasta que por fin vio una cara por encima de la barandilla.

«Tiene que ser él —pensó—. Ese es Nick Mason».

Mason se cansó de esperar. Ya había oscurecido y era momento de ponerse en marcha. Bajó al garaje, se montó en el Jaguar y pulsó el botón de la puerta. La esquivó por solo unos centímetros al dar marcha atrás, volvió a pulsar el botón e hizo girar las ruedas sobre el asfalto. Aquella fría noche, todas las farolas estaban encendidas.

Recorrió Rush Street vigilando al coche oscuro que llevaba detrás. Era Sandoval. Si había alguien más siguiéndolos, no podía verlo. Mason se detuvo en la zona de los aparcacoches, justo delante del restaurante, y encontró a Diana cerrando la cocina. Parecía asustada.

—Todo saldrá bien —le dijo cuando le entregó las llaves de su apartamento



secreto—. Asegúrate de que no te siga nadie.

Diana no pareció creerse la primera parte, pero entendió la segunda y le dio un beso rápido en los labios al mismo tiempo que cogía las llaves. El restaurante estaba vacío. Nadie podía verlos y Mason sintió el impulso repentino de subirla a la mesa.

—Ya lo celebraremos más tarde —dijo Diana, que le leyó el pensamiento—. Ve con cuidado.

Mason asintió y se sacó la pistola del cinturón mientras la acompañaba a la puerta trasera. Salió él primero y dejó que se cerrara. Luego esperó por si oía pasos, un disparo o cualquier otra cosa. El callejón estaba tranquilo. Abrió otra vez la puerta y Diana fue corriendo hasta el BMW.

Mason volvió dentro. Cuando miró por la ventana de la entrada se alegró de no ver el coche oscuro de Sandoval aparcado en la calle. Tampoco vio el Escalade de Quintero ni el vehículo gris que a veces se turnaba para seguirlo.

Sin embargo, todavía no había rastro de Burke.

—¿Dónde coño te has metido? —dijo Mason—. Estoy aquí. La puerta está abierta.

Se había pasado el día entero pensando al igual que lo haría Burke, intentando meterse en su cabeza. «¿Qué haría yo si la situación fuera a la inversa?». Por eso quería hacerse visible sin que resultara demasiado obvio. Si Burke había trabajado para Cole, sabría de la existencia de la casa y probablemente también del restaurante.

Pensando de nuevo como Burke, la casa adosada no era un buen lugar para mover ficha. Aquel hombre había escapado de un búnker subterráneo con seis guardias armados, pero esas desventajas tácticas eran inevitables. No resultaba razonable intentar ahora colarse en una casa situada a dos pisos de la calle pertrechada de cámaras de vigilancia y sabía Dios qué otras medidas de seguridad, y especialmente si sabías que el ocupante acabaría saliendo y poniéndote las cosas mucho más fáciles.

Así pues, solo quedaba el restaurante. El coche de Mason estaba estacionado

justo enfrente. Solo faltaba una valla publicitaria anunciando que Burke podía encontrarlo allí. Pero en cuanto ejecutara un movimiento, el siguiente problema consistiría en cómo aislarlo, en cómo alejarlo de todos, incluido Sandoval, y al mismo tiempo revertir la situación para que fuese Burke el que se hallara en desventaja táctica.

«Habría sido fantástico tener a Eddie cubriéndome las espaldas», pensó Mason, que volvió a mirar hacia la calle. Esta vez divisó la berlina oscura a media manzana de distancia y con el morro apuntando al restaurante. No era necesario ver a través del parabrisas para saber quién era su ocupante.

Sandoval.

Mientras marcaba su número, reprodujo mentalmente lo que estaba a punto de acontecer. Allí sentado en un coche sin distintivos pero obvio, Sandoval estaba igual o más desprotegido que él. Burke ni pestañearía antes de meterle una bala en la nuca. Era lo último que Mason necesitaba en aquel momento, pensar en un policía con la gorra en la mano llamando a la puerta de la exmujer e hijos de Sandoval.

—Escúchame —le dijo Mason en cuanto descolgó—. Tienes que salir de aquí.

—No iré a ningún sitio.

—Sandoval, no tienes ni puta idea de lo que estás haciendo. No hay tiempo para explicaciones. Muévete.

Mason colgó el teléfono y miró de nuevo por la ventana. Había llegado el momento de pulsar el botón de *reset* y largarse de allí. Abrió la puerta y salió. Era casi medianoche y había refrescado, aunque apenas lo notó. Cuando estaba a punto de abrir la puerta del Jaguar, vio un cable colgando de la manija. Detuvo la mano a un centímetro, dio un paso atrás y se apoyó en una rodilla para mirar debajo del vehículo. El cable estaba conectado al chasis, pero no pensaba meter la mano para averiguar con qué.

El teléfono volvió a sonar. Sabía que era Sandoval y ni se molestó en comprobarlo. Miró a un lado y otro, y echó a andar. A cada paso que daba imaginaba a Sean Burke apuntándole a la espalda con la mira telescópica. Pero

no, tenía la intuición de que no se trataba de un asesino de larga distancia o, cuando menos, de que no lo sería en este caso.

«Para él, es algo personal. Querrá verme la cara y que yo vea la suya».

Mason oyó un coche acercándose por detrás mientras recorría Rush Street en dirección sur. Dobló por Illinois y empezó a caminar por una calle de un solo sentido. Si seguir en coche a un hombre que iba a pie ya era difícil de por sí, en Chicago resultaba prácticamente imposible.

Iba contando las manzanas que faltaban para llegar al edificio de apartamentos, que no quedaba tan lejos una vez cruzado el río. Entonces se detuvo. Se encontraba al lado de Nordstrom's, que estaba cerrado. Sin embargo, las ventanas se hallaban iluminadas con una muestra otoñal de calabazas y hojas, y una elegante maniquí que lo miraba fijamente a través del cristal. Vio a una figura caminando hacia él, una sombra solitaria que se agrandaba a cada paso. No era Sandoval. Él actuaría como un policía, permanecería en el coche y, si acaso, avisaría por radio. Burke, en cambio, abandonaría un vehículo robado en un abrir y cerrar de ojos, y continuaría a pie. Lo sabía porque él haría lo mismo si estuviera en su lugar.

Mason se metió la mano dentro de la chaqueta y empuñó la Browning. La figura se acercó más y titubeó un momento al verlo con la mano a la altura del cinturón. Era un lenguaje corporal inconfundible en una ciudad en la que cada día había un muerto por arma de fuego. El hombre cruzó la calle y siguió caminando sin quitar el ojo de encima a Mason.

En ese momento vio otra figura, otra sombra solitaria en la intersección. No se movía.

Mason pensó en el entrenamiento con Eddie y se preguntó a qué distancia debería encontrarse para realizar un disparo realista con la Browning. Estudió la figura con atención y, cuando arreció el viento, vio la cola del abrigo de aquel hombre moviéndose. Entonces recordó el hueco en el armero del búnker y la maraña de cuerpos en el suelo.

«Lleva un rifle de asalto debajo de ese abrigo. Si nos ponemos en plan Salvaje

Oeste en plena calle, soy hombre muerto».

Mason dio media vuelta y siguió caminando, dobló por Wabash y se dirigió al río. Con las torres gemelas de Marina City a un lado y la estridente Trump Tower al otro, tras girarse, vio de nuevo la sombra a una manzana de distancia. Cruzó el puente de Wabash Avenue con las luces nocturnas de Chicago centelleando en el agua.

«Necesito una buena jugada. Ganar ventaja».

Siguió avanzando por el puente, aceleró al doblar por Wacker y enfiló el paseo que discurría junto al agua. Pero entonces se dio cuenta de lo desprotegido que estaba allí y de que su perseguidor podía utilizar la barandilla del puente para equilibrar el arma y acribillarlo. La única cuestión por dilucidar sería entonces si su cuerpo caería en tierra firme o al agua. Mason apretó el paso y se dirigió al sur por State Street. Recorrió otra manzana y llegó a la intersección de Lake Street, donde vio a un puñado de borrachos que seguían en la calle en medio de aquella fría noche, reunidos en la esquina donde el tren elevado cruzaba de este a oeste y el metro, de norte a sur.

Mason subió las escaleras del tren, se detuvo junto a la ventana que daba al norte y vio al hombre caminando por State Street. Bajo la tenue luz divisó el cabello pelirrojo y el abrigo largo que colgaba de sus hombros estrechos. El hombre subió las mismas escaleras, así que Mason cambió de andén y bajó a la calle. Luego cruzó State Street mirando hacia atrás al tomar las escaleras que llevaban al metro.

Había un tren esperando cuando llegó al andén. Cruzó las puertas y observó atentamente detrás de él. Una voz automática indicó a todo el mundo que se alejara de las puertas, y en ese momento bajó corriendo un grupo de universitarios y subió al tren. Cuando se cerraron las puertas, Mason se dirigió a la parte trasera y miró hacia el otro vagón. Los chicos, al menos una docena en total, iban de pie, y cuando se apartaron vio a Sean Burke iluminado por la luz artificial.

Ambos se miraron a los ojos y Burke sonrió. Luego se separó el abrigo del

cuerpo y Mason vio el rifle colgando de la correa. Los ojos de Burke escudraron a todos los ocupantes del vagón. Además de los universitarios, había dos hombres mayores enfundados en monos de trabajo y una mujer con un bebé envuelto en un chal. Burke los observó a todos con la misma sonrisa antes de mirar de nuevo a Mason. El mensaje estaba claro: si era necesario, mataría a los demás pasajeros sin pestañear.

Los dos permanecieron inmóviles mientras el tren avanzaba por las vías. Finalmente, Burke se acercó a la puerta. Mason retrocedió, fue al extremo opuesto y cruzó la puerta. Después se dirigió al fondo del otro vagón e hizo lo mismo. Al darse la vuelta, vio a Burke avanzando lentamente. Ambos sabían que apenas quedaban unos cuantos vagones para llegar al final.

Pero exclusivamente uno de los dos había viajado en la línea roja las suficientes veces como para saber que la siguiente estación se encontraba a solo cuatro manzanas de distancia.

Mason vio a Burke entrar en el último vagón y observó al resto de pasajeros: un hombre sentado al lado de la puerta, otro aparentemente dormido y un tercero de pie agarrado a la barra. Este último sería el primero en recibir un disparo; no tenía ni idea de que le quedaban unos cinco segundos de vida. Mason sacó la Browning del cinturón y ya estaba a punto de gritar que se echaran todos al suelo cuando de repente parpadearon las luces un instante y el conductor frenó de forma abrupta. El hombre que iba agarrado a la barra se balanceó y Mason vio cómo Burke perdía el equilibrio y se golpeaba la cabeza contra el cristal. El tren se detuvo antes de que Burke pudiera abrir la puerta. Mason avanzó rápidamente para bajarse por la otra, abrió la puerta y salió al andén.

Llevaba la pistola detrás. Empuñándola con la mano derecha, le había quitado el seguro y tenía el dedo en el gatillo. Burke había quedado atrapado entre dos vagones durante unos segundos, pero cuando Mason se aproximaba a la salida, lo vio franquear la puerta. El cañón del rifle de asalto asomaba por debajo del abrigo y ahora tenía ángulo suficiente para disparar. Había unas escaleras que llevaban a la calle, pero Mason no podía salir de allí sin recibir un balazo.

Al mirar hacia atrás, vio una puerta metálica mugrienta. Intentó abrirla, pero no pudo. En aquel lado del tren no había motor, así que el conductor viajaba en el otro extremo y no interferiría en lo que Mason se viera obligado a hacer a continuación.

Echó otro vistazo rápido mientras los demás ocupantes del andén subían por las escaleras. Burke le sonrió. Mason no tenía escapatoria. A menos que...

Mason sabía que era su única opción cuando se apretujó contra el borde de la plataforma que se extendía más allá del final de la pared hacia la oscuridad. Oyó las pisadas de Burke siguiéndolo, cada paso que daba a través de las vías, mientras Mason mantenía la espalda pegada a la pared, y se movía tan rápida y silenciosamente como era capaz. Cuando se acabó la plataforma, vio unas escaleras de metal que conducían a las vías. Miró hacia atrás una vez más y percibió una sombra obstruyendo la luz: Burke se acercaba y Mason bajó a la vía.

Más adelante había otra luz de seguridad, pero Mason no estaba lo bastante cerca como para ver por dónde pisaba. Sabía de la existencia de una tercera vía en algún lugar y también de ratas, suciedad y otras cosas de las cuales no tenía tiempo para preocuparse. Siguió andando hasta que la luz estuvo más cerca.

«Vas a pasar por delante de un puto foco —se dijo—. Si acaso, también podrías pintarte una diana en la espalda».

Avanzó otros diez metros hasta que vio el hueco a su derecha. Se agachó y apoyó la espalda en la pared. Aguzó el oído, pero no oyó pasos, sino el sonido distante de un tren sobre las vías. Era cada vez más intenso.

Le latía muy rápido el corazón e intentó calmarse.

«Respira. Concéntrate».

El estruendo de las vías fue en aumento. A lo lejos se divisaba una luz más brillante a cada segundo que pasaba y llegó el sonido del tren, pero venía de la derecha y por la vía contraria. La luz se filtraba por entre las columnas que separaban los raíles. Cuando el tren tomó una curva y redujo la velocidad para detenerse en la estación de Monroe Street, la luz parpadeó y se volvió más

intensa. Mason se aproximó al borde del hueco y retrocedió al ver una sombra. Esperó, sosteniendo la pistola con ambas manos.

El tren pasó por la otra vía y Mason se quedó allí observando, listo para reaccionar en un instante.

Primero vio el cañón del rifle. Empuñando la Browning, lo golpeó desde abajo con ambas manos. Entonces salió e intentó agarrarlo, pero Burke se alejó demasiado rápido y Mason sintió la culata del rifle antes de verla u oír cómo le golpeaba en la cabeza y lo lanzaba contra la pared. Burke le propinó una patada en el estómago que le cortó la respiración y luego utilizó el rifle para golpearle en la nuca.

Mason se quedó a gatas, rodeado por la mugre de las vías subterráneas, esperando el disparo, preguntándose si lo notaría siquiera.

—Levántate —dijo una voz con un deje rítmico, casi musical, algo llegado desde muy lejos—. Ponte de pie.

Mason se apoyó en la pared. Cuando estuvo erguido, recibió otro golpe en la cara. No sabía si había sido con el rifle o con el puño, pero tampoco importaba. Al desplomarse en el suelo polvoriento, imaginó la cara de su hija con la misma expresión que cuando la dejó en el restaurante.

Si al menos hubiera sabido que esta iba a ser la última vez que la vería...

Notó una mano agarrándolo de la chaqueta para obligarlo a levantarse. Desde algún lugar, le llegó otro sonido. Una tormenta en la distancia, algo lejano que ya no tendría importancia. Bajo la tenue luz, vio el rostro de Burke, tranquilo y sosegado, estudiándolo y preparándolo para recibir otro golpe. Antes Mason llevaba una pistola en la mano. ¿Dónde estaba ahora? Había desaparecido.

—¿En serio eres el hombre que Cole contrató para sustituirme? —preguntó Burke con su acento irlandés—. ¿Estás de coña?

Mason oyó cómo llegaba el puñetazo, pero no sirvió de nada. Recibió el golpe en la barbilla y habría vuelto a desplomarse de no ser por la pared. El sonido era cada vez más fuerte y en la parte norte del andén apareció una luz. Cuando Burke se volvió hacia ella, Mason hincó una rodilla en el suelo y le atizó con el

puño derecho en la entrepierna. Lo había aprendido en las calles de Canaryville: hay que jugar sucio cuando es necesario. Incluso cuando no lo es.

Burke se dobló y Mason lo empujó con el hombro contra una columna. El irlandés soltó un grito de dolor cuando Mason cogió el rifle de asalto, no para dispararle, sino para tirar de la correa y presionarlo contra su cuerpo.

El tren se detuvo en seco en la estación y bañó a ambos con una molesta luz blanca. Mason tiraba cada vez más fuerte de la correa. Con el pie derecho, Burke le dio una patada en la pierna, se apartó de la columna y lo empujó otra vez hacia la pared opuesta. Los dos cayeron sobre los raíles, pero no se electrocutaron. Ahora Burke estaba encima presionándole el cuello con el rifle. Cuando el tren salió de la estación, Mason pudo ver el interior de los vagones, las cabezas de la gente de regreso a su vida cotidiana. El ruido fue ensordecedor. Mason forcejeó con el rifle, que volvía a presionarle la garganta y le cortaba la respiración.

Recordó, una vez más, el rostro de Adriana mientras las vías traqueteaban bajo su espalda y el tren los dejaba atrás. Adriana cuando era un bebé llegando a la pequeña casa de Canaryville. Adriana a los cuatro años, sentada a la mesa esperando las crepes un sábado por la mañana. Adriana con nueve años, junto a él en el asiento de acompañante del coche. Tuvo otra visión de Adriana de adolescente, montada en un vagón de metro y ajena a que su padre había muerto allí mismo.

Otro sonido. Otra luz. Mason desvió la mirada hacia la derecha y vio otro tren acercándose, pero esta vez por la vía en la que se encontraban. Burke levantó la cabeza y miró a Mason con una sonrisa cruel. Dijo algo, pero el ruido del tren era demasiado intenso. El suelo empezó a temblar y Burke salió de los raíles. Mason sabía que apartaría el arma en el último momento, con tiempo suficiente para saltar hacia atrás y ver el tren pasar por encima de su cuerpo.

Mason trató de empujar el rifle hacia arriba. Pero entonces vio que Burke todavía llevaba la correa alrededor del cuerpo y tiró de ella hasta que tuvo su sorprendido rostro cerca.

—Nos iremos juntos —le dijo Mason agarrando con fuerza la correa mientras



Burke trataba de librarse de él.

Burke no podía contrarrestar la fuerza de Mason y abrió unos ojos como platos al ver la luz cada vez más brillante. Mason resistió. El estruendo iba en aumento y Burke siguió luchando para escapar. El tren estaba tan cerca que Mason casi podía notar el sabor del metal en la boca.

Burke soltó un grito y Mason se incorporó e hizo girar el rifle. Burke seguía atrapado con la correa y perdió ventaja ahora que se encontraba debajo. Su cuello había quedado justo encima del raíl exterior. En aquel momento, el movimiento más sencillo del mundo era que Mason se apartara y dejara que el tren decapitase a Burke delante de él.

Burke miró a un lado, gritando aún, y vio el tren a cien metros de su cabeza.

A cincuenta metros.

A veinte.

Mason lo cogió del cuello de la camiseta y lo apartó de la vía. Aún tenía agarrada la correa cuando el tren los cubrió de polvo y mierda de rata. Cuando se alejó el último vagón, Mason pudo respirar aliviado.

Luego miró a Burke a los ojos. Ninguno de los dos dijo nada.

Mason cerró el puño derecho y le golpeó en la cara una y otra vez hasta dejarlo inconsciente.

Después se puso en pie, se desempolvó la ropa y fue al otro lado de la vía a coger la Browning. Al volver, le quitó a Burke la correa del cuello. Estaba recobrando el conocimiento, así que le apuntó a la sien con la pistola.

—Acabo de salvarte la vida —le dijo—, pero te volaré la tapa de los sesos a la menor estupidez.

—¿Qué quieres?

Burke estaba sangrando por la boca y arrastraba las palabras al hablar.

—Vamos a volver al restaurante —dijo Mason alzándolo del suelo—. Allí mantendremos una pequeña charla.

Mason le había advertido a Burke de que le dispararía en la cabeza si intentaba alguna estupidez, pero aún esperaba que eso ocurriera y el irlandés no lo decepcionó.

Mason le había ordenado que subiera la escalera, y recorrieron el andén, donde atrajeron las miradas de los viajeros que esperaban el siguiente convoy pasada la medianoche. Ambos iban sucios y cubiertos de sangre, pero Mason llevaba la pistola escondida y nadie intentó pararlos.

Burke guardó silencio cuando volvieron a la calle. Mason llevaba varios rasguños en la cara y el frío le escocía en las heridas. Indicó a Burke que continuara por State Street, atravesaron la estación original de Lake Street y cruzaron el puente de Wabash Avenue. Mason evitó intencionadamente Rush Street y se encaminaron hacia la parte trasera del edificio. No necesitaba al agente Sandoval hasta que saldara cuentas con Burke.

Cuando abrió la puerta, el irlandés se puso tenso e intentó arrebatarse la pistola. Podría haberle funcionado, pero Mason ya había pensado en lo agradable que sería volver a pegarle y le atizó en la cara con el arma. Aparte de todo lo que había vivido aquella noche, le dolían mucho los dedos de la mano, aunque a Burke le había pasado mayor factura y Mason tuvo que arrastrarlo hasta la cocina, situada al fondo del restaurante. Una vez allí, lo sentó en una silla, le quitó el cinturón y le ató las muñecas con él. Después, Mason se quitó el suyo y lo usó para inmovilizarlo. No era necesario que fuese un trabajo profesional; bastaba con que estuviera quieto un rato.

Mason metió hielo en una bolsa de plástico y llenó una cacerola con agua fría

y se la echó a Burke por la cara. Después cogió una silla y se sentó delante de él.

—Despierta —dijo Mason, que hizo una mueca de dolor cuando se puso la bolsa de hielo en la mejilla.

—¿Por qué sigo respirando? —preguntó Burke tras abrir los ojos y sacudir la cabeza para despejarse.

—Ya te lo dije. Estamos hablando.

Burke miró hacia abajo y forcejeó con los cinturones.

—Cogeré lo más contundente que encuentre en la cocina y te daré una paliza si es necesario —dijo Mason—. Y ahora estate quieto y escucha.

Burke se recostó con una expresión tan desafiante como podía mostrar un hombre de setenta kilos atado a una silla.

—Para empezar, ¿qué tipo de bomba hay instalada en mi coche?

Burke sonrió.

—No hay ninguna bomba.

—Y una mierda. Hay un cable que va desde la manija de la puerta hasta...

—Eso es todo —dijo Burke—. Un cable. Es un viejo truco de Crossmaglen. Cuando éramos niños, lo utilizábamos contra la GRU.

Mason se lo quedó mirando y negó con la cabeza.

—La Gendarmería Real del Ulster —precisó Burke—. Atas un cable a la manija del coche y creen que está conectado a una bomba. Pero no lo está; simplemente has inutilizado el vehículo dos o tres horas mientras esperan a que la patrulla lo retire.

—¿Y cómo sé que no mientes de nuevo y que no hay una bomba de verdad en los bajos del coche?

—Coge un espejo, sujétalo debajo del vehículo y lo verás.

Mason no pretendía dejar a Burke solo ni un segundo, pero, a menos que quisiera arriesgarse a desatar a ese cabrón y llevarlo a la oficina, no tenía alternativa.

—No te muevas —dijo Mason, que le puso la pistola debajo de la barbilla para reforzar su argumento.

Después fue a la oficina, abrió el cajón inferior del archivo y sacó una copia de la información que Eddie le había facilitado.

Se había ausentado apenas treinta segundos y, al volver a la cocina, se sentó delante de Burke. Cuando estaba a punto de abrir el sobre, miró al suelo. Algo no estaba bien. La ubicación de las patas de la silla era ligeramente distinta.

La había movido.

Mason se levantó, agarró a Burke del hombro y le miró las manos. Seguían atadas con el cinturón, pero al examinarlas más de cerca vio la larga hoja de un cuchillo escondido en el antebrazo. Mason se lo arrebató y lo sostuvo delante de su cara.

—Debería cortarte las putas orejas —le soltó antes de lanzarlo al fregadero—. ¿Tienes algún truco más en mente? Porque empiezo a estar harto.

—Sí, tío, tengo uno más —respondió Burke mirándolo a los ojos—. Te quitaré la pistola y te vaciaré el cargador entero en el cuerpo. Y estarás vivo hasta la última bala.

«Un minuto más —pensó Mason—. Un minuto más pegándole en la cara es justo lo que necesito ahora mismo».

—Yo nunca habría testificado contra Cole —dijo Burke—. No hacía falta que te enviara para matarnos a mí y a mi primo...

Mason sacó del sobre una fotografía de dos hombres, uno negro y otro blanco. Estaba prácticamente seguro de que el blanco era el que conducía la berlina gris y se turnaba para seguirlo. Pero lo más importante es que se trataba de los dos hombres a los que Eddie había seguido hasta el bar de Beverly.

—Estos son los tipos que mataron a tu primo —dijo Mason, que sostuvo la fotografía delante de Burke—. ¿Los conoces?

—El negro es Patrick. Lleva mucho tiempo con Cole. El idiota grandullón es Gordie. Era nuevo cuando yo iba por allí —siguió examinando los dos rostros de la imagen—. Gordie es el que mató a Eamon, lo sé. No fue Patrick.

Cuando Mason volvió a guardar la fotografía en el sobre, Burke lo miró a los ojos.

—Te lo habría encargado a ti, pero estabas en Nueva York. —Mason no se molestó en contestar—. Habría sido interesante que bajaras al búnker mientras aún seguía allí.

—Pero no lo hice —dijo Mason—. Y ahora estás aquí, lo cual significa que ambos tenemos una oportunidad.

Burke entrecerró los ojos.

—¿Con respecto a qué?

—A nuestro próximo movimiento.

—En Canal Street había una oficina, pero la han trasladado —dijo Burke.

—Ahora está en la calle Ciento once.

—¿Quintero sigue trabajando para Cole? —Mason asintió—. Y la mujer de Cole sigue regentando el restaurante. La he visto este mediodía allí.

—Diana no tiene nada que ver con esto. Ni se te ocurra tocarla. ¿Me entiendes?

Burke sonrió.

—¿Te estás tirando a la nena del jefe? Eso no le va a gustar un pelo.

Mason le acercó el cañón de la Browning al ojo izquierdo.

—Tranquilízate, tío —dijo Burke—. Aparta eso y sigamos hablando.

—Quiero dejar una cosa clara: Diana no pinta nada en todo esto. Pase lo que pase, ella saldrá indemne.

—Entendido.

Mason apartó la pistola.

—Sigues vivo solo por una cosa: los dos queremos lo mismo.

—¿Y qué es? —preguntó Burke.

—Ambos queremos ver muerto a Darius Cole —respondió Mason—. Ambos queremos libertad, y podemos conseguirla si trabajamos juntos.

—¿Ahora esperas que te ayude?

Burke estaba sonriendo otra vez.

—Cole tiene una vista judicial mañana a primera hora —explicó Mason—. Es muy probable que salga a la calle hacia el final del día.

Burke asintió, sumido en sus pensamientos.

—Así que, dime la verdad —añadió Mason, que se recostó en la silla y lo miró—. ¿Qué es lo que más quieres ahora mismo? ¿A mí o a Cole?

Mason lo observó atentamente, esperando el momento clave en que Burke redirigiera el odio que anidaba en su interior hacia su antiguo jefe, tal como un tren de mercancías cambiando de vía. Igual de rápido. E igual de mortífero.

—Si acordamos trabajar juntos —respondió Burke a la postre—, ¿cómo vas a confiar en mí?

—No lo haré. Pero no me queda otra opción. Ninguno de los dos la tiene.

Burke pareció dar por buena la respuesta. Entonces, Mason se levantó y le desabrochó los cinturones. El irlandés se quedó sentado frotándose las muñecas.

Mason sacó el teléfono de prepago que había comprado ese mismo día y se lo entregó a Burke junto con varios billetes de cien dólares.

—Mi número ya está grabado. Cómprate ropa y busca un lugar donde alojarte. Burke dobló los billetes y se lo guardó todo en el bolsillo.

—Ahora cumplo órdenes tuyas, ¿verdad?

—Esta es mi ciudad —dijo Mason—. Y ahora lárgate de aquí y procura estar atento cuando te llame.

En cuanto Burke se hubo marchado, Mason reunió todo el material que había recabado Eddie: fotografías, archivos informáticos, todo lo que necesitaría un hombre para acabar con los negocios de Cole.

Mason sabía que Burke era su mejor baza para el plan A.

Pero era lo suficientemente inteligente como para entender que siempre necesitas un plan B.

Había llegado el momento de contratar esa póliza de seguros, el momento de proteger a su familia y a Diana en caso de que no viviera para ver el final del día siguiente.

Sacó el teléfono y marcó el número del agente Sandoval.

—¿Dónde te habías metido? —dijo este tras descolgar al primer tono. No

parecía contento—. Estaba justo detrás de ti, y cuando saliste del restaurante...  
¿qué hiciste: saltar por una alcantarilla o algo así?

—Olvídate de eso —respondió Mason—. Ahora mismo estoy en el restaurante. Quiero cerrar ese trato.

A las nueve de la mañana del peor día de su vida profesional, Rachel Greenwood se encontraba en la Sala de Audiencias, situada en la planta veintiuno del edificio federal, a diez metros de un hombre que era el responsable directo de la muerte de dos personas aquella misma semana, e indirecto de una docena más.

«Y solo Dios sabe de cuántas otras en todos estos años», pensó. «¿Veinte? ¿Treinta? ¿Cien? ¿Y qué decir del resto? ¿El tráfico de drogas, las extorsiones, el blanqueo de dinero, la corrupción, las vidas arruinadas?».

A diez metros de ella se encontraba Darius Cole, que estaba a punto de salir en libertad.

Pero no antes de que la jueza Oakley pronunciara una de sus famosas peroratas, aunque a Greenwood le parecieran solo palabras vacías. Había fallado. Harper había fallado. El sistema entero había fallado.

—Señor Cole —dijo la jueza mirándolo por encima de unas gafas de lectura que le daban el toque cinematográfico perfecto—, hace doce años fue usted hallado culpable por un jurado popular en un caso que sacó a la luz un extenso negocio criminal basado en sustancias ilegales, asesinatos, intimidaciones, sobornos y corrupción. Para este Tribunal, usted representa cuanto está destruyendo nuestra ciudad: las drogas, las armas y la cultura misma de la anarquía. Todo ello personificado en un solo hombre.

Darius Cole permaneció inmóvil al lado de Jay Starr. Llevaba un traje impoluto de color verde aceituna, una camisa lila pálido y una corbata de flores a juego con el pañuelo que tenía doblado en el bolsillo de la americana. Estaba frente a la jueza, sin cruzar miradas con ella, y parecía tan tranquilo e



imperturbable como un hombre cualquiera que está esperando a que el semáforo se ponga en verde.

—Es usted un cáncer para esta ciudad —prosiguió Oakley—, un cáncer que en su día fue aislado y extirpado de nuestro cuerpo social y que ahora ha regresado trágicamente, provocando una metástasis.

—Señoría... —intervino Starr.

La jueza lo hizo callar con solo mirarlo.

—Cualquier persona razonable —dijo Oakley— tendría motivos de sobra para creer que usted, Darius Cole, es el responsable directo del brutal asesinato de los dos hombres que testificaron en su contra en el juicio original. Y esa misma persona no tendría ninguna duda de que esto...

Oakley cogió la declaración jurada de Horton, el agente retirado, la misma declaración jurada que Greenwood llevaba consigo cuando se había enfrentado a él el día anterior. Horton estaba en la sala y mostró su verdadero rostro escondiéndose en la última fila.

—De que esto —dijo la jueza buscando al agente— no es más que una fantasía oportunista sobre la cual espero tener mucho más que decir en otro momento y lugar.

Greenwood vio que Cole dedicaba a su abogado una sonrisa fugaz.

—Pero, ahora mismo, debo ceñirme a la ley —apostilló la jueza—. Y la ley exige a este Tribunal que respete en todo momento las reglas probatorias con independencia de cuáles sean las circunstancias.

«Última oportunidad para un meteorito gigante», pensó Greenwood. Era algo que decía su antiguo jefe siempre que un caso estaba a punto de experimentar un giro como aquel.

—En el caso que se presenta ante ese Tribunal, el fiscal federal me ha advertido de que la gran mayoría de las pruebas depende directa o indirectamente del testimonio del excontable de Cole, Ken McLaren, y de su exasesor, Isaiah Wallace. Si dichos testigos, tal como se ha atestiguado...

La jueza hizo una breve pausa, un segundo de silencio absoluto antes de que

ocurriera lo impensable en aquella sala.

—Si dichos testigos actuaban como informantes a sueldo en el momento en que se recabaron las pruebas y no pueden participar en la revisión del juicio, este Tribunal no tiene más remedio que rechazar las mencionadas pruebas conforme a la Norma de Exclusión esclarecida en *Nardone contra Estados Unidos*; la denominada «fruta del árbol venenoso».

La jueza Oakley cogió el mazo y lo miró con un semblante de incredulidad comparable al del resto de los allí presentes.

—Darius Cole —dijo—, este Tribunal retira, por tanto, todos los cargos federales contra usted y ordena al Departamento de Prisiones que lo ponga en libertad inmediatamente.

Oakley dio un golpe seco con la maza y ya estaba en pie cuando se apagó el eco en la sala. A continuación, se abrió la puerta situada detrás del estrado y la jueza desapareció. A Greenwood le habría gustado tener su propia puerta especial para hacer lo mismo.

La docena de periodistas que había asistido a la revisión del juicio no salió a más correr como habría hecho un par de décadas atrás. No hubo llamadas a sus directores para que detuvieran las rotativas. En lugar de eso, empezaron a teclear furiosamente en sus teléfonos inteligentes y tabletas.

La escena resultaba, sin embargo, demasiado serena, demasiado contenida. Era como si la ciudad de Chicago no fuera consciente aún de lo que había ocurrido.

El agente Frank Sandoval estaba sentado junto al pasillo cuatro filas más atrás. A su lado se encontraba el magullado alguacil Bruce Harper.

Sandoval observó a Darius Cole camino de la salida. Si uno quisiera esculpir un monte Rushmore de delincuentes en Chicago, empezaría por Al Capone y John Dillinger para barajar luego figuras como Tony Accardo y Sam Giancana. En caso de que Darius Cole no superara el corte final, al menos sería mencionado en la conversación y, sin embargo, allí estaba, saliendo en libertad y pasando a cincuenta centímetros del codo derecho de Sandoval.

—Disfruta mientras puedas —le dijo este.

Cole aminoró el paso y asintió esbozando una sonrisa.

Harper enfiló el pasillo, pasó junto a Sandoval e interceptó a Greenwood antes de que esta abandonara la sala.

—¡Alguacil! —exclamó ella sin disimular su sorpresa.

—Lo sé —dijo Harper—, tengo una pinta horrorosa, pero no importa. Quiero presentarle al agente Frank Sandoval.

—Rachel Greenwood —dijo al estrecharle la mano—. Aunque, si me disculpa...

—Sé que anda ocupada —dijo Harper—, pero he pensado que quizá tendría un par de minutos...

—Lo lamento —respondió Greenwood alejándose de ambos—. Tengo que hablar con mi jefe para saber si estoy en el paro.

—¿Seguro? Al agente Sandoval le gustaría hablar con usted sobre la posibilidad de mandar a Darius Cole de vuelta a la cárcel. Para siempre.

Greenwood se detuvo en seco.

—Entonces, invitemos a un café al agente —dijo señalando la puerta.

Diez minutos después estaban sentados al fondo de una cafetería situada a una manzana de Dearborn Street. No dejaban de entrar empleados federales a pedir cafés para llevar, la mayoría felizmente ajena a lo que acababa de suceder en el juzgado del distrito.

—Nick Mason mató a Ken McLaren e Isaiah Wallace —dijo Sandoval—. Y habría hecho lo mismo con Sean Burke si hubiera tenido ocasión.

—El alguacil Harper ya había mencionado a Mason —dijo Greenwood—. ¿Trabaja para Cole?

—Sí —Sandoval miró fugazmente a Harper y luego a Greenwood antes de pronunciar la frase clave—: Quiero detener a Cole y utilizar a Mason contra él.

Greenwood dejó de beberse el café.

—Nos dará todo lo que necesitamos para que esta vez prospere —añadió Sandoval—. Y testificará.

—¿A cambio de qué? ¿Inmunidad total?

—Le preocupa más la protección de su exmujer e hija.

—¿Cuánto cree que llevará preparar este caso?

—No quiero esperar —dijo Sandoval—. Quiero arrestarlo esta noche.

Greenwood se lo quedó mirando.

—Está de broma, ¿no?

—Mire, si esperamos a que se formule una acusación federal, tardará meses. Habría cien personas trabajando en ella. Su oficina, el FBI y la DEA. ¿Y qué ocurriría en ese tiempo? Que llegaría hasta alguien al igual que llegó hasta mi compañero. O hasta los alguaciles. Igual que llegó hasta ese agente del FBI. Se dedica a eso.

—Esto es una locura —dijo—. No puede detenerlo por su cuenta.

—Míreme bien —repuso él—. Estoy llevando una investigación por asesinato aquí en Chicago. Pensaba empezar por ahí, pero, si cuento con su respaldo, podemos presentar cargos federales ahora mismo y poner a todos en apuros. Si lo traemos aquí y le decimos que el acuerdo expira en veinticuatro horas, todo el mundo tendrá que tomar una decisión: o respaldar los cargos enseguida o adoptar la postura oficial de que Darius Cole debería salir en libertad una vez más.

Greenwood se lo quedó mirando un buen rato.

—Usted se ha empeñado en que le despidan —dijo finalmente.

—Ya tengo un pie y medio fuera, abogada. ¿Y usted? ¿Qué tal pinta su carrera profesional de momento?

Greenwood dejó la taza encima de la mesa y se volvió hacia Harper.

—¿Usted qué opina?

—A mí me parece una locura, pero Sandoval tiene razón —dijo—. Solo necesitamos un policía y un ayudante del fiscal federal.

—De una forma u otra, Cole va a tener una gran noche —dijo Sandoval—. O

celebra una fiesta por todo lo alto y se va a casa a dormir en su cama... —se inclinó hacia delante y miró a Greenwood con sus intensos ojos oscuros—, o vuelve a la jaula. Está en sus manos.

Sean Burke estaba sentado en la camioneta robada con matrícula de Nueva York observando la empresa de la calle Ciento once cuando vio una berlina gris conducida por el tipo al que conocía por el nombre de «Gordie». Patrick iba en el asiento del acompañante. Ambos entraron en la oficina y Burke esperó pacientemente, vigilando el edificio hasta que Gordie salió de nuevo y se montó en una furgoneta aparcada en la parte trasera. Cuando inició la marcha, Burke lo siguió.

La furgoneta se dirigió a un gran centro logístico situado cerca de la frontera sur de la ciudad, justo enfrente del puente Skyway. Cuando Gordie se apeó, Burke vio que la furgoneta estaba más baja. Iba cargada hasta los topes. Pero a Burke no le interesaba qué llevaba en la parte trasera; solo mostraba interés por el hombre que la conducía.

Burke siguió a la furgoneta, que, en lugar de volver directa a la oficina, se detuvo en un restaurante japonés. Burke aparcó la camioneta al lado de Gordie.

Por la ventanilla vio que este se dirigía al cuarto de baño. Luego sacó la caja de herramientas que había ido traqueteando en la parte trasera desde que saliera de Nueva York y entró.

Había media docena de comensales. Dos hombres preparaban *sushi* detrás de la barra y apenas miraron al recién llegado. Burke pasó por delante de ellos y se encaminó al lavabo.

Gordie estaba lavándose las manos. Era tan alto como lo recordaba, e igual de feo, con la misma mirada estúpida. Hoy llevaba gafas oscuras, probablemente porque pensaría que le daban un aire de tío duro.

Burke cerró la puerta.

Gordie tardó un segundo en reconocer al hombre que acababa de entrar.

Pesaba cuarenta kilos más que él, le sacaba quince centímetros y llevaba una Ruger en la funda sobaquera, pero, en ese segundo, la sorpresa degeneró en el pánico propio de un animal acorralado.

Antes de que Gordie pudiera sacar la pistola, Burke le atizó con la caja de herramientas y le destrozó el radio y el cúbito. Luego se abalanzó sobre él, le rompió dos dedos y le arrebató la pistola, que utilizó para golpearlo hasta que le hubo pulverizado el cartílago de la nariz mientras varios dientes quedaban esparcidos por el suelo.

Burke retrocedió, se limpió la sangre de las manos y miró al hombre sentado con la espalda apoyada en la pared.

—Me alegro de volver a verte, Gordie.

Después cogió las gafas de sol, que habían caído al suelo, se arrodilló a su lado, le abrió la chaqueta y se las guardó en el bolsillo interior.

—No quiero que se te rompan —dijo.

Luego arrastró la caja de herramientas hacia él y levantó el pasador.

—Y ahora, ¿a qué podemos jugar? —preguntó mientras rebuscaba en su interior.

Cogió un destornillador largo, después un martillo y, por último, unas tenazas.

—Esto servirá —dijo—. Para empezar.

Nick Mason estaba sentado junto a la encimera de la cocina quitando el polvo a la Browning. No había nadie en casa. Diana se hallaba en el restaurante preparándose para los almuerzos.

Y Mason sabía que, en una casita de Bridgeport, Eddie Cochrane estaba a salvo tras salir de la cárcel del condado de Cook, ya que no se había presentado cargos formales contra él, si bien tuvo que dar muchas explicaciones a su mujer.

En ese momento sonó el timbre. Mason bajó las escaleras y, tras abrir la puerta, se quedó boquiabierto al ver a Gina con Adriana cogida de la mano.

—Pensaba que estabais en Denver —dijo Mason, que miró los vehículos

aparcados en Lincoln Park West.

La noche anterior, al enfrentarse a Burke, lo único que lo tranquilizaba era creer que estaban a dos mil kilómetros de allí.

—Yo también me alegro de verte —respondió Gina.

Adriana no se molestó en decir nada. Pasó corriendo junto a su padre y subió las escaleras a toda prisa.

—Adelante —dijo Mason.

Cuando llevó a Gina al piso de arriba, vio que su hija se había asomado a la terraza, mientras sumergía sus dedos en la piscina. Tenerla allí por fin era algo que había imaginado mil veces, pero que ahora estaba ocurriendo, precisamente en aquel día...

—Es una casa preciosa —dijo Gina—. No tenía ni idea.

—No es mía.

Mason fue a la encimera de la cocina y tapó la pistola con un trapo.

—¿Vive alguien más aquí?

—Diana, la mujer del restaurante —respondió Mason—. Pero tienes que entender...

—Yo no tengo que entender nada —dijo Gina, que levantó una mano para impedir que siguiera—. No es asunto mío.

—Siento lo del otro día. Fue inevitable.

—Eres un cabrón, Nick. ¿Tienes idea de lo que me costó convencer a Brad para que te dejara llevarte a Adriana todo el día?

—Sí, lo siento.

—Me has decepcionado tantas veces que ya estoy acostumbrada. Pero Adriana...

Gina calló unos instantes, se frotó la frente y se enjugó una lágrima.

—Estaba destrozada —dijo—. Debió de tener la sensación de que la habías abandonado. Otra vez.

—Se lo compensaré, lo prometo.

Ambos vieron a Adriana acercarse a la barandilla para contemplar el zoo que

se extendía al otro lado de la calle y Mason tuvo que contener el impulso de llevarla adentro, donde estuviera segura.

O, al menos, más segura.

—Mira —dijo—, si has venido a hacerme sentir aún peor...

—Brad dice que Denver es increíble. La vivienda está muy cara, pero hay muchas cosas que hacer allí. Las montañas, esquiar, senderismo... Y los colegios son muy buenos.

Mason sabía qué se proponía. Tenía algo en mente, así que estaba dando rodeos, hablando de nada en particular, porque no quería decirlo.

—¿Qué pasa, Gina? Suéltalo.

Gina fue hacia la puerta y miró la terraza.

—Esta es la única ciudad en la que he vivido —dijo—, excepto ese año en la universidad. Y ya sabes cuánto lo odié.

—¿Pasa algo entre tú y Brad? Yo pensaba que erais la pareja perfecta.

Gina se volvió para mirarlo con aquellos ojos verdes ardientes que tenía.

—Eso no existe, Nick. Ya lo sabes.

—Lo siento. No debería de haberlo dicho.

—Brad es un buen hombre, un buen padrastro. Quiere a Adriana como si fuera hija suya.

—Pero...

—Pero vive absorbido por el trabajo y a veces me hace sentir que soy su proyecto benéfico. Ya sabes, salva a la pobre chica de Canaryville y cría a su hija para que sea algo más en la vida.

—La chica a la que yo conocí nunca necesitó que la salvaran.

Gina sonrió y lo miró durante un buen rato antes de decidirse a volver a hablar.

—Ya sabes que tú y yo seguiríamos juntos —dijo en voz baja—, si no hubieras...

No acabó la frase. No era necesario.

—Lo sé —respondió Mason—. He intentado hacer bien las cosas desde que



salí. Es lo único que puedo hacer ahora mismo, pero si Brad realmente quiere sacarte de aquí... —no podía creerse lo que estaba a punto de decirle, pero sabía que era lo correcto—, vete.

Gina no había ido a pedirle permiso. Mason lo sabía. Pero, después de todo lo que habían pasado juntos, era la única palabra que necesitaba oír. Lo notó en su cara.

Mason miró de nuevo a su hija, que seguía asomada a la barandilla, y pudo imaginar unos ojos observándola a través de los monitores de vídeo que le había descrito Eddie. Y, aunque había hecho un trato con Burke, tampoco pudo evitar visualizar la mira telescópica de un potente rifle apuntando a la cabeza de la niña desde la calle.

«Hiciste un pacto con un loco —pensó Mason—. Estás jugándote todo cuanto tienes, todo lo que te ha importado alguna vez en esta vida».

Mason salió a la terraza, abrazó con fuerza a su hija y se la llevó adentro tras cogerla en brazos.

Adriana le susurró al oído:

—Quiero ir al zoo.

—Iremos —dijo él—. Te lo prometo.

Gina se los quedó mirando con lágrimas en los ojos.

—Siempre seré tu padre —dijo Mason—. Siempre. Lo sabes, ¿verdad? —Notó en el hombro cómo asentía la niña—. Estemos juntos o separados, eres parte de mí y yo soy parte de ti.

—Pero no siempre estaremos separados, ¿verdad?

—No —respondió él, «aunque probablemente fuera mentira»—. No por mucho tiempo.

«Una mentira aún más grande».

—¿Me lo prometes? —preguntó Adriana.

Mason la apartó con delicadeza hasta que pudo mirarla directamente a los ojos.

—Te lo prometo. Lo pasarás muy bien en Denver y te veré pronto.

Adriana sonrió, le rodeó el cuello con los brazos y apretó fuerte.

—Te quiero, papá.

—Te quiero más de lo que puedas imaginar —le dijo él mientras la abrazaba como si fuera la última vez que fuera a verla—. Te quiero.

Cuando se separaron, Gina se inclinó hacia él.

—Gracias —susurró ella en voz tan baja que él apenas pudo oírla.

Mason volvió a abrazar a Adriana. Aunque no quería soltarla, la dejó de nuevo en el suelo y las miró cuando bajaron las escaleras y se montaron en el coche. Luego se quedó parado en la calle observándolas doblar la esquina, observando cómo se alejaba su vida entera.

Siguió allí un buen rato sin notar siquiera el frío. Finalmente, subió a la casa para terminar de limpiar la pistola.

Cuando Darius Cole dio sus primeros pasos en libertad tras doce años en una cárcel federal, sabía que había hecho algo más que vencer los pronósticos. Había superado a la mejor fiscal que podía ponerle delante el gobierno con todos los recursos del Departamento de Justicia de Estados Unidos. Había eliminado a dos testigos clave y convertido a un agente federal en la bola de demolición de las pruebas que tenía el gobierno contra él, y a un alguacil, en sus ojos y oídos dentro del programa WITSEC.

Los había superado a todos. Pero, en un día que debería haber dedicado a las celebraciones, fue directo al trabajo.

Cole tenía a dos hombres esperándolo en la última fila de la Sala de Audiencias. Eran igual de corpulentos que los matones que cuidaban de él en Terre Haute, pero en lugar del uniforme de presidiario, llevaban traje gris. Fueron con él a la planta baja y lo flanquearon al cruzar el vestíbulo entre media docena de periodistas que quería hacerle preguntas. Después, pasaron junto a un equipo de televisión que se interponía en su camino.

Cole no necesitaba a aquellos hombres para evitar aparecer en el informativo de las seis. Los necesitaba para que lo ayudaran a seguir con vida.

Burke estaba ahí fuera esperando la oportunidad idónea. No lo vería venir. No lo oiría. Burke era el mejor, lo cual significaba que, mientras estuviera vivo, Cole tendría que cubrirse las espaldas, ocultar sus movimientos, evitar quedar desprotegido.

Tenía que ser igual de inteligente que Burke, igual de cuidadoso.

El abogado ya lo había dispuesto todo para que utilizara la salida lateral del

edificio Dirksen. Por más que deseara bajar por la amplia escalinata que conducía a Dearborn Street, sabía que Burke lo tendría a tiro. Cuatro carriles abarrotados por el tráfico del mediodía y por una multitud de transeúntes que volvía de almorzar. Edificios altos por todas partes, mil ventanas diferentes en las cuales apoyar un rifle de francotirador. La flamante libertad de Cole no habría alcanzado ni la mitad de la escalinata.

Cole detestaba la idea de escabullirse por la puerta lateral como si fuera un sirviente en lugar de salir por la principal como un rey que ha recuperado su trono. Pero, como le dijo a Nick Mason en una ocasión, el orgullo te mata antes que una bala.

Cuando salieron a la calle, vio el Town Car negro esperando. Llevaba placas de acero en los paneles laterales y el techo, y cristales de policarbonato tintados. Uno de sus hombres abrió la puerta derecha y Cole se montó en el coche.

—Bienvenido a casa, jefe —dijo el chófer, y cuando los otros dos estuvieron dentro del vehículo, salió a toda prisa de allí.

El hombre que viajaba con Cole en el asiento trasero le entregó su nuevo teléfono móvil con todos los números importantes en la agenda. Cole marcó el de Quintero y, después de oír un tono, ya lo tenía al otro lado de la línea.

—Mason y Sandoval han llegado a un acuerdo —dijo Quintero yendo directo al grano, como hacía siempre.

Cole esperó un momento para procesar la información.

—¿Cómo lo sabes?

—Por Horton —respondió Quintero—. Conoce a un empleado de la oficina del fiscal federal. Dice que la mujer encargada de la revisión del juicio...

—Greenwood, su ayudante.

—Está preparando una nueva acusación. Conspiración para cometer asesinato, otra serie de cargos por todo lo que ha ocurrido en los últimos doce años...

«El Estatuto Kingpin —pensó Cole—, aprobado desde el día que me mandaron a la cárcel, lo cual significa que no necesitan a McLaren y que tampoco necesitarán a Wallace».

—Mason cooperará como testigo —dijo Cole.

«Mi samurái».

—Sí —respondió Quintero—. ¿Qué quieres hacer al respecto?

—¿Cuál es el papel del policía?

—Él se encargará de la detención. Quiere practicarla esta misma noche en el restaurante, convertirla en una ópera mongola.

Cole pensó en lo que dijo Sun Tzu hace más de dos mil quinientos años en *El arte de la guerra*: «Haz que tus enemigos se descubran por sí solos».

«Burke es demasiado inteligente para atacarme en el restaurante. Demasiado difícil acertar en el blanco. Hay demasiados transeúntes a la entrada. Pero Sandoval es otro de esos policías que creen que pueden hacer lo que se les antoje por llevar placa».

—Sigue a Sandoval; allá adonde vaya —le ordenó Cole.

—¿Y Mason?

Cole se recostó en el asiento y miró por las ventanas oscuras mientras Chicago pasaba a toda velocidad.

«Le devolví su vida y ahora me traiciona», pensó Cole.

—Ya me encargaré de Mason.

Cinco horas después, el restaurante Antonia's se había convertido en el centro de la ciudad. Una larga fila de limusinas y Town Cars peleaba por hacerse un hueco en Rush Street. Todos los vehículos tenían que detenerse frente a la gran marquesina roja que había en la puerta principal. Los chóferes abrían las puertas, los hombres se bajaban y tendían su brazo a las mujeres, vestidas como si fuera el acontecimiento del año.

Empresarios de todas las razas, una docena de deportistas retirados y los más osados políticos de bajo nivel: todos estaban corriendo un riesgo calculado mientras esperaban celebrar públicamente el santo advenimiento de Darius Cole.

Dentro del restaurante, Nick Mason estaba sentado en la barra con una Goose

Island. Solo una para calmar los nervios. Nada más. Debía mantener su agudeza.

Llevaba una americana Armani y camisa blanca sin corbata, y observó la puerta del restaurante mientras los invitados esperaban a Cole. Había llegado puntualmente a las ocho, y ahora eran pasadas las nueve y no había ni rastro de él.

Mason empezaba a ponerse nervioso. Sin saber por qué, tenía la sensación de que su plan ya empezaba a desmoronarse. Se trataba de otra corazonada. Pero esas corazonadas lo habían mantenido con vida desde que salió de la cárcel.

Su plan consistía en dejar que Cole hiciera su magistral entrada y cruzara luego la sala. Después, le propondría ir a su despacho mientras Diana improvisaba alguna distracción —incluso tenía preparada una sartén que provocaría un pequeño incendio— para dejarlos a solas.

Mason saldría con Cole por la puerta trasera —llevaba la Browning metida en el cinturón—, lo haría subir al Jaguar y lo conduciría hasta donde se hallara Burke. Estaría de vuelta en unos minutos y, entonces, doscientos testigos elegantemente vestidos y un agente de homicidios podrían corroborar que se encontraba allí mismo cuando anotaron la hora en su ficha mortuoria.

Sandoval sabría que Mason le había mentido, que nunca tuvo intención alguna de testificar.

Pero podría vivir con eso.

El plan alternativo en caso de que el primero fracasara consistía en que Sandoval recibiera toda la información sobre la organización de Cole y Mason le confiara la protección de Adriana.

Y la de Gina.

Y la de Diana.

Mason no quería recurrir al plan alternativo porque eso significaría confiar en un policía y en el sistema.

Y también significaría que había muerto.

Miró de nuevo hacia la puerta y entonces sonó su teléfono. Cuando lo cogió, se dirigió al fondo de la barra para minimizar el sonido ambiente.

Era Cole.

—Cambio de planes. Estoy en Englewood. Trae a Diana contigo.

La intuición de Mason era correcta. La demora ya había desbaratado los horarios. Ahora, el plan entero podía irse al garete. Sandoval, que esperaba detener a Darius Cole aquella misma noche, perdería la paciencia y se saltaría el guion.

Y solo Dios sabía qué podía hacer Burke si Mason no cumplía su parte.

—Aquí todo el mundo está esperándote —dijo Mason.

Cole ignoró el comentario y le facilitó el nombre de la calle y un número.

—Veinte minutos —informó antes de colgar.

Mason guardó el teléfono, levantó la cabeza y vio a Diana junto a una mesa ocupada por ocho hombres, todos ellos medio ebrios. En cuanto se volvió hacia él, Mason asintió y se acercó. Tenía la tez roja de ir de un lado para otro contentando a doscientos invitados impacientes y a consecuencia de los mismos nervios que Mason llevaba todo el día intentando controlar. Por esas dos cosas y por algo más. Era una mujer que estaba esperando a que su captor entrara por la puerta, un captor que nunca creyó que volviera.

—Era Cole —le dijo Mason—. Tenemos que irnos.

Diana se puso pálida.

—Nick, eso no...

—Lo sé.

Quería acercarla a él, pero sabía que en un restaurante con doscientos invitados mirando, no podía.

—Tenemos que mantener la calma, seguir adelante con esto.

—Nick, no sé...

—¿Confías en mí?

—No es cuestión de...

—Diana —dijo Nick mirándola a los ojos—, ¿confías en mí?

—Sí —respondió ella, tratando de recuperar la compostura. Habría podido

engañar a cualquiera menos a Mason, que seguía detectando su aprensión—. Vámonos.

Sandoval seguía pendiente de la radio en su coche azul sin distintivos, aparcado en Rush Street a media manzana del restaurante. El segundo turno ya estaba trabajando cuando el sol se puso un día más en Chicago.

Sandoval odiaba esperar. Siempre lo había odiado. Los dispositivos de vigilancia eran una tortura para él y para quienes lo rodeaban. Solo hacía falta preguntar a sus antiguos compañeros.

Sin embargo, hoy estaba solo. Un hombre y unas esposas.

Pero aún no había ni rastro de Darius Cole.

Sandoval se sorprendió al ver el Jaguar negro de Mason saliendo del aparcamiento a toda velocidad. Lo vio girar dos veces a la izquierda y luego poner rumbo al sur.

Mientras conducía, cogió el teléfono móvil y utilizó la marcación rápida para contactar con Mason.

—¿Qué diantre está pasando? —preguntó en cuanto respondió—. ¿Dónde está Cole?

—Voy a por él —respondió Mason—. Lo traeré de vuelta. Tú quédate al lado del restaurante y estate preparado.

La llamada terminó y Sandoval lanzó el teléfono al asiento del copiloto. No pensaba volver a Rush Street a esperar. Dio alcance a Mason en el puente de Wabash Avenue y se mantuvo detrás.

A Quintero no le importaba esperar. Conocía el valor de la paciencia. Había visto a muchos hombres morir en la calle porque no tenían paciencia suficiente.

Hoy la necesitaría a raudales, porque ardía en deseos de entrar en aquel restaurante, sacar a Mason al callejón y matarlo de una paliza.



Quintero vio el Jaguar negro saliendo del aparcamiento y el coche de Sandoval poco después, así que puso en marcha su Escalade y los siguió por el puente de Wabash Avenue hasta Englewood.

Al otro extremo de la ciudad, en el barrio irlandés de Beverly, Bruce Harper llamó al timbre contiguo a la puerta número veinte, o tal vez a la veintiuno. Había perdido la cuenta. Hoy no llevaba el brazo en cabestrillo, pero le dolía mucho, y conservaba la venda que le cubría toda la frente para ocultar la herida que le causó Burke al golpearle la cabeza contra la pared del búnker.

Abrió la puerta un hombre de al menos setenta años. Probablemente había vivido siempre en aquella calle, a media manzana del viejo bar que regentaba el primo de Burke.

Harper le enseñó la placa del Cuerpo de Alguaciles y la fotografía de Burke y le preguntó si lo había visto por el barrio.

—Conozco a su familia —dijo el hombre—, pero hace años que no veo a Sean. ¿No está cumpliendo condena por asesinato en Nueva York?

—Así es —respondió Harper—, pero necesito su ayuda.

Es una buena manera de poner a alguien de tu parte: hacerle sentir que participará en el proceso, como si estuvieras preñdiéndole una insignia de ayudante en la solapa.

—Si lo ve —añadió—, o si oye a alguien hablando de él, llámeme, ¿de acuerdo? Hay una recompensa de medio millón de dólares.

Si nombrar a alguien tu ayudante era una buena manera de comprar su cooperación, medio millón de dólares resultaba mucho más convincente.

—Nunca me cayó bien ese muchacho —dijo el hombre con una sonrisa burlona mientras se guardaba la tarjeta en el bolsillo.

Harper le dio las gracias y se fue. Todavía notaba los efectos de la conmoción cerebral, pero quedaban más puertas a las que llamar en el antiguo barrio de

Burke. Como todo buen alguacil, Bruce Harper conocía una verdad incuestionable sobre cómo encontrar a un fugitivo:

«Tarde o temprano vuelven a casa».

La dirección correspondía a un edificio de apartamentos de tres plantas en May Street con la Sesenta y ocho, es decir, en el corazón de Englewood. Cuando Mason y Diana llegaron a la portería, vieron un gran mural de Derrick Rose, antiguo residente de Englewood y el jugador más popular de los Chicago Bulls desde Michael Jordan, hasta que fue traspasado a los New York Knicks. El resto de la fachada parecía erosionada por el duro clima de Chicago, pero habían vuelto a pintar el mural y Rose seguía luciendo sus viejos tonos rojos y negros.

Mientras subían en el ascensor, Mason se acercó y cogió a Diana de la mano. Prácticamente pudo oír su corazón latiendo a contrapunto con el suyo.

«Es imposible que Cole haya descubierto el acuerdo con Sandoval —pensó Mason—. Y con respecto a lo mío con Diana. Es imposible. Incluso para él».

Se abrieron las puertas del ascensor y recorrieron el largo pasillo en dirección a la luz que se colaba por debajo de la última puerta. La música sonaba con más fuerza a cada paso que daban, una línea de bajo retumbante que Mason notaba vibrar a través del suelo, interrumpida por el repentino alarido de un saxofón. Mason lo conocía bien; era uno de los discos favoritos de Cole: *A Love Supreme*, de John Coltrane.

Mason miró a Diana, asintió y tocó la pistola que llevaba en el cinturón para asegurarse de que seguía allí.

Después llamó a la puerta y abrió. En el apartamento había media docena de hombres, todos negros y vestidos con trajes a medida que probablemente habían comprado en una tienda como Balani's, en Monroe Street. Llevaban corbatas y pañuelos de colores llamativos y zapatos de piel recién brillantados. Mason reconoció a uno de los hombres que había fotografiado Eddie, el que Burke llamaba Patrick.

Cuando se volvieron hacia Mason y Diana, una corriente eléctrica pareció hendir el aire cargado de humo.

La música paró de improviso y Darius Cole dio un paso al frente.

Era tal como Mason lo recordaba, unos centímetros más bajo que el resto de los allí reunidos pero con un aire imponente que lo compensaba. Lucía un traje verde aceituna impecable, tan bien confeccionado que costaba imaginar que hacía apenas unas horas llevara el uniforme naranja de la cárcel.

Y conservaba la misma mirada de despreocupación. Qué estúpido sería interpretar aquella mirada como serenidad; qué ignorancia suicida, confundirla con debilidad. Mason todavía recordaba a Darius Cole tan tranquilo como un Buda mientras ordenaba que mataran a golpes a un compañero de prisión.

Habían transcurrido unos meses desde aquella última mañana en que Cole fue a la celda de Mason a manifestarle sus mejores deseos y decirle que seguirían en contacto, que echaría de menos sus paseos vespertinos por el patio, en los que Cole le hablaba del último libro que había leído.

Y Diana... Cole la había visto por última vez hacía doce años.

Cole le dio un fuerte abrazo y retrocedió para mirarla.

—Tienes buen aspecto —dijo en voz baja.

Diana sonrió tímidamente. Mason podía verla temblar a un metro de distancia.

«No te vengas abajo», pensó intentando transmitirle esas palabras mentalmente.

—Hagamos un brindis —dijo Cole, que se interpuso entre los dos y les pasó una mano por la espalda a cada uno.

Mason miró a su alrededor mientras Cole lo acompañaba a la mesa, que habían convertido en una barra improvisada. Había un gran televisor de alta definición en una pared, muebles caros y fotografías de hombres jóvenes encima de la repisa de una chimenea de gas.

—Esta era la casa de mi madre —dijo Cole respondiendo a la pregunta aún no formulada de Mason—. Vivió aquí toda su vida y nos crió a mí y a mis hermanos, Dios los tenga en su gloria.

El anfitrión se detuvo y miró la habitación como si estuviera rememorando su vida entera en aquel momento.

—La Sesenta y ocho con May —dijo—. Nunca me dejó que la llevara a otro sitio, ni siquiera con los tiroteos que había cada noche. Cincuenta, sesenta asesinatos al año en este mismo barrio. Decía que era su hogar y que siempre lo sería, así que compré el edificio entero. Dicté unas normas y me aseguré de que todo el mundo las cumpliera. Nada de drogas ni armas.

—Todos están esperándote en el restaurante —dijo Diana.

Mason se alegró de oírla hablar, de comprobar que su voz sonaba normal.

—Pues ya pueden seguir esperando —respondió Cole—. Esa gente está ahí por sus propios motivos. No tiene nada que ver conmigo.

Cogió una botella de *champagne* Krug.

—Esta es la gente que me importa de verdad —añadió ladeando la cabeza hacia los otros ocupantes de la habitación, los seis hombres a los que probablemente conociera desde su época en la esquina, y que ahora estaban allí para dar nuevamente la bienvenida al emperador de Englewood—. La gente que me ha sido fiel desde el principio.

Sirvió dos copas y se las ofreció a Mason y Diana. Luego se sirvió una para él.

—Por la libertad —dijo alzando la copa—. El bien máspreciado del mundo.

«Afirma el hombre que acaba de comprar la suya», pensó Mason mientras entrechocaba su copa con la de Cole, y siguió observando a Diana.

Cuando Cole dejó la copa en la mesa, pasó dos dedos de la mano por la cadera de Diana. Era un gesto simple e íntimo que dejaba entrever que: «Hace doce años que no toco a una mujer».

Mason la miró a los ojos: «No te pongas nerviosa».

—La madre de Isaiah vivió en el piso de abajo hasta el día de su muerte —dijo Cole—. A pesar de lo que me hizo su hijo, la dejé quedarse aquí.

Cole apoyó la mano en la cadera de Diana y se la pasó por la parte exterior del muslo con tal lentitud que resultó un gesto apenas perceptible.

—¿Habéis visto el mural de Derrick Rose ahí fuera? —continuó—. Él

también se crio en esta calle. Iba en bicicleta hasta el estadio y se decía a sí mismo que algún día jugaría allí. Ese chaval nació para el equipo, al igual que todos los demás de la zona; nacieron con esos colores. Si tienes talento, puedes jugar a otra cosa, pero aun así tienes que jugar a algo.

Todos estaban escuchando. Cuando Cole dejó de hablar, el único sonido que se oía era el del reloj situado encima de la repisa de la chimenea.

«Inspira —se dijo Mason al compás del reloj—. Espira».

—Derrick era el amo de esta ciudad hasta que se lesionó. Después lo traspasaron porque era mercancía defectuosa. Cuando volvió a casa, llevaba otro uniforme, otros colores. Pero, aun así, todo el mundo lo quería porque él no deseaba marcharse. Él habría sido fiel a Chicago, pero el propietario del equipo no le fue fiel en cambio. Así que, ahora, el chico de Englewood juega para Nueva York.

Cole puso la otra mano en la cadera de Diana.

Mason observó las manos, pero siguió concentrado en la respiración.

—Yo no soy el propietario de los Bulls —dijo Cole—. Si lo fuera, ese chico seguiría jugando para mí. Porque yo sé una cosa importante, Nick, y es que la lealtad tiene que ser mutua. Un hombre como McLaren, un hombre al que confié mi dinero durante años... O un hombre como Isaiah Wallace, tan unido a mí como cualquiera de mis hermanos...

Cole agarró a Diana con más fuerza y ella cerró los ojos.

Mason dejó de respirar. «Mantén la calma —pensó—. No hagas nada».

—Nick —dijo Cole finalmente—. ¿Acaso no prohibí las armas?

—No conocía esa regla —respondió Mason, que sacó la Browning del cinturón y se la entregó, interpretando el papel de soldado fiel.

Cole examinó la pistola.

—Esta no te la dio Quintero.

«Ahora no puedo hacer nada. No importa lo que pase después, no tengo salida».

—La conseguí por mi cuenta.

Cole asintió y se metió la pistola en el cinturón.

—Te la tomo prestada, si no te importa. Diana y yo vamos a hacer acto de presencia en el restaurante.

«No puede ser. Tengo que estar con ella».

—Os llevo —dijo Mason.

—Tengo chófer —respondió Cole—. Tú no eres chófer, eres un asesino. ¿No es así? —Mason no respondió—. Te he hecho una pregunta, Nick.

—Sí, es así.

—Entonces ¿por qué te ofreces voluntario para que te baje de rango? ¿Es a mí a quien quieres llevar o a Diana? ¿Has estado llevando a Diana por ahí, Nick? ¿Figura eso entre tus tareas?

—No.

—No —dijo Cole—. Pues entonces creo que te quedarás aquí... con los demás asesinos. Ella se viene conmigo.

Diana dejó la copa de *champagne* con demasiada fuerza y esta repiqueteó sobre la mesa. Mason vio el pánico en sus ojos y tuvo que contener el impulso de apartarla de Cole. «Si lo haces —pensó—, moriréis los dos».

Cole asintió a los allí presentes. Dos de ellos se separaron del grupo y se dirigieron a la puerta seguidos por su jefe, que llevaba a Diana agarrada de la cintura.

Mason la miró una vez más.

«Mantén la calma —le dijo mentalmente—. Sé fuerte».

Cuando la puerta se cerró, Mason se quedó solo con los cuatro hombres. Si fueran jugadores de rugby, serían dos *linemen* ofensivos enormes: un defensa robusto y atlético y un segunda línea bien alto.

—Fúmate un puro mientras esperas —dijo el defensa, que le ofreció un Cohiba cubano.

—No, gracias.

—El tío no quiere fumarse un puro para celebrarlo —añadió recalcando la palabra «celebrar»—. Ni siquiera el día en que su jefe sale de la cárcel.

En la sala se oyó un sutil trasfondo de risas que parecía el sonido de una tormenta lejana.

—¿Sabes cuál es la gran putada de todo esto?

Mason se lo quedó mirando y luego a los otros tres. Cuatro pares de ojos observándolo, calibrándolo.

—¿Cuál? —dijo.

—Que no nos dan permiso para matarte, pero tú desearás que nos lo hubieran dado.

Los cuatro rodearon a Mason, eliminando cualquier opción de que saliera de allí. Era imposible ir en busca de Cole y Diana.

Intentó protegerse la cabeza tras recibir el primer golpe. Eligió al hombre que se encontraba entre él y la puerta, bajó el hombro y se lo hundió en el pecho. Su oponente chocó contra la pared e hizo que temblaran todos los cuadros. Mason vio que se le había cortado la respiración, lo agarró de la americana e intentó empujarlo hacia los otros tres para llegar a la salida.

—¿Dónde vas? —dijo una voz áspera.

Entonces, Mason notó dos manos cogiéndolo de los hombros. Cuando se volvió para contraatacar, recibió otro puñetazo en el estómago.

A la desesperada, recordó la última vez que se había visto superado numéricamente en una pelea, todas las lecciones que había aprendido en la calle.

«No pares de moverte —pensó—. No seas un blanco fácil.

»Y, hagas lo que hagas, mantente en pie».

Pero otro puñetazo en la cabeza le hizo hincar la rodilla. En cuanto pudo incorporarse, lo empujaron de nuevo al centro de la habitación. Estaba rodeado. Al darse la vuelta, recibió un golpe por detrás. Volvió a girarse. Un nuevo golpe.

Notó que iba a desplomarse, pero se preparó al ver a otro hombre acercándose desprotegido. Mason se levantó rápidamente y le soltó un puñetazo en la nuca. El hombre se llevó las manos a la garganta y Mason fue corriendo hacia la puerta, pero esta vez lo embistieron dos. Uno de ellos le golpeó en la nuca y el otro le propinó una patada en el pecho. Sintió que algo cedía cuando el zapato impactó. Luego trató de agarrarlo del cinturón y recibió un rodillazo en el



pómulo. Todo se tiñó de blanco y otro golpe acabó por derribarlo. Notó en la boca el sabor de la moqueta mezclado con la sangre caliente. Uno de los hombres se disponía a asestarle otra patada, pero Mason se echó a rodar, intentó levantarse y sintió un impacto en la sien.

«Protégete —pensó al cubrirse la cabeza—. Tienes que mantenerte despierto y llegar hasta Diana».

El agente Sandoval creía que apenas faltaban sesenta minutos para ponerle las esposas a Darius Cole, pero ahora estaba sentado en mitad de Englewood viendo cómo la noche se desmoronaba por completo.

Cole acababa de salir del edificio con dos de sus hombres y la mujer que se alojaba en la casa adosada.

No vio a Mason por ningún lado.

«Me dijo que llevaría a Cole de vuelta al restaurante... ¿Estaba mintiendo? Porque desde luego no sería la primera vez. Sentado a una mesa, llegó a decirme que no sabía nada de un policía muerto, un traficante muerto ni dos testigos muertos...».

Sandoval vio a los cuatro montarse en el Town Car negro e incorporarse al tráfico.

«Si no miente, eso significa que le ha ocurrido algo. ¿Qué hago ahora? ¿Sigo a Cole o voy a salvar el culo de Mason?».

Sandoval descolgó su transmisor de radio, se detuvo un momento, maldijo y volvió a dejarlo en su sitio.

«Espero que sigas vivo, Mason —pensó al bajarse del coche y dirigirse al edificio—, para poder acabar contigo».

Diana iba en la parte trasera del Town Car con Darius Cole. Al volverse hacia él, vio que miraba al frente sin mostrar ninguna emoción.

—Todos se alegrarán de verte —le dijo.

Algo prudente. Algo que le hiciera hablar. No podía quitarse de la cabeza la mirada de Nick cuando Cole se la llevó.

—Todos, no —respondió Cole mirándola fijamente—. A algunos no les importaba que estuviera en una celda a quinientos kilómetros de aquí, aunque finjan alegrarse cuando vuelva.

Diana se ruborizó y sintió la mirada de Cole clavada en ella.

—Pues yo sí me alegro.

—¿Y Nick?

Se tomó unos segundos para formular la respuesta.

—Estoy segura de que él también.

Cole se inclinó hacia delante y dio un golpecito en la espalda al hombre que iba en el asiento del acompañante.

—¿Te has asegurado de que el señor Winters recibiera una invitación para esta noche?

—Sí, señor.

—Hay un hombre allí —le dijo Cole a Diana—, el señor Winters. Será el primero en la cola que se acerque a estrecharme la mano y me diga lo maravilloso que es volver a verme. Antes de entrar en la cárcel, llegué a un acuerdo con él, y ahora que he vuelto, será interesante comprobar hasta qué punto se alegra.

Diana escuchó atentamente cada una de sus palabras e intentó adivinar sus intenciones, pero le fue imposible. Siempre había sido así, incluso para ella, la persona que en su día estuvo más cerca de Cole.

—No me esperaba que el señor Winters dejara aparcado este asunto durante el tiempo en que estuve ausente —dijo Cole—. Lo único que le pedí fue que cumpliera su parte del trato —se volvió de nuevo hacia Diana—. ¿Te parece razonable?

—Por supuesto.

Cole asintió.

—Eso fue lo único que le pedí. Lealtad, que respetara su compromiso mientras yo no estaba.

Diana deseaba decir algo, pero no se le ocurrió ni una sola palabra. Cuando el coche se detuvo, miró la manija de la puerta por un segundo, pero descartó la idea.

Nick tenía razón. No había escapatoria posible. De Cole, no.

—Yo he cumplido mi acuerdo contigo —dijo Diana—. Me quedé en esa casa, he regentado el restaurante...

—No parece una vida dura —respondió Cole—. Yo, en cambio, me he pasado esos mismos doce años en una celda.

Hubo otra larga pausa en la que solo se oyó el viento y los neumáticos sobre el asfalto.

—No estaba cuestionando tu lealtad —dijo al fin—, pero si verdaderamente quieres hablar de eso, respóndeme a una pregunta...

Diana esperó.

—¿Cuánto tardaste?

Cole conservaba la mirada serena de siempre, su voz apacible y aparentemente despreocupada.

—No sé de qué me hablas, Darius.

—Sí lo sabes. Dime cuándo empezó, Diana. Tengo curiosidad.

Diana se miró las manos un momento para intentar recomponerse. El temor que sentía en el estómago era cada vez más intenso, pero pudo controlarlo. Si algo sabía después de haber vivido con Darius Cole, era esto: «No le muestres que tienes miedo».

—Llevabas doce años en la cárcel y, hasta donde yo sabía, ibas a permanecer encerrado el resto de tu vida.

—Exacto.

—¿Qué esperabas que hiciera? ¿Encerrarme?

—Como una anacoreta.

Diana se lo quedó mirando.

—¿Qué?

—Una anacoreta. Una mujer que se encierra en una iglesia y pasa allí el resto de su vida para demostrar su devoción.

—Eso hice —respondió—. ¿Lo entiendes? Durante doce años no tuve vida alguna. Ese fue el tiempo que duró mi devoción. Si querías más...

—No, no soy tan cruel. O tan ingenuo.

—Entonces ¿por qué...?

Diana no acabó la frase y miró por la ventana, sintiendo una ira que ni siquiera reconocía.

«No me vendré abajo —pensó—. No dejaré que me vea así».

—Tú te rodeas de toda esa gente que hace cosas por ti —dijo obligándose a ser fuerte—. Y en algún momento, fracasarás o se rebelarán, porque lo que pides, Darius, tarde o temprano será demasiado.

Cole la escuchó con atención.

—No sé si eres consciente de ello —añadió—, pero a mi juicio quieres que te fallen. Quieres que se rebelen.

—Está bien...

—Podrías haber llevado a Nick a cualquier zona de la ciudad, Darius. Podrías haberlo trasladado de vuelta a Canaryville, por Dios, hacer que se sintiera como en casa. Pero no, lo alojaste a quince metros de mi habitación. Sinceramente, ¿qué creías que iba a pasar?

Cole permaneció en silencio un buen rato y estudió el rostro de Diana.

—Así que, enhorabuena —dijo ella—. Tenías razón. Lo supiste incluso antes de que ocurriera.

La mirada de Cole seguía siendo serena, imperturbable, pero había algo nuevo... una intensidad callada y algo que casi rayaba en la tristeza... La ira de Diana se apagó por completo y regresó el temor, que de repente se había redoblado.

Porque ya había visto aquella cara en el pasado; había oído el silencio que se abría paso tras ella.

Había visto lo que ocurría siempre después.

Transcurrió otro minuto y la ciudad desfiló borrosa al otro lado del cristal oscuro. Finalmente, aminoraron la marcha y doblaron por una calle.

Diana cerró los ojos cuando Darius rodeó el coche y le abrió la puerta. Al bajarse, lo agarró del brazo.

Al principio, no reconoció aquel lugar. No era Rush Street. No habían ido al restaurante.

Pasó otro largo segundo y entonces se dio cuenta.

«Estamos en el edificio de apartamentos.

»El apartamento secreto de Nick».

Diana respiró hondo.

—Nick está muerto.

—Si quisiera matar a Nick, lo habría hecho yo mismo —dijo—. Pero eso disgustaría a la gente para la que trabajo.

Diana miró a Darius, cuya expresión seguía impertérrita.

—Tú no trabajas para nadie —repuso.

—Todos trabajamos para alguien.

Cuando echaron a andar hacia la entrada principal, Diana ni siquiera se sentía el cuerpo. Al entrar en el vestíbulo, Darius indicó al hombre que los seguía que esperara allí.

Entonces la invadió una extraña quietud. «Sabía que esto ocurriría —pensó—. Desde el momento en que lo conocí. Desde el instante en que le pedí que vengara a mi padre. Desde que me tumbé en su cama.

»Todo estaba abocado a este desenlace».

Darius le soltó el brazo, se inclinó hacia delante y pulsó el botón del ascensor. Cuando se abrió la puerta, Diana no se movió, pero notó la mano de Cole empujándole la parte baja de la espalda.

La puerta se cerró. Estaban solos en aquel espacio confinado.

«No suplicaré —pensó—. Pase lo que pase, no suplicaré».

El ascensor prosiguió su lento ascenso hasta llegar a su destino. Diana miró a

Darius, que seguía sin inmutarse.

Volvió a notar su mano en la espalda y echó a andar por el pasillo. Darius abrió la puerta del apartamento de Nick. Pues claro; no iba a estar cerrada con llave para Darius Cole.

—Pasa —le dijo.

Diana entró y Cole cerró la puerta.

Mason se preparó para recibir el siguiente golpe, la oleada de dolor que llegaría medio segundo después.

Pero no ocurrió. En lugar de eso, oyó una voz lejana, una voz que apenas reconoció.

—¡Policía de Chicago, manos arriba!

Todos se quedaron inmóviles. Mason se arrodilló y notó una mano tirándole de la camisa para ayudarlo a levantarse.

—En pie —dijo la voz—. Vámonos.

Al incorporarse, Mason vio el cañón de una pistola, una estrella plateada y, finalmente, el rostro de Sandoval.

Mason se limpió la sangre de los ojos y distinguió la puerta abierta, el pasillo y el ascensor. Siguió caminando y, cuando se cerró la puerta, se apoyó en la pared del ascensor.

Al mirar a Sandoval, vio que respiraba casi con tanta dificultad como él.

—Cole se ha llevado a Diana —dijo Mason—. Da el aviso y encontradla.

—¿Qué coño estaba pasando ahí arriba?

—Cole ha descubierto nuestro acuerdo.

—Mierda. Debería haberlo interceptado fuera.

—¿Lo has visto? ¿Diana iba con él?

—Sí, estaban...

—Tenemos que encontrarla. ¡Ahora!

—Si vuelven al restaurante, pediré ayuda —respondió Sandoval—. Enviaré a

una docena de hombres y los apresaremos en cuanto lleguen.

—Si es que va en ese coche...

—Todo saldrá bien, ¿de acuerdo? Lo tenemos controlado. Simplemente quiero ser yo quien le ponga esas esposas a Cole.

«Ese no era el plan —pensó Mason—. Pero, ahora mismo, lo aceptaré.

»Siempre que Diana esté a salvo».

El ascensor llegó a la planta baja emitiendo un ruido sordo.

—De nada, por cierto —dijo Sandoval.

—¿Por qué?

La puerta se abrió.

—Por salvarte el culo.

Entonces, la cabeza del agente estalló.

Mason cayó hacia atrás y todo se detuvo tras el repentino disparo. La conmoción se adueñó de él y la sangre y la materia gris describieron un arco rojo chillón y rosa en la pared del ascensor. Mason miró hacia abajo, vio que le había salpicado toda la cara y el pecho y se puso en pie.

Después pudo observar cómo el cuerpo de Sandoval se deslizaba hasta quedar sentado. Había perdido un ojo y mantenía el otro abierto.

Mason no podía respirar siquiera y solo oía un zumbido.

«¿Qué cojones...?», se dijo sin percibir sus propias palabras.

Al levantar la cabeza, vio a Quintero empuñando la misma Nighthawk Custom 1911 con la que le había apuntado a él cuando lo encontró en casa.

—Lo has matado... —dijo Mason al mismo tiempo que recuperaba lentamente la audición.

—Sí, y te mataría a ti también si pudiera, pero no son las órdenes que he recibido.

Quintero se dio cuenta del gran error que había cometido en cuanto las palabras salieron de su boca. Intentó apuntar a Mason a la cabeza, pero ya estaba abalanzándose sobre él. Desesperado por salir, magullado e insensible a cualquier dolor físico, Mason le propinó tres puñetazos seguidos en el abdomen

y con un gancho le alcanzó en la mandíbula. Quintero lo agarró del cuello y le abrió la herida de bala que le había cosido él mismo.

Mason le pasó un brazo por las muñecas y lo inmovilizó con una doble llave. Luego le asestó dos ganchos de izquierda, pero Quintero lo acercó más a él para darle un cabezazo. Mason atacó de nuevo con el brazo derecho justo cuando Quintero bajaba la cabeza. Notó el golpe en la nariz, pero siguió pegándole como si quisiera atravesarle el cráneo hasta el codo.

Quintero cayó de rodillas con un chorro de sangre brotándole de la nariz. En aquel momento no era una pelea justa, pero Mason volvió a golpearle en la cara una y otra vez hasta que tuvo la mano derecha en carne viva y cubierta de sangre. Por Diana, por su familia, por un policía muerto en el suelo del ascensor.

Por él mismo.

Cuando se levantó, le arrebató la pistola y miró por última vez a Frank Sandoval, el hombre que lo había detenido y enviado a la cárcel, el tipo que lo había perseguido durante meses y lo había obligado a mirar siempre hacia atrás. El hombre que acababa de salvarlo.

Sandoval tenía mujer y dos hijos. Mason no sabía cuánta humanidad le quedaba, pero aquello lo torturaría, probablemente por el resto de sus días. Pero ahora no tenía tiempo para eso.

Salió por la puerta y fue en busca de Diana.

Cuando Cole entró en el apartamento, Diana ya estaba junto a la ventana contemplando las luces de la ciudad y se acercó a ella, pero no la tocó.

—Este lugar está vacío —dijo Cole mirando a su alrededor—. Encuentra un sitio para él solo y no hay nada.

Entonces, Diana recordó el primer día que lo vio en el viejo restaurante de su padre, ya derribado para abrir paso al tráfico. Hacía mucho que su padre estaba muerto y enterrado, tras asesinarlo dos hombres que trabajaban para uno de los rivales de Cole.



Nadie encontró ni rastro de ninguno de los dos.

Diana se acercó a él y le puso una mano en el pecho.

—Darius —dijo con un atisbo de miedo en su voz—, soy yo, tu Diana. ¿No quieres estar conmigo ahora mismo? Han pasado doce años.

Cole le apartó el pelo de la cara.

—Esto no es por ti —dijo—. Es por Nick. Quiero que lo entiendas.

A Diana le resbaló una lágrima por la mejilla y él se la enjugó.

—Tengo que arrebatarle algo.

Luego se agachó para hablarle al oído.

—Tengo que hacerle daño —susurró—. Esta es la única manera de que dispongo para hacérselo.

Casi veinte años después de que la ciudad prohibiera fumar en lugares cerrados, el bar de la familia Burke seguía despidiendo un olor rancio a cenicero, mezclado con cerveza derramada y comida grasienta. Cuando Bruce Harper entró, tuvo la sensación de que hubiera retrocedido medio siglo. Había mesas de madera redondas cubiertas con hules, sillas de plástico mohosas, una mesa de billar con el fieltro descolorido y taburetes reparados con cinta adhesiva. Harper pulsó el interruptor y un par de lámparas del techo salpicadas de moscas muertas proyectaron una luz mortecina que apenas si alcanzaba a alumbrar los rincones de la sala.

Harper fue detrás de la barra y franqueó la puerta de la cocina, donde observó las manchas de sangre desteñidas en el suelo de linóleo resquebrajado. Había más manchurroneos en el fregadero, y Harper tenía conocimiento de que la policía había recuperado un cuchillo de carnicero con sangre y marcas de quemaduras.

«Calentaron el cuchillo en este hornillo —pensó—. Le quemaron la carne con él y luego le cortaron los dedos de una mano.

»Después pusieron de nuevo el cuchillo encima del hornillo a calentar y

volvieron a preguntarle dónde estaba su primo.

»Le abrasaron la carne y le cortaron los dedos de la otra mano».

Harper subió al apartamento situado encima del bar. Fue otro viaje en el tiempo: una televisión de tubo auténtica y una bandeja con montones de bolsas de comida rápida arrugadas al pie de un sofá desvencijado.

Harper se quedó en el centro de la estancia y se preguntó: «¿Estuvo Sean Burke aquí?».

Cogió una bolsa de comida y miró el recibo, que era de hacía más de una semana. Después entró en la cocina y vio los platos en el fregadero, medio lleno de agua y con una delgada película de moho verde flotando en la superficie.

Acto seguido, se encaminó al dormitorio, apartó la colcha y vio unas sábanas que necesitaban un lavado desde hacía meses. La ropa sucia se extendía por todo el suelo. Lo único que había colgado en la pared era un mapa de Irlanda que llamaba la atención por no mostrar ninguna frontera que separara los condados de Irlanda del Norte del resto de la isla.

«Aquí viniste a esconderte —pensó Harper—. Para ti, esto es lo más parecido a un hogar».

Después, cogió una fotografía enmarcada que tenía sobre la cómoda: tres hombres enfrente del bar; uno de ellos, Sean Burke de joven. Se sentó en la cama y contempló el rostro de un asesino.

Harper volvió a colocar el precinto al salir. «No ha sido una pérdida de tiempo —se dijo para sí mientras se alejaba con el coche—. Por muy unido que esté el barrio, medio millón de dólares es mucha pasta.

»Si el hijo de puta que mató a esos guardias vuelve a casa...

»Lo encontraré».

Sean Burke vio al alguacil del búnker montándose en su coche y se fijó en la venda blanca que llevaba en la cabeza.

Lo había observado recorriendo la calle arriba y abajo, y ofreciendo su tarjeta

de visita a todos los que le abrieran la puerta. Burke había dormido en el apartamento de encima con las luces apagadas. Ningún vecino lo había visto entrar y en unas horas desaparecería de nuevo. Esta vez, no tenía motivos para volver.

Burke se dirigió a la puerta trasera y cogió la vieja copia de la llave que había vivido encima de la jamba durante los últimos cuarenta años. Cuando entró en la cocina, se detuvo una vez más, miró la mancha del suelo y se persignó, más por un hábito de toda la vida que por creencia.

Luego fue al bar y esperó.

Mason aparcó el Jaguar detrás del restaurante y entró por la cocina, donde vio a uno de los hombres de Cole. Probablemente hubiera más en las otras puertas. Este estaba de espaldas, hablando por el teléfono móvil.

—No te preocupes —le oyó decir—. No entrará aquí.

Mason tardó cinco segundos en demostrarle que se equivocaba. Cogió un largo atizador de hierro y le golpeó en la cabeza antes de que acabara de darse la vuelta. El hombre se desplomó. Luego se secó la cara con un trapo, que quedó empapado de sangre, e ignoró a los dos cocineros que lo miraban atónitos.

A continuación, se dirigió al otro lado de la cocina, desde donde alcanzaba a ver el comedor, y buscó a Diana entre los hombres trajeados, las mujeres con vestidos y los camareros de camisa blanca. No la vio. Tampoco a Cole.

Entonces la puerta principal se abrió y Cole entró acompañado por dos de sus hombres.

Diana no estaba con él.

Mason vio cómo todos se levantaban para aplaudirle. Cuando Cole se situó en el centro de la sala, todos lo rodearon. Estaba estrechando manos y besando a las mujeres, y Mason supo enseguida que aquello se prolongaría la noche entera y no habría ocasión de alejarlo de allí.

Su plan ya se había ido al garete y no tenía ninguno nuevo. Lo único que le

quedaba era dolor y puro instinto de supervivencia, además de un temor creciente que debía desterrar de continuo de su cabeza.

«No está muerta —se dijo a sí mismo—. Diana no está muerta».

Mason avanzó rápidamente por entre la multitud y Cole se sorprendió al verlo, pero nadie gritó hasta que le apuntó a la cabeza con la Nighthawk de Quintero.

—¿Dónde está? —le preguntó al oído a la vez que lo agarraba desde atrás con el brazo que tenía libre.

Se oyeron más gritos cuando uno de los guardaespaldas sacó la pistola y apuntó.

—Tranquilos todos —dijo Cole, que ya se había recuperado de la sorpresa y hablaba en un tono extrañamente sereno.

Mason lo llevó a la cocina y él no intentó resistirse en ningún momento. Salieron por la puerta trasera y fueron hacia el coche. Cole se montó en el asiento del acompañante y Mason, apuntándole aún a la cabeza, rodeó el vehículo y se puso al volante.

—¿Dónde está Diana? —preguntó.

Al ver que no respondía, le golpeó en la cara con la pistola. Cole se secó la boca y dijo:

—Has negociado con un policía, Nick.

Mason volvió a pegarle. Todavía tenía la mano dolorida e hinchada y al menos dos dedos rotos, pero no le importaba.

—Si ya has tenido una mala noche —dijo Cole—, piensa en lo que estás haciendo ahora mismo.

Mason arrancó y salió de allí. Al llegar a la autopista, pisó a fondo el acelerador. Tomó el desvío del South Side y recorrió las calles oscuras. En el coche reinaba suficiente silencio para que Cole pudiera hablar a sus anchas.

—La primera vez que oí tu nombre, formabas parte del equipo que atacó el puerto —dijo—. Uno de tus amigos murió. El otro escapó. Nunca encontraron al cuarto hombre...

Mason recordó la imagen de McManus flotando en la piscina, pero la borró de

su mente y siguió conduciendo.

—Pero el único que cumplió condena fuiste tú.

—Dime dónde está —insistió Mason con los ojos clavados en la carretera—. No necesito que me refresquen la memoria.

—Nick, yo solo quiero entender cómo hemos llegado hasta aquí. Antes cruzábamos cada día esa valla, tú y yo, en el patio, charlando. Podría haber sido egoísta y haberte dejado allí.

—Eres todo un príncipe.

—¿Cuántos años de condena tenías pendientes? ¿Veinte como mínimo? Ahora mismo estarías en el bloque A preguntándote por qué tu familia se había olvidado de ti. Y, en cambio... mírate. Esto te lo he dado yo, Nick. Te he devuelto tu vida.

—Una vida de mierda.

—Pero pudiste ver a tu familia, Nick. ¿Qué valor tiene eso para ti? ¿Qué tal si muestras un poco de agradecimiento?

Mason frenó en seco en el arcén haciendo chirriar las ruedas con el estruendo de las bocinas de fondo. Cole dio una sacudida y Mason lo agarró del cuello de la americana.

—Esta vida que me has dado —le dijo acercándose a su cara— es un espectáculo de terror. Y ese búnker de Nueva York... fue una misión suicida. Cuando entré allí, estaba muerto, y lo sabías.

—Hacías tu trabajo —dijo Cole con voz pausada y firme—. Cuando cerramos nuestro acuerdo, ¿no quedaron los términos claros como el agua? ¿No sabías exactamente dónde te metías? Movilidad, no libertad. ¿Recuerdas? Coge el teléfono y haz lo que te ordenen. Ese fue el acuerdo que aceptaste.

—No tenía elección y lo sabías. Habría hecho lo que fuera por salir. Y lo utilizaste para convertirme en un... en un puto monstruo.

—Yo no te convertí en nada, Nick. Eres el mismo hombre que entró en aquel lugar, solo que ahora has mejorado.

Mason levantó la pistola, la situó en posición de disparo y se la hundió en la

sien.

—Se acabó —dijo—. Voy a romper el contrato. Se acabaron las llamadas. Se acabaron los asesinatos.

—Adelante, vuélame los sesos. Estarás haciéndole lo mismo a tu familia. Estarán todos muertos al amanecer.

—No —dijo Mason—. Ya basta de amenazas a mi familia. Eso también tiene que acabar. Esta vez no voy a morder el anzuelo.

—Déjame preguntarte una cosa, Nick. Y escúchame con atención. Si Quintero no recibe noticias mías, iré a Elmhurst. En cuanto llegue, ¿prefieres que mate primero a tu mujer con la niña delante o al revés? Tú eliges.

—Quintero no hará eso esta noche —dijo Mason—, teniendo en cuenta que estoy empuñando su pistola.

Cole se echó a reír.

—¿Y qué? ¿Crees que vas a ganar? ¿Crees que es tan fácil?

«¿Dónde he oído yo eso antes? —se preguntó Mason—. Lo dijo Quintero cuando le propuse dejar todo aquello».

—Vamos —dijo Cole—, aprieta el gatillo.

Mason bajó la pistola, puso la mano en el cambio de marchas y metió primera.

—No voy a matarte —dijo Mason al incorporarse al tráfico—. Sandoval no es el único con el que he hecho un trato esta noche.

Cuando Harper se alejó del barrio de Burke repasó mentalmente las conversaciones que había mantenido con la gente de la calle, todo cuanto había visto en el bar y en el apartamento de arriba.

Algo no cuadraba, pero no sabía qué carajo era.

Intentó ralentizarlo todo, reproducir lo que había hecho. Lo que había visto. Cada paso.

La calle. El bar. El apartamento.

La cama.

Le vino en un instante, lo único que no encajaba.

«La cama estaba hecha».

Existía menos de un uno por ciento de posibilidades de que el tipo que vivía en aquel apartamento hiciera la cama y tuviera todo lo demás hecho un desastre. Pero ¿un hombre que ha pasado los últimos años en prisión? Ese hombre hace la cama en cuanto se levanta cada puñetera mañana. Es algo tan automático, tan arraigado en la memoria de un tipo que ha vivido según un estricto régimen carcelario, que Burke probablemente ni siquiera pensara en ello.

«Burke estaba allí».

Harper dio media vuelta y volvió al bar a toda prisa.

Burke consultó el reloj al oír el coche detenerse detrás del bar. Se quedó sentado en la esquina, a oscuras, esperando a que se abriera la puerta. Nick Mason entró con otro hombre, un hombre al que no había visto en doce años.

Darius Cole.

—¿Este es mi jardín de Getsemaní? —le preguntó Cole—. No veo a los centuriones.

Fue justo entonces cuando Burke decidió levantarse y pulsar el interruptor. Luego dio un paso al frente bajo la luz tenue.

Cole no medió palabra, pero Mason percibió un cambio de su lenguaje corporal en el instante en que Burke se alzaba del taburete. Cole se cruzó de brazos para protegerse el pecho. Después de haber pasado varios años rodeado de los malhechores más violentos del mundo, era la primera vez que Mason veía cómo su fachada de serenidad se resquebrajaba.

—Mason, eres un hombre de palabra —dijo Burke—. Es algo infrecuente en los tiempos que corren. Y en cuanto al señor Cole... —le hizo una reverencia—. Me alegro de verte en la calle.

—No puedo decir lo mismo.

—¿Cuántos hombres enviaste para matarme? —preguntó Burke—. ¿Diez?

¿Veinte?

—Cualquiera que fuera la cifra —dijo Cole—, salta a la vista que no fue suficiente.

—Burke —terció Mason—, no le dejes morir hasta que me diga dónde está Diana.

Cole miró a Mason, después a Burke y de nuevo a Mason.

—Creo que ya da igual lo que ocurra, caballeros.

—Existen muchas maneras de matar a un hombre —le dijo Burke—. Tú deberías saberlo mejor que nadie, así que dale a Mason lo que quiere.

Cole no dijo nada. Tampoco se movió.

Burke esbozó una sonrisa.

—Esperaba que eligieras el camino difícil.

Pero entonces Cole se acercó a Mason y le susurró al oído:

—¿Seguro que quieres saberlo, Nick?

Mason tragó saliva con dificultad.

—Dímelo.

—Ve a tu apartamento.

Mason le echó las manos al cuello, pero notó un dolor repentino y agudo cuando Burke lo agarró del bíceps derecho.

—Déjalo en paz —dijo.

Mason abrió la boca, pero no le salieron las palabras. En su interior se libraba una batalla entre quedarse allí para hacer daño a Cole, matarlo, y salir corriendo.

Burke le soltó el brazo.

—Vete ya, tío.

Mason fue hacia la puerta. Segundos después, su coche salía a toda velocidad del aparcamiento.

Y, con eso, Burke y Cole se quedaron solos en la semioscuridad del bar.

Burke sonrió de nuevo y cogió la caja de herramientas.



Harper se detuvo a una manzana del bar, bajó del coche y se acercó a pie. Cuando vio la luz tenue por las ventanas, sacó la Glock y se dirigió hacia la puerta trasera. Estaba abierta.

Empuñando el arma, cruzó lentamente a oscuras la cocina. Del bar llegaba una luz débil. Al acercarse a la puerta, oyó ruidos. Una inhalación brusca. Una bocanada amortiguada. El sonido de un hombre sufriendo.

Empujó la puerta con el cañón de la pistola y por la delgada abertura vio a Sean Burke sentado al borde de la mesa de billar. Delante de él, yacía un hombre. Era Darius Cole y tenía la cara ensangrentada.

Burke sujetaba un taladro en una mano, y un cuchillo largo y afilado en la otra. Estaba encorvado, mirando a Cole con gran concentración. Un hombre serio haciendo un trabajo concienzudo.

Harper franqueó la puerta y apuntó a Burke en el pecho. Cuando levantó la cabeza, este se deslizó desde el borde de la mesa de billar y se puso en pie.

—Podría haberte matado en aquel búnker —dijo.

—Tal vez deberías haberlo hecho.

Ambos se miraban fijamente. Entre ellos no había más que silencio, polvo y el cuerpo inerte de Darius Cole.

Burke abrió la boca para decir algo, pero Harper apretó el gatillo y le disparó cinco veces en el pecho. Luego levantó la mira y le descerrajó un sexto balazo en mitad de la frente.

La cabeza de Burke se inclinó hacia atrás mientras el resto de su cuerpo golpeaba la mesa y se desplomaba en el suelo junto a Cole. Harper avanzó empuñando la pistola. Cole lo miró. Estaba sangrando por la boca. Por lo demás, no parecía herido de gravedad. Harper se dio cuenta de que si hubiera llegado unos minutos después, la historia habría sido bien distinta.

Y entonces le vino un segundo pensamiento:

Allí estaba Darius Cole, el hombre que había ordenado el asesinato de los dos testigos que tenía bajo custodia.

«Debería pegarle un tiro ahora mismo. Nadie se enteraría. A pocos les

importaría».

Cole parecía saber exactamente qué estaba pensando y, al incorporarse, miró a Harper a los ojos.

—Ya sabes quién soy —dijo.

—Sí —respondió Harper.

—Piensa bien tu siguiente paso, alguacil.

«No podré hacerlo nunca más —pensó—. A un alguacil solo se le presenta una ocasión así una vez en la vida, pero entonces no sería mejor que el hombre al que persigo».

Harper enfundó la pistola y dijo:

—Voy a pedir una ambulancia.

Mason subía los escalones de dos en dos. No podía respirar, pero siguió adelante, resbalando y cayéndose, agarrándose a la barandilla, levantándose y dando el siguiente paso.

«Por favor, que estés viva», se repetía para sí una y otra vez.

«Que estés viva».

Cuando llegó a la séptima planta, avanzó tambaleándose por el pasillo y sacó la llave, abrió la puerta y entró a toda prisa.

—¡Diana! —exclamó, consciente incluso al verla de que eso era exactamente lo que esperaba, exactamente lo que sabía que encontraría.

Estaba tumbada en el suelo mirando al techo. Tenía las manos cruzadas sobre el estómago como si la hubieran preparado para un funeral, como si el hombre que la mató le hubiera dedicado una última muestra de respeto y la hubiera colocado así antes de marcharse.

Mason apoyó una rodilla en el suelo y vio las marcas rojas alrededor del cuello y los ojos inertes que no miraban nada.

Se quedó con ella unos minutos hasta que sonó su teléfono móvil. Al tercer tono, miró la pantalla. Era el número que le había dado a Burke.

Contestó.

—¿Está muerto ya?

—Todavía no.

Era aquella voz profunda e inconfundible.

Darius Cole.

—Como te decía, Nick... ¿De veras crees que es tan fácil?

Mason estaba enfrente de la casa adosada, una casa que nunca había sentido como un hogar; un caro receptáculo para los coches, la ropa y la vida que alguien le había proporcionado.

Ahora le habían arrebatado todo aquello de golpe.

Y a Diana, la mujer que vivía allí con él, la mujer a la que empezaba a conocer después de meses viviendo como desconocidos íntimos. A ella también se la habían arrebatado.

Le habían robado incluso la protección, por la que tanto había luchado, para Gina y Adriana, la defensa nacida de un inverosímil acuerdo con el policía que había consagrado su vida entera a llevarlo de vuelta a la cárcel. Ese hombre había desaparecido junto con el amparo de sus promesas.

«¿Qué valían las promesas de un hombre muerto?».

Eso significaba que Mason no tenía nada que perder.

Cosa que lo convertía en el hombre más peligroso del mundo.

Sacó la tableta del bolsillo trasero y abrió la aplicación que había instalado Eddie. La explicación seguía resultándole confusa —señales *wireless* y direcciones IP seguras—, pero todo se reducía a una cosa: utilizando ese dispositivo, Mason podría ver en directo todas las cámaras de vigilancia de la casa.

Y tenía algo más: la Nighthawk Custom 1911 de Quintero, con nueve balas del .45 ACP en el cargador y una décima en la recámara. En ese momento, Quintero probablemente estuviera conectado a un gotero intravenoso mientras

esperaba una reconstrucción facial importante. No volvería a disparar en absoluto durante una buena temporada.

Además de esas herramientas, Mason tenía otro elemento a su favor: un profundo conocimiento del edificio, de cada habitación y de cada ángulo. Y, al ver la retransmisión en directo, pudo contabilizar a cuatro hombres montando guardia. Dos llevaban rifles de asalto y los otros dos, probablemente semiautomáticas.

Otro dato importante que había recabado de las últimas dos imágenes era que el dormitorio principal, a pesar de lo doloroso que le resultó ver la cama donde dormía Diana, se encontraba vacío. Y después, el despacho: Cole estaba sentado a la mesa, mirando fijamente algo en la pantalla de un ordenador portátil.

A cinco hombres en total; al menos cuatro de ellos, armados.

Había llegado el momento de actuar.

Mason ni se molestó en entrar por la puerta principal. Sabía que probablemente habrían cambiado la cerradura. Y, aunque no fuera así, el código de seguridad sería distinto. Eso le daría solo unos segundos antes de que saltara la alarma. Por tanto, decidió encaminarse hacia la más lejana de las tres puertas del garaje, la que quedaba fuera del alcance de la cámara. Ya había estudiado los movimientos del hombre apostado en la terraza. Se asomó a la barandilla buscando a alguien o algo en la oscuridad. Mason calculó que disponía de veinte segundos para entrar.

Aunque la casa contara con el sistema de seguridad más caro del mercado, Mason solo necesitaba dos cosas para derrotarlo, dos apoyos que lo habían ayudado a abrir innumerables coches al principio de su carrera: un trozo pequeño de madera y una percha enderezada. Introdujo la madera en la guía de goma de la puerta e insertó la percha por la pequeña abertura que acababa de crear. El pasador de apertura rápida de la cadena de transmisión se encontraba a un metro de la parte superior de la puerta. En cuanto tiró de él con la percha, la puerta se abrió. La empujó hacia arriba lentamente para no hacer ruido, pasó por debajo y volvió a cerrarla. De principio a fin, apenas doce segundos.

Luego apoyó una rodilla en el suelo y comprobó la Nighthawk. Quería ensayar sus movimientos una vez más y sintió la misma concentración aguzada que había ido desarrollando a cada nueva misión. Perseguir a un hombre por las imponentes plantas del Aqua, dar con otro en las montañas de Georgia, infiltrarse en un búnker subterráneo: esos habían sido los pasos finales en la culminación de las habilidades de Mason.

La máquina estaba completa.

Cerró los ojos diez segundos, respiró hondo y exhaló. Ahora se ponía en marcha.

Mason abrió la puerta del garaje que conducía al recibidor de la planta baja. El primer guardia estaba en lo alto de la escalera, justamente como esperaba. No solo en lo alto, sino ligeramente escorado a la derecha. Llegados a este punto, Mason había dejado de ser un hombre. Ya no existía la inocencia. No precisaba hacer distinciones entre la fuerza no letal y letal. Ahora era simplemente un objetivo.

Ese objetivo apenas había levantado la cabeza cuando Mason le disparó dos veces, masa central y cabeza. El hombre se desplomó y Mason subió las escaleras.

Tiempo de reacción, proximidad. Ahora era una ecuación. Matemáticas puras. El segundo objetivo se hallaba justo delante, sentado en el sofá con el televisor encendido y la pistola metida en el cinturón, cosa que lo dejaba en desventaja. Mason ya estaba disparando cuando salió de la escalera pegado a la pared izquierda, ubicando al tercer objetivo como un jugador de billar que piensa con dos golpes de antelación. Mason había disparado dos veces por encima de los muebles y alcanzó al segundo objetivo justo después de su primera reacción —levantarse— y antes de la segunda —echarse al suelo.

Detectó movimientos a su derecha, en la terraza, pero primero en el pasillo, a la izquierda. Mason ya estaba apoyado en la pared. El tercer objetivo se encontraba delante de la puerta del despacho y Mason oyó pasos. Esperaba ver primero un cañón; dejar que el tirador te vea una décima de segundo antes que tú

a él, es un error de principiante. Mason tenía el arma preparada y la sostuvo firmemente con las dos manos. Un segundo, dos, destello en el cañón, fuego. Mason ya había enfilado el pasillo cuando disparó por segunda vez y atravesó la masa central en el preciso instante en que las balas del cuarto objetivo tachonaban las paredes.

Mason lo había planeado. Sabía que no podría sorprender a los cuatro.

Observó la puerta del despacho unos segundos a la espera de que saliese Cole, pero no había ni rastro de él. Volvió a concentrarse en el hombre que vigilaba la terraza y que había entrado en la casa aunque no lo persiguiera por el pasillo. Todavía se hallaba en modo defensivo, la reacción natural tras ver caer a otros tres hombres. Mason sabía que le latía el corazón con fuerza y que la adrenalina inundaba su torrente sanguíneo. Llevaba un rifle de asalto y dispararía una docena de balas al menor movimiento.

Mason entró agachado en la sala de billar, cogió la bola blanca de la mesa y volvió al pasillo. No creía que el cuarto objetivo se hubiera movido todavía e imaginó que se encontraría parapetado detrás de la isla de la cocina.

Con la mano derecha libre, avanzó lo justo para ver media cocina. Al otro lado quedaba la puerta de la despensa y la bodega. El elaborado cristal *art déco* parecía salido de un restaurante parisino. Mason dio un paso atrás y lanzó la bola blanca. El cristal se rompió y los primeros disparos llegaron una décima de segundo después.

Mason siguió de pie para tener el mejor ángulo posible, dobló la esquina con la Nighthawk por delante y se concentró en la isla. El objetivo se había erguido un poco y estaba apuntando a las diez. Entonces vio a Mason e intentó agacharse, pero era demasiado tarde. Tiempo de reacción, más movimiento muscular, no supuso rival alguno para la velocidad de una bala del .45 ACP. La cabeza del objetivo cayó hacia atrás a causa del impacto. No fue necesario un segundo disparo.

Mason apuntó inmediatamente en la dirección opuesta. Había quedado

desprotegido y Cole podría haber salido del despacho y haber acabado con él, pero la puerta seguía cerrada.

Mason no tuvo que comprobar su arma. Sabía que había disparado siete veces. Le quedaban tres balas.

Sacó la tableta del bolsillo y vio las imágenes de la oficina. Cole no se había movido de la mesa. Por un momento pensó que ya había muerto, pero entonces lo vio parpadear y frotarse la hinchazón que tenía alrededor de la boca. Ambas manos estaban vacías, pero Cole era la persona más inteligente que hubiera conocido jamás. No iba a quedarse allí indefenso a esperarlo.

Mason fue hacia la puerta, se detuvo un segundo al lado del pomo y pasó rápidamente al otro. Si Cole pensaba disparar a través de la pared, elegiría ese lado. Mason extendió la mano y giró el pomo medio centímetro. Luego abrió la puerta y se apartó del umbral.

No hubo disparos.

Mason clavó una rodilla en el suelo y miró desde un ángulo bajo. Cole ya se habría levantado para dispararle, pero no hubo movimientos. Mason se puso rápidamente en pie apuntándole al pecho con la Nighthawk.

Esta vez, Mason no solo estaba apuntando a un objetivo. También apuntaba a un hombre.

—Sabía que vendrías —dijo Cole.

Mason vio la franja roja en la parte izquierda de la mandíbula y un morado debajo del ojo que tendría peor aspecto al día siguiente.

Pero no habría día siguiente para Darius Cole.

—Puede que tuvieras razón —dijo Mason—. Tal vez no me cambiaste, solo me hiciste mejor.

—Antes de que prosigas —respondió Cole—, hay una persona que quiere hablar contigo.

Mason se quedó quieto, esperando que hubiera movimientos detrás de él. Pero Cole simplemente extendió el brazo y giró el ordenador portátil en su dirección.

Había un rostro en la pantalla, un hombre blanco de unos cincuenta y cinco



años. Tenía el pelo oscuro y rapado, y canas en las sienes. Irradiaba inteligencia y confianza en sí mismo.

Era el rostro propio de un hombre que llevara las riendas.

—Señor Mason —dijo con la pronunciación esmerada de quien habla un segundo idioma, con un acento leve pero imposible de discernir—. Tenía ganas de conocerlo.

—¿Quién es usted?

—Su jefe.

Mason miró a Cole.

—¿De qué está hablando?

—El señor Cole trabaja para mí —dijo el hombre—. Lo cual significa que usted también. Ha trabajado para mí desde el principio.

Mason siguió apuntando al pecho de Cole con la Nighthawk.

—No sé quién coño es ese tipo —dijo ladeando la cabeza hacia la pantalla—, pero no va a ayudarte.

—Señor Mason —dijo el hombre con cierta irritación en la voz—, necesito que me escuche con mucha atención.

Mason miró la pequeña cámara situada encima de la pantalla. Dondequiera que estuviera, aquel hombre también lo veía a él. Le entraron ganas de coger el ordenador y destruirlo.

—Ha puesto usted en peligro nuestros negocios en Chicago —dijo—, y me costará una enorme suma de dinero arreglarlo.

—Mándeme la factura —repuso Mason.

—Lo haré. Tendrá que trabajar para mí una buena temporada para pagarme esa deuda. De hecho, si no hubiéramos invertido tanto...

—No haré nada por usted.

Mason vio que al hombre le había sentado mal la interrupción. Desapareció un momento de plano y Mason se sorprendió al comprobar que se abría otra ventana en la pantalla. Tardó unos segundos en comprender lo que estaba viendo: a un hombre y una mujer caminando por una casa diáfana, observando

un respiradero situado encima de una cocina *gourmet* y detrás de ellos, una niña que había aparecido poco después.

Eran Brad y Gina.

Y Adriana.

Mason no podía hablar. Siguió mirando la imagen en la pantalla mientras las dos personas más importantes para él y el hombre que había prometido protegerlas se dirigían hacia otra habitación.

—Esta es la casa por la que el señor Parks ha dado una paga y señal hoy mismo —dijo la voz del hombre—. Como puede ver, las cámaras de vigilancia ya están instaladas.

—No —dijo Mason al encontrar por fin su voz.

Cuando desapareció la ventana, Mason sintió el impulso de meter la mano en la pantalla para recuperar la imagen y poder avisarlos, gritarles que huyeran de allí. La imagen fue reemplazada por la original: la de un hombre sentado tranquilamente delante de una cámara. Mason vio detrás de él un gran ventanal a través del cual se adivinaban bloques de oficinas que podrían hallarse en cualquier ciudad. Pero, donde fuera que estuviera ese hombre, era de día. Se encontraba a miles de kilómetros de allí. Era intocable.

—Seguirá haciendo exactamente lo que yo le ordene —dijo el hombre—. Ejecutará los objetivos que yo le indique. El señor Cole le entregará los detalles de su siguiente misión, así como el pasaporte con su nueva identidad.

Cole abrió un cajón, sacó un gran sobre marrón y lo dejó encima de la mesa delante de Mason.

—Volverán a contactar con usted en cuanto llegue a su nuevo destino. Si se desvía lo más mínimo de mis instrucciones, su exmujer, el marido de esta y su hija serán apresados en su casa. Pasarán las primeras doce horas atados y con los ojos vendados sobre un suelo de cemento, lo bastante cerca los unos de los otros para oírse sin poder tocarse. ¿Quiere que le describa las siguientes doce horas?

Mason no respondió.

—Buenas noches, señor Mason.

La pantalla se puso en blanco.

Mason siguió mirándola, incapaz de moverse.

Ese fue el momento, el largo y silencioso instante en que Nick Mason lo vio todo con una claridad cegadora:

«Cuanto creía saber era mentira.

»Para quien creía trabajar.

»Lo que creía necesario para acabar con todo esto.

»Toda la gente que me rodea, el precio que ha pagado...

»La vida de Lauren, destrozada.

»Sandoval, muerto.

»Diana, muerta.

»Gina, Adriana... Tal vez, ausentes para siempre.

»Porque cuanto he hecho...

»Todo el plan...

»Mi puto plan de mierda para ser libre finalmente...

»No ha servido de nada.

»Nunca existió un plan de fuga.

»Porque nunca hubo salida posible».

Cole rompió el silencio.

—Esta ha sido la prueba final —dijo señalando con la cabeza a los guardaespaldas muertos que había esparcidos por toda la casa—. La has superado.

—¿Cuán grande es esta organización?

Cole guardó silencio unos instantes y dijo:

—Nunca lo sabrás.

Hubo otra pausa y Cole cerró el ordenador portátil. El sonido que emitió fue una nota de cierre que quedó flotando en el aire suspendida entre ambos.

Cole se levantó, bordeó la mesa y se situó delante de él. En ese momento eran los dos únicos hombres que quedaban en el mundo. Englewood y Canaryville.

Daimio contra samurái. Mason miró a Cole a los ojos empuñando todavía la Nighthawk con la mano derecha.

—Coge el sobre y lárgate de mi ciudad —dijo Cole—. Y ahora, si me disculpas, esa sangre va a estropear la madera.

Cuando Cole se dio la vuelta para salir, Mason levantó el cañón de la pistola. Cole se detuvo en el umbral.

—Nick —añadió sin mirar a Mason—, ¿crees que es buen momento para cometer una estupidez?

Mason no contestó. Ninguno de los dos se movió.

—No vas a dispararme por la espalda —dijo Cole.

—Pues date la vuelta.

Cole negó con la cabeza y se volvió lentamente hacia Mason.

—¿Qué van a hacerme? —le preguntó Mason—. Después de todo lo que han invertido...

Mason vio a Cole intentando resolver la ecuación. Cuando encontró la respuesta, cayó el telón. Por primera vez desde que lo conocía, el día en que lo trasladaron a su bloque de la prisión, Nick Mason reconoció un miedo animal en los ojos de Darius Cole.

—¿Sabes a cuántos hombres he matado por ti? —le preguntó.

—Hemos terminado, Nick. Ahora matarás para otro.

—Tienes razón. Esto es solo por mí. Y por Diana.

Mason apretó el gatillo tres veces y las últimas balas del cargador atravesaron el cuerpo de Cole, que cayó contra la puerta y miró a Mason con los ojos muy abiertos hasta desplomarse.

Mason se quedó allí quieto un minuto. Esperaba sentir algo, experimentar alguna reacción física ante lo que acababa de hacer. Pero había pasado por demasiadas cosas. Ya había visto suficiente sangre para toda la vida. Ahora era inmune. Estaba vacío.

Mason dejó la pistola encima de la mesa, cogió el sobre y pasó por encima del cuerpo de Cole al salir.

Se detuvo en la habitación contigua a la terraza, la habitación en la que había dormido desde que saliera de aquella cárcel. Abrió el cajón de la cómoda y contempló la foto raída de Gina y Adriana. La había sacado antes de ingresar en la cárcel, cuando su hija contaba solo cuatro años y la vida, por imperfecta que fuese, tenía sentido.

Dejó todo lo demás allí. Al fin y al cabo, nada le pertenecía.

Entonces recorrió la casa, pasando junto a los cadáveres y los charcos de sangre que empezaban a cuajarse, bajó las escaleras y abrió por última vez la puerta para salir a la calle.

Doce horas después, un 747 despegaba del aeropuerto O'Hare para iniciar el ascenso. Su destino era Jakarta, la capital de la República de Indonesia. Nick Mason iba en primera clase, sentado junto a una ventanilla con todas sus posesiones en una bolsa de mano que había colocado debajo del asiento delantero.

Al mirar por la ventanilla, vio la ciudad de Chicago a sus pies. Era un día totalmente despejado, así que divisó los edificios del centro, los setenta y un barrios que se extendían en tres direcciones y la inmensidad del lago Michigan al este.

Era la única ciudad que había amado, la única que había considerado su casa.

Ahora se marchaba al otro extremo del mundo. Ignoraba aún qué le pedirían después de aquello, a qué nuevos horrores debería enfrentarse.

No sabía quién estaría esperándolo cuando aterrizara el avión ni tampoco si volvería alguna vez.

Ya no sabía quién era.

O si algún día volvería a ser libre.

## AGRADECIMIENTOS

Una vez más, este libro no habría sido posible sin Shane Salerno, la persona que ayudó a que Nick Mason cobrara vida y —de paso— cambió la mía. Gracias también a David Koll, Nick Carraro, Don Winslow y a todo el personal de The Story Factory.

Estoy en deuda con Joe Fitzpatrick, ayudante del fiscal del Distrito Norte de Illinois, y con John Campbell, agente de policía de Chicago, por sus aportaciones profesionales. Y otro enorme agradecimiento para Sara Minnich, Ivan Held y la gente de Putnam.

Los siguientes libros me han resultado increíblemente útiles y los recomiendo encarecidamente:

*The Perfect Kill: 21 Laws for Assassins*, Robert B. Baer.

*WITSEC: Inside the Federal Witness Protection Program*, Pete Earley y Gerald Shur.

*Convictions: A Prosecutor's Battles Against Mafia Killers, Drug Kingpins, and Enron Thieves*, John Kroger.

Por último, gracias a la gente que ha estado conmigo desde el principio: Bill Keller y Frank Hayes, Maggie Griffin, Jan Long y Nick Childs. Y, más que nunca, a Julia, mi mujer, que hace que todo siga adelante, a mi hijo Nicholas y a mi hija Antonia. Nunca seré suficientemente buen escritor para expresar lo afortunado que soy de teneros como familia.

# STEVE HAMILTON

NICK MASON

## 1. La segunda vida de Nick Mason

Tras cinco años en una prisión de máxima seguridad, Nick Mason recibe una oferta para salir en libertad veinte años antes de lo previsto. A cambio, deberá hacer todo lo que le ordene Darius Cole, un jefe del crimen organizado. La oferta es demasiado tentadora para rechazarla. Una vez fuera, Nick no tardará en darse cuenta de que sigue atrapado.

## 2. Plan de fuga

Aunque esté entre rejas, Darius Cole tiene un poder inmenso y dirige un imperio criminal en Chicago. Nick Mason salió en libertad gracias a él y, desde entonces, se ha visto obligado a obedecer sus órdenes, sean cuales sean. Ahora se enfrenta a nueva misión: acabar con los tres hombres que mandaron a Cole a prisión y que se han acogido a un impenetrable programa federal de protección de testigos.

1. En español en el original. (*N. del t.*)



PARA MÁS INFORMACIÓN VISITA:

[www.serienegra.es](http://www.serienegra.es)